MÁS ALLÁ DE LA PISTA DE HIELO



ATHENA PAULSEN

Más allá de la pista de hielo

ATHENA PAULSEN

© 2025 by ATHENA PAULSEN

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo

públicos. Advertencia, esta es una novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia.

ESTA ES

LA HISTORIA

DE MI MUERTE

-Kásian Snow.

C a p í t u l o 1

Isabella

Si algo tengo claro, es que no hay cosa más tonta que un jugador de hockey. Solo piensan en una cosa: meterla tanto como puedan. En la portería. *Hablaba de la pelota aplastada con forma de phoskito llamada puck, ¿había quedado claro, no?*

Entro al recinto y el equipo de obsesos está practicando antes de las clases, pese a lo temprano que es. *Kásian Snow.* El filo de sus patines muerde el hielo dibujando runas con la misma fiereza con la que su estúpida, insolente y arrogante sonrisa muerde mi paciencia. Esquiva a Dhário Langley en el último segundo. Gira sobre sí mismo. Se hace con el puck y lo lanza a la portería colándolo entre las piernas de dos de sus compañeros.

Magistral, es la única maldita palabra que se me ocurre.

Solo están haciendo el tonto y lo sé porque ninguno de los entrenadores está presente, pero cuantísimo me cuesta apartar la mirada.

¿Por qué? No lo sé.

¿Debería saberlo? Por supuesto que no.

Y ahí está otra vez, la sensación de estar presenciando algo que no debería ver.

Separo los labios para chillar su nombre, pero no llego a hacerlo. Los ojos negros de Kásian me encuentran y el oxígeno se me enreda en el pecho igual que haría mi pelo si decidiera ponerme a bailar un tango en mitad de un huracán. *Qué desastre.* Ese montón de músculos aprisionados en el atuendo del equipo North Star se acerca patinando hasta la barandilla con una sonrisa torcida en su maldito rostro simétrico, anguloso y bien hecho de cojones.

—¿Tan temprano y ya desesperada por verme, Bella?

Bella. Un calambre me retuerce el estómago y me coagula el raciocinio como si la presencia de este imbécil fuera algo sólido. Algo que pesa. Que no me deja moverme con normalidad.

—Te he dicho un millón de veces que no me van los apodos.

—Ah, ¿no?

—Ayer te dejaste esto en mi dormitorio —le estampo su trabajo de biología contra el pecho—. Aunque pensándolo bien, debería ser más comprensiva con la única neurona que tienes. Bastante trabajo tiene ya la pobre con mantenerte en pie. Debe ser un vida difícil.

Hace eso de agacharse desde su altura de mamut inmenso, hasta que nuestros ojos están al mismo nivel, y con una voz que en ningún planeta suena ronca, sexy, masculina o áspera dice:

—No me lo habría olvidado si alguien no me hubiera echado de allí a empujones cuando acababa de quedarme dormido.

—Conoces las normas.

—¿Solo follamos los miércoles de luna llena?

—Nosotros *nunca* follamos —aclaro, como si hiciera falta—. «Nada de pasar la noche en el piso del otro», es una de las normas más importantes. No puedes saltártela.

—Tienes muchas normas, Bella, ¿te lo he dicho alguna vez?

—¿Te he dicho yo alguna vez que no te he pedido tu opinión ni de eso, ni de nada?

Kásian alza esa ceja bajo la que tiene un par de pecas que de lejos parecen un piercing de macarra, como si cuando nació, el cosmos ya tuviera claro que iba a ser… lo que es.

—¿Sabes? Sacarías matrícula de honor si ser insoportable fuera una materia —lo dice así, con esa mirada brillante, y casi suena a halago.

—Sí, pero solo porque yo saco matrícula en todo. —Sonrío para que le dé más rabia, pero se ríe.

No sé por qué. *Nunca entiendo las cosas que le hacen gracia.* Ni las reacciones de mi cuerpo a ese horrible sonido gutural y vibrante.

A día de hoy sigo sin comprender cómo dos seres de distintas especies pueden coexistir tan a menudo en el mismo espacio y no matarse.

Se quita uno de sus viejísimos guantes, el que no tiene la cinta negra cosida, y hace lo mismo con el casco. Luego sacude la cabeza como si fuera un perro. *Un animal. Una bestia.* Me recuerdo que a mí nunca me han gustado los rubios, pero una vez más lo veo moverse a cámara lenta. Cuando Kásian pone su gigantesca mano sobre la mía, que todavía está aplastando el trabajo contra su pecho, siento fuego en mi piel.

—Gracias por traérmelo, Bella. Es todo un detalle.

—Sí, lo que sea —musito mirando su mano.

—¿Pasa algo?

—Pregunta sincera, ¿cómo te manejas siendo tan grande?

—Recordándome que soy súper proporcionado.

Aparto mi mano y le estampo el puño cerrado en el abdomen, a lo que él se vuelve a reír. *Otra vez. Es un chorro de agua helada en un día de calor asfixiante.*

—¿Puedes tener una conversación con alguien sin hablar sobre tu polla?

—Tendría una crisis de identidad, Isabestia, y me encanta ver cómo te pones roja.

—Yo no me pongo roja.

—Claro que no.

—Estoy segura al cien por cien de que esta conversación está desactivando más sinapsis de las que crea —murmuro.

—¿Vas a reconocer la razón real por la que has venido a verme?

—La razón ha sido tu trabajo de biología.

Chista la lengua y un par de mechones bailan sobre su frente. Mi cerebro me traiciona imaginando qué se sentiría al hundir la mano en ese pelo. En darle algún tirón y volverlo un caos absoluto. *Retortijones.*

—Ambos sabemos que *no* es por eso.

—Yo sí sé muchas cosas, tú en cambio…

—Te habrías muerto de gusto viéndome perseguirte por el campus. No has venido por *eso*.

—¿Y por qué si no iba a venir a verte a estas horas, a ver? —pregunto a la oscuridad de su mirada.

—Porque hoy tienes un campeonato y quieres que te desee suerte —dice en tono íntimo.

—Tú flipas.

—¿Acaso no te ha servido rezarle a tus diosas del ajedrez? —Se acerca—. ¿Por eso tienes que rebajarte a un plebeyo como yo?

—El próximo trabajo tuyo que encuentre entre mis cosas, lo quemo.

—Pirómana, eso es nuevo. Iré a por cerillas al acabar de entrenar. Y a por un bidón de gasolina.

Porque para cada idea loca que tengo, él tiene su manera de hacerla todavía peor.

—Muérete, Kásian Snow, ¿quieres?

—¿Te estás poniendo roja otra vez? Estoy en racha.

—Creo que tenemos que dejar de hablar el uno con el otro.

—¿Y quién iba a impedir que acabaras soltera a tus setenta y tantos, con la casa llena de gatos?

—¡Snow, espabila! —Jacob Bolton, graduado y gran jugador de hockey, ayudante del entrenador Landon durante este semestre, ruge desde el centro de la pista donde ha amontonado al resto del equipo con su implacable tono severo.

¿Fuera de este recinto? Jacob es un osito amoroso. ¿Dentro? Un puma fiero con la rabia.

—Kásian —digo por lo bajo agarrando la barandilla.

—¡Sí, señor! —Mi enemigo lanza su trabajo hasta el primer asiento de las gradas y se aleja patinando de espaldas mientras se recoloca el casco y el guante.

—No tendría que haber venido —me revuelvo incómoda.

—Entonces no habría podido decirte que… tú puedes, Bella Jenkins. Demuéstrales todo lo que yo sé que eres capaz de hacer. Machácalos. —Me guiña un ojo y antes de que se dé la vuelta, una oleada de alivio y brasas arrasan conmigo de pies a cabeza.

C a p í t u l o 2

Isabella

Salgo de allí y apenas vuelvo a pensar en él en todo el día. Me encantan mis clases, las materias, los deberes y sobre todo los exámenes. Sacar notazas me pone cachonda, así que podría decirse que este campus es mi parque de atracciones.

**Escuchamos, pero no juzgamos*. Aquí cada uno se divierte como quiere.*

A medio día busco a Leia porque ella también participará en el torneo y nos gusta comentar partidas épicas mientras le hincamos el diente a algo vegano. No somos veganas, es solo que está bueno y el camarero del restaurante al que solemos ir, tiene sesenta años y se enorgullece de que su hamburguesa parezca de carne, pero no

sea carne, aunque sí sepa a carne. Las probabilidades de estar comiendo petroleo son altas, pero de algo hay que morir.

Estoy en mi último curso, lo cual se traduce en que hace años que mi hermano Adler se fue de North Star. Más o menos entonces decidí que era el momento de coger las riendas de mi vida. Dejar de odiar a todo puto ser que respirase. Entender que, si estoy sola, probablemente sea porque soy un poco insoportable. *O mogollón.*

No conocí a Kásian yendo a terapia, pero podría. Ambos necesitamos ayuda profesional por culpa de la desastrosa historia familiar que llevábamos a cuestas y que ha bordado nuestras maravillosas personalidades, y da la casualidad que vamos al mismo centro cerca del campus.

Reconozco que hace unos años era una sabionda muy repelente. Estaba cargada de prejuicios alimentados por mi gran lema: rechazar antes de ser rechazada.

Pero ya estoy curada del todo.

CompiDePisoBelga

Leia Vermeulen

Esta noche hay fiesta en la facultad de lengua

OBJ 

Isabella Jenkins

Y también hay luna llena



Leia Vermeulen

????

Isabella Jenkins

No estábamos dándonos datos random?

Leia Vermeulen

Nunca entenderé el humor americano.

Pobre.

Cree que soy graciosa en algún idioma.

Menudo chasco se va a llevar cuando salga al mundo periodístico y entienda todo por lo que le he hecho pasar.

CompiDePisoBelga

Leia Vermeulen

En fin.

Te vienes después del torneo, preciosa?

Isabella Jenkins

No puedo, tengo deberes.

Lo dicho.

Soy una persona nueva.

C a p í t u l o 3

Kásian

Siempre tardo unos segundos en acostumbrarme a caminar con mis pies, tras pasar un buen rato en la pista de hielo. *Si te suena raro, no te asustes, debes de ser tú.*

Cruzo las puertas dejando los dos largos entrenos de hockey a mi espalda. Hoy se me ha hecho largo el día. Puede que tenga que ver con lo que llevo retrasando, pero deseando, hacer. Es de noche y el vaho me sale de la boca del puto frío de pingüinos que hace. *Enero es el peor mes del año. Punto.*

Freno mis pasos cuando las luces de fuera se me desenfocan. Me pitan los oídos y por una vez, no es por los gritos de Landon. La voz de Dhário se acerca.

Mierda. Espabila. Reacciona, joder.

Hago una inhalación profunda y me miento asegurándome haber recuperado el control. La rapidez de mis latidos amaina. Justo a tiempo. Me doy la vuelta y veo al mamarracho de pelo verde con el que vivo. El tercero de tres hijos, familia humilde, padres con valores y un gato llamado Puck al que añora a diario. *Aunque no sé por qué, lo he conocido y tiene una mala hostia que alucinas.* Dhário es un buen capitán de equipo, además es alegre, nunca se deja la pasta de dientes destapada, no me habla cuando no es necesario y respeta mi regla número uno: no me toques.

—¿A qué vienen esas prisas, Snow?

—Tengo algo que hacer. —Bajamos las escaleras a la vez.

—¿Sí? ¿Como revisarte la vista, por ejemplo? Tío, has ido directo contra Bolton como si fuera una columna del vestuario.

—¿Qué dices? Si ha aparecido de la nada.

—¿De qué hablas? Pero si llevaba dos minutos sin moverse del sitio —se carcajea—. Madre mía, has tenido mucha suerte, si llega a ser Landon te expulsa del equipo y yo me quedo sin mano derecha.

—Ya será menos —muevo la barbilla para que se pire y me trago los sudores fríos del malestar de antes como puedo.

Dhário se aleja hacia su coche, caminando de espaldas y cogiendo las tiras de su mochila.

—Algunos van a venir al piso a cenar: es noche de tacos. No te entretengas con tus *quehaceres obsesivos* y vente antes de que salgamos de fiesta.

Asiento mientras espero los segundos necesarios hasta que… *zas,* se choca contra la señal de stop.

—¡Serás capullo! —Grita—. ¡Avísame!

—Deberías mirar por donde vas, capitán. —Se me mueven los hombros de la risa.

En cuanto me quedo solo, las palabras de Dhário se hunden en mi estómago.

A la puta disnea de esfuerzo vamos a tener que añadirle breves episodios de ceguera porque juraría que Bolton sí se había movido. *Maldita sea. Tengo que hablar con Redgrave.*

El malestar se incrementa a medida que mi pulso se acelera. *Ajedrez. Neurociencia. Deberes. Relájate, joder.* Dejo que el aire vuelva a entrar en mis pulmones. Cuando ya me he alejado lo bastante como para que nadie del equipo pueda verme, me tomo mis pastillas. Cuatro. Estoy subiendo la dosis más rápido de lo que debería, pero bueno.

Testosterona Mediocre en Patines (Silenciado)

Knox Madison

Que nadie se raje

hoy salimos sí o sí

Bhødie Hayes



Walker Ellis

Me parece que alguien necesita desfogarse



Knox Madison

Te callas.

Max McKenna

+1

Después de tanta bronca de Landon, yo también lo necesito



Bhødie Hayes

Dónde quedamos?

En el piso de Snow y el capi???

Dhário Langley

Todos en mi casa en media hora.

Max McKenna

Señor, sí, señor.



C a p í t u l o 4

Kásian

Solo hay una persona que me lleva más allá de la pista de hielo.

Entro al recinto de cerebritos y la busco a ella. Mis mejillas congeladas agradecen la diferencia de temperatura. El jaleo de los jueces y los asistentes me llega mucho antes de cruzar las puertas. *Ni que fuera un partido de hockey, colega.*

No puedo evitarlo, se me curva la sonrisa en cuanto la veo ahí sentada, en su sitio, diez minutos antes de que el resto de participantes del torneo se vea obligado a hacerlo. *No es puntual, esta mujer es otra cosa.*

Tiene el pelo larguísimo hecho un nudo al que ella llamará «moño» si le pregunto, pero que solo evidencia que no sabe lo que significa esa palabra. Me encanta su pelo, parece el de una puta

princesa Disney. Dudo que sepa que a su lado cualquier chica es calva y un hombre. Se sube las gafas que siempre lleva, esas que son demasiado grandes para lo pequeña que es su cara de sabionda.

—2, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 19, 23, 29, 31… —La oigo susurrar.

Ocupo el asiento libre frente a ella.

—¿Kásian? —se sobresalta y deja de analizar el tablero con todas las piezas en la casilla de salida—. ¿Qué haces tú aquí?

Joder, se ha puesto contenta.

—Vengo a animar.

—No hace falta, vete.

—¿Te ha peinado un pájaro furioso?

—No te metas con mis moños. Son despeinados porque así es la moda. ¿Por qué sonríes?

—Por nada en absoluto, Bella.

Vuelve a beber agua y veo que ya se ha fundido una botella de litro y medio ella sola. Es una suerte que cuando está nerviosa sude como un pollo, porque dudo que la dejen ir al baño en mitad del torneo. Le cojo la mano y se la aprieto: fría, para variar.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Tranquilízate, ¿quieres? Lo vas a hacer muy bien.

—Sí, en cuanto me sueltes —tira un poco de mí y bebo de su estremecimiento.

—Te va a salir muy bien. Siempre ganas estas cosas. Es tu hockey. Respira, ¿quieres?

—Un discurso precioso, Kásian. —Mira nuestras manos unidas—. ¿No se supone que odias el contacto físico tanto como yo?

En situaciones como esta, ni siquiera estoy seguro de cómo cojones me llamo.

Acaricio sus nudillos con el pulgar.

—Eres empírica, ¿no? Un monstruito de la ciencia y todo eso. Pues, empíricamente, no has perdido ni un solo torneo, así que tus nervios son absurdos. Relájate, es una orden.

—¿Una orden? —refunfuña ofendida, pero sabe que no la voy a soltar si no lo hace, así que cierra los ojos y obedece—. No odias el contacto físico, ¿a que no? ¿Cómo podrías, si te has acostado con medio campus?

Sí, lo odio. Lo detesto. Me trae recuerdos espantosos.

En cuanto a los casos de los que ella habla, el contacto físico solo es algo que tengo que soportar para conseguir algo que quiero, un medio para un fin: follar. Correrme. Evitar que me duelan los huevos.

Pero tú eres otra cosa. La única con quien lo disfruto. Más que eso, hay días que mi cabeza asegura que lo… necesito.

Suenan los avisos por los altavoces. Un cerebrito que, sin necesidad de mirarlo sé que va con una camisa a cuadros horrenda, aparece junto a nuestra mesa y en mitad del jaleo dice:

—Estás en mi sitio.

No soy un tío simpático. ¿Capullo? Bastante. Justifico mis cuestionables acciones con la infancia de mierda que tuve, aunque solo son excusas. Levanto la mirada despacio, con toda la calma del mundo, y apoyo los codos sobre la mesa, entrelazando los dedos.

—Ostras, ¿sí? ¿Lo estoy? —pregunto al de la camisa de cuadros verde, amarilla y azul.

A veces me pregunto si lo del cerebro viene con una radical prohibición del uso de espejos.

—Sí, ¿te lo repito más despacio? —me pregunta colocándose las gafas, cuadrando los hombros como si no le sacara tres cabezas.

—*Kásian* —el tono de Isabella es tenso cuando ve que me levanto.

—Entonces dices… —cojo la silla del respaldo—, que tú deberías sentarte aquí, ¿no? —La lanzo lejos, casi hasta la entrada—. Pues será mejor que corras, chaval. El tiempo apremia.

Maldice y se larga haciendo uso de sus cuádriceps por primera vez en todo el curso.

—¿En serio, Kásian? —pregunta Isabella de brazos cruzados.

—Te relajas cuando estás entretenida. —Me encojo de hombros —. Además, ¿no me dijiste que ese pringado no dejó de hacerte comentarios machistas durante el último torneo solo para desconcentrarte?

—Sí, lo hizo, ¿pero te acordabas cuando le has lanzado la silla a tomar viento?

—Estaré entre el público, animando —le planto un beso en el pelo. *El puto olor a flores. Joder, me mata cada una de las veces*—. Machácalo. Hazlo por las mujeres.

El último vistazo que le hecho antes de darme la vuelta, está sonriendo.

C a p í t u l o 5

Isabella

—La pared se te vendrá abajo y te echarán del campus por destrozar tu habitación —dice balanceando la medalla del primer premio, cogiéndola de la cinta como si quisiera hipnotizar a alguien.

Se la quito de las manos.

—No voy a colgar mi medalla en la pared. Tengo una estantería —*una que tú montaste hace tres meses porque yo tenía el brazo roto—. Bedårande jätte odjur.*

—¿Ya estás diciéndome guarradas en chino?

—Es sueco.

—Repítelo —pide acercándome su móvil a los labios con el traductor abierto, cuando no lo hago chista la lengua y se lo guarda —. He oído que Leia y Candy van a la fiesta de los de lengua.

—¿Cómo sabes lo de la fiesta? —intento que me devuelva *mi* mochila, esa que se ha colgado de *su* hombro, pero oye, que ni caso.

Ha dicho que la medalla del primer puesto ya pesaba suficiente. Alerta spoiler: no pesa nada, no es de oro de verdad.

—Tengo un super poder que tú no tienes: soy extremadamente popular. ¿Tú vas a ir?

—No, no voy a ir. Quiero adelantar con mis deberes.

—¿Estás intentando que te crezca la virginidad de nuevo?

—¿Puedes irte?

—No, lo siento, no tengo nada mejor que hacer.

—¿Y por eso no deja de vibrarte el móvil?

No responde.

Llegamos al apartamento del campus que comparto con Leia y Candy. Debo reconocer que, aunque son las únicas dos chicas que podría arriesgarme a llamar amigas, a veces tengo fantasías con que vivo completamente sola. Aislada. En mitad de la nada. *Espera, ¿cuenta como fantasía si está el odioso de Kásian en ellas?*

—Eh, no uses esa llave —le reprendo cuando coge la que guardamos encima del marco—. Está ahí solo para emergencias.

—Si no me hubieras pedido tantas veces que me colara aquí para llevarte algún libro…

Si no hubieras aceptado todas y cada una de las veces…

El mamut deja mi mochila sobre la encimera de la cocina y se traga todo el espacio. Se lo queda. Lo engulle. A pesar de que nuestro piso no es *tan* pequeño, con él dentro lo parece. *Y también se queda con toda la luz.*

Kásian abre la nevera y gruñe con desaprobación.

—¿En serio? ¿Otra vez tofu? —Cierra la nevera de golpe—. ¿Puede ser más patética tu existencia?

Le doy un golpe en el pecho, le quito *mi* fiambrera y lo empujo al otro lado de la isla.

—No me pegues en el corazón, Isabestia. Podría estallar. —Pasan unos segundos hasta que me doy cuenta de que me tiene agarrada por la muñeca.

Culpo a la cercanía. A su voz. A que a esta distancia el *rechazo* que siento por él no me deja pensar con claridad. Me acaricia con el pulgar en un circulo. Kásian, no el rechazo.

—¿Por qué haces eso?

—Porque sé que te gusta.

—Si me gustara, te habría pedido que lo hicieras. ¿Lo he hecho?

—Tú nunca pides lo que quieres.

Alzo la vista hasta sus ojos. Son las piscinas del diablo. Me absorben. Me pierdo. Ni sé lo que me ha dicho. Probablemente un insulto. Chista la lengua al ver que se me están congelando los dedos, mete el tofu en el microondas y lo hace sin dejar de tocarme. *Huele increíble, y no me refiero al tofu.* Cuando Kásian vuelve a mi campo de visión, lo hace con unos panfletos.

—¿Qué se supone que es esto?

—¿Tú tocando cosas que no son tuyas? —me muevo rápido para arrancarle de las manos lo que ha cogido sin permiso, pero sorpresa, sorpresa, es más alto que un pino y al alzar la mano no tengo nada que hacer.

—¿Estás organizando una manifestación?

—No es mío, pero si debes saberlo, es una queja, no una manifestación.

—Sí, al decano, ya lo veo. Y sí es tuya. —Baja la barbilla y me atraviesa con la mirada—. Es una queja sobre la penosa equipación del equipo de hockey.

Imagino que lo dice con este tono porque no quiere deshacerse de los guantes viejos y roñosos que tiene. Esos que forman parte de

la equipación de una universidad de mala muerte y que a Landon tanto le cabrean.

—¿Es por lo que pasó la semana pasada, Bella? —insiste.

—No.

—¿Estás mintiendo?

El stick de Dhário se partió en dos en mitad del juego y una de las mitades casi acaba atravesándole la yugular a Kásian. Ya ni me acordaba.

El microondas pita y voy a emplatar mi cena. Solo oigo su larga exhalación, nada más, pero me eriza el vello de todo el cuerpo. Me siento junto a la isla, arrastro un taburete y empiezo a cenar. Kásian se sienta enfrente, pone dos vasos y los llena de agua. Respirar se vuelve difícil a medida que el silencio se expande.

—¿Por qué te autoinvitas siempre a venir? —Alzo una ceja—. ¿Qué? ¿Por qué sonríes?

Ningún tío sería capaz de ganarme con una sonrisa mona. Tengo un escudo infranqueable. Pero la de Kásian es otra cosa.

Es el sol.

Es el puto cielo lleno de estrellas.

—¿Vamos a fingir que de verdad quieres que me vaya?

—Yo no finjo. —Me revuelvo en el taburete.

—No puedes comer sola. Te da miedo.

—¿Miedo?

—Sí, te da demasiado miedo atragantarte y morir. —Mira a su alrededor—. Tus compañeras no están, ¿me explicas cómo vas a callar tus incesantes rugidos estomacales si no me quedo?

Desvío la mirada.

—Tenerle miedo a la muerte no es algo de lo que avergonzarse. —Eso dice mi terapeuta.

—No, pero si tanto miedo tienes podrías no llenarte la boca como una ardilla que se prepara para el invierno. —Su voz es dulce, como si de verdad estuviera hablando de una entrañable ardilla.

—Puedes irte, si tanto te molesta. —No se inmuta. Dudo si es el primer jugador estoico de la historia del hockey o si su cerebro se ha quedado en trance por otra cosa. En cualquier caso, me inclino y coloco otro tenedor en mi fiambrera—. Come.

—Qué amable —dice en tono bajo.

Imagino que es el que usa con las chicas con las se acuesta, justo antes de besarlas y darles la vuelta a su vida entera.

—Sé que lo odias, solo te lo ofrezco por eso.

—*Bella*… —una clara advertencia, eso es lo que es.

—No me mires así —ruedo los ojos, pero la pesadez en mi pecho aumenta.

Me está clavando a la silla.

—¿Así cómo?

—No soy una más, Snow. Yo nunca seré una más.

Separa los labios para decir algo, pero se oye jaleo en el pasillo.

En cosa de segundos, dejamos de estar solo él y yo.

C a p í t u l o 6

Isabella

Justo antes de que aparezcan mis compañeras de piso, cuando su mirada sigue obligándome a orbitar a su alrededor, recuerdo algo que pasó el otro día.

«—Háblame de Kásian —pide el doctor Lucca De Luca, terapeuta e italiano, sosteniendo la libreta a rayas en cuya portada se lee «los mejores paisajes de Alemania». Según me dijo, se la regaló su marido el sueco—. Isabella, ¿necesitas un pañuelo?

—No estoy llorando —digo rotunda soportando el picor espantoso—. Solo soy un claro ejemplo de por qué nadie debería usar lentillas, jamás.

—¿Estás segura de que no...?

—¿Qué quieres saber? —me encojo de hombros sintiendo la luz típica del interrogatorio policial en la cara.

—Está en cada historia que me cuentas.

—Es que no me deja en paz.

—Parece una buena persona. Un buen amigo.

—Sí, pero no nos olvidemos que es un jugador de hockey.

—Isabella, ¿cuál crees que es la razón por la que Kásian es el único jugador de hockey con el que sigues siendo la misma prejuiciosa que el día que te conocí?

—Estoy bastante segura que un terapeuta no tiene que atacar a su paciente —estrecho la mirada en su dirección.

—Vale, me disculpo, tienes razón —se aguanta la sonrisa bajo el bigote blanco de sesentón que tiene—. Pero contéstame a la pregunta.

—No sabría decirle, doctor —digo y él aprieta los labios.

En nuestras primeras sesiones estaba tan cerrada en banda que cada cosa que me preguntaba me lo tomaba como un ataque. Así que a nadie debería sorprenderle que en vez de llamarle Lucca como me pedía, lo llamase doctor o señor doctor. Lo hacía para molestar, pero acabó siendo la base de una agradable amistad del tipo yo-te-pago-y-tú-eres-mi-amigo.

—¿Puedes responderme a una pregunta con total sinceridad, Isabella?

—Sí, esa camisa no te favorece. No es culpa tuya, el azul cielo no le queda bien a nadie. —Me pone esa cara, esa que empieza con mirarme por encima de las gafas y que viene de la mano de un silencio que se estira con un chicle—. Perdona. Adelante.

—Aprecias mucho a Kásian.

—Eso no es una pregunta.

—¿Aprecias mucho a Kásian?

—Si le atropellara un autobús, no me resultaría indiferente.

—¿Y si dejara de ser amigo tuyo?

—Tengo a Leia y a Candy —juego con el dobladillo de mi vestido.

—Entonces, ¿no te importaría?

Me doy cuenta de que estoy moviendo la pierna en un evidente tic nervioso cuando él la mira. Freno mis impulsos. Me revuelvo en el asiento. La alarma de su móvil conforme nuestra hora ha terminado suena justo entonces, pero cuando la para, Lucca vuelve a mirarme expectante. Exhalo frustración.

—Sí. Me importaría. --Trago saliva--. Mucho».

—¡Aquí está la reina de la fiesta! —grita Candy Forbes dejando que la puerta del apartamento dé un golpe fuerte al abrirse porque

la gimnasta ha nacido para el estrellato y no sabe hacer ninguna entrada que no sea épica.

Candy es Sasha, de las Bratz. Es una muñeca. No tiene ni una sola peca mal puesta. Encima de estar buenísima, también es buenísima en lo suyo. Debería odiarla, pero no lo consigo.

—¡Prepárate para la mejor noche de tu vida! —sigue Leia deteniendo su euforia para soltar un amigable—: Hola, Kásian.

Las saluda, pero enseguida se olvidan de él, están muy ocupadas poniéndome todas las chorradas que han comprado para la fiesta entre lo que se encuentra: un sombrero vaquero, unas gafas rosas con forma de corazón y purpurina que no vamos a poder limpiar del piso nunca jamás.

Kásian se limpia los labios en una servilleta, se pone en pie y se marcha. Como si pudiera escurrirse entre las sombras sin que nadie lo viera. Como si no tuviera un puñado de focos siguiéndole a cada paso que da. La puerta del piso se cierra despacio y aunque el golpe es suave, en mi interior resuena con eco.

—¿Nos estás escuchando? —pregunta Candy mirando mi tofu con un asco del todo injustificado y a mí con los ojos brillantes en un te-estaría-abrazando-si-no-fueras-rara-y-odiaras-el-contacto-físico—.

¡Has ganado, campeona! Y te vas a venir a la fiesta para celebrarlo. No hay más que hablar.

—¿De dónde saca toda esa energía? —le pregunto a Leia mientras Candy se marcha a ponerse el vestido más corto que haya en su armario.

—De las drogas.

Leia ha acabado el torneo mucho antes que yo, así que ha podido irse de compras-express con Candy. Rara vez se queda hasta que termino. No le apasiona el ajedrez como a mí. Sinceramente, creo que solo juega para tener algo en común conmigo.

A veces dudo si soy capaz de querer de verdad a la peña. Si el abandono de mi madre me rompió el software del cariño. Entonces salgo a beber agua a medianoche y me encuentro a la belga y futura periodista en mitad de la cocina ,con un puñado de parches antiojeras repartidos por toda la cara, haciéndose un té matcha y comprándose un Labubu por internet mientras mira un vídeo de YouTube sobre cómo hacerse trenzas coreanas y me doy cuenta de que sí, que la quiero mucho. Y a Candy también.

—¿Qué vas a ponerte tú? —pregunto ignorando el hueco inmenso que ha dejado el cuerpo de Kásian en nuestra cocina—. Piensa que igual va ese Erik que te gusta. —La miro cuando no

responde y tiene *esa* cara, la cara de «señor no me venda otro Sonny Angel que ya tenga, deme solo el que yo quiero», la de «soy una periodista y no voy a rendirme hasta tener la noticia que quiero».

—¿Puedo convencerte de que te vengas si no te obligo a cambiarte de ropa?

—Leia.

—Yo no voy a ir así. De hecho ni siquiera debería haberme presentado así vestida para el torneo, pero es que tenía clase de pilates y no me daba tiempo de cambiarme y…

—Ehhh, no hace falta que te justifiques. —Lleva un conjunto rosa de deporte, está guapísima.

—Vale, bueno, ¿y si te convenzo de que volveré pronto porque mañana tengo el honor de entrevistar a mi crush de la natación?

Cloire Rhed. Leia está inaguantable desde que su tutor le dio la noticia.

—Nop.

—Sé que he estado un poco borde estos días, pero es que no dormía bien por un examen, además discutí con mi madre y encima me bajó la regla… o sea, estaba hormonal, no era cosa tuya.

—Leia, escúchame, a mí no me cae bien mucha gente. Se pueden contar con los dedos de una mano y me sobran dedos. Tú eres una de las extrañas ediciones limitadas que sí adoro, así que: Deja. De. Justificarte.

—¿Y entonces por qué no vienes?

—Porque no me apetece, simple y llanamente.

—¿Te he dicho cuánto odio no poder enseñarle a North Star lo increíble que eres?

Siento cómo el retortijón de culpa me cierra el estómago y… adiós al tofu.

—Leia… —suplico.

—Ya, ya, tranquila —hace una mueca y rebusca entre sus cosas para sacar un cojín rosa chillón con forma de peón de ajedrez—. Te he comprado esto, para que estuvieras más cómoda haciendo deberes.

Porque sabía que no iba a ir.

Es un cojín horroroso. Y el detalle más bonito que ha tenido jamás conmigo. Me levanto y se le abren los ojos como platos como si fuera a pegarla o algo. Entonces la rodeo con los brazos y la estrujo.

—Gracias, Vermeulen.

—N-no… no hay de qué —responde tiesa, en shock de que la esté tocando.

Porque yo nunca toco a nadie.

Salvo a Kásian Snow.

No tardan mucho en irse. Candy embadurnada de purpurina y enfundada en un vestido negro, ceñido y corto, y Leia con uno azul pastel más romántico y sexy, de raja lateral y hombros caídos. Están guapísimas.

Horas después, estoy en la cama con el cojín rosa y el portátil, a punto de acabar con un trabajo que tengo que entregar en tres semanas cuando me descubro viendo las historias de Instagram del equipo de hockey.

El regalo con el que me premio tras escribir cinco mil nuevas palabras sobre bioinformática avanzada se vuelve en mi contra cuando en la historia de Jacob Bolton aparece una chica pelirroja junto a Kásian y antes de que termine el vídeo, él le come la boca.

C a p í t u l o 7

Kásian

Me quedo a medio camino de atar el cordón desabrochado de mi bota, por andar pensando en lo que me dijo ayer Landon sobre ayudarme a conseguir un entrenador privado para mejorar aún más mi técnica.

El pobre no tiene ni idea de hasta qué punto estoy tieso.

Tengo el dinero justo para vivir durante mi último año de carrera y puede que un par de meses más, pero ni de coña tengo para un entrenador privado. Si no fuera por la beca, no tendría un sitio en North Star ni de coña. En cualquier caso, Landon tiene fe en mí. La tuvo desde que llegué al equipo en tercero. Sé que le debo mucho.

—¿Te parece si saco yo un tema? —Leif, mi inexpresivo y amable terapeuta sueco que siempre lleva un colgante hortera de la torre de

pisa rodeándole el cuello, decide romper el silencio tras unos dolorosos minutos.

—¿No quieres hablar de los bombones que te he traído? No me has dicho feliz San Valentín todavía —le sonrío, pero él no me devuelve el gesto.

Igual porque sí me lo ha dicho.

—Sé que no es agradable para ti estar aquí, Kásian, pero si quieres seguir en el equipo de hockey, tienes que trabajar tus traumas.

Todo esto empezó porque Landon me pilló apagado-o-fuera-de-cobertura en los vestuarios. Tuve que inventarme una milonga para salir del lío y tiré de mis traumas personales. Funcionó. No tuve que contarle la verdad de lo que me pasa, lo cual, sin duda, me habría conseguido una expulsión inmediata del equipo y adiós a mi sueño. *¿Porque a quién le importa que siempre hayas querido jugar en la NHL si es probable que te mueras antes de graduarte?*

La única pega de mi plan improvisado, es que tengo que hablar con Leif semanalmente. Es buen tío, pero a mí no me gusta hablar con nadie.

—¿Kásian?

—Haz tus preguntas, Leif. No tienes que ser tan cordial conmigo, ni pedirme permiso.

—No eres una persona violenta, nunca lo has sido y teniendo en cuenta de dónde vienes, eso es mucho. Pero me preocupa que te guardes todo lo que sientes, y lo que eres, en una caja demasiado pequeña para ti. Las personas que tienen ese comportamiento acaban explotando y nunca es bonito.

Aprieto los dientes. Sé que no estoy obligado a decir nada porque no ha hecho ninguna pregunta.

—Está bien —se aclara la garganta—. ¿Con qué frecuencia piensas en el orfanato?

—De vez en cuando.

—¿Y por qué piensas en ello?

—Me gusta comparar lo increíble que es mi vida ahora con lo mierda que era entonces —le sonrío porque soy un *tocacojones*.

—¿Y en Ashtan? ¿Piensas en él?

Me arranca una risa airosa. *Los terapeutas son todos unos cabrones.*

—No. No pienso en él —me aguanta la mirada y sé que como respuesta, no le es suficiente—. Tengo nuevos amigos, Leif. Te he hablado de ellos, ¿recuerdas?

—Kásian, no te estoy atacando. Solo pregunto por una persona que fue muy importante para ti. Una persona que aseguras que te salvó la vida.

Los gritos, los míos, vuelven a mi cabeza.

La culpa.

Me miro las cicatrices de los nudillos y veo la sangre de la herida de entonces. Revivo el vacío en el pecho. La soledad. El miedo. La desesperación. *El hecho de no saber para qué coño he venido al mundo.* La alarma de su móvil suena, me levanto de la silla y atravieso la puerta.

C a p í t u l o 8

Kásian

Miro la lápida. Edward Johnson. Con la mano libre que me deja el paraguas, aparto las flores que le traje la última vez y ahora están muertas, y luego me siento. Lo hago pese a que sé que nunca me quedo más de dos minutos.

—¿Qué hay, viejo? Soy yo. El único que viene a verte, por lo visto —resoplo apretando las flores secas, haciéndolas crujir en mis manos—. Con toda la gente imbécil que hay por ahí, y tuviste que morirte tú. Ni siquiera eras tan mayor, tío, ya te vale —le gruño. Las gotas de la lluvia son lo único que rompe el silencio—. Landon me ha felicitado esta semana. He recibido un par de ofertas bastante buenas. Aun así, sigo esperando una de…

Él no está ahí.

No puede oírte.

Porque esta muerto.

Aprieto el mango del paraguas y me largo tirando lo que queda de las flores a la primera basura que encuentro. Me meto en el coche y vuelvo al campus. Tengo que hacer una parada a un lado de la carretera cuando las luces negras empiezan a nublarme la vista, pero al final no ocurre nada.

El apartamento que comparto con Dhário está vacío cuando entro en casa, empapado, porque a diferencia de mí él sí está en clase. Me doy cuenta de hasta qué punto no me ha servido el paraguas cuando veo el reguero de agua que van dejando mis botas. *Mierda*.

Abro el grifo del baño para darme una ducha caliente, pero antes de que me desvista, llaman a la puerta. Quien sea que esté al otro lado parece dispuesto a echarla abajo y voy a arrancarle la puta mano por…

—¿Qué hacías, masturbarte? ¿Por qué has tardado tanto en abrir?

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto cuando pasa dentro sin que la invite.

Tiene las puntas del pelo rubio mojadas y pequeñas gotas en las gafas.

—He terminado un examen y estoy súper cabreada. Tenía treinta minutos libres y quería quejarme, ¿puedo comprar tus oídos a cambio de papeo? ¿Qué haces aquí, por cierto? ¿No tienes clase?

C a p í t u l o 9

Isabella

Le veo en el aparcamiento, bajando de ese coche al que n-u-n-c-a quiere que me suba. *En serio, una vez se gastó cuarenta pavos en un taxi pudiendo conducir él*. La cantidad de vertientes indescifrables que la personalidad de Kásian tiene para mí, son tantas como decimales tiene el número Pi. Pero eso no importa ahora, porque sé que algo va mal solo con ver las sombras de su cara.

El nudo que tengo en el estómago crece tan deprisa como rápidas son sus zancadas.

No tenemos una relación tan estrecha. No somos inseparables. Algunos días dudo de que seamos amigos. Pero curiosamente,

siempre estamos ahí cuando la vida se vuelve una mierda demasiado grande como para tragártela entera sin más.

Kásian estuvo ahí cuando mi madre apareció hace unos meses para pedirme dinero, episodio que jamás le conté a mi hermano Adler, por supuesto. También estuvo ahí cuando me rompí el brazo y no podía cargar con mi mochila. Y cuando me birlaron un trabajo de bioinformática y Jared Tokyen lo presentó como propio. Kásian no dio su brazo a torcer, insistió hasta que mi profesora revisó las cámaras de seguridad con el rector de la universidad. Expulsaron a Tokyen, me pusieron un diez y Kásian y yo lo celebramos con una ración triple de pollo frito. Me puse malísima de la tripa.

Antes de entrar en su edificio, me freno al notar que me vibra el móvil. «Saltimbanqui» aparece en pantalla.

—¿Candy? ¿Ha pasado algo? —pregunto, pues ella nunca me llama.

Las tres tenemos la misma alergia asfixiante a hablar por teléfono.

—Solo quería informarte de que voy a traerme a alguien al piso esta noche. No se quedará a dormir, ni tocará nuestra nevera.

—Sin problema. —*Ahí donde la veis, su vida no es todo de color rosa, se merece divertirse tanto como pueda.*

Una tercera voz, lejana y masculina, suena de fondo al otro lado del teléfono.

—Preciosa, luego voy a dar una vuelta con el coche, ¿puedo pasar por tu casa?

—¡Sí, pero no frenes! —Le grita ella.

—Candy, tengo que dejarte. —Le cuelgo, acelero el ritmo de mis pasos y entro en el edificio de Kásian.

C a p í t u l o 10

Kásian

Cierro tras de mí, apoyándome en la puerta sin dejar de mirarla. Siempre he odiado el sofá que los padres de Dhário le regalaron, pero ahora me alegro de tenerlo. Ella es la única que me gustaría que se quedara a pasar la noche. *Aunque no lo haría en este sofá, de ser por mí, sino en mi cama.*

—¿No vienes? —pregunta desenvolviendo un bocadillo más grande que su cabeza, uno que parte en dos.

Me dejo caer a su lado y me sacudo el pelo que no deja de gotearme.

—¡Eh, que me mojas las gafas!

—Ya las tenías mojadas —a duras penas contengo la sonrisa. Me inclino para darle un mordisco a uno de las mitades que todavía

sujeta y al mismo tiempo, le quito las gafas—. Te las limpio.

—Sabes que odio que me las quites —gruñe por lo bajo.

Sí, porque no ve tres en un burro. A mí me encanta porque es el único momento en el que Isabella Jenkins parece algo vulnerable. Un pez fuera del agua.

—Como nuevas —se las vuelvo a poner, apartando un par de mechones rubios tras su oreja.

Antes de que me dé cuenta le estoy acariciando el pelo y tengo los pulmones llenos de flores. Carraspeo.

—¿Has acabado de darme mal rollo?

Le alboroto el pelo y le robo la mitad del bocadillo.

—Ahora sí. Empieza a gruñir, ¿por qué dices que no vas a sacar un diez? —pregunto por encima de su quejiqueo.

—El noventa por ciento de las preguntas no han sido basadas en el contenido de clase. —Pone las piernas sobre las mías y yo se las cojo por acto reflejo, pero hoy solo hay unas medias separándome de su piel.

—¿Y no has sabido responder muchas? —pregunto mi voz saliendo un par de octavas más grave.

Relájate, coño.

—¿Que no he…? —resopla—. Me quedé con el cien por cien de la inteligencia Jenkins. Claro que he sabido.

Ella se lo aprende todo al dedillo y cualquiera que la conozca lo sabe.

—Entonces, ¿por qué estás cabreada?

—Porque me parece injusto para mis compañeros. Y no te creas que me he quedado callada, se lo he dejado claro al profesor al final de mi examen. Fijo que me baja la nota por eso.

—Una rebelde.

—Ni lo dudes. Que si no he sabido responder dice… ¿Por quién me tomas? ¿Un jugador profesional de hockey que perdería el ochenta por ciento de su pasta gansa por meterlo en inversiones sin tener ni idea? —pregunta, refiriéndose a su hermano mayor, que no está pasando un buen momento económico.

Me distrae verla. Come con voracidad y algo me dice que sus compañeras han salido pronto del piso y no le ha dado tiempo a desayunar en compañía.

—Te tengo dicho que me llames.

—¿Mmm? —pregunta con los mofletes llenos de bocadillo.

—Si tienes hambre —le clavo el índice en la mejilla y me da un manotazo.

—Ni siquiera sabes programar con Matlab, chaval, no me vengas con actitudes altaneras. Puedo hacerlo todo sola.

Miente de pena. Desvío la mirada para no hacer algo de lo que me arrepienta.

—¿Sabes? —pregunta cuando se lo traga todo—. El otro día tuve sesión con el doctor Lucca.

—¿Consiguió curarte tus prejuicios hacia el deporte que practico?

—El hockey me parece fascinante, no te confundas. ¿Un montón de adultos con palos intentando sublimar sus traumas infantiles sobre hielo? ¿Y encima con público? Venga ya. No, pero sí que hicimos avances en otros aspectos de mi terrible personalidad. Lo cierto es que Lucca es genial. ¿Leif también lo es?

Lo que te digo, es sutil que te cagas. Pero si cree que voy a cargarla con mis mierdas es que no me conoce.

—Sí.

Asiente en silencio expectante a que siga y cuando no lo hago, se pellizca los labios como si temiera que las palabras salieran solas de su boca.

—¿No vas a contestar? Te ha vibrado el móvil tres veces —dice y no es la primera vez que no me doy cuenta estando con ella.

Me levanto del sofá porque ya imagino de quién se trata y no quiero que ella lo vea.

—¿A dónde vas?

—A ponerme algo seco para acompañarte.

—¿A dónde?

—A ver a ese tutor que tan poco te gusta.

—¿Cómo sabes que tengo que ir a ver al señor Rastrinclasque?

Porque Dhário se lió con Clara el otro día, cuya amiga Chloe va a la clase de Isabella y mientras intentaba acostarse conmigo, me habló de todo tipo de cosas. Una de ellas, la entrega del trabajo en su despacho. Mi pregunta es, ¿por qué cojones ese profesor viejo y baboso no lo recoge en clase?

—Vuelvo enseguida.

Dr. Elías Redgrave

Dr. Elías Redgrave

No te desanimes.

Sé que los últimos resultados no han sido ideales y que hemos tenido que subirte la dosis más de lo esperado, pero todavía tenemos mucho que probar.

Llámame si vuelves a perder el conocimiento.

—¿Te importa si te cojo prestada la sudadera de North Star? Tengo frío —dice desde el salón, con una voz capaz de arrancarme de cualquier pesadilla.

—Toda tuya. —Le digo y el estómago se me contrae al volver al salón y verla con ella puesta.

Para empezar, le llega por las rodillas. Mucho más allá que su falda. Rastrinclasque es un viejo, sí, pero también un viejo verde, y juro que no me importaría zurrarle.

—Bella, ¿ese tío alguna vez…?

—Eh, exhibicionista, tápate un poco —pide desviando la mirada, solo entonces me doy cuenta de que he salido sin camiseta, con ella en la mano.

La ignoro y me pongo delante.

—¿Alguna vez te ha hecho sentir incómoda?

—Es un baboso, lo cual significa que hace sentir incómodas a todas las integrantes del género femenino, indiscriminadamente —responde atravesándome con los ojos con demasiada intensidad. Entiendo por qué cuando se le bajan solos por mi cuerpo. *Joder, nunca me he sentido mejor conmigo mismo*—. ¿Puedes hacer el favor de vestirte?

—No vuelvas a ir a verle sin mí, ¿entendido?

—¿Por…? ¿Por qué?

—Porque te lo pido yo y punto —suelto tajante.

—Eso no es una razón válida —Se pone roja.

—*Isabella*.

—Vale.

Me vuelve loco que me haga caso, sobre todo cuando ella no se lo hace a nadie. Me genera ideas malas en la cabeza, ideas que no debería tener. Fantasías. Montones. Todas con un nexo común: ella me dice que sí a todo lo que yo le p…

—¿Vamos? —coge su mochila y asiento.

Salimos de mi apartamento y apenas me doy cuenta de que he dejado de sentirme como una mierda gracias a su compañía.

Esa noche abro el portátil y busco un vídeo en YouTube sobre programación Matlab.

Capítulo 11

Isabella

Una muchacha pelirroja de ligamentos forzados y moño apretado da unas palmadas y el carbonato de magnesio de sus manos levanta una nubecilla de polvo blanco. Me encantaría saber a qué huele.

—¿Qué se supone que estamos haciendo? —pregunto masticando palomitas saladas mientras el estruendo de aplausos y vítores me hace vibrar las costillas.

—Venimos a animar, por supuesto —dice Leia sentada a mi izquierda, engullendo una cantidad ingente de azúcar que su metabolismo nervioso y mágico convertirá en proteína y carisma.

—Pero en casa nosotras no le hemos dicho a Candy que veníamos. Ni tampoco se lo hemos escrito por mensaje.

—Es que es una sorpresa.

—Leia… —muevo el índice a nuestro alrededor, recogiendo todo el lugar, hasta la última grada petada de gente dando voces y animando—. ¿Cómo va a vernos Candy? ¿Se trae un catalejo a estas cosas? ¿Su ritual antes de subirse a ese artilugio de tortura es utilizarlo? —muevo la barbilla hacia la barra de equilibrio.

Leia Vermeulen me sonríe, pese a su fijación absurda por odiar sus dientes, y rebusca en el bolso gigante que ha dejado a sus pies. Solo entonces saca dos dedos de goma espuma fucsia en el que se leen «CA» y «NDY». Me enfunda la mano en el segundo y de repente me replanteo muchas decisiones.

¿Por qué tuve que decirle «¿tu apellido es belga, lo eres tú también?», cuando me ayudó a sacar un batido de la máquina expendedora?

¿Por qué accedí a vivir con ella y Candy?

¿Por qué todavía no vivo en las montañas sola, joder?

—¿De verdad vas a obligarme a participar en esto?

—No hace falta, Isa. Puedo ponerme el de «CA» y gritar «NDY» si quieres. Me adapto a todo.

Leia no deja de llamarla hasta que la gimnasta se percata. Sentada en el banco en el que espera a que sea su turno, Candy

Forbes se gira despacio hacia nosotras y nos mira mor-ti-fi-ca-da.

Bueno, la parte positiva de todo esto es que al menos no sufriré esta desgracia sola. Sí, sí, Candy, es todo cosa suya. ¿Cómo dices? ¿Encerrarla en un armario para que aprenda? Me parece perfecto.

Leia vuelve a sentarse dándose por satisfecha por ahora y mientras una chica cuyo nombre desconozco salta de una paralela a otra como si su cuerpo fuera de algún material liviano, miro a las otras gimnastas. Están separadas un puñado de metros de Candy.

Lo normal cuando todo el mundo camina en una dirección y tú vas en la contraria, es que el problema seas tú. Pero en este caso no. Son imbéciles. Candy no lo es. Tienen mentes mediocres que se sienten acomplejadas por la brutal disciplina, entrega y talento de Candy. *Que les folle un pez espada.*

—A mis ojos, le hacen un favor separándose de ella.

—Ya, pero aun así, me sabe fatal —Leia aprieta los labios en una mueca compungida—. Candy no se merece todo ese rechazo. Ya sabes como es, ella lleva toda su lucha por dentro, pero aun así…

—Ya, que ojalá no tuviera que aguantarlo, ¿no?

—Más bien. —Leia se guarda la mano que ha estado a punto de ponerme en la pierna en señal de cariño—. Y encima como guinda del pastel, esa arpía de entrenadora que tiene.

—Debería buscarse otra.

—Sí, a ver si tú la convences porque no hay manera. Cuánto la odio. No se preocupa nada por ella.

Es cierto, la obliga a entrenar incluso cuando está enferma y con fiebre. No me considero una mentirosa, pero una vez mentí como una profesional mientras cubría a Leia que, desde el salón, borraba los mensajes de la entrenadora del móvil de Candy.

¿A Candy le cayó una buena bronca por no ir a ese entrenamiento extra, no responder a los mensajes y tener el móvil apagado cuando la llamó diecisiete veces? Sí. Pero mejor eso que pillar una pulmonía por salir en mitad de una tormenta en pleno diciembre estando acatarrada, qué quieres que te diga.

Me levanto del asiento como si le hubieran puesto un muelle y grito su nombre cuando sale a hacer sus ejercicios, moviendo el dedo de goma espuma que tengo cogido con las dos manos. ¿La única voz que suena tan fuerte como la mía? La de Leia.

Candy sonríe, aunque sea solo un poquito, las pantallas lo captan y a mí me genera una sensación rara en el pecho. *Pertenencia.* Luego se sube a la barra de equilibrio y el mundo pasa a pertenecerle solo a ella. *Dale, Forbes. Tú puedes.*

C a p í t u l o 1 2

Isabella

—Estás furioso porque te han suspendido injustamente un trabajo de ortopedia deportiva y lo entiendo, la vida apesta, pero esta no es la solución —jadeo agarrándome a la valla.

—Yo no suspendo desde… nunca, en realidad.

—¿Y entonces por qué me castigas? —esto ya ha sonado a gemido, pero es que el patín se me ha resbalado y casi me estrello de culo.

Otra vez. Se acerca a mí patinando como el odioso maestro del hielo que es.

—Que quiera poner un poco de músculo en tus piernas enclenques no es un castigo, Isabella. Y sé que el gimnasio no te gusta nada.

Primero me pone un spray de pimienta en la mochila y luego esto. ¿Qué será lo siguiente?

—Nunca debería haberte dicho lo de Rastrinclasque. —Sacudo la cabeza y el casco que me ha dado, *que huele a rana de laboratorio en pleno estado de descomposición,* me baila.

—Lo que deberías hacer es escribir una queja sobre él. —Me pone una mano en la cabeza para que no se me mueva, se acerca y respiramos el mismo aire.

—Trece. He escrito trece.

—¿De verdad? —frunce el bonito rostro anguloso ese que tiene.

—Es un hombre blanco, viejo y poderoso, ¿en qué mundo te crees que vivimos?

Aprieta la mandíbula como para partírsela y a mí me entran los calores. No sé por qué. Esa furia asesina que tiene, y nunca, jamás, bajo ningún concepto va dirigida a mí, me… me hace cosas.

¿Cosas en las que no quiero pensar? Definitivamente.

—Kásian —le veo apartar la mirada, llevarse una mano a la cabeza y sacudirla como si pasara algo—. ¿Kásian?

—Patina, Bella —ordena en un gruñido.

Ay joder. *Esa* maldita voz. Siempre me ha irritado horrores que me den órdenes. Si estudio tanto es porque quiero llegar a ser la

jefa de alguien. *Pero que él me dé órdenes me…* me tiemblan las piernas. ¿Quién sabe cuánto tiempo más voy a poder seguir colándome trolas de que es por el ejercicio que se me está exigiendo?

—¿Esto no va contra las normas?

—¿Qué?

—¿Podemos usar la pista como nos dé la gana?

—No hagas preguntas que no quiero responder. —Pone una mano en mi cintura, pero enseguida aleja—. Va, sígueme. —Ordena y el rastro de su olor almizclado, picante, especiado que se mezcla con el olor a jabón y a Kásian…

Yo necesito ayuda profesional.

O una camisa de fuerza.

Cuarenta minutos después estoy en el suelo. Si al día siguiente tengo tantas agujetas que dar un paso duele como depilarse donde no da el sol con las pinzas de las cejas, no entiendo cómo me convence para volver a ponerme patines.

Al acabar su entrenamiento particular estoy en un océano de pura indefensión. No puedo moverme. Todo duele. Hasta quejarme.

—Levántate —pide ofreciéndome la mano, no sin antes patinar hasta aquí con la facilidad de un cisne con todos sus lagos.

—Esto es un sinsentido, Kásian. Querías hacerme fuerte y lo que estás haciendo es lo contrario. —A duras penas contengo un gemido de dolor cuando intento levantarme—. Es oficial, yo ya no tengo cuádriceps.

—Si te dolía tanto no deberías haber entrenado hoy también.

—¿Y de quién ha sido la culpa? —Lo fulmino con la mirada más asesina que tengo.

Encoge sus hombros de quarterback.

—Pensaba que ibas de farol, que era tu vagancia la que hablaba. Ayer ni siquiera te exigí tanto, debes estar en una pésima forma física. Además sueles mentir a menudo.

—¿Mentir yo?

—La semana pasada te caíste desde la gran altura de un solo escalón y como te moriste de la vergüenza, fingiste que te habías desmayado.

—Eso no tiene nada que ver con ahora. Dios, eres… eres… —Quiero matarlo, pero vuelvo a hacerme daño y hasta se me escapa una lágrima, lo cual es una absoluta ofensa para mi ego y mi orgullo.

Qué día más horrible.

Su mano acaricia mi mejilla. Se ha quitado el guante muy rápido.

—Lo siento, ha sido mi culpa.

—Sí, siéntente fatal contigo mismo.

Oculta una sonrisa. Justo después me coge en brazos y patina.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, pese a que ya lo sé, lo gritan todas mis alarmas: Kásian Snow está cargando conmigo en brazos.

—Relájate, Isabestia.

Es evidente que mi vida no puede empeorar.

C a p í t u l o 1 3

Kásian

Hoy estoy muy contento. Tenemos un partido, lo cual de por sí ya me pondría de buen humor. Pero encima, este es en North Star, lo cual me alegra porque hacía meses que no teníamos ninguno en casa. Llevo viendo carteles por todo el campus desde hace semanas y teniendo en cuenta los gritos que se oyen desde aquí, diría que han decidido no respetar lo del aforo limitado y todo eso.

Entro en el vestuario y me acerco a Bhødie Hayes. Ojos azules, tez oscura, amante de la historia y del hockey, Bhødie tiene un año menos que yo, pero después de Dhário, es quien mejor me cae de todo el equipo.

Espero que el año que viene lo hagan capitán.

Me mira en cuanto entro, así que le doy lo que necesita sin preámbulos. Él los coge de mi palma sin tocarme, lo cual agradezco, da media vuelta y se va al rincón más alejado del vestuario mientras los benjamines del equipo no dejan de hacer el tonto.

Compruebo mi móvil.

Sabionda

Isabella Jenkins

Hoy no voy a poder ir a verte

Es que tengo cosas más importantes que hacer

Kásian Snow

Quién eres?

Oye, por favor, deja de acosarme, tengo mujer e hijos

El grito de Shoon me hace querer cerrar la taquilla con fuerza después de meter su puta cabeza dentro. Guardo el móvil, me quito la camiseta y empiezo a vestirme con la equipación. Tengo el hombro izquierdo algo dolorido, pero no le doy importancia. He estado haciendo mis ejercicios para prevenir daños, enfocándome en él en el gimnasio, estoy seguro de que no me dará problemas.

—Gábhian, Thikens, Shoon, id a ver a Landon y preguntadle si necesita que estemos antes de la hora acordada. Luego buscáis a Bolton y le hacéis la misma pregunta —les ordena Dhário Langley zanjando las carcajadas.

—¿Hace falta que vayamos los tres para eso, capitán? —pregunta Thikens, que no es un chaval muy avispado.

—¿Y no vale con que se lo preguntemos a uno de los dos? —sigue Shoon, que se cayó de los brazos de su madre al poco de nacer.

El capitán del equipo les lanza una mirada asesina desde las alturas y Gábhian tira de ambos para que lo sigan. El menos tonto de los tres. Sí, he escogido mis palabras sabiamente.

El resto del equipo mira a Dhário que se encoge de hombros y dice:

—Están demasiado excitados, nos van a dejar en ridículo como no se calmen.

—«O si no, al menos no saldré de mala hostia a la pista» —dice Walker Ellis imitando la voz de Dhário.

Se oyen risas.

—Esta noche salimos a celebrarlo, ¿no?

—Knox, todavía ni hemos jugado el partido, tío —le digo poniéndome las protecciones de las rodillas.

—¿Y qué, Snow? Vamos a ganar.

—Es evidente —corrobora McKenna, que a los dieciséis un partido amistoso lo marcó de por vida cuando la cuchilla del patín de uno de sus rivales acabó hundiéndose en su mejilla.

Usa esa cicatriz para ligar en once de cada diez ocasiones.

—¿A quién quieres ver en esa fiesta, Madison? —canturrea uno de segundo.

—A Isa Jenkins, ¿verdad? —tantea Walker Ellis.

—Joder, sí. Pero sería un puto milagro que le apeteciera venirse con…

—¿Cómo dices? —me giro cerrando la taquilla de golpe.

Knox desvía la mirada mientras otros murmuran:

—Uhhh.

Los de segundo y tercero que no son del grupo de amigos, ni están en el chat, se apartan de mi camino cuando me doy la vuelta. Knox Madison se hace más pequeño a medida que reduzco la distancia. Para ser canadiense, nunca me ha parecido muy educado.

—Lo… lo siento, Snow, ¿tenéis algo…? No lo sabía.

—Escúchame bien porque no quiero tener que repetírtelo nunca. Para ti Isabella Jenkins tiene novio, amante, marido y es lesbiana, ¿entendido?

—Sí, Snow. Queda clarísimo. Entendido —responde nervioso.

—Sí, tío, ¿acaso no sabes por qué Snow se da duchas tan largas? —suelta Dhário relajando el ambiente.

Si al menos me sirvieran de algo…

—Las tonterías que decís se oyen desde fuera —dice Jacob Bolton, co-entrenador y graduado en North Star. Sonríe—. ¿Tan animados estáis?

—Tenemos motivos, entrenador —dice McKenna, siguiéndole el buen rollo.

—Hoy no jugáis contra un equipo. Jugáis contra la idea que tienen de vosotros, lo que creen que sois. Id y destrozadla. Demostradles que están equivocados, que podéis ser su peor pesadilla.

—Gracias, entrenador, significa…

—¿Te vas a poner a cantar, tío? —pregunta Ellis interrumpiendo a Dhário.

—¿Es porque también te llamas Bolton? —suelta McKenna.

Jacob da un golpe con el puño cerrado en una de las taquillas silenciando a los graciosos, dejando claro que él es más de aullar como los lobos.

—Salid ahí, ¡ahora! —ruge y nadie dice una puta palabra más.

Como debe ser.

Nos metemos en la pista cuando la música de *«Gods»* de *League of Legends & New Jeans* suena, lo cual es un detallazo, pero va a hacer spoilers al público de quién va a ganar. Saludamos al equipo rival y me doy una vuelta para calentar. *Solo* para eso.

Se me quiere curvar la puta sonrisa, pero la disimulo como puedo.

C a p í t u l o 1 4

Kásian

Joder, sí. Min kærlighed.

Patino más rápido de lo que lo voy a hacer en el partido.

—Vaya, vaya, y yo que pensaba que no ibas a tener tiempo.

—Me he traído el portátil —lo alza.

—Ya lo veo. —*Se me parte la cara de sonreír, en serio.*

—Ni siquiera voy a haceros caso —asegura y pese a los gritos de las gradas, yo solo la oigo a ella.

Me paso la lengua por el interior de la mejilla.

—¿No? —De verdad que no sé qué hacer con ella. *Qué motivación para hacer un puto espectáculo.*

—Nop.

—Aun así, gracias por venir. Es todo un detalle.

—Ya, lo que sea. Deberías irte y vigila —dice alejándose hacia su asiento.

—Voy a jugar un partido, no a un tiroteo.

—Lo digo por el hombro, imbécil. ¡Deja de reírte de mí!

—Cuidado, Bella, o pensaré que de verdad te preocupas —le guiño un ojo y tengo el tiempo justo de beberme su reacción y largarme.

Landon nos da una breve charla antes de que den la señal, llena de «no hagáis…», «recordad que no está permitido…», y «hay cámaras por todas partes». No sé qué se piensa que vamos a hacer, si somos unos chicos bien majos.

Dhário mete el primer gol del partido. Un capitán haciendo honra a su título.

El segundo nos cuesta un poco más. Me tienen bloqueado cuando Knox le hace un pase magistral a Ellis. Lo negaré si lo pregunta, pero casi dudo si lo va a meter en la puta portería desde donde está, de lo fuerte y bien dirigido que lo lanza.

Retrocedo, engullo la distancia y consigo librarme de mis sombras.

—¡Snow! —grita Langley, avisándome de mi derecha.

Le hago un pase rápido a Bhødie, él lo intercepta de un modo imposible. Están a punto de robarnos el disco, pero veo el hueco y Max McKenna lo aprovecha. No es más que una treta, un engaño para que crean que vamos directos a portería, pero… McKenna finta en el último segundo.

Dhário me la devuelve. Patino más rápido que nunca.

Mis pulmones arden, se vuelven putas pasas arrugadas, agujas, pero los ignoro. Lo hago con todas las quejas de mi cuerpo.

El segundo gol es nuestro. Soy yo quien marca. El público grita eufórico y yo me imagino solo su cara. *¿Habrá gritado?*

El tercer punto lo metemos dos minutos después y lo achaco a los ánimos bajos del equipo rival, porque nuestra estrategia ni siquiera ha sido tan buena.

—Joder, Snow, ¡estás volando! —dice Bhødie Hayes en el último periodo, chocándome el stick antes de pasar de largo y soltar una carcajada.

—¡Eso ha sido bestial, joder! —exclama Ellis acercándose lo justo.

—Venga, que esto no se ha acabado. Nada de confiarse —digo, pero la verdad es que los estamos reventando.

Está siendo un partido muy… Aiden Bharrim se me lleva por delante y me estampa contra la valla.

—Lo siento, Snow —se le abren los ojos en pánico—. No te he visto. Perdona.

Dhário, que iba delante de mí, se gira hacia nosotros con cara de querer arrancarle la puta cabeza.

—Se ha tropezado —me espabilo a aclarar, aparto a Aiden antes de que lo incineren y hago caso omiso a su muchas gracias.

Volvemos al partido.

Y lo ganamos.

Me sale humo del cuerpo. Tengo el corazón al límite. Pero cuando la veo a ella en las gradas todo merece la pena. Ha dejado el portátil en el asiento y está gritando como una loca. *Que alguien compita con eso, joder. Si se atreve.*

Landon viene al vestuario a felicitarnos. Metemos a McKenna vestido en las duchas porque lo ha hecho muy bien y me cambio tan rápido como puedo para pillarla.

—Ya es raro que te bañes, Langley, pero que encima lo hagas con tu gato… —me burlo del capitán del equipo.

—Número uno, no es raro, es mi familia. Número dos, yo le pongo una zafa en la que él se mete y flota en sequedad mientras

yo me baño.

—Tío, me parece que sabemos demasiadas cosas el uno del otro.

—¿Estás rompiendo conmigo?

Me carcajeo. Le choco el puño y alguien me corta el paso antes de que salga del vestuario.

—Gracias, Snow —Bhødie me devuelve los auriculares con cancelación de ruido.

Tiene migrañas crónicas que se le acentúan con el estrés antes de los partidos. Es una putada. Sobre todo si quiere ser profesional. No está seguro desde el año pasado, que fue cuando se le volvieron crónicas. *Ojalá que sí, porque es bueno de cojones.*

—No hay de qué, tío, son tuyos siempre que los necesites.

Salgo y voy a por ella. Las gradas ya están casi vacías. Busco su asiento, pero ya no hay nada. La decepción se cuela por mis venas.

—¿Buscas a tu entrenador? Porque creo que se ha largado ya. Ah, y felicidades, supongo.

Sonrío.

Y me doy la vuelta.

C a p í t u l o 1 5

Isabella

—Qué frío hace, joder. Vale, repítemelo otra vez, Isa —pide Candy agarrada al brazo de Leia, pero caminando lo bastante cerca de mí como para que me sienta parte del grupo.

—Los besos son algo incómodo y asquerosillo que no son más que un paso previo a soportar para follar, que es el verdadero premio —explico.

Es el premio, si tienes suerte. Si no, es otra decepción más.

—Estás l-o-c-a —Candy sacude la cabeza y las trenzas, ojiplática —. Besar es follar con la boca.

—Pfff, discrepo.

—Dios, es demasiado temprano para hablar de guarradas —dice Leia encogida en su anorak.

Candy suelta a Leia y me corta el paso.

—¿Puedo besarte?

—¿Dis…cuuulpa? —miro a Miss-solo-me-salto-la-dieta-por-una-mousse-de-chocolate-blanco y joder, parece decirlo en serio.

—Todos aquellos que te han besado han debido ser pésimos para que pienses así. Yo soy increíble. Déjame besarte.

Miro a Leia y parece que ha dejado de respirar.

—Apártala de mí por favor —echo a andar y Leia la coge para que no me persiga.

—¿Lo sabe Kásian? —pregunta escapándose del agarre.

—¿Qué si sabe el qué?

—¿Que no te han follado la boca dignamente?

—No, Candy, porque es mentira. Me la habrán follado miles de veces, pero no siento nada. —La empujo dentro del edificio cuando vuelve a cortarme el paso y la odio por obligarme a romper mi regla de no-contacto.

Algunos días, cuando Leia y yo no queremos sentirnos como amebas Naegleria fowleri, *que en realidad no sé si son muy paraditas o unas maratonianas come-cerebros,* acompañamos a Candy al gimnasio de buena mañana y eso es lo que hemos hecho

hoy. El equipo de hockey no está aquí, así que imagino que ya estarán en la pista, patinando como viciosos. No es que me importe.

Treinta minutos de sudores después, me flagelo por no haberme quedado en mi camita.

—Sabes que a Candy le apasiona leer erótica —me suelta Leia acercándose a hurtadillas mientras estoy en la máquina de aductor.

La periodista comparte miradas furtivas con mi reflejo en el espejo.

—Ajá, pero su apretado horario de deportista no le deja mucho tiempo libre —respondo en el mismo tono—. He oído sus quejas mañaneras en forma de canción de ducha.

—Pues ha tenido una idea: escuchar audiolibros.

Termino mis repeticiones y la miro. Estrecho la mirada, la escudriño, pero mi compi de piso tiene escrito en letras de neón a qué se refiere.

—No me digas.

—*Sí, te digo* —Leia abre mucho los ojos.

Busco a Candy con los míos y vuelvo a Leia. *Joder. Joder.*

—¿Me estás diciendo que Candy, mientras está ahí rodeada de tíos mazados y sudorosos, ella está…?

—Escuchando como Arthur se folla a Aurora de forma salvaje y hace que se corra de manera explícita y sonora, sí.

Ambas la miramos. Candy está haciendo tríceps en una polea para cuatro personas. Está rodeada de tres tíos que miden tres veces más que ella y por la expresión concentrada que tiene, bien podría estar escuchando una de mis clases de plasticidad cerebral.

—¿Te lo puedes creer? Es que… *dios*, a mí me daría algo. Además, ¿y si sus cascos fallan? ¿Y si el audio se reproduce por todo lo alto y el gimnasio entero se percata de lo que hace?

—No parece que eso vaya a quitarle el sueño —admito.

—Si vuelvo a nacer, quiero ser ella.

—Yo también.

El día avanza rápido como siempre que me dejan estudiar en paz y en soledad.

Quiero ser investigadora en neurociencia computacional, lo sé desde hace años, así que en el momento en que las materias empezaron a centrarse en analizar el funcionamiento del cerebro y convertirlo en código y algoritmos, estudiar se volvió mi obsesión. Una pasión que me consume. Que me despierta por las noches y me saca de la cama. *Vale, igual ya me pasaba antes.* El estudio siempre

ha sido mi espacio seguro, el único lugar en el que oigo una vocecita que dice: no estás tan mal, puede incluso que moles un poquito.

El día de estudio, deberes y trabajos pasa más rápido de lo que desearía. A veces siento que mi vida estudiantil es como tragarse una bola de helado de chocolate sin poder paladearla bien. El sol del atardecer se refleja en mis gafas. Mis músculos se quejan de haber estado tanto tiempo en esta silla para nada ergonómica. Empiezo a recoger escuchando la canción «My Heart Will Go On» en mi cabeza mientras me despido de los programas tan chulos con los que estaba trasteando.

—¿Ya te vas?

Imagino que es una pregunta retórica, porque tengo todas mis cosas en los brazos. Teniendo en cuenta el deje retorcido de *«¿ya vas a renunciar a todos tus sueños y echar un currículum en McDonalds?»,* sé de quién se trata sin necesidad de mirarle a la cara y no tiene nada que ver con que solo seamos tres personas.

—Sí, Richard.

—Qué pena —dice Brian, un chaval mucho más majo que el puto Richard.

No es la primera vez que nos quedamos solos programando mucho después de que acabe la clase de modelado computacional

del cerebro. Richard y yo somos los constantes, el resto van variando. A veces es Tessa quien se queda, a veces es Mary-Louis y otras veces es Brian.

Es una suerte que al Dr. Zonewalder no le importe, los ordenadores de aquí son mucho más tochos que mi enclenque portátil. Brian me habla de lo mucho que le gusta el tenis y yo finjo no dormirme mientras me lo cuenta, y también finjo que entiendo por qué a la gente le gusta hablar conmigo. Cada vez finjo mejor. *Creo.* Entonces empieza a hacerme preguntas y me siento en un examen.

—¿Te refieres a cuando diseñé un programa que detecta amenazas y errores antes de que ocurran? No fue para tanto.

—Sí lo fue, Isabella. Sin duda esa es una de las razones por la que todas las empresas te quieren. ¿Vas a empezar a trabajar después de la carrera?

Le cuento que no, que quiero seguir estudiando un par de años más, pero no porque le tenga miedo al mundo laboral, sino porque todavía hay muchos libros que quiero comerme. Después me marcho.

En el pasillo pienso en que Brian tiene pecas, el pelo oscuro, es alto y la definición de un tío mono estándar. Y aun así, a día de hoy

sigo sin saber por qué no me quiero acostar con él. Igual tiene que ver con que para mí el apego es igual de fiable que una conexión wifi inestable.

Culpo a mi madre, por abandonarme. Me rompió el software y ahora estoy pagando las consecuencias. Y el doctor Lucca está pagando las consecuencias. Cuánta gente inocente echada a perder.

Mis pasos se detienen al ver el bar a través de la ventana, en los pisos de abajo. Buena parte del equipo de hockey está tomando algo y hay muchas chicas con ellas. *Como siempre.* Una en concreto, rubia con el pelo rizado y bonito que parece una cantante famosa de lo guapa que es, está sentada en el regazo de Kásian. Me pregunto por qué soy incapaz de seguir mi camino durante el siguiente minuto entero o de apartar la vista.

Oigo pasos a mi espalda y reacciono justo a tiempo, antes de ser pillada infraganti.

Bajo las escaleras pensando en que si me doy prisa, podré comprarle a Leia ese pastelito con el que se suele premiar cada vez que borda un examen y pillarlas para cenar las tres juntas. No lo detesto del todo, esa es la verdad.

Me obligo a no girar la cabeza al pasar por la cristalería de la planta baja, la que da al bar, así que no me explico como, durante

una fracción de segundo, lo único que veo son sus ojos negros atravesándome.

Lo que ya no tiene ningún sentido, en absoluto, es que lo único que oigo en mi cabeza es su voz diciéndole al señor Rastrinclasque que venía conmigo, con esa pose estoica e intimidante que te cagas de atrévete-a-poner-una-sola-pega-y-la-tenemos. Rastrinclasque no la puso. El corazón me hace cosas raras cada vez que pienso en ello.

Al llegar al apartamento, lo encuentro vacío. Hay dos notas en la nevera.

«¡He bordado el examen de deontología de la información! ¡Salgo a cenar con Aiden Bharrim para celebrarlo!», reconozco la letra de Leia en el pósit fosforito con forma de cámara de grabación.

«Yo me voy a entrenar, ¿de verdad alguien sigue dejando notitas? ¿Un mensaje en el móvil no sería más ráp-», escribe Candy en la misma nota, hasta que se queda sin espacio.

Dejo el pastel en la nevera, me meto en la cama con el portátil y me pongo a programar hasta quedarme dormida.

C a p í t u l o 1 6

Isabella

La apoptosis es básicamente cuando una célula coge y dice: ya no soy útil, me autodestruyo con clase. Y eso es más o menos es lo que le está pasando a mi personalidad entera un jueves cualquiera a las siete y media de la tarde. ¿La razón? Pues verás…

Me considero una sinvergüenza.

Una mezcla entre empollona científica y comentarista del National Geographic en celo.

Una tía con desparpajo, que no tiene, *y nunca ha tenido*, pelos en la lengua.

Pero resulta que esta tarde, me doy cuenta de que tengo un límite. Resulta que hay algo que sí me da corte, que me saca los colores. Menudo *plot twist*. La terca que hay en mí no quiere caer

sin pelear, así que me concentro en la patada hacia atrás que estoy haciendo en la polea. *«—No tienes ni idea del tiempo que llevo deseándote».* Bufo. *Es una declaración muy santurrona, no me seas mema*.

Veo a Leia al otro lado del gimnasio. Se saca un auricular y se lo vuelve a poner, así varias veces. Sé muy bien lo que está haciendo. Está comprobando que es la única que lo oye.

«*—No me va la charla, Arthur. Ya lo sabes.*

—Voy a hacer que te corras hasta que mi nombre sea lo único que recuerdes, ¿qué tal esa charla?». Joooder. El tío de azul que tengo a mi izquierda gruñe al hacer su último tirón de bíceps, dejando que la vena de su cuello haga también el suyo. Sus ojos caen sobre mí y aparto los míos a toda prisa.

«Arthur le arranca la toalla del cuerpo a Aurora revelando su absoluta desnudez que tan bella se le antoja». El tío de rojo, el de las dominadas, hace un par de repeticiones más antes de soltar su agarre de un salto y mirarme como si supiera todo lo que yo sé. Todo lo que estoy haciendo. Escuchando. *Ay, mi madre.*

«Arthur la deja caer en la cama y le abre las piernas. Exhibiéndola. Luego realiza una profunda inhalación entre sus piernas y dice: tienes un coño perfecto, Aurora». Desvío la mirada a

toda prisa y veo a un par soltando risitas mientras me miran. *Lo saben. Fijo que mis auriculares roñosos han fallado en algún momento y de ahí las risitas.*

Tengo el pulso desbocado y Candy debe ser una avanzada creación de la IA porque si no yo no lo entiendo. Veo a Leia cogiendo a Candy y sacándola de la sala de musculación a rastras. *Si el ejercicio no es factible, cambiar la estrategia por la de huida me parece más que razonable.*

Doy zancadas hacia ellas, salvo que no tengo la misma suerte. Me cortan el paso. Tres metros de puro músculo y maldad.

—Kásian, eh, ¿qué hay? —El corazón se me sube a la garganta bajo su atenta mirada—. Hasta luego.

Me agarra del antebrazo. ¿Por qué me toca? ¿Y por qué la piel me arde así? Intento pausar el audiolibro, pero estoy sudada y la pantalla táctil de mi móvil no responde. *«Arthur convierte el clítoris de Aurora en el arma de placer perfecta con la que torturarla. Succiona y Aurora chilla con fuerza».*

—¿Qué te pasa?

«—Más rápido, Arthur, ¡más rápido!».

—¿A mí? Nada, ¿y a ti? —me intento soltar, pero es condenadamente fuerte.

Y el sudor le resbala por el cuello.

Qué larguísimo lo tiene.

Yo no debería fijarme en esa gota que se desliza con horrorosa lentitud lujuriosa. No debería ni saber que existe, mucho menos lo que hace la puñetera gota con su vida. Kásian es guapísimo. Lo ha sido siempre. Pero a mí nunca me ha importado lo más mínimo, ¿verdad? *¿Verdad?*

—Bella —me gruñe, como si hubiera hecho algo mal.

Aprovecho la adrenalina y alzo la vista dispuesta a hacer la mejor representación de «no me pasa nada» que han visto los teatros de Broadway.

—¿Qué hay? —mi voz suena estrangulada.

Adiós al estrellato.

—Estás roja. Como un tomate.

—Viene con lo de hacer ejercicio, ¿me sueltas? —respondo, pero él aprieta su agarre.

Toma posesión de mi brazo, de mi cuerpo… de mí. *«—No voy a darte lo que quieres hasta que me supliques, Aurora».* Yo sí que estoy a punto de suplicar.

Zugzwang. Término alemán que se usa en ajedrez y significa «obligación de mover». Pero no es cualquier movimiento: el

zugzwang ocurre cuando cualquier jugada que hagas te pone en una posición peor.

Esto es precisamente lo que me está pasando a mí.

—¿Estás ligando con todo el equipo de rugby? —me escudriña con la mirada.

—Claro que no.

—¿Y a qué vienen esas miraditas que le estás echando a medio gimnasio?

—Kásian.

—¿Y la pose de timidez? Tú no eres tímida. Eres lo más opuesto a… —deja de hablar cuando le pongo un auricular en la oreja.

«—No vas a correrte hasta que yo te lo pida.

Arthur acelera el ritmo de sus embestidas torturando los duros pezones de Aurora mientras su polla se abre paso a través de su húmeda entrada».

La cara de Kásian no tiene nombre. Me saca del gimnasio y doy gracias aunque lo haga por otra puerta distinta a la que han usado mis amigas.

—Antes de que digas nada… déjame explicártelo. —Me mira y parece un mamut cabreado de cojones. Furioso, serio, rojo de rabia, *¿cachondo?*

Se ha sacado el auricular y lo que sonaba en mi oreja también ha quedado en pausa.

Menos mal.

—Habla —ruge dándome una orden directa.

—Candy no tiene tiempo de escuchar sus novelas eróticas favoritas. Es gimnasta, y tú mejor que nadie ya sabes que, como deportista de élite, lo del tiempo libre no es más que una patraña, una ilusión.

Crece un puñado de centímetros. Murmura un «¿qué?» aterrador.

Trago saliva. Me va a estallar el corazón.

—Pues que como ella lo escuchaba mientras entrenaba, Leia y yo pensamos que tal vez… es decir, puede que no seamos deportistas, pero como universitarias tampoco es que podamos tirarnos mil horas en… bueno, quería probar.

—A escuchar pornografía en un lugar lleno de tíos en celo.

—Lo dices así y suena guarro.

—Es *muy* guarro —sentencia.

—Era solo un experimento. ¿Qué haces? —retrocedo hasta que mi espalda da contra una hilera de taquillas.

Kásian se ha puesto el auricular y el audiolibro suena de nuevo. *«Arthur maldice entre gruñidos animales cuando se entierra completamente en Aurora, cuando ya no hay distancia. Cuando palpitan tan fuerte y tan rápido que es imposible diferenciar dónde acaba y empieza quién».*

Me arde la cara. Su mirada no se despega de la mía. El corazón no es lo único que me late a toda velocidad.

—Kásian, ¿qué…?

«—Me corro, ¡Arthur!

Aurora se deja llevar y sucumbe al placer que arrasa con todo como una avalancha. "Acaba de correrse en mi polla" es el último pensamiento que alcanza el cerebro de Arthur antes de que todo se desconecte y estalle con ella marcándola con su semen, haciéndola suya».

Kásian tiene las manos a cada lado de mi cabeza. Estoy excitada. Goteando por las razones equivocadas y él tiene que saberlo.

Intento moverme, arrancarme de esta situación en la que él tiene todo el control y yo me avergüenzo de mis decisiones. Es entonces cuando rozo su inmensa erección, me arranca un jadeo

sonoro, y lo único que se le ocurre a mi estúpido cerebro para evitar que me caiga es agarrarme a sus hombros.

Estoy segura de que mi hipotálamo ha colapsado. *Esto ya no es deseo, es una respuesta neuroquímica fuera de puto control.* Tengo que retroceder, Ctrl + Z.

Kásian gruñe, furioso, cerca de mi cuello, como si todo esto fuera cosa mía y yo le estuviera obligando a formar parte. Me mira. Me exige respuestas con los ojos.

La primera vez que quise poner distancia entre nosotros, cuando de verdad sentí que perdía el control, me lie con el primer tío que se cruzó en nuestro camino solo para dejar de hablar con él. Estábamos en una fiesta, pero lo habría hecho incluso en mitad de la biblioteca. Todo con tal de no oír sus pullitas que me hacían cosquillas donde no debían.

Le he dicho un millón de veces que para mí no es atractivo, que no es mi tipo, y he insultado su inteligencia por activa y por pasiva. Pero debe saber que es el único que se ha quedado dormido en mi cama alguna vez, ¿no? Que es el único que, para empezar, ha entrado en mi dormitorio. El único número de un tío que me he guardado en la agenda en toda la carrera.

Igual no. ¿Cómo iba a saberlo?

—¿En qué momento has empezado a mirarme así, Isabella? —pregunta enfadado, en una advertencia de peligro.

Acaricio sus mejillas, tiene la piel caliente y suave. «Besar es follar con la boca». Me alzo sobre mis puntas me cuelo en su boca y cometo el mayor error de mi vida.

Beso a Kásian Snow.

Durante el primer segundo, sus dedos se clavan en mis caderas como si fuera a apartarme. El cien por cien de mi raciocinio espera que lo haga. Un sonido abrasador sale de su garganta como si acabara de apuñalarle o algo así. Como si acabara de traicionar lo que somos para el otro.

Un instante después, mi espalda da un golpe contra las taquillas porque me empotra contra ellas. Kásian me mete la lengua hasta la campanilla. Y me encanta. Es devorador. Tan dominante que me deja de rodillas y conociendo por primera vez en la vida lo que es la sumisión.

El primer gemido me lo arranca con discreción, pero el segundo es tan fuerte que lo obliga a aplastar su cuerpo contra el mío, imagino que para silenciarme. El roce de su erección es demencial. Su lengua está lamiendo la mía, succionándola, resbalando por cada

rincón de mi boca, conquistando hasta el último resquicio de poder que me queda. Me tiembla todo.

Palpito con fuerza desmedida.

Va a hacer que me corra aquí mismo con un beso.

No lo entiendo. Esto no es así. Nunca es así. No puedo respirar. Necesito más. Todo. Ahora mismo. Pero suena un móvil. El de Kásian. El hechizo se rompe, para mi desgracia, Él se separa y me mira… joder, como si acabara de destrozarlo. Su pecho sube, pero no parece que se le estén llenando los pulmones. A mí desde luego que no.

Tiene los labios de un rojo intenso y quiero besarle otra vez, pero sintiéndolo mucho por el doctor Lucca, «rechazar antes de ser rechazada» es lo único que se me viene a la cabeza, así que me escabullo de entre sus brazos y de algún modo, consigo llegar al vestuario femenino.

C a p í t u l o 1 7

Kásian

Los amistosos contra las Universidades de Oregon, Iowa y Kansas son un éxito rotundo. Ganamos dos de tres y aun así, Landon se las apaña para pegarnos la bronca en el aeropuerto, mientras esperamos para embarcar. *Este hombre vive en un permanente estado de disgusto. Aunque es a nosotros a quien grita, quien me da pena es él. No consigo entender por qué.* Vuelvo a mirar el móvil, pero la única persona que no tengo silenciada no me ha escrito.

Me tiro en el asiento y una vez más, llego a la conclusión de que la gente que crea estos diminutos asientos no sabe las dimensiones que tiene el cuerpo de un jugador de hockey. *Fijo que les va el golf.*

—Te has pasado cada minuto libre viendo partidos antiguos de profesionales y tienes muy mala cara para haber ganado —dice Dhário, sentándose en mi fila, dejando un asiento libre entremedias.

—Es su cara normal, capi, ¿no lo conoces? —se carcajea Ellis al pasar hacia atrás.

No me gusta que los ojos de Dhário se me queden encima. Ni el tonito de compasión que usa al hablar mientras asiente y aprieta los labios.

—Ahhh, ya veo. Han pasado diez días desde que nos fuimos de North Star.

—¿Y?

—Y tu móvil no ha vibrado como te gustaría. —Inclina la cabeza, pegando la barbilla al pecho, mirándome de esa forma odiosa.

—¿Qué mierda estás…?

—El mío tampoco —interviene Bhødie—, mi hermanito pequeño debería haberme escrito contándome cómo le ha ido en el cole y me ha dejado en visto. Estoy destrozado.

Dhário le tapa la boca a Bhødie con la mano y lo empuja para que pase de largo.

—Isabella no te ha deseado suerte esta vez —sigue Dhário—. Para ninguno de los tres partidos. Ha roto vuestro jueguecito, lo cual

significa que has tenido que cagarla a lo bestia con ella. ¿Qué os ha pasado?

—Nada. Para empezar, nosotros no tenemos jueguecitos. *Ella* es la supersticiosa, no yo. A mí no me hace falta que nadie me desee buena suerte.

—Si lo piensas, antes de que nos fuéramos de North Star, tampoco vimos mucho a Isabella por la pista de hielo —dice Ellis pensativo.

—No han hablado en las últimas tres semanas, me apuesto lo que sea —dice Knox desde los asientos contiguos en el avión.

—¿Intentaste lanzarte y te dio calabazas o algo así? —pregunta Max McKenna—. Nunca debes mover ficha con una amiga a menos que estés dispuesta a perderla.

—Esta es una reunión de capitanes, así que a callar —gruñe Dhário.

—Aquí el único capitán que hay eres tú —digo poniéndome el antifaz, para ver si duermo algo.

Me lo levanta.

—Puedes contármelo, soy tu mejor amigo.

Le miro y de fondo veo a Knox, McKenna y otros tanto del equipo mirándome.

Ay que joderse.

Capítulo 18

Isabella

Voy camino a mi santuario de libros polvorientos con el portátil en el bolso que tengo colgado al hombro y un montón de libros y libretas entre los brazos. ¿La razón? Pertenezco al siglo pasado y la digitalización no ha llegado a mi órbita. Ah, y me han cancelado una clase. Lo cual significa que tengo un par de horas libres.

Odio que me cancelen clases. Es como si a Candy le cancelaran una fiesta cuando ya tiene los tacones puestos. *Está feo. Me apuesto una calculadora cara a que da mal karma.*

Me consuelo comprándome mi batido bio de alcachofa y pera. En cuanto llegue a la biblioteca fingiré que lo que aprenda hoy sobre fundamentos de neurología clínica me lo estará enseñando la Dra. Cyrus.

Fijo que me concentro.

Fijo que no me pasa como estas últimas tres semanas.

Porque yo no tengo razón alguna para comerme la cabeza. Envié un mensaje dos días después de que sucediera el… *incidente.* Era simple y directo, y zanjó el tema por completo.

Mamut

Isabella Jenkins

¿Podemos hablar de lo que ha pasado?

Kásian Snow

No tengo nada que decir.

Tú sí?

«*¿Tú sí?».* Encima con recochineo. Joder, sí, tengo mucho que decir. «SÍ» en mayúsculas. Pero es evidente que para él no fue absolutamente nada. Que malinterpreté lo mucho que le gustaba. Tampoco debería extrañarme, es un jugador de hockey y ellos se empalman hasta con el viento. ¿Y a quién le importa todo esto, a ver? A mí desde luego que no. Han pasado semanas, seguramente ya ni se acuerda. Yo la verdad es que tampoco. ¿Ocurrió siquiera?

Choco contra una chica que no miraba por donde iba. Fijo que su mejor amigo la empotró contra unas taquillas follándose su boca salvajemente y luego le hizo *ghosting*.

Ambas nos disculpamos y ella se larga tras un «tengo prisa», probablemente porque no le hayan cancelado la clase. Como a mí. *Menudo día de mierd…* Una mano inmensa recoge mis últimas libretas, las pequeñas, las monas, las que no sirven para nada, pero siempre me compro.

—Tienes el síndrome de Diógenes —no lo pregunta, lo afirma—. Deberías empezar a tirar cosas.

Alzo la vista y veo la camiseta del equipo de hockey de North Star. El calor en mi vientre me sacude mucho antes de que alce la vista hasta sus ojos. *Kásian*. *Snow*. ¿Por qué está aquí? Su avión no aterrizaba hasta bien entrada la tarde. Tenía pensado encerrarme en mi dormitorio tras la última clase por algo. A la mierda el plan.

—Has ganado —yo tampoco lo pregunto—. Felicidades.

Se me queda mirando y creo que pretende fundirme y usarme como *topping* de sus fresas. ¿Humillarme tal vez? ¿Obligarme a admitir lo que cree que sentí en ese beso? ¿O acaso cree que voy a avergonzarme por admitir haber visto sus partidos? Isabella Jenkins no se avergüenza de nada. *Punto*.

Le arrebato las libretas de las manos y me largo.

Mis dedos siguen quemando por haber tocado los suyos cuando entro en la biblioteca.

C a p í t u l o 1 9

Kásian

Meto la cabeza en la primera fuente que pillo y me sacudo la mayor parte del agua como un perro. Luego entro al edificio en el que hago terapia con Leif. Subo las escaleras de dos en dos cuando la oigo.

—Nos vemos la semana que viene, Isabella —dice el doctor Lucca De Luca (sí, yo pienso lo mismo) antes de que ella cierre la puerta.

—Hasta pront… —Bella se da la vuelta y sus ojos se topan conmigo—. Guau, pareces un gato mojado.

—¿Sí? —no puedo evitar sonreír cuando arruga la nariz.

Pasa de largo sin decir una palabra más. Me prometí no tocarla, pero reconozco que si detiene sus pasos, es porque la cojo de la

muñeca.

—¿Qué tal tu examen de IA y Neurociencia?

—Bien, ¿me… sueltas? Es que tengo clase.

—¿Estás enfadada conmigo por algo? —La libero despacio, mis dedos anhelando su piel incluso antes de soltarla.

—¿Que si est-? —resopla—. Eres un imbécil.

La sigo a la escalera.

—Por favor, justifica tu respuesta —digo divertido.

—Me has *frienzoneado.*

—¿Yo?

—Sí, tú, sin darme la oportunidad a dejarte claro que no me gustas y no me gustarías ni en un millón de años. ¿Qué amigo hace eso?

—¿Nosotros somos amigos, Bella? —Ladeo la cabeza—. ¿Desde cuándo?

Sus preciosos labios se abren como los de un pez fuera del agua. La palabra no llega a formarse.

—No sonrías. Ya sé que no somos amigos. —Se pone roja.

—Pero es lo que has dicho.

—¿Sabes qué? Que tengo prisa y ningunas ganas de hablar contigo.

Se va furiosa, dejándome su olor a flores y *a ella* conmigo. Con un poco de suerte, acabo de arreglar lo que jodí en el gimnasio. Con un poco de suerte, todo volverá a la normalidad. Llamo a la puerta contigua a esa de la que ella ha salido y entro antes de que responda.

—Perdona, Leif, me he entretenido en la ducha. Hay cantidad de productos para el pelo, ¿lo sabías?

Me pone cara de no saberlo. Leif es calvo. Las palabras flotan en el aire a medida que el reloj avanza tan despacio que alguien debe haberlo estado frenando. *En realidad llevo cinco días aquí. Al menos, eso es lo que me parece.*

Faltan diez minutos para que acabe la sesión y siento que me están apuñalando los ojos con un stick astillado.

—Cuando alguien provoca una reacción emocional en nosotros, no está creando un daño aunque lo parezca. Está revelando un daño que ya estaba ahí. Pero si estamos en paz con nosotros mismos, el efecto sería igual que gritarle a una montaña.

—Molaría ser una montaña.

—Quiero decir que nosotros no reaccionamos al mundo, Kásian, reaccionamos a nosotros mismos. Y lo que te tiene así…

—¿Puedo hacerte una pregunta, Leif?

—Claro —de verdad parece dispuesto, contento incluso.

—¿Qué tal es lo de estar casado?

—Estar casado, no lo sé. Estar casado con la persona correcta, es una maravilla difícil de explicar —dice en tono tranquilo, como si hubiera meditado todas y cada una de las palabras y estuviera seguro de creerlas ciertas.

—Pero no siempre, ¿no? Debe ser una montaña rusa. A veces es bueno y otras no tanto.

—No, Kásian. No lo es. Es una línea recta en lo más alto. Es un sueño del que no te quieres despertar. Es la razón por la que desearías vivir eternamente.

Pues… mierda.

—¿Puedo hacerte yo una pregunta, Kásian?

—Claro —me muerdo el interior de la mejilla.

—¿Crees que Edward Johnson estaría orgulloso de las decisiones que estás tomando?

El silencio se expande más allá de mi butaca. Se me cuela dentro como una sombra pegajosa de la que no voy a librarme. Así que respondo.

—No.

—¿Por qué no?

—Imagino que después de lo que le costó meterme en la universidad, le jodería horrores saber que voy a morirme mucho antes de lo que lo hizo él.

—Ese hombre te acogió cuando no tenías nada.

Me revuelvo.

—Conozco la historia.

—Te ayudó a entrar en una universidad local porque veía la pasión que tenías por el hockey. Pero haber entrado becado en North Star es todo mérito tuy…

—He dicho que conozco la historia.

Suspira.

—Kásian, tu enfermedad no es culpa tuya. Lo que estás haciendo con la farmacéutica es arriesgado, pero también valiente.

—Me complace que lo pienses.

Aprieta los labios en una mueca que me conozco de sobra.

—¿Crees que…? —Se detiene y piensa unos instantes su pregunta—. ¿Cómo crees que se sentirá Isabella cuando un día, de repente, ya no estés ahí?

—Nuestra relación se habrá enfriado para entonces. Imagino que se enterará en alguna reunión de antiguos alumnos, un par de

décadas después de que pase. —*Cuando ya no pueda dolerle, cuando apenas recuerde nada de mí.*

—¿Es eso lo que quieres?

Me muerdo la lengua.

¿Y qué más dará lo que yo quiera? ¿Cuándo cojones ha importado eso, a ver?

Los minutos pasan. Leif sabe que no voy a responder.

—Los meses de sesiones juntos que nos quedan hasta que te gradúes, me gustaría que pensaras en mí como un amigo, Kásian.

—¿Azul o rosa? Lo pregunto para nuestras pulseras de la amistad. A mí me va el rosa, no tengo una masculinidad delicada. Otra pregunta, ¿piensas llevártela a mi funeral o desentonará demasiado con el negro?

Cierra los ojos y exhala con paciencia.

—El sarcasmo no te ayudará a proteger a tus seres queridos.

La alarma de su móvil suena y antes de que la pare yo ya he cruzado la puerta.

C a p í t u l o 2 0

Isabella

Maldigo el momento en que le hablé a Lucca del beso. Maldigo que su conclusión fuera «tal vez lo que quieres es repetirlo, Isabella, por eso no dejas de pensar en ello». Los italianos son muy románticos, *y esto lo digo como algo negativo*. Un tío enamorado no debería ser psicólogo, es peligroso. ¿Cuándo he pensado yo en el beso, a ver? Nunca. *¿Ves como das malos consejos, Lucca?*

Entro en casa y cuelgo las llaves en la figurita con forma de árbol de Sakura que tenemos en el minúsculo recibidor.

—Está casado —le dice Leia a Candy, ambas, por alguna razón, sentadas en mi cama.

—¿Quién está casado?

—Austin Denver —me responde Leia, como si eso ya me pusiera al día de todo.

—¿Y ese tío es…?

—Un tiarrón que he visto hablando con Solace, el entrenador de natación, y *mi* futuro marido con algo de suerte. ¿Por qué insinúas que alguien ya me lo ha robado, Vermeulen? —pregunta Candy que, con los dos moñitos que lleva hoy en la cabeza, no parece dos años menor que nosotras, más bien una década entera.

Bendigo la fiesta en la que ella y Leia se conocieron. Y que las gimnastas rancias con las que Candy compartía piso fueran unas mega-rancias-absolutas, y quisiera pirarse.

—No lo insinúo, solo suelto verdades.

—Mientes.

—*Au contraire,* Serenity Yoon que es una excelencia del voleibol y ex-alumna de North Star igual que él, siempre aparece acompañada por el ex-nadador y ahora entrenador de élite Austin Denver. Están juntos y revueltos.

—¿Y tú sabes eso porque…? —hoy no termino ninguna frase.

—Porque voy a ser la mejor periodista que ha parido North Star. ¿Te importa si uso el cargador de tu móvil un segundo, Isa? Solo un

segundo. Si no puedes, no pasa nada. De verdad. En realidad el veintidós por ciento que me queda me durará un rato y puedo…

—Te lo voy a tirar a la cabeza como no lo cojas ahora mismo.

Me rompe el corazón. ¿Qué clase de educación le han dado sus padres? ¿La de: escóndete en una esquina y no molestes? Leia es una chica la mar de segura de sí misma y de repente le dan unos arrebatos de justificaciones que me matan.

Candy gira todo el cuerpo en mi dirección y pregunta.

—¿Hace cuánto que no te detonan?

—¿Que no me *qué*? —Suelto el bolso y todas mis cosas en el escritorio.

—Que no follas, Isa, es la nueva jerga. No estás al día.

—Los de bio dan una fiesta —me chiva Leia por lo bajo enchufando su móvil al cable.

—¿Esta noche podría ser *la* noche? —Candy sube y baja las cejas de forma insinuante.

¿Podría buscar a alguien con quien acostarme? Sí. El campus está lleno de tíos que quieren sexo. Pero he aquí el quid de la cuestión: no me apetece nada. Mi obsesión con la carrera me debe haber cerrado las piernas. *Pues oye, peores cosas se han visto.*

—Nop.

—¿Por qué no?

—Porque no me apetece. —Me encojo de hombros.

Ellas comparten una mirada que no descifro de lo rápida que es.

—He oído que el equipo de hockey al completo va —Candy empieza a limarse las uñas con una lima rosa que ha aparecido de la nada, lo cual evidencia que es bruja.

—Menuda sorpresa, van a todas —rebusco entre mis libros para ver qué necesito leer antes.

—Incluido Kásian —dice Leia.

Mi mano se queda parada, sin saber qué narices buscaba hace un segundo. Carraspeo.

—Él también va a casi todas. No me sorprende nada.

—Puede, pero esta noche podríais arreglar lo que sea que os pasa. Lleváis semanas raros, no ha venido a invadir tu cama con su inmenso cuerpo de Dios griego buenorro ningún día. Leia y yo tenemos una teoría…

—¿Habéis follado y ha salido mal?

—No.

—Entonces vente —Leia junta las manos, le da un codazo a Candy y las junta también—. ¿Porfa?

—Tengo que ir a buscar dos de mis libretas que me he dejado debajo de la mesa en la última clase —interrumpo sus quejiqueos—. Pero después puedo pasarme un rato.

Estallan en gritos eufóricos, como si hubieran ganado un montón de Grammys por las canciones de sus peores rupturas. Creo que soy muy mala amiga. Un pelmazo. Un rollo que no veas. Debería salir más, aunque fuera solo por ellas. Debería pensar menos en ese programa que llevo intentando construir desde hace nueve meses y del que no he avanzado apenas nada. De lo contrario, en mi tumba no pondrá «alegre, especial, querida por muchos», sino un breve «trabajó un huevo». *Voy a pretender que la idea no me pone cachonda.*

—Es un momento, épico —dice Candy arrastrándome hasta su armario.

Leia nos sigue cantando «It's Raining Men».

C a p í t u l o 2 1

Isabella

Como mi mente es un animal salvaje que aún estoy intentando domar, dejo que elijan ellas mi atuendo para la fiesta. #SiNoPuedesConTuEnemigo… Me ponen un vestido que tiene un poco de los dos mundos: es rosa y mono como Leia, y también es corto y escotado a lo Candy. Llevo un abrigo larguísimo que pesa más que yo porque hace un frío que pela, así que si me cruzo con algún conocido, no tendré que pasar vergüenza mientras me mira en plan: ¿puedes quitarte eso, que no te pega? *Así que un claro 2x1. La vida son lo que nos pasa entre rebaja y rebaja.*

Mis tacones son lo único que retumba por las paredes y las escaleras cuando entro en el edificio para recuperar lo que he venido a buscar. Me gusta ver los pasillos y las clases vacías, me da esa

gratificante sensación de haber llegado antes a mi examen, pero multiplicada por mil. Recupero mis libretas y doy gracias de no haberme dejado también la cabeza.

—Para lo que la uso últimamente… —gruño y al salir me topo con mi profesor de plasticidad cerebral y también mi tutor del trabajo de final de carrera. El mismo que va a presenciar mi estrepitosa caída desde el estrellato académico cuando tenga que negarme a entregarle el proyecto por no saber cómo acabarlo—. Señor Sant Delphi, hola.

—Isabella, ¿qué haces aquí tan tarde?

Robar, señor. ¿No es evidente?

—Me había dejado esto en clase —muevo los brazos—. No tenía ninguna fe de recuperarlas si esperaba a mañana.

Asiente y pasa de largo.

Es un guaperas, todo el mundo lo dice, pero no se comporta como uno. Es un hombre de pocas palabras, para empezar. Nunca le he oído halagarse a sí mismo, pero derrocha seguridad. *Lo cual significa que debe tenerla inmensa.* También es condenadamente eficiente. No le oirás hablando del tiempo, ni de trivialidades. Sin duda le oirás corregir tus fallos y si tienes suerte, puede que te

responda con algún monosílabo seco a los chistes que haces cuando estás nerviosa por ser tan tonta delante de alguien tan listo.

—Isabella —me llama y me doy la vuelta—. La perseverancia debe ser siempre indiferente a los resultados.

Y se va. Es un tío críptico también, por lo visto.

Un segundo. ¿El profesor Sant Delphi acaba de darme una palmadita en la espalda? ¿Un «tú-puedes-maja-sube-la-cabeza-que-se-te-caen-las-gafas»?

Me meto las libretas en el bolso, que ahora pesa como un oso pre-hibernación, y voy hasta la zona de biología. Llego a la fiesta y envío un mensaje a mis compañeras de piso.

Decisiones Nefastas

Isabella Jenkins
Ya he llegado
donde estáis?

Candy Forbes [escribiendo...]

Leia Vermeulen
En el jardín!!
OBJ 💗💗💗💗💗💗

Pero no el de delante
El que está a un lado
Donde la fuente!!!
Espera
Voy a por ti?
Voy a por ti.

Candy Forbes [escribiendo…]

Isabella Jenkins
No, no hace falta.
Os busco

Candy Forbes
Fuente!

Esquivo a la gente y me sumerjo en el océano del pop que nunca escucho porque mi radio es el silencio de la biblioteca. *Yupiiii, voy a acabar sorda como una tapia. ¿Quién no quiere tener la audición de un octogenario a los veintipocos? Si es que normal que la peña no se pueda resistir a esto.*

Paso de largo a un grupito que juega al beer-pong, un montón de parejitas comiéndose la cara como si no hubiera un mañana y otro grupo grande colocado alrededor de una silla en la que hay sentado un chaval tenso y una chica a punto de bailarle en el

regazo. *Guau*, estos tacones son incomodísimos, pero es una suerte habérmelos puesto. Quiero decir, ¿acaso hay alguien aquí que *no* esté mirándome los pies?

Me tengo que quitar el abrigo porque hace un calor de mil demonios dentro de esta casa. *Si lo piensas, tiene su gracia porque con todos los virus y bacterias que hay aquí, los biólogos de verdad podrían darse una buena fiesta mañana.* Alguien se me tira encima y está a punto de derribarme, otras tres personas distintas me empujan y una innumerable cantidad de peña me soba. *Lo pillo, estoy en un lugar lleno de gente y van a tocarme porque no saben que para mí es como que me navajeen el sacro.*

Pero esto ya pasa de castaño oscuro.

Estoy a punto de darme la vuelta y volver a casa ciento cincuenta mil millones de veces. Pero no lo hago. Por mis amigas y porque el doctor Lucca dice que la exposición progresiva a mi odio a que me toqueteen, puede curarme. Al fin y al cabo, no he sido siempre así. Tiene su lógica que pueda volver a la casilla de salida, ¿no? Reiniciarme y todo eso.

—Eh, yo te conozco, estás en mi clase de cálculo multivariable —dice el tío que me agarra la muñeca para darme la vuelta. Se le

abren los ojos de par en par cuando me echa un buen vistazo—. *Joder.*

—¿Ah, sí? Perdona, no soy muy buena con las caras.

—¿Y con las notas? Saqué dos décimas más que tú en el último parcial.

En el instituto era la primera que babeaba por un buen cerebro. Después de cuatro años de universidad, puedo asegurar que un tío listo no es, en absoluto, sinónimo de un tío interesante. Porque además de listo puede ser un baboso, un racista, un nazi, un machista o lo peor de todo: un tío que no use posavasos. Te lo digo en Shania Twain, chaval: *that don't impress me much.*

—Ufff, Isabella, ese vestido te queda de puta madre. ¿Te apetece beber algo?

Me apetece que me sueltes. Como… a la de ya.

—No. ¿Podrías…?

—¿Y bailar? —Tira de mí un poco, al tiempo que me pone su vaso en la mano libre.

—Tampoco. Oye, ¿puedes soltarme la m…?

—Venga, anímate. Demuestra que las listas también podéis ser divertidas.

Alguien me coge del antebrazo y también al tío plasta, suelta su agarre a la fuerza y me libera.

—¿Tienes algún puto problema en el oído, gilipollas? —La violencia que emana del tono de Kásian es suficiente para que el chaval se cague encima.

Él, a diferencia de la mayoría de jugadores de hockey, no es violento. Para nada. No le hace falta. A día de hoy nunca le he visto pegar a nadie. *Pero ahora parece muy capaz.*

—¿Y tú quién eres? ¿Su novio?

—Si ella te dice que la sueltes, la sueltas —se agacha para ponerse a su altura—. Si te dice que no quiere beber nada, no le pones tu puto vaso de baboso en la mano. Y si te dice que no quiere bailar, ¿qué cojones haces tú, chaval?

Pese a la poca iluminación, veo claramente como el sudor resbala de la frente del tío de cálculo multivariable. Murmura algo así como «pues tampoco eres tan guapa» y se larga. La cara de Kásian cambia, sus ojos se vuelven los de un demonio y no sé por qué, pero *sé* que va a pegarle. Lo sé en cada fibra de mi ser. Así que me abalanzo sobre él y lo arrastro lejos de allí empujándolo con todo mi cuerpo porque no seré yo quien rompa su buena racha.

Su mano encuentra la mía y se aferra a ella con fuerza. Entrelazamos los dedos. La música ya no me estorba. No pienso en toda la gente que me está tocando y no me gusta, pienso en toda la gente que lo está tocando a él. Lo mucho que debe estar odiándolo. Llegamos a la cocina y encontramos algo más de espacio. «I Wanna Be Yours» de Arctic Monkeys empieza a sonar entonces.

—¿Qué haces tú aquí? —dice aún enfadado.

—Es una fiesta, ¿no puedo tomarme una noche más allá de los libros? —le suelto la mano y durante una fracción de segundo, me parece que él me agarra más fuerte antes de dejarme ir.

—Puedes hacer lo que quieras —su tono ya no suena alterado, suena dulce.

Casi triste. Sus ojos caen a mi vestido y su mandíbula se tensa.

Es como si un volcán erupcionara dentro de mí.

—Creo que este es el momento en que el chico le dice a su amiga que está bastante guapa para ser ella. O algo más bonito todavía.

Me atraviesa con la mirada de tal forma que empieza a gotear deseo entre mis piernas.

—Estás preciosa, Isabella. Pero tú siempre lo estás.

El mundo deja de girar.

Kásian mira por encima de mi hombro, se da la vuelta y desaparece.

Estoy a punto de guardarle rencor por abandonarme justo cuando Leia y Candy aparecen gritando lo mucho que se alegran de que haya venido.

C a p í t u l o 2 2

Kásian

Langley me encuentra, me pone un vaso delante y me lo bebo de un trago. Ayer me quedé sin medicación, así que hasta que vaya a por más, puedo hacer lo que me plazca.

El grupo está pasándoselo de miedo, aunque la mayoría no sabrían ni deletrear la palabra biología, son buenos chicos. Incluso Jared, el más pequeño que no debería estar aquí y menos bebiendo. Me hago el loco porque hace nada yo era como él y me caían bien los mayores que tenían manga ancha.

Al cabo de un rato, Dhário mueve la cabeza hacia el jardín, quiere alejarnos de un Max borrachísimo y un Bhødie sentimental, pero no le sigo porque ya me lo veo venir.

—Lo he visto todo —me grita de todas formas—. ¿Cuánto más vas a seguir negándotelo? Es evidente para todos, aunque está claro que para ella no.

Y así seguirá siendo.

—No sé de qué hablas —desvío la mirada y busco a Larissa, cuyo apellido desconozco por muchos meses que haga que la conozco desnuda.

Por desgracia, no la veo por ninguna parte.

—Mira, no tenemos que poner etiquetas que te pongan nervioso. Pero deberías hacer algo al respecto.

¿Nervioso yo? Resoplo. Sé muy bien lo que haría si pudiera, no es miedo lo que me frena. Bueno, coño, sí, pero no por lo que él cree. Le robo el vaso a Dhário y me lo vacío dentro para que el corazón no se me salga por la puta garganta. *Deja de emocionarte que no vamos a tenerla. Nunca.*

—Es como si dijeras que no te gusta, pero la realidad se te escapara por los márgenes, ¿sabes? Es evidente a la vista.

—Tu puto hobby de literatura inglesa sí que se te escapa por los márgenes —sacudo la cabeza y reconozco que se me escapa la risa —. Me largo.

—¿Sirve de algo que te obligue a que te quedes? Como tu capitán y todo eso.

—Sabes que no —le devuelvo el vaso y le digo que le veo en casa.

Cada persona que se choca conmigo es un mar de avispas calvándome el agujón en la yugular. Ni siquiera Leif sabe hasta qué punto lo revivo todo cuando me tocan.

«—Eres un pedazo de escoria, ¿lo sabes, Snow? —El golpe en la mandíbula resuena por todo mi cráneo antes de que me caiga al suelo. Intento ponerme de pie pero mis manos no responden. Soy muy pequeño en comparación con él, no puedo ganarle».

Mierda. Intento salir de la pesadilla, pero hay mucha gente y no paro de chocarme. La puerta se aleja por más pasos que dé. *Ajedrez. Programación. Exámenes. Gafas. Tráeme de vuelta.*

«—Por eso la puta de tu madre prefirió dejarte tirado en nuestra puerta a ocuparse de ti. Deberías haber muerto como tu padre, dejar de existir y de dar problemas. —Se agacha y me da un golpe que me llena la boca de sangre».

Los pulmones se me cierran. La música me taladra los oídos y aun así no es suficiente para erradicar el ruido de dentro de mí. Todo me da vueltas.

«—¿Quién cojones va a querer al hijo de una ladrona que murió en la cárcel por ser una zorra estúpida, eh? ¿Quién? Ya te lo digo yo: nadie. Te pudrirás aquí hasta los dieciocho y luego trabajarás para mí o te morirás de hambre. Sois míos. Todos vosotros».

—¿Kásian? —Sus manos, las únicas manos que me dan paz, me encuentran. Parece alarmada, preocupada. Asustada, incluso—. ¿Qué te ocurre? —pregunta y creo que no es la primera vez.

Estamos en el jardín. Apenas la veo. Mi pulso hace cosas raras. No las tengo todas conmigo, no sé si voy a perder el conocimiento. Le doy un tirón a su cuerpo y la abrazo porque lo necesito. La necesito a ella.

No entiendo por qué me rodea tan fuerte con los brazos, si ella no sabe nada. No sabe que Edward está muerto. No sabe hasta qué punto el maldito Øslo Vhandemor me destrozó la vida.

Y desde luego, no sabe que mi corazón es una bomba de relojería a punto de explotar.

C a p í t u l o 2 3

Isabella

Le toco el brazo, pero no reacciona. Subo las manos hasta hombros, sus mejillas. Nada. Hasta que de repente me ve. No sé qué lo activa, peros sus ojos son un ruego y están fijos en mí. Me sacuden hasta las entrañas. Me hacen polvo porque está sufriendo lo indescriptible y no entiendo el motivo.

Kásian tira de mí y me agarra como si estuviera cayéndose de un puto acantilado y yo fuera lo único que lo mantiene en tierra. Me encoge el corazón. Las lágrimas me queman los ojos. No sé cómo ayudarle, así que hago lo único que se me ocurre: apretarle más fuerte.

—No estoy allí. No estoy allí —susurra junto a mi oreja, una y otra vez.

—No lo estás. Estás conmigo Kásian, a salvo —le digo, pero estoy bastante segura de que no me oye.

Quiero acunarle, pero es inmenso y no sé cómo. Qué angustia más grande. Sus manos llegan hasta mi cabeza, me aplasta contra su pecho. Nunca me habían abrazado así.

Nunca me habían *necesitado* así.

Los temblores de su cuerpo amainan. Nosotros seguimos en mitad de un jardín repleto de gente y vasos de color rojo. No detengo las caricias circulares en su espalda hasta que noto que me aparta de sí. Cuando vuelve a mirarme, es él, el de siempre. Sé que me va a cerrar la puerta, que lo que acabo de ver es una grieta y que Kásian está a punto de fingir que no existe.

—Perdona.

—¿Por abrazarme? —me encojo de un hombro—. Hace no demasiado hiciste más que eso.

¿De verdad acabo de sacarle el tema del beso al tío que me ignoró después de besarme solo para que no se vea obligado a hablarme de algo de lo que no quiere hablar?

Aprieta los labios y en un día cualquiera, lo que ahora es una sonrisa discreta, sería una de las sinceras, de las mejores. Hoy me conformaré con eso.

C a p í t u l o 2 4

Kásian

Miento a Landon diciendo que me salto el entrenamiento por tener una cita con Leif, y aprovechándome de la confidencialidad terapeuta-afligido, a él le cuento la verdad de por qué no voy a ir a verle hoy.

La recepcionista del Instituto de Investigación Pharma-Cardioregenerativa BHAUREUS me mira como si llegara tarde a una cita con Dios. En cierto modo, lo hago. O al menos con los que juegan a serlo. Subo en el ascensor más pijo de la historia con mi tarjeta de paciente de investigación clínica. *Suena mejor que conejillo de Indias.*

Pasillo silencioso, puerta de cristal, los cruzo hasta llegar al de bata blanca. Dr. Frankenstein. El visionario con pasta que crea

pastillas para la gente pachucha por el módico precio de todo lo que poseen.

—Kásian Snow, el atleta profesional. Pasa. —El Dr. Elías Redgrave se levanta de su mesa de cristal. Es tan larga y grande que imagino que debe tener la polla diminuta—. Recibí tu mensaje anoche. Resultó desconcertante.

—No lo bastante como para contestar, imagino.

Sonríe y mueve la mano hacia la sala contigua, esa en la que hay demasiadas pantallas, demasiados cables para que no dé mal rollo. También hay una enfermera, siempre una distinta, tomando notas. Un par más me hacen los análisis y las pruebas habituales, me cogen tejido y… en fin, me convierten en una puta rata de laboratorio a su disposición.

—No deberías tomar alcohol —dice el Dr. Redgrave.

—Lo que no es una prohibición es un semáforo en verde.

—A partir de ahora, será uno en rojo. Túmbate —pide empujándome de un hombro—. Verás, Kásian, dadas las terribles circunstancias económicas y fisiológicas en las que te encuentras, somos los únicos capaces de ayudarte.

—No finjamos que esto no es un acuerdo beneficioso para ambos —aprieto los dientes cuando me queman el brazo. *Joder, qué*

dolor—. ¿Qué es eso?

—Quieren asegurarse de que no has desarrollado nuevas alergias, solo será un momento. —Se acerca tapando la luz del techo con su cabeza—. Sí, nosotros ganaríamos muchísimo dinero en caso de dar con la cura del Síndrome de Holt-Vyerson. Pero tú la vida. Que no se te olvide.

—¿Y si la cura llega después de que me mate uno de vuestros tratamientos? ¿A quién le dais las gracias al recibir el Nobel, entonces? ¿Habéis pensado en algo? ¿Tal vez ponerle mi nombre a una estrella y darle carpetazo al asunto?

Sonríe sin una puta pizca de humor en su delgado, viejo y bien conservado rostro.

—Sedadlo. Tenemos que hacerle más pruebas.

C a p í t u l o 2 5

Isabella

Después del debate más épico de mi vida en análisis de señales neuronales, saboreo mi nueve y medio y de paso me premio con un batido de espinacas, uva y plátano. Llevo días preocupada por cómo vi a Kásian en la fiesta.

Mamut

Isabella Jenkins
¿Qué haces?

Kásian Snow
Vivir.

Sé reconocer un ataque de pánico cuando lo veo, o un comienzo de uno. Pero, ¿y si hay más? *Con él siempre lo hay.* ¿Y si le pasa algo? Estoy preocupada con el tema, así que antes de mi tutoría con el Dr. Sant Delphi, me paso a ver a la enfermera de ojos azules más dicharachera de todo North Star.

—Hola, Lila.

—Pero bueno, si está aquí mi guapísima ajedrecista. ¿Cómo van esas torres y peones?

—Muy bien, te he traído algo. —Le ofrezco el batido igual al mío que he comprado para ella.

—Eres un encanto. Creo que somos las únicas en el mundo que compramos estas cosas, ¿puede ser?

—Sí, cargamos sobre nuestros hombros con la hipoteca de un local en la mejor zona del campus, no es moco de pavo.

—Bien, desembucha —dice tras hacer soniditos de gusto post-batido—. Tú quieres algo, dime a qué debo el soborno.

—Verás estoy haciendo un trabajo en «ética en la neurotecnología» y me preguntaba…

—¿Has venido a ver si alguno de mis chicos se ha dado un golpe fuerte en la cabeza y puedes agenciarte su cerebro para tu campo de investigación privado? Lo siento, monada. Me costaría el trabajo.

—No, más bien… sabes que se golpean mucho la cabeza, ¿no? Bien, pese a que llevan casco, ¿has visto algo raro en alguien últimamente? ¿Que alguno venga más a menudo a verte?

—No, cielo, nada destacable.

—¿De verdad? ¿No tenemos a ningún jugador preocupado de más por su futuro por alguna lesión de nada? ¿Teniendo ataques de pánico tal vez?

—¿De qué dices que va ese trabajo? —vuelve su mirada hacia mí con suspicacia

—Ya sabes, de la resistencia cerebral, del papel de cráneo y de lo mala idea que es practicar un deporte tan salvaje como el hockey —retrocedo saliendo de la enfermería—. Gracias por tu ayuda.

—¡A ti!

Debería estar más tranquila, pero lo cierto es que: en absoluto.

Imagino que la gente normal cogería el teléfono, llamaría a la persona en cuestión y llegaría hasta el fondo del asunto. Pero ni Kásian ni yo somos normales.

Él rara vez me cuenta nada. Lo único que sé es que su infancia fue una mierda, que sus padres murieron, que acabó en un orfanato y que no lo adoptó un señor viudo que tenía un bar hasta que cumplió los puñeteros quince años.

Parece mucho, pero no sé mucho.

Para empezar, ni siquiera me dijo el nombre de su padre adoptivo. Averigüé que dicho señor viudo se llamaba Edward Johnson porque lo vi una vez que se dejó el móvil en mi cama y un audio suyo, que Kásian debía estar escuchando, se reprodujo al tocar la pantalla. En aquel entonces teníamos el mismo teléfono, por eso lo cogí creyendo que era el mío.

En ese momento ni siquiera sabía que Edward ya estaba muerto.

Culpo a Kásian de mi ignorancia, pues jamás habló de él en pasado.

Descubrí que estaba muerto cuando quise darle una sorpresa a su hijo adoptivo por su veintiún cumpleaños. Sé que es tan cerrado como yo y que lo más seguro era que odiara las fiestas tanto como yo, pero el aprecio por su tutor era más que evidente. Era palpable. Pensé que organizarle algo pequeño en el bar, con la ayuda de Edward, no era una mala idea. Tal vez podíamos preparar algún plato que le gustase y cantarle el cumpleaños feliz. Algo sencillo. Pero encontré el bar cerrado y cuando pregunté por ahí, me dieron la noticia.

Cuando yo conocí a Kásian, Edward ya estaba muerto.

Murió antes de que él entrara en North Star.

No puedo ni imaginarme lo mucho que debe echarlo de menos para verse obligado a ocultarlo, a callarse su pérdida. Por eso no he dicho nunca nada, ni pienso sacar el tema hasta que lo haga él.

Pero cuando dijo que iba a pasar las Navidades con Edward, hablé con Adler, mi padre y mi abuelo. No podía llevarme a Kásian a casa, pues él no podría invitar a su padre y no era en absoluto creíble que fuera a abandonarlo en unas fechas tan señaladas. Así que convencí a los míos de que, en realidad, no era una traidora monumental por querer quedarme en North Star para las fiestas. Tenía muchos deberes y exámenes que preparar, la excusa sonaba muy a mí.

Era la única manera de que Kásian estuviera conmigo, sin tener que obligarle a decir la verdad. Funcionó. El jugador de hockey con abuelos daneses a los que nunca conoció, se presentó en mi piso. Me dijo que Edward estaba reformando el local, así que no podía llevarme allí, pero que nos había preparado comida y me deseaba una feliz Navidad. Y yo fingí creérmelo. Porque no puedes ayudar a un animal herido, a menos que consigas hacerle creer que te está ayudando él a ti.

Me deshago del vaso vacío de mi batido. Luego llamo a la puerta siempre cerrada del despacho cerrado de mi tutor y entro cuando él

me lo pide. *¿Preparada para el segundo fracaso de investigación del día, chica?*

—Buenas tardes Dr. Sant Delphi.

Algún día los programadores de todo el mundo se darán cuenta de que solo estoy fingiendo saber qué narices estoy haciendo.

C a p í t u l o 2 6

Kásian

Me quedo en la pista unas horas más que el resto para recuperar lo que he perdido por estar yendo a ver a Redgrave tan a menudo que cualquiera diría que disfruto de su compañía. Empapado en sudor y con los músculos ardiendo, practico con la ayuda de un *puck passer* y un puñado de conos esparcidos por la pista.

La disnea por esfuerzo se está portando bien conmigo y sé que los latidos acelerados no tienen tanto que ver con mi problema, ni con lo que hago, sino con *ella*. La cruz de mi existencia. La inteligentísima y sarcástica mujer que está poniendo en uso el software de análisis biomecánico para el cuerpo en movimiento que ella misma inventó. Una maldita app de inteligencia artificial que

analiza cómo se mueve mi cuerpo, a qué velocidad responden las articulaciones, qué ángulos de giros son óptimos para el rendimiento y si se detectan patrones de fatiga o riesgos de lesión.

Por qué tiene que serlo todo. Más lista que el puto hambre. Preciosa como ella sola. Graciosa. Jodidamente sex… cállate, joder.

Marzo me está torturando de cojones. La primavera y todo eso. Me está alterando la cabeza. Igual solo es que necesito follar. *Mucho, y cuanto antes.* Y alejarme un poco de ella y de lo bien que huele, joder. Imagino que por eso no puedo parar de pensar en la forma que mi lengua resbaló por su boca. En el modo que la suya respondió. *Me dejó entrar. ¿Por qué coño hizo eso?*

—¡Muy bien! —exclama desde las gradas—. ¡Para un carcamal! Espabila, Snow.

Me la pone dura lo borde que es.

Lo cual es un problema porque ella siempre es borde, lo cual se traduce en que yo siempre estoy empalmado. Me aguanto porque tengo un objetivo: convencerla de que estoy perfectamente. Mi mejor momento siempre es después de ver a Elías, justo al principio del nuevo tratamiento, así que me veo capaz de hacer que se olvide de lo ocurrido en la fiesta.

Lo que no sé es si voy a poder hacerlo sin una erección.

¿A quién pretendo engañar? Es evidente que no.

C a p í t u l o 2 7

Isabella

Menudo repelente.

El tío patina con precisión quirúrgica. ¿Se cose una cinta negra al guante como si le hiciera falta que lo diferenciaran del resto? Hay que tener cojones. Es como si no fuera de carne y hueso, sino de acero afilado y mortal. Su desplazamiento pélvico es perfecto desde un punto biomecánico y desde uno emocional resulta… devastador. *Buenas tardes, les habla su capitana de vuelo, estoy estudiando cómo se mueve el hombre que me mueve el sistema límbico sin querer, si alguien pretende que este sea un vuelo sin turbulencias y que yo sea una piloto exclusivamente racional, que vaya saliendo por la puerta, iniciaremos el despegue de un momento a otro.*

A Landon le encanta mi app y a mí suele encantarme también, pero ahora dudo de su fiabilidad porque según ella, Kásian está al cien por cien de sus capacidades. ¿Quiere decir que lo que sea que le pasó en la fiesta —de lo que no va a hablarme porque es un hombre y antes muerto que hablar de sentimientos y debilidades—, fue un episodio puntual? ¿Que nunca, *jamás,* va a volver a repetirse? Porque eso me ayudaría a dormir mejor por las noches.

O a dormir algo.

Veo por la pantalla del portátil que se acerca a mí. Levanto la vista y lo veo sudoroso, con las mejillas y los labios muy rojos. Mi cuerpo se aplasta contra el asiento, que ni de coña está lo bastante frío para el fuego que me sale de dentro.

—¿Tan pronto te cansas? Si acabas de empezar —miento, lleva casi dos horas y de ser yo la que estuviera en su lugar, ya no habría nadie que me levantara del maldito suelo.

—Si quieres acabar conmigo, hay maneras más rápidas —su voz suena ronca y ahogada—. Pero tendrás que darte prisa, hacerlo cuanto antes.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que el equipo y yo nos vamos una semana a jugar un par de partidos contra Carolina del Sur y del Norte. Tu instinto asesino

tendrá que tomarse unas vacaciones.

Me trago la decepción como puedo, pero él sonríe como si la viera.

—Qué bien. Así podré estudiar a gusto. ¿Qué…? ¿Qué estás haciendo? —pregunto sobresaltándome cuando empieza a quitarse la ropa y el casco.

—Devolverte lo que es tuyo.

Habla de las bandas pequeñas que le he colocado en sitios clave como rodillas, caderas, tobillos y espalda, que por bluetooth han permitido registrar sus movimientos en 3D y a tiempo real en mi portátil. No se ha puesto todo el equipo de protecciones porque jugaba solo, así que desvestirse es más fácil. *Sigo mirándolo.*

—¿Me ayudas? —pregunta.

—Claro. —Ayudarte no ha sido el motivo por el que me he pasado los quince primeros minutos incapaz de tocar una sola tecla, en trance absoluto y con la garganta seca—. Tu hombro izquierdo… —empiezo cuando se queda solo con la camiseta de tirantes interior que es escandalosamente ajustada y ahora que está sudada es casi transparente deja entrever todo lo que…

Vale, ha quedado claro que Kásian tiene un cuerpo para morirse, ¿no? ¿Podemos pasar página? ¿Recuperar mis neuronas y todo eso?

—¿Qué has visto? —pregunta como si ya lo intuyera.

—Lo tienes débil. Deberías vendártelo, restringir un poco el abanico de movimiento antes de que vaya a más —le digo recuperando las últimas bandas, las de las rodillas.

Alzo la cabeza cuando no responde y esta posición… esta situación al completo… *me va a dejar secuelas.* Soy de devolver los favores orales que me dan, aunque no conozca de nada al chico o no vaya a volver a verlo. Pero igual que los besos, no son algo que disfrute, solo son un medio para conseguir lo que quiero: un orgasmo.

Aun así, durante una fracción de segundo, mientras me mira con tal intensidad como para parar un tren, me imagino que hunde las manos en mi pelo, que me deja bajarle el pantalón del uniforme y sacársela. Que me da órdenes. Que me pide que se la chupe. Permitiéndome llevarle al límite hasta que no tenga alternativa que correrse en mi…

—¿Crees que podrías hacerme ese favor? —Su voz me arranca de las fantasías oscuras de mi mente.

Me pongo derecha, roja y le doy un manotazo.

—¿De qué estás h…? Oye, no sé qué narices estarías pensando, pero yo no…

Kásian me coge de las muñecas y me da un tirón que me pega contra su pecho

—¿En qué estabas pensando tú, Isabestia? —Sonríe un poco, de forma arrogante, con la mirada más brillante que nunca—. Mi pobre hombro no tiene la culpa de que tengas la mente tan sucia. Te he preguntado si puedes ayudarme a vendarlo.

Tierra trágame.

—¿Tienes vendas aquí? —musito.

—Siempre. —Se mueve a mi alrededor, sin alejarse demasiado, me las pone en las manos y entonces se quita la camiseta.

Un pulso. Esto es un puto pulso. Me tiemblan las piernas y no sé si ha quedado claro ya, pero mis brazos no son fuertes como para ganarle a él. Este no es un combate justo.

—No hacía falta que te desnudaras.

—¿Estás segura de que sabes hacer esto? Porque para hacerlo bien tienes que poner el vendaje cruzando el pecho y a menos que quieras que me quede con esa camiseta para siempre…

Dejo de oírle cuando cometo el error de de bajar la mirada por su cuerpo, por las gotitas de sudor que hacen lo que mi lengua nunca podrá. Debería oler a mofeta muerta, pero no es así. Huele a él y todavía más a jabón. Trago saliva despacio.

¿No podía ser tonto? ¿Básico? ¿Aburrido? No, tenía que ser divertidísimo. Tenía que entenderme sin que diga una puñetera palabra. Tenía que importarle una mierda las notas que saco para considerarme lista. Y encima su cuerpo tenía que ser…

Coge mis mejillas, me las levanta y me corta la respiración.

—No sé si te das cuenta de lo que me haces, pero yo sí y me estás jodiendo, Bella. —Su desesperación se me clava en el coño.

—¿Te irrita sentir tanta indiferencia? —se me caen las vendas de las manos.

Me mueve. Las gradas ya no están detrás de mí. Mi espalda choca contra la valla que enjaula la pista. La brusquedad del gesto me pone todavía más cachonda de lo que ya estaba.

—¿En qué mundo? Dime en qué puto universo tú, Isabella Jenkins, podrías dejar indiferente a alguien.

—*Kásian* —jadeo.

Él se pega a mí y ahí esta, la erección en la que no he dejado de pensar. Torturándome el clítoris. Muevo las caderas una vez y me froto contra él igual que ha hecho conmigo al empezar esto. Me retuerzo y contengo un gemido como puedo. Spoiler: no puedo.

—No quisiste hablar del beso —respiro su aliento mientras me consume el deseo.

Alcanzo su cintura, tiene la piel ardiendo.

—Porque los amigos no hacen estas cosas.

—Claro que no.

—Ni las desean.

—En absoluto. —Trago saliva con un volcán palpitante entre las piernas—. Pero si lo piensas, nosotros no somos tan amigos.

Kásian se abre paso a través de mis labios y me besa. Arrasa con mi mundo. Se hunde profundamente en mi boca y yo le doy todo el espacio que necesita porque una casualidad, vale, pero ¿dos? No. No hay duda. Se está follando mi boca.

Se separa de mí con brusquedad.

—No gimas así —me ordena, pero acto seguido vuelve a hacerme de todo con la lengua y empiezo a temblar.

Desde luego que gimo y lo hago incluso más fuerte que antes. Doy un suave tirón a su pantalón hacia abajo, ni sé para qué, estamos en medio de la pista y no es como si pudiéramos ponernos a follar aquí tal cual.

Pero ojalá.

Él ve mis intenciones, se aleja lo justo y mete la mano bajo mi falda. Tocándome por encima de las medias mientras rompe el beso y me mira retorcerme contra la valla. *Va a hacer que me corra sin*

que haya contacto directo y va a estar regodeándose el resto de nuestras vidas.

—El vestuario —gimo sintiendo cómo me empapo más y más.

—Tienes que olvidarte de esto, Bella —me gruñe justo antes de besarme el cuello con la boca bien abierta.

Tiene el cuerpo caliente, duro, perfecto. Está sudado y debería darme asco, pero quiero pasar mi lengua por sus pectorales. Guío su mano por dentro de mi falda, de mis medias y cuando me mira atónito, le muerdo el labio. En cuanto lo tengo tan cerca, el beso es inevitable. Inexorable. Mi memoria borrará todo lo que sé para atesorar este maldito momento. Sus dedos me tocan como si creyera que esta va a ser la única oportunidad en su vida y quisiera aprovecharla.

—Joder, ¿por qué estás tan…?

—¿De verdad hace falta que te explique por qué estoy empapada?

Gruñe y me mete dos dedos de golpe como venganza a mi burla. *O igual es porque lo desea tanto como yo.* Me aferro a él como puedo, palpitando con una fuerza y rapidez desmedida. Podrían vernos mientras me folla con los dedos. Esto no esta bien. *Dios, pero sí se siente bien.* Es *tan* increíble. Es delicado, como si

estuviera haciendo arte contemporáneo con mi cuerpo, pero también me domina en el sentido más animal y primitivo que existe.

—No te haces una idea de la de veces que he soñado con oír cómo te corres, Isabestia —susurra en mi oído, mordiéndolo, besando justo en la zona de mi cuello donde me late el pulso.

Me deja los pulmones inservibles. Me tiemblan las piernas con el vaivén de sus gruesos y larguísimos dedos. Pierdo el norte. Voy a explotar.

—Kásian.

Me penetra.

Profundo.

Intenso.

Marcando el territorio con la cadencia de una bestia, como si mi coño le perteneciera.

Y ahí, en mitad del pabellón deportivo, el violento orgasmo me rompe sin piedad convirtiéndome en un puñado de pedazos que sé que nunca voy a poder volver a juntar.

C a p í t u l o 2 8

Isabella

Me levanto temprano y hago mi cama. Limpio las ventanas de mi habitación, quito las pelusas azules que la lavadora ha pegado a mi ropa blanca, ordeno mis pintalabios nude, paso un trapito por mis gafas de siempre y otro por las de repuesto.

Tomo apuntes en clase y mientras mi profesor de Programación IV, el señor Alanof, se aclara con el proyector o la Dra. Eslanar, de análisis de señales neuronales, discute de nuevo con Richard, —que sigue siendo el típico plasta narcisista y puntilloso que no para de alzar el brazo para preguntar cosas cuya respuesta ya sabe y queda siempre implícita en la pregunta—, aprovecho para dar mini-pasitos hacia delante en mi proyecto con Sant Delphi. Me convenzo de que no le estoy haciendo perder el tiempo a él y a la humanidad,

frenando los interesantísimos progresos que fijísimo estaría llevando a cabo si parte de su trabajo no supusiera ser niñera de alumnas poco brillantes.

Cuando tenga tiempo, debería trabajar en mi autoestima.

¿Pero cuándo será eso?

Llego a casa y pongo lavadoras. Luego doblo la ropa seca y la guardo en el armario. Ordeno mis libros. Juego un par de partidas online al ajedrez mientras limpio el espejo de mi armario y las ventanas.

—Oye, ¿Isa? —carraspea Candy en la puerta de mi dormitorio.

—*Mon précieux,* ¿no limpiaste ayer por la mañana? —pregunta Leia, a su lado.

Dos. Han pasado dos días. Creo que algún billonario aburrido está trasteando con lo que no toca, porque no me salen las cuentas. No me creo que solo hayan pasado… Cuarenta y ocho. Puñeteras. Horas.

«No te haces una idea de la de veces que he soñado con oír cómo te corres, Isabestia». «No gimas así». «No sé si te das cuenta de lo que me haces, pero yo sí y me estás jodiendo, Bella». Sus labios hormiguean por todo mi cuerpo, aunque solo me besó los labios. *No los besó, guapa, se los folló.* ¿Alguien sabe lo que pasa

cuando una red neuronal se sobreentrena? Ya lo digo yo: que colapsa. *Como me va a pasar a mí si vuelvo a pensar en eso.*

Le escribí, ¿sabes? Un mensaje claro y directo. Pensaba no hacerlo, teniendo en cuenta lo que ocurrió con el beso, pero resulta que si abres un chat, escribes un mensaje y lo miras durante diecisiete minutos con obsesiva indecisión, al final tu pulgar se harta de que seas una mamarracha pesada y lo envía por ti.

Mamut

Isabella Jenkins
No vamos a hablar del tema

Kásian Snow
Evidentemente

A mí me parece perfecto. Total, somos amigos. O no. No me quedó claro. ¿Importa? Lo dudo.

La conclusión es que es una suerte que me largara de allí antes de meterme su polla en la boca como quería en el momento. Unas cuantas duchas frías después, es evidente que soy una persona nueva. Recuperada al cien por cien.

—Estás rojísima —dice Candy.

—¿El burrito de la cena picaba demasiado? —pregunta Leia en tono dulce y maternal—. ¿Deberíamos pasarnos a la dieta Candy de no-picante?

—Estoy preparándome, chicas. Nada más.

—Preparándote —repite Leia asintiendo pensativa.

—¿Para cuando vengan a hacer una inspección de sanidad a nuestro recién abierto restaurante? —Candy alza una ceja burlona, esa que tiene sobre el párpado brillante.

—No tendré tiempo cuando el proyecto con Sant Delphi dé sus frutos y prefiero estar preparada.

—¿Qué…?

—Estoy desarrollando un programa que modela y simula cómo cambia la conectividad sináptica del cerebro durante los procesos de aprendizaje. O lo intento. —Se me escapa la risa—. He fracasado por ahora. Eso se me da *genial* últimamente. Pero lo que quiero es utilizar redes neuronales artificiales que imitan los mecanismos de plasticidad cerebral como la depresión a largo plazo y adaptar sus algoritmos a estímulos sensoriales.

—Solo iba a preguntar qué pintan tus deportivas ordenadas por colores en todo esto —dice Leia señalando el suelo.

—El objetivo de todo es ver cómo la estructura de una red neuronal cambia según la exposición a info nueva para crear sistemas de IA que aprendan como lo haría un humano, ¡o incluso ayudar en terapias para personas que han sufrido lesiones cerebrales!

—Va-le… —Leia y Candy comparten una mirada que no tengo tiempo de analizar, pero que si alguien la anota en mi horario, sin duda le dedicaré unos minutos de tres y diez a tres y cuarto de la mañana.

—Eso ha sido intenso —suspira Candy.

—La teoría hebbiana dice que las neuronas que se activan juntas se fortalecen juntas.

—Y las amigas que se sujetan en el pelo mientras vomitan, lo son más tiempo. ¿Y?

—Creo que está estresada —le dice Leia a Candy por lo bajo antes de que le responda.

—¿Sí? Pues yo creo que una nueva raza de empollona está intentando comunicarse con nosotras y no le está saliendo muy bien.

Me da la risa. Parecen un duo cómico. Son tan guapas. He tenido mucha suerte de encontrarlas.

—Oíd, ¿alguna tiene sucias las ventanas?

—Aléjate de mi dormitorio, Marie Kondo. Voy a ir al gimnasio, tengo muchas novelas atrasadas que escuchar —dice la gimnasta en tono sugerente—. ¿Alguna se viene?

—Ni. De. Coña —dice Leia.

—Lo que deberíamos hacer es salir de fiesta —doy una palmada —. Sería genial, ¿no os parece? Hace un día perfecto.

—Es miércoles.

—Y llueve.

—Vamos, ¿ahora vais a decirme que no os apetece?

—Me siento como en un eclipse lunar o algo así —Leia mira a Candy ojiplática—. Creo que deberíamos aprovechar la ocasión.

—Supongo que mañana podría entrenar el doble.

Sonrío ampliamente y las abrazo.

Sé lo que me ha pasado. Debía tener un bloqueo. Algo que me impedía disfrutar plenamente de mi sexualidad. Así que dejo que Candy elija mi ropa, sin aportación de Leia esta vez. Necesitamos un cero en detalles dulces y un diez en los provocativos.

Llegamos a la fiesta de psicología. La música es genial o eso ha dicho una chica que casi me tira encima su cubata. Busco a alguien que parezca majo. Un buen tío. Conozco a Henry. Parece querer besarme. Estudia sociología y la verdad no tengo ni idea de qué

salidas tiene su carrera, pero cuando bailamos, su boca queda cerca de la mía y su aliento huele a menta y a lo que está bebiendo. Me alzo sobre mis puntas y le beso.

Sorpresa, sorpresa: no siento nada.

Ni una chispa. Ni un electrón suelto. Le he dejado mi reina desprotegida, pero él solo mueve un peón porque no puede acceder a ella. Porque este tablero tienes dos siglas talladas en la esquina y no son las suyas.

Son las del puto Kásian Snow.

C a p í t u l o 2 9

Kásian

Lo hacemos de puta madre. Nuestros rivales no paran de estamparse contra el plexiglass y de sangrar. Pero sobre todo, no consiguen alcanzar nuestra puntuación. Es una pasada.

En mitad del descanso, vamos al vestuario y hay un extraño silencio, uno que no entiendo, escampándose en todas direcciones.

—Dhário —carraspea Landon.

Debe ser el fin del mundo porque no lo llama gritando. Espero que no le esté dando una embolia. Me doy cuenta de que todos me miran y pregunto.

—¿Qué?

—Voy a preguntarlo desde el cariño —Knox me pone una mano en el hombro y la quita al instante—. Snow, ¿vas drogado?

—Sabes que he dado negativo en todas las pruebas antidopaje que nos han hecho. —Le doy un empujón—. ¿Qué mierda de pregunta es esa?

—Entonces, ¿cómo lo haces? —pregunta McKenna en un jadeo.

—Tío, te has vuelto una fiera —Dhário se carcajea incrédulo—. Nadie puede quitarte el puck.

—Y tus pases son una puta barbaridad —dice Bhødie—. ¿Entrenas con la NHL por las noches o qué?

—Si es tu forma de canalizar el cabreo, vamos a tener que cabrearte el resto de la temporada —dice Jacob Bolton revolviéndome el pelo.

—Bien, vamos a salir ahí fuera y a volvernos un Snow el resto del partido —dice Dhário—. Knox, ¿qué eres?

—¡Soy Snow!

—¿McKenna?

—¡Soy Snow!

Gilipollas.

El equipo está motivado y el último periodo del partido también es nuestro. ¿Pienso en los dos goles que he metido en el primero? No. ¿En los dos que meto en los primeros diez minutos del último? No, porque no puedo.

Estoy ocupado sintiendo su coño palpitando alrededor de mis dedos.

Miro hacia la portería y la veo a ella a punto de romperse. Robar el puck es fácil cuando sus gemidos me taladran la cabeza cada puto segundo que respiro. Ahh, sin duda también patino cada vez más deprisa. ¿Por qué? Porque siento que me muero. O sea, ya sé que me muero, pero siento que me muero ahora, ¿sabes? En este mismo instante.

Porque se corrió delante de mí. Quiso hacerlo. Y si antes no podía parar de pensar en lo que sería enterrarme en ella, en La Intocable, en *la que nunca podré tener*, ahora ya ni te puto cuento.

No hay duchas de agua fría suficientes en el mundo para que mi polla se tranquilice.

Entonces llega la noche y durante la cena tardía de celebración del partido, me entero de que se ha liado con un sinsangre del equipo de waterpolo, Henry Andrele.

—¿Sabías que eran amigos? —me pregunta Dhário mientras Knox deja claro que liarse con Isabella es un sueño al que desistió hace mucho.

Me limito a sacudir la cabeza.

En el partido de la mañana siguiente no vuelvo a hacer un buen pase, me hago daño en el hombro que ya tenía tocado y pese a la sugerencia de quedarme en el banquillo el resto de la semana, sigo jugando.

Porque si juego, tengo el control de mi cuerpo. Y si mi corazón quiere quitármelo, va a tener que matarme primero.

Capítulo 30

Kásian

Es como si un imán invisible atrajera su cuerpo al mío porque quince minutos después de llegar a North Star, me topo con ella por el campus. Al principio no me ve. Está con la cara pegada al móvil, fijo que haciendo una partida de ajedrez de un minuto. Por supuesto, tiene las manos llenas de libretas y libros, porque la era digital no es un tren al que quiera subirse sin dejar un pie fuera.

Me muevo para ponerme en su camino, para que tenga que chocarse contra mi cuerpo. Y es lo que sucede.

—Uy, perdona, no te…

—Bú.

—*Kásian*. —Se le enrojecen las mejillas y se le caen tres libretas, pero no las mira. Lo que sí mira es mi hombro y parece que se

olvida de todo lo demás durante un largo momento—. ¿Qué te ha pasado?

—Que al final no me lo vendaste, Bella —digo con suavidad, pero la forma que su rostro se contrae me destroza—. Es broma, era inevitable. —Trago saliva—. ¿Qué tal tu semana?

—Bien, liada. ¿Y la tuya?

—Hemos ganado.

—Lo sé, lo he visto en el portal del campus. Salíais en primera página.

Y no ha habido mensaje de felicitación.

Desvía la mirada como si oyera mi reproche.

—¿Cómo llevas tu proyecto con Sant Delphi?

—Bien, un poco menos atascada que de costumbre. He tenido mucho tiempo para dedicarle, es una suerte.

Asiento. Noto que mi cuerpo crece y el suyo se encoge. En nuestra relación, no es algo que haya pasado más de dos veces. Pero lo odio. Imagino que no es un buen momento para soltarle lo que lleva engangrenándome el corazón desde que lo oí, pero se lo suelto de todas formas.

—¿Te ha ayudado Henry Andrele?

—Eso… —resopla—. Era innecesario. ¿Cómo te has enterado?

Descubro una nueva consecuencia del tratamiento de Redgrave: tener ácido en el estómago. Recojo sus libretas con el brazo bueno, como son pequeñas, me caben todas en la mano.

—Tengo amigos. —Me encojo de un hombro.

—¿Y estás enfadado? —tantea aceptándolas mientras miro la partida de ajedrez que ha perdido injustamente cuando se le ha agotado el tiempo.

—No tengo derecho a estarlo. No te culpo de nada, Isabella. Yo hago todo lo que puedo por alejarte de mí. Puedes acostarte con quien quieras.

—No me acosté con él, solo le besé.

—Vale.

—Y no me gustó. Aunque tienes razón no es cosa tuya.

—¿No te gustó?

—No es cosa del pobre Henry, es que a mí no me gustan los besos.

Ahora soy yo el que resopla. Y luego me río. Es breve, por suerte para todos.

—Idiota.

—Perdona, es que estaba allí.

—Será que solo me gustan los tuyos. —Pasa de largo y se va sin darse cuenta de que podría morirme feliz ahora mismo y sería exclusivamente gracias a ella.

Lo mío me cuesta no seguirla.

Por suerte para todos, tengo una cita y para variar, no voy a llegar puntual.

C a p í t u l o 3 1

Kásian

Subo las escaleras de dos en dos *—algo que fijo que Lila me recomendaría con el hombro inmovilizado—*, y encuentro la puerta cerrada cuando intento abrirla.

—Márchate, Kásian. —Oigo la voz de Leif al otro lado.

—Me disculpo por la tardanza, acabo de llegar de Carolina del Sur. ¿Recuerdas que te conté que tenía partidos toda la semana?

—Esto no va de tu impuntualidad, va de que es una pérdida de tiempo. Márchate.

Suspiro. Me paso una mano por el cuello y me froto la cara.

—Leif…

—Hacer terapia es un privilegio. Uno que tú no te mereces.

Dejo que el silencio se expanda. Espero que las salas contiguas estén vacías y nadie pueda oír lo que voy a decir.

—Leif, me muero. ¿Qué coño vamos a arreglar? —pregunto, sorprendiéndome a mí mismo ante la crudeza y sinceridad repentina —. Por muy buen psicólogo que seas, no vas a impedir que me muera. No voy a tener una vida para poner en práctica tus enseñanzas. Pero necesito que sigas trabajando conmigo y me cubras delante de Landon.

Se oyen unas llaves, luego un cerrojo abriéndose.

—No voy a quedar contigo solo para ser tu tapadera.

—Podríamos jugar al ajedrez.

—A ti no te gusta el ajedrez y además, sí tienes tiempo. Ahora estás vivo, ¿no?

—¿Insinúas que estoy tan hecho mierda que respirando ya empeoro el mundo? ¿Que debo arreglar mis traumas aunque no vaya a vivir ni un año más?

—Digo que no estás tratando a tus seres queridos como se merecen. A Isabela, a Dhário. Hay personas que sí se han ganado el derecho a estar a tu lado en una situación tan terrible como la que estás viviendo. Te parecerá que le estás ahorrando el sufrimiento a la gente que te importa, para que solo tengan que sobrellevar el

hecho de que te has muerto y no todo lo que le precede. Pero solo estás siendo un crío egoísta e inmaduro que no quiere ver como nadie derrama lágrimas por él. Así que pasa, siéntate y ábrete a mí de una puta vez, o lárgate y no vuelvas más. —Me da la espalda y en plan sueco-zen, camina hasta su butaca como si no me hubiera dado el rapapolvo de mi vida.

Entro y cierro la puerta.

C a p í t u l o 3 2

Isabella

—El cerebro humano es una cosa muy curiosa y ridícula. ¿Quién podría pensar que el abandono de Adelaida nada más nacer me afectaría en las relaciones una vez entrara en la edad adulta?

—En realidad, Isabella, tiene mucho sentido —dice Lucca enrollándose la bufanda azul y amarilla al cuello, aunque ya estamos en primavera—. El papel de los padres siempre es clave, pero no tiene por qué sentenciar cómo van a ser tus relaciones el resto de tu vida, si tú no les dejas.

Más fácil de decir que de hacer, doc.

—¿Sigues llorando hasta quedarte dormida?

—No siempre. A veces, sí.

—¿Crees que Kásian insiste en quedarse a dormir contigo porque lo sabe?

—¿Qué? No. *No*. Claro que no. ¿Cómo iba a saberlo él? Él solo sabe que puse unas normas a nuestra amistad y hace todo lo que puede para saltárselas. Le encanta sacarme de quicio.

Toma nota y asiente, paladeando una larga pausa sin apresurarse a romperla.

—¿Sabes por qué hay ciertas personas que nos irritan solo por existir cerca nuestro? Porque están tocando partes de nosotros que no hemos aceptado plenamente. Si alguien puede alterar tus emociones con facilidad, es porque están iluminando una parte de ti que te niegas a ver.

—¿Qué parte? Ya sé que soy una quisquillosa y una obsesa del control, no es nada nuevo. —Me revuelvo en el asiento.

Él hace una tímida sonrisa y una parte de mí, pequeña y mezquina, desearía encontrar la manera de irritarlo, aunque fuera un poco. Me aferro con las uñas al reposabrazos. Empiezo a sudar. Sé lo que va a preguntarme antes de que lo haga.

—¿Quieres hablarme de Adelaida?

Tragarme todas las blancas de un set de ajedrez de cristal me apetecería más, pero los cobardes no superan nada, solo cavan y

cavan hasta que llegan al centro de la tierra y se preguntan por qué están tan solos. *¿Es tarde para pedir una pala por Amazon?*

Suspiro.

—Sí, quiero.

Lucca ni siquiera hace un movimiento de cabeza, solo espera hasta que estoy lista.

—La gente cree que si no tienes una figura materna en tu vida, el único día del año que odias es el día de la madre. Pero los odias todos. Al principio, cuando era lo bastante pequeña como para no entender lo que mi padre quería decir con «mamá eligió marcharse, pero yo te quiero mucho», era feliz, ignorando el ruido al fondo de mi cabeza. Pero cambió cuando crecí un poco. Lloraba mucho. Lo bueno es que era una niña muy torpe que necesitaba gafas y aún no se las habían puesto, así que podía disimular que a veces, la verdadera razón de mi llanto no tenía nada que ver conmigo.

—¿Por qué?

—Mi padre se ponía muy triste cuando le preguntaba por Adelaida. —Me limpio una lágrima que ni idea a cuento de qué viene —. Mi abuelo, mi padre y mi hermano lo son todo para mí, y les quiero a rabiar, pero… cada uno tiene su espacio, ¿sabes? No puedes

meter el alfil en el hueco de la torre porque la silueta no encaja, no es su sitio. Adelaida me… dejó un hueco.

—¿Y es posible que ese hueco lo hayas percibido como algo propio? ¿Algo que te falta a ti, de lo que tú careces?

—Sí, es posible. Al fin y al cabo, no se fue cuando nació Adler, se fue cuando nací yo —resoplo—. Y no tardó mucho.

—¿Crees que Kásian es un juguete roto y que es el culpable de haber acabado en un orfanato?

—¿Qué? ¿Cómo puedes decir eso? Él n… —pillo lo que está intentando decirme bochornosamente tarde—. Ya, es más fácil ver que no soy el problema si lo pones a él de ejemplo, muy agudo.

—No es justo que te culpes de algo de lo que no tuviste, ni tienes, ningún control. No puedes obligar a nadie a estar en tu vida, pero lo que sí puedes hacer es dejar de apartarlos antes de que tengan la oportunidad de marcharse.

Joder, directo a la diana. Está claro que los diplomas de las paredes no son de pega.

—Doctor, acaba de definir mi personalidad entera —cojo los pañuelos que me ofrece, por que no consigo cerrar el grifo de mis lágrimas—. ¿Pretende que ofrezca algo roto y defectuoso?

—Tu corazón no está roto, ni es defectuoso. Es mucho más fuerte de lo que crees, pero nunca lo sabrás si no lo pones a prueba.

Ya ha oscurecido cuando salgo de allí. Ceno en el restaurante vegano con tal de no pasar por el piso y hacer algo de tiempo.

—Tiene aspecto de carne, pero no es carne, aunque sí sabe a carne, ¿verdad? —me pregunta el dueño cuando tengo la boca llena.

Es muy simpático, no tiene culpa de que yo no quiera hablar con nadie.

Bueno, con alguien sí.

Una sola persona.

C a p í t u l o 3 3

Isabella

Llamo al timbre y aguardo unos segundos. Esperaba cualquier cosa menos encontrármelo con un pantalón rojo a cuadros del pijama, una camiseta negra cualquiera y un aspecto horrible de necesitar un abrazo. Han pasado un par de semanas desde la última vez que nos vimos, pero parecen meses. Las sombras bajo sus ojos son jodidamente oscuras.

—Isabella, ¿ocurre algo? —pregunta en ese tono de voz que me da la certeza de que lo dejaría todo en pausa por ayudarme si lo necesitase.

—Sí, bueno, quería hablar contigo. ¿Puedo pasar?

Duda. Parece que va a decirme que no, que ha tenido un mal día y que lo último que le apetece es tener que lidiar con mis

incesantes charlas sobre chorradas que a nadie le importan. Pero se hace a un lado.

—Claro, pasa.

Hacía siglos que no pisaba el piso de Kásian, pero sigue tan ordenado como la última vez que vine. *Y huele bien. A él.*

—¿Qué tal tu hombro? ¿Ya no llevas vendas?

—Me las pongo solo para dormir. Estoy cada vez mejor.

Asiento. La tensión crispa el ambiente, lo electrifica.

—¿Está Dhário? —Desvío la mirada hacia la puerta de su dormitorio, cerrada.

—No, él… se ha ido a casa unos días.

—¿De verdad? Juraría haberlo visto por el campus esta mañana. No tenía muy buen aspecto de hecho, pero no me lo he cruzado, así que no he podido preguntarle. —*Parecía hecho polvo, la verdad, y tú también.*

—No está pasando por un buen momento.

—¿Y eso? ¿Le ha pasado algo a Puck? —*su gato.*

—No, cosillas familiares. Ya sabes.

No, no sé, pero asiento porque noto que no quiere hablar del tema.

—Espero que la cosa mejore. ¿Tú estás bien?

Asiente y endurece la mandíbula. *Joder, suele mentir mejor que esto.* No lo pienso, me acerco a él y le abrazo con todo lo que tengo. Le estrecho entre mis brazos intentando calmar un problema que desconozco, asegurándole que todo va a salir bien aunque no tengo ni idea de si va a ser así.

—*Bella*… —susurra contra mi pelo, estrechándome entre sus brazos.

Acabamos en su cama, igual de abrazados. Ninguno de los dos dice nada y la cosa sigue igual durante un buen rato. Es la única persona en el mundo con quien no me siento obligada a llenar el silencio, porque nunca es incómodo. Mientras apoyo la cabeza en su pecho, escucho el ritmo acompasado de sus latidos.

—Deberías irte antes de quedarte dormida —su voz es ronca, grave, como si la debilidad que siento bajo la superficie de su piel le estuviera desgarrando la garganta.

Su sufrimiento me hace polvo y es evidente que nadie debería dejarme entrar jamás en un hospital. Tan evidente como que estoy dispuesta a todo para conseguir aquello por lo que he venido.

Me incorporo, me apoyo en sus piernas para enderezarme y me siento sobre las rodillas bajo su atenta mirada.

—¿Qué vas a…?

—Folla conmigo.

No contesta.

Durante un largo instante dudo si me ha oído. Entonces veo el Big Bang sucediendo detrás de sus ojos. Traga despacio. *Su nuez ahora parece ser la que le rasga la garganta.*

—¿Estás borracha? —pregunta con absoluta seriedad, una que me aplasta contra la cama.

—No.

—Entonces, ¿por qué?

—Quiero probar cómo sería sentir algo de verdad por una vez. Llegar hasta el final sin la necesidad de preocuparme por si voy a entregarme emocionalmente o no. Creo que esa es la razón por la que tus besos son los únicos que me excitan. Porque sé que entre nosotros no habrá nada más que esto. Y por si fuera poco, tú, Kásian, eres el único que me hace sentir que no estoy rota o defectuosa.

C a p í t u l o 3 4

Kásian

—Folla conmigo.

El mundo se para y explota.

Qué. Cojones.

Si no estuviera en ruinas, ya la habría echado de mi cama. Pero hace dos días le conté a Dhário lo de mi enfermedad. Lo que hago con la farmacéutica. En resumen, absolutamente todo. Se quedó tan hecho polvo que ha tenido que irse a casa con sus padres unos días. No dejaba de llorar. Debería demandar a Leif, pero ese no es el punto.

Jamás le diré la verdad a Bella, de hacerlo sería como perderla ahora mismo. Sé que nunca la tendré como novia, que no le haría

pasar por el mal trago de mi muerte y que en cuanto nos graduemos no volveré a contestar ninguna de sus llamadas.

Pero ahora la tengo en mi cama y… aunque solo sea brevemente, reconozco que me tienta horrores la idea de no morirme sin saber qué se siente al tener a la única persona a la que…

—¿Por qué?

Me cuenta sus razones. No consigo quedarme quieto.

No después del «eres el único que me hace sentir que no estoy rota o defectuosa». Me bajo de la cama. Me paseo mirándola como el animal que soy.

—Vale.

—¿Vale? —se sonroja y me muerdo la lengua con fuerza.

—¿Ahora te viene la vergüenza? ¿En serio?

—Yo no tengo vergüenza —miente—. ¿Entonces…?

Joder. Acaricia el dobladillo de su jersey y casi me explota el cuerpo.

—Establezcamos unas reglas antes —pido.

—No te tenía por alguien controlador. Esto es solo sexo. Como una partida relámpago de ajedrez. Sucia, rápida, sin consecuencias.

—¿Una?

—O cien. —Se encoge de hombros—. Depende de lo que nos guste.

Justo en ese momento llaman al timbre. Aporrean la puerta. *¿En serio? ¿Ahora?*

—¿No vas a…? —pregunta desviando la mirada, pero yo solo tengo ojos para ella.

—No.

—*Snoooooooow* —reconozco la voz de McKenna y aprieto los ojos con fuerza.

—No me lo puedo creer.

—Me parece que vas a tener que ir a ver.

Maldigo para mis adentros. Oigo mis pasos y veo la puerta acercándose a mí, lo cual es raro, porque todo mi cuerpo se ha quedado con Isabella. Abro de un tirón, tan fuerte como para casi arrancar las bisagras.

—¿Qué?

—Buenas noches, capitán, ¿está Snow? —pregunta McKenna tambaleándose cogido al brazo de Knox Madison.

—Knox, ¿qué…? —Ni me salen las palabras.

—Veníamos a devolverte esto —me estampan una tostadora en el pecho.

—No es mía.

—Pues será de Dhário —McKenna levanta la barbilla y me analiza con la mirada—, …que no eres tú, por cierto.

—No es nuestra —se la devuelvo a Knox que es el que parece más entero—. Si no os largáis y la dejáis donde sea que la habéis robado, voy a meter esa tostadora por un sitio en el que no se tuestan cosas.

Knox asiente. McKenna frunce el ceño.

—¿Y no podrías devolverla tú por nosotros? —pregunta McKenna —. No recuerdo la dirección de la fiesta. ¿Cómo se escribe arquitectura?

—Joder —maldigo—. Mira, volved allí por la mañana. Ahora necesitáis dormir la mona. Id directos a vuestro piso, ¿vale?

—Sí, señor —dice Knox, sin moverse del sitio.

—¿Acaso es esta vuestra casa?

—No, nuestra casa está a una manzana —Knox sacude la cabeza, sin moverse del sitio.

—¿Quién decidió usar esa fruuuta y no otra? —pregunta McKenna.

—Esperad aquí —cierro de un portazo. Vuelvo sobre mis pasos, a… ella. Que sigue en mi dormitorio, por mucho que me cueste

creerlo—. Tengo que acompañarlos a casa, apenas se tienen en pie.

—Sin problema, puedo volver otro…

—No —la interrumpo—. Por favor, espera aquí. No tardaré. ¿Lo harás?

—S-sí, sí, claro.

Me llevo a esos dos a su casa y me juro cavar sus tumbas por la mañana.

—Eres un buen capitán, Snow.

—Yo no soy el capitán, McKenna.

—¿N-no…? Entonces deberíamos ir a hablar con Landon.

—Sí, haz eso, pero primero apártame la mano de la camiseta. —Clavo el índice en su frente y lo obligo a pegar la cabeza en la almohada.

Se queda frito en cero coma. Knox en la habitación de al lado, sufre un destino similar.

No espero que Bella siga allí cuando llego. Tal vez tenga que ver con que durante once años, Papá Noel nunca me trajo nada. *Uno se acostumbra en no creer en lo imposible.* Aun así, la decepción que siento al encontrar el piso vacío, me revuelve el estómago. Leo la nota en la mesa.

C a p í t u l o 3 5

Isabella

Me bajo del uber y entro al hospital a toda prisa.

Huele a desinfectante y al ver las paredes me digo que no pienso vestirme nunca más de blanco. Odio este lugar. Recuerdo cada vez que el capullo de Adler me hizo venir a uno de estos por culpa del maldito hockey. No entiendo por qué tengo amigos deportistas. Debería saber más acerca de lo que me conviene.

Por favor, que no sea grave.

La llamada ha sido tan breve… solo con oír cómo lloraba, no he podido hacer otra cosa que salir corriendo del piso de Kásian y Dhário. Porque Candy no llora. Candy es más fuerte que el puto pan. Candy es de la clase de persona que cuando Jack Dawson se hunde con el Titanic, ella aguanta y finge alegrarse porque Rose DeWitt

Bukater va a poder vivir por los dos. Y aun así, me ha llamado llorando.

Sigo las indicaciones y subo a la tercera planta. Estoy a punto de contarles que soy su prometida cuando la idea de ser el lacasito blanco perdido de la familia de Candy no cuaja, pero un médico se apiada de mí y me lleva con ella.

Lo primero que veo es su tobillo hinchado como una salchicha. La piel oscura está ligeramente enrojecida y el bulto es grande. Por supuesto, ni rastro de la demonio de su entrenadora.

—Candy, ¿qué ha pasado?

Extiende las manos hacia mí para que se las coja y hago de tripas corazón para hacerlo. Ya bastante que no me exige un abrazo.

—He perdido el equilibrio de la barra. He intentado salvarlo, pero mi tobillo se ha…

—Lo siento mucho. —Lo miro, tiene muy mala pinta—. ¿Qué han dicho los médicos?

—Que me lo he torcido y voy a quedarme dos semanas sin entrenar. Dos semanas, Isa. —Se abalanza a mi cuello y me muerdo la lengua.

Le pongo una mano en la espalda. Contengo la respiración y hago mis ejercicios mentales. *Candy me necesita. No pasa nada.*

Puedo aguantar esto. Estoy bien. Ciertos ojos negros acompañados de un pelo rubio se vienen a mi mente y me ayudan a pasar el mal trago. Candy me suelta enseguida.

—Perdona, cielo, no he pensado que eras tú.

—No me pidas perdón por darme un abrazo —*tú no tienes la culpa de que esté hecha mierda por dentro*—. Ni siquiera sabía que estabas entrenando, Candy. Creí que estabas en una fiesta.

—Debería —aprieta los ojos con fuerza—. Hoy he tenido un mal día. Me estaba saliendo todo mal y debería haber hecho caso a las señales. Soy imbécil.

—Ha sido mala suerte, nada más. —En realidad, es probabilidad pura.

Es humana y una saltimbanqui, en algún momento tiene que caer mal, perder el equilibrio, hacer un mal giro o resbalarse. Ese momento ha sido esta noche. Le aparto las lágrimas con un pañuelo y me guardo lo típico de «eh, anímate, dos semanas no es para tanto» porque sí lo es para ella. Para cualquier deportista.

—No he llamado a Leia porque mañana tiene lo de la entrevista esa de la nadadora y sabes cómo se pone cuando me hago daño.

—Sí, Leia es de llorar primero y preguntar después. Es mejor no avisarla.

—Exacto —se ríe un poco mientras sigue llorando—. ¿Dónde estabas tú? ¿Tenías algún torneo? Estás muy guapa.

Por suerte, no me hace falta inventarme nada porque nos interrumpen, un enfermero viene para vendarle el pie y otro con las muletas. Candy, por supuesto, se niega a usarlas. Lo que se traduce en que va saltando a la pata-coja hasta el uber. *Esta mujer no tiene carácter, el carácter la tiene a ella.*

Se echa a llorar cuando estamos a punto de llegar.

—¿Te duele mucho? ¿Quieres que haga algo? ¿Paramos en una farmacia a por…?

—¡No es de esa clase de dolor! —gruñe tapándose la cara con las manos—. Es que ya he hecho mal la entrada cuando he subido. Mi entrenadora tiene razón, ¡me estoy haciendo vieja muy rápido!

—¿Te ha…? —Cierro los ojos con fuerza y la furia asesina casi me ahoga—. Candy, tienes veinte años.

—Da igual, ya voy tarde.

—¿Tengo que recordarte que ganaste tu primera medalla de oro siendo una renacuaja de dieciocho años? Es decir hace. Dos. Malditos. Años.

—Nadie es una renacuaja a los dieciocho, Jenkins —murmura, una mezcla entre triste, aliviada y cabreada.

Yo también empiezo a cabrearme. ¿A quién en su sano juicio le parecería buena idea pedirme que consuele a alguien? Es como querer mover una torre en diagonal.

C a p í t u l o 3 6

Isabella

A media mañana salgo de bioinformática avanzada, compro tres *mousses* de chocolate blanco y corro hasta nuestro piso.

—¡Des-can-soooooo! —grito recorriendo el pequeño habitáculo que comparto con las hermanas que nunca he tenido.

Encuentro solo a Candy. Está en la cama, con un moño mal hecho y el pijama menos sexy del mundo. *Uno que fijo que ha tenido que comprar en Amazon para la ocasión porque esta mujer es un ángel de Victoria Secret encubierto.* Sería gracioso verla intentando afearse cuando sigue siendo una muñeca preciosa, si no fuera porque me parte el alma. Tiene una mirada de autocompasión que suena más alta incluso que los vídeos de gimnasia que está viendo. *Ay dios, lágrimas otra vez no.*

—¿Qué haces aquí? Tienes clase.

Sonrío ante el gruñido que me lanza y saco la *mousse* de la bolsa para ver si se acuerda de que me quiere aunque sea un poquito.

—¿Es de chocolate blanco? —se le inundan los ojos y cuando asiento, añade—: ¿Solo una?

—Te doy dos más si te pones guapa esta tarde y vienes a la biblioteca conmigo.

—Me conformo con una entonces.

Sabes que Candy está triste de verdad cuando ve una sombra de purpurina y le hace ascos.

—¡Ha venido con su marido, el puto Huntley Bayke! Me muerooooo. —Oímos a Leia recorrer a toda prisa los escasos metros que separan la entrada de la habitación de Candy.

Vivimos en una caja de cerillas, ¿pero qué hace Candy? Llevarse un mar de pañuelos a los ojos, secarse las lágrimas, pedirme que le sople los ojos y le quite la pena del rostro, aprovechar mi descuido para robarme las otras dos *mousses* restantes y preparar su mejor sonrisa falsa antes de que Leia llegue.

—¿De quién hablas? —pregunta.

—¡De Cloire Rhed! ¿Os acordáis que tuvo que retrasarme la entrevista porque le habían surgido otros compromisos y pensé que era una manera sutil y elegante de cancelarme, pero resultó que no? ¡Dios ha sido tan brutal! ¡Ha sido tan épico! Me imagino que así debe sentirse la gente al conocer a Taylor Swift. Me va el corazón a mil, por cierto, ¿la habéis visto cantar en directo? Estoy segura de que los aliens piensan que es nuestra líder.

—¿Cloire? —pregunto.

—Taylor. ¿Qué probabilidades había de que me concedieran la entrevista con Cloire? Mínimas. Minúsculas. Ínfimas. Casi inexistentes. Ha sido una rebelión absoluta contra la estadística.

—Siéntate y cuéntanoslo antes de que te dé un infarto —pide Candy haciéndole un hueco en la cama.

—Ya me está dando, Candy. ¡Uno! ¡Detrás! ¡De! ¡Otro! —exclama agarrándose el pecho, pero después de pasarse dos minutos saltando como una loca.

La quiero tanto.

A Candy le viene bien la alegría y me vuelvo a clase más tranquila. Leia está al tanto de lo que pasa, pero como Candy se hace la fuerte delante de ella, no está tan preocupada. No sé cuánto tiempo durará la cosa, teniendo en cuenta que la gimnasta tiene la

lágrima fácil, pero cuando buscas tenaz en el diccionario, la imagen que aparece es la de Candy. Así que todo es posible.

C a p í t u l o 3 7

Kásian

Entro en casa cuando ya hace horas que ha anochecido. *Así es siempre, apenas piso el apartamento.* Lo hago con la bolsa de entrenar al hombro y es precisamente eso lo que casi se me cae cuando me la encuentro en el mismo lugar en que la dejé ayer. Donde esperaba encontrarla anoche, pero no lo hice.

—Bella.

—Espero que estén bien tus amigos.

—Yo espero que pierdan mi número. —Me paso una mano por el pelo mojado de la ducha cuando sus ojos insisten—. Nada más que la resaca que se merecen, tranquila. ¿Como está Candy?

—Va a pasar dos semanas malas, pero no es nada definitivo. Estará lista para las competiciones.

Asiento. Me alegro de oírlo. Como deportista, sé lo importante que es estar en buena forma en todo momento. Lo que le ha pasado a Candy es una putada, aunque vaya a ser una breve. A mi me jode no tener el hombro bien, aunque ahora mismo lo vendería con tal de quedarme con ella.

Miro a la chica sentada al borde de mi cama.

—¿Cómo has entrado?

—Resulta que Dhário le prestó una llave a Leia para emergencias hace dos años, cuando su gato estaba aquí con él y… —Se levanta y deja la llave en el escritorio—. En fin, puedo irme si necesitas…

—No, quédate. Quería hablar contigo.

—Adivino, ¿ajedrez? —pregunta y cuando sacudo la cabeza se aferra a las mangas de su jersey verde claro—. Entonces, tus reglas. —Esta vez asiento—. Vale, pero una cosa antes, ¿vamos a tener esta conversación mientras tú sigues ahí plantado en el marco de la puerta?

Me obligo a dar un paso hacia ella. Uno solo.

—Habrás tenido tiempo de pensar en lo que hablamos. ¿No has cambiado de parecer?

—No —responde.

—¿Lo prometes?

—Sí. ¿Tú?

—No, Isabella. No he cambiado de opinión.

—Entonces… —Traga saliva y no soy capaz de apartar la mirada de su boca, de su cuello—. ¿Vas a hablarme de tus reglas, Kásian Snow?

Toda la estancia huele a ella. Está electrificando hasta el último centímetro de habitación.

—Solo tengo una regla, en realidad. —Ya me estoy acercando a ella—. Esto es solo sexo. Lo cual significa que… No te enamorarás de mí.

—Pfff, por favor, Kásian —resopla. Traga saliva—. Ni siquiera somos amigos.

Si supiera hasta qué punto tiene razón y a la vez, está completamente equivocada.

—No, no lo somos. —Le cojo de las mejillas y tiro hacia arriba—. No podríamos serlo aunque quisiéramos.

—Estamos de acuerdo.

Tres palabras que me dan permiso para hacer lo que más deseo. Me recrimino el ansia con la que empiezo a besarla. La desesperación con la que bebo de su boca. Su sabor es exquisito, pero… *¿Quién cojones la ha enseñado a besar así?*

Celoso, me quito la camiseta. La atraigo hacia mí con posesividad. Mi camiseta desaparece y Bella pasa las manos por mi torso con la misma urgencia que yo siento por ella. Dudo si quiere hacerme daño físico. Gime con súplica demostrándome que sí.

—"Soy Isabella Jenkins y no me gustan los besos" —digo en tono burlón.

Se frota contra mí dejándome pleno acceso a su lengua para mi placer personal más sádico y hambriento. La polla me da una sacudida fuerte y gruño.

Meto las manos bajo su jersey fino y espero que no se dé cuenta de que me tiemblan. Lo subo despacio, rompiendo el beso para mirarla, para descubrir la piel suave y caliente que hay debajo. El corazón me hace cosas raras. Me cuesta hasta tragar saliva. *Mis manos inmensas están encima de su sujetador porque está dejándome que la toque. Hostia puta.*

—Demasiado lento —se retuerce, pero el sonido de placer que le arranco al acariciarla contradice sus palabras y tengo que agarrarme la polla para no morirme.

—Voy a ir tan lento como quiera —digo con sequedad, a lo que ella intenta meterme la mano en los pantalones y hacerme polvo. La cojo de las muñecas y las aplasto contra la pared, la incrusto y luego

aprovecho para oler el hueco de su cuello expuesto—. ¿Desde cuándo llevas encaje?

—Casi siempre. Aquella vez me pillaste en un mal día —dice liberando una mano, poniéndola en mi nuca y tirando de mí para comerme la boca.

Habla del día que la pillé a medio vestir en su habitación.

—Me he masturbado muchas veces pensando en aquello —admito, le muerdo el labio, el cuello, le aparto el pelo, le desabrocho el sujetador en un solo movimiento y cuando mi lengua llega hasta sus pezones juro que nunca he estado más cachondo.

—*Kásian*…

Debería patentar su manera de decir mi nombre.

Intenta quitarse las gafas, pero no la dejo. Me encantan sus puñeteras gafas.

La aprieto contra la pared, quitándole la falda. Las medias. Y lo hago sin dejar de trabajar con la boca, sin dejar de succionar unos pezones duros como piedras. Bella, mi Bella, tiembla, se retuerce, gime y se estremece. Estoy a punto de correrme en los pantalones. *Voy a desnudarla del todo, dios. ¿De verdad va a dejarme?*

Tira de mí para que me enderece y cuando me coge la polla, algo en mí se desconecta.

Capítulo 38

Isabella

—No te atrevas a mirarme los pechos así si no vas a correrte en ellos —le digo, pero no parece oírme.

Acaba de desabrocharme el sujetador, no entiendo cómo no he perdido el sentido. Me succiona como un caníbal. Kásian gruñe cuando me oye gemir como si estuviera a punto de perder la cabeza, me aprieta contra la pared y se deshace de mi falda. Me quita todo menos las bragas. Esas que mira como si fueran un tesoro nacional, las que ha convertido en una piscina en cuanto me ha metido la lengua en la boca.

Estoy desesperada, así que tiro de él, meto la mano en su pantalón y le cojo la polla rodeándola con una mano.

Vale. *Vale*. Dios. *¿Qué?*

Pensaba que meter la mano en su pantalón y darle un par de sacudidas a su polla me haría ganar algo de control, pero es un boomerang que me da en la cara porque, joder, la tiene in-men-sa. Kásian se queda quieto como si no creyera de verdad que tengo la mano donde la tengo.

—Estás a tiempo de irte —advierte como un lobo a su presa, poniendo una mano en la pared por encima de mi cabeza y haciendo que se le tense el bíceps.

Este tío no lo pilla.

—Hazme el favor de quitarte los pantalones —le digo intentando que no me tiemble la voz, pero esto es muy fuerte y estoy flipando a lo bestia.

No lo hace y por suerte descubro que no me hace falta. Un par de tirones aquí y allá y cuando lo libero por poco se me desencaja la mandíbula. *Qué hombre más insoportable.* Proporcionado mis cojones, esto es mucho más que… Empiezo a hacerle una paja. A atraerlo hacia mi entrada. A volverme loca del todo.

—No tan rápido. —Me pone una mano en el abdomen y me vuelve a pegar contra la pared cuando intento besarle, pero acelero el ritmo de mi mano porque esa no parece capaz de pararla.

—¿Estás seguro de que no es justo lo que quieres? ¿Algo rápido? —El placer está cerca de desbordarme al ver lo que le provocan mis sacudidas.

Siento que estoy dándole algo que solo yo puedo proporcionarle, pero por encima de todo tengo miedo. De que se eche atrás. De que me aparte. De que nunca llegue a sentir esto con otra persona. Se está follando mi mano y a mi mano le encanta.

Hasta que me frena. Me da un manotazo suave, pero enérgico, que deja a mis dedos añorándole con el único recuerdo de su líquido preseminal brillando en ellos. Me gruñe, me muerde el labio y apartando la tela de mis bragas, me da toquecitos con el glande justo en el clítoris. Me agarro a su hombro bueno para no caerme al suelo desplomada.

—Vamos, sé una buena chica y córrete para dejar de meterme tanta prisa —ordena.

Su voz es dulce. ¿Sus palabras? Del todo insoportables. Pero es lo que hago.

Correrme. En su polla.

Bajo su atenta mirada, mientras me dice lo increíble que soy, mientras resbala la largura de su erección entre mis piernas sin llegar a meterla en mi centro. *Ha dicho buena chica.*

El orgasmo es un tsunami que le da la vuelta a mi cerebro.

Me cambia. Me vuelve otra persona. Un ente necesitado de más, adicto hasta la médula. *«Esa es mi Bella».* Cuando me coge, me besa y me tumba en su cama, ya está desnudo del todo y yo también. Su cama que huele a especias, a él y jabón de lavar. Estoy temblando. Todo su cuerpo me arropa de un modo perfecto. ¿De verdad está pasando?

Usa su polla como una maldita arma que se acerca a mí, pero no lo suficiente, que me deja con las ganas todas las veces. Su glande me separa los labios mientras su pulgar masajea mi clítoris en círculos constantes. Se da un par de sacudidas él solo, desde la punta hasta la base.

—¿Quieres que te la chupe?

—No —endurece la mandíbula—, todavía ni he empezado. —Me pone mis manos sobre mi pechos—. Juega contigo misma.

—¿Por qué?

—Porque te lo pido yo.

No hay ni una sola franja de mi piel que no salga ardiendo. Obedezco sin rechistar, sintiendo como mi miel resbala por el interior de mi muslo no solo por lo que hago, sino por su autoridad.

—Joder, lo sabía.

—¿El qué?

—Que había un lugar en el mundo en el que Isabella Jenkins disfrutaría acatando órdenes. —Me separa las rodillas y hunde su cara entre mis piernas.

Kásian me demuestra con una sola lamida que mi boca no es lo único que va a follarse. Chillo con la primera sacudida de placer abominable que convierte mi cuerpo entero en lava. *El sexo no es así, es meramente decente, lo que me está haciendo es otra cosa. Me está destrozando y quiero que siga.*

Succiona mi clítoris con anhelo, vehemencia y devoción. Es fogoso, pasional y más hábil que en mis fantasías. Estoy tan excitada que duele. Y no hace más que empeorarlo. Creo que voy a morirme.

—Ahora repíteme eso de que no puedo quedarme a dormir en tu habitación —se burla.

Le hundo las manos en el pelo diciéndole adiós con la manita a mis antiguas normas. Estoy aterrada. Confusa. Al borde del siguiente orgasmo.

Ni siquiera sé cuántas veces hace que me corra, pero ni le cuesta esfuerzo. Parece que este es su hockey de la liga de novatos y él tiene un puñado de medallas de oro colgadas al cuello. Es desquiciante. Y lo mejor que me ha pasado nunca.

—¿Quieres hacer el favor de enterrarte dentro de mí? —cojo su mano, la entrelazo con la mía y tiro de él para tenerlo encima.

Quiero que me aplaste. Que me domine.

—Aún no —me gruñe, pero frotándome contra él consigo que me haga caso y menos mal, porque si no acabaré por perder el maldito conocimiento. Entonces lo dice—: Estoy limpio.

Suelto una carcajada atropellada por el placer.

—¿Sabes? Ese ha sido un buen chiste —le digo.

Abre la mesita de noche sin rechistar y se coloca un preservativo sin abrir entre los dientes de manera distraída, sin dejar de mirarme el coño, de acariciarme los pechos, de venerar mi piel y hacerme sentir un valioso tesoro único en mi especie. Lo hace como si mis palabras fueran una sentencia que acatará siempre y con gusto.

—Me hice pruebas hace dos semanas y estoy limpio. —Me separa los labios, me presiona el clítoris con el pulgar y se moja los dedos con mi humedad—. Hace más de un mes que no me acuesto con nadie porque sabía que no podía tener a quien… —deja la frase a medias, así que no puedo saber a qué se refiere.

¿Le mola alguien de química que no le hace caso?

¿De verdad hay alguien a quien no pueda meter en su cama?

Un segundo, ¿qué ha dicho? Freno su mano antes de que se lo ponga, antes de que se lo ponga, cuando aún solo ha rasgado el envoltorio.

—¿Ha-hablas en serio, Kásian? —Me mira como si… *no.*

Esto es solo sexo.

Solo. Sexo.

—No te mentiría con algo así, Isabestia. —Sonríe de manera torcida—. Me la cortarías si te contagiara algo. —Me besa la punta de la nariz y luego la comisura.

Tiene razón, mucha razón. Procede a ponerse el preservativo, salvo que no le dejo. *¿De verdad voy a decir lo que voy a decir?*

—Tomo la píldora.

—Cállate. —Se yergue más sobre sus rodillas.

—Hace mucho más de un mes que no mantengo relaciones y también estoy limpia.

—Cállat… —aprieta los dientes, inhala con fuerza y me atraviesa con la mirada.

Yo la desvío enseguida. Mi corazón no estaba preparado para soportar ver ese cuerpo lleno de músculos, sobretodo cuando su polla está rozándose contra la cara interna de mi muslo y yo le necesito tanto que…

—No nos hace falta, Kásian. Es la verdad. Podemos hacerlo con o sin preservativo, por mí está bien lo que sea, mientras me lo des ya. Por favor.

Le brillan los ojos. Es el hombre más atractivo que he visto en mi vida. Murmura algo como «hostia puta» y temo que se eche atrás. Se le contraen músculos que no sabía que tenía. El condón cae por el borde de la cama. Su mirada peligrosa es una sentencia inamovible. *Es mío.*

C a p í t u l o 3 9

Kásian

Entro en ella dilatándola con cuidado y toco el cielo a cada puto centímetro. Parezco un animal rabioso, pero es que tiene un coño perfecto. Estrecho y empapado hasta decir basta. *Por mí, porque se ha corrido en mi polla… en mi boca…* Y aunque mi cuerpo me exija poseerla con fiereza, no pienso hacer nada que le haga daño. ¿Pero qué hace ella? Me clava las uñas y mueve las caderas con insistencia hundiéndome más profundo.

Isabestia nunca había sido más adecuado para ella.

—Estás… dentro… de mí —gime sorprendida antes de aceptar otros cuantos centímetros más.

—Deja de decirme guarradas o este va a ser el polvo más decepcionante de la historia, preciosa.

—Entonces… deja… lo de preciosa.

Para una vez que puedo decirlo en voz alta.

Le llevo las manos al cabecero de la cama y ella se agarra con fuerza. Quiero tomarme mi tiempo, llevarla despacio hasta la cima y esperar a que suplique de verdad. Pero la siento contraerse alrededor de mi polla, palpitar cada vez más rápido. No deja de gemirme en la boca, los sonidos de nuestros cuerpos me masturban los oídos y la necesito tanto que mis embestidas se vuelven codiciosas y agresivas.

—Quiero hacer mío este coño el resto de mis días. *No*, de mis horas.

—Hazlo.

Se arquea cuando está a punto de llegarle el orgasmo, pronunciando mi nombre como un puto rezo, pidiéndome que vaya más deprisa. Le subo una de las rodillas hasta mi hombro, la abro más y gemimos a la vez aniquilando toda la distancia que ha invadido nuestra relación desde que nos conocimos.

—Me voy a… ¡Me corro, Kásian! —chilla y cumple su palabra, se corre y lo hace torturándome a niveles indescriptibles.

Nunca he hecho esto con nadie, nunca he tenido nada a este nivel. Este placer no tiene nombre. Estoy enterrado en ella hasta la

base cuando su orgasmo me atraviesa a mí también como una violenta ola de tormenta. Me corro. Con ella, nada menos. Me destroza, me rompe en todos los sentidos y me da justo lo que necesito. Eyaculo dentro de ella mientras se aferra a mí con todo lo que tiene, succionándome tan dentro suyo que nos volvemos uno.

De esto ya no me salva nadie.

Me tumbo a su lado para no aplastarla después de darle el beso que siempre me había callado. El eco de sus gemidos rotos todavía zumba contra las ventanas cuando se levanta tambaleándose de la cama.

—¿A dónde vas? —me pongo en pie con ella, pero estoy reventado.

Traga con dificultad al devolverme la mirada, al pasarla por mi cuerpo. Entre el pelo revuelto, que tiene las mejillas encendidas y que está desnuda, no sé cómo mi corazón no ha renunciado a todo ya. *Lo que si sé es que me la va a volver a poner dura en cero coma.*

—A mi… piso —jadea y sacude la cabeza—. No puedo quedarme. Eso sería…

Asiento tragándome mis opiniones y le ayudo a encontrar la ropa.

La acompaño al recibidor con solo los pantalones del pijama puestos y vuelvo a empotrarla contra la pared. A hundirme en su preciosa boca de sabionda. Acabo de cogerla del culo y levantarla, cuando recuerdo que había dicho que se iba. La suelto.

—Perdona —le digo y me cuesta horrores dar un paso atrás.

Huele a mí, a ella, a lo que acabamos de hacer. Bella se queda quieta en el sitio unos instantes mordiéndose un labio que ya no me pertenece.

—¿Te ayudo a vendarte el hombro? —pregunta en tono suave, dulce.

—No hace falta.

Otro silencio. Se alza sobre los tobillos, me rodea el cuello con los brazos y me besa despacio, metiéndome la lengua como si añorara tanto como yo lo que acaba de pasar.

Entonces se aleja y casi parece obligarse a ello. No puede ser, si no no se iría.

—Solo sexo —recuerda y sé lo que me está pidiendo.

—Solo sexo —asiento.

Entonces desaparece.

C a p í t u l o 4 0

Isabella

La alarma de mi móvil suena a modo de despertador, al mismo tiempo que oigo el timbre de la puerta.

En cuanto las imágenes de ayer vuelven a mí, mi corazón esprinta y no se detiene. Es una suerte que un tercio de los habitantes de esta casa sean atletas profesionales ergo, seres despiertos y funcionales a cualquier hora del día, capaces de atender la puerta. Miro la ropa que me quitó anoche, me obligo a dejar de sonreír como una idiota. *Fue lo más increíble que… no tenía ni idea de que era capaz de sentir a ese niv… pero él lo ha hecho posible y no… no debería haber sido tan perfecto. Pero lo fue. ¿Lo fue para él?*

Dražesna divovska zvijer, pienso en croata.

Salgo de mi dormitorio y veo varias cajas con cruasanes amontonadas en la pequeña mesa de nuestro diminuto salón.

—Qué buena pinta, Forbes —dice Leia—, ¿has ganado alguna competición que no sepamos? ¿Quién te los manda?

—No son para mí —dice Candy leyendo la tarjeta que tiene en la mano, vestida y lista para ir a entrenar—. Los envía el equipo de hockey.

Me despierto de golpe.

C a p í t u l o 4 1

Isabella

—¿Cómo? —Leia desvía la mirada hacia mí, como si yo supiera de qué está hablando.

—¡Son para ti, Leia! —exclama Candy—. Pone que a modo de agradecimiento por el artículo que escribiste sobre ellos hace semanas y que los dejó en tan buen lugar. Madre mía, ¡te han enviado la panadería entera!

Claro. Claro. Eso. Por supuesto. ¿Por qué iba a ser si no? ¿En qué pensabas, Isabella?

La homenajeada se pone muy contenta y Leia, siendo Leia, insiste en compartir su regalo. No puedo resistirme porque huelen de maravilla y están rellenos de todo tipo de delicias. Incluso Candy coge uno antes de marcharse.

Mamut

Isabella Jenkins

No pretendo hablar del tema
Pero deberíamos establecer un código
Uno para cuando queramos vernos y…
Algo que no sea muy obvio por si alguien ve nuestros mensajes
Aunque también podríamos escribirnos diciendo qué necesita el otro y ya

Esta vez no obtengo respuesta.

No sé ni para que le escribo.

A media mañana, estoy de camino a mi clase de IA y neurociencia cuando me corta el paso.

—Si envías tantos mensajes cuando no quieres hablar de algo, no quiero ni imaginarme como será cuando sí.

Con las gafas de sol en la cabeza, los tejanos azules bajos y esa camiseta blanca de manga corta, lo que veo es indecente. Quita el hipo que no tengo.

—Kásian, hola. —Ralentizo el paso, pero él pone una mano en mi codo y me acaricia con el pulgar para que siga avanzando a buen ritmo. Es un gesto tan delicado que casi tropiezo conmigo misma—. ¿Qué haces aquí?

—Han cambiado mi clase de NA y NF —neuroanatomía y neurofisiología—, hoy es en la sala al final del pasillo. Van a hacer una conferencia sobre lo que pasa cuando una lesión afecta al sistema nervioso —dice y teniendo en cuenta que su grado es fisioterapia del deporte avanzada, tiene todo el sentido del mundo.

—Ah, suena interesante. Yo tengo clase…

—Aquí, ¿verdad? —Me empuja dentro de la que sin duda es mi clase, entorna la puerta y una serie de ideas inapropiadas zumban corriendo a mi cabeza.

Este tío se está tomando lo de ser impredecible demasiado a lo personal.

—Bonito vestido —dice, pero su tono es neutro y seco, y me hace dudar si me he tirado algo del café por encima.

No, las flores siguen siendo blancas, el fondo sigue naranja como esta mañana.

—Gracias.

—Dame tus bragas.

—¿C-cómo dices?

Agacha la cabeza, pone nuestros ojos a la misma altura y se queda a un escaso palmo de besarme.

—Que me des. Tus. Bragas.

—Estamos en mi clase.

—Una clase vacía, sí. Por poco tiempo, imagino. Yo que tú me daría prisa. Aunque puedo esperar a que se llene y llegue tu profe, a mí me da igual.

Se le ha ido la pinza.

Está chalado.

Mi corazón late con fuerza y no es lo único que me palpita. Me las bajo a través del vestido, me apoyo en sus hombros para sacar una pierna y luego la otra. Esta vez no extiende el brazo hasta mi codo, ni hace nada porque no pierda el equilibrio. Solo me observa con detenimiento. Luego extiende la mano para que se las entregue, dejando claro que no quiere quitármelas, sino que yo se las dé.

Lo hago y Kásian se las lleva a la nariz, inhala con fuerza contrayendo y quemando hasta el último rincón del cuerpo. Algo similar a un rugido brota de su garganta.

Acto seguido me empotra contra una columna, desliza su mano por mi cuerpo, tocando la curva de mis pechos, acercándose a mi entrada, haciendo que me retuerza. Su boca se abre muy cerca de la mía, pero el beso nunca llega.

Un segundo después, ya no está tocándome.

—Gracias —dice y después se larga.

No vuelvo a verle en toda la semana. ¿Echarle de menos yo? Sí, hombre. En absoluto. Lo cierto es que no me importa nada porque aprovecho para trabajar. Independientemente de los minutos que me quedo embobada mirando el portátil pensando en otras cosas, los progresos son evidentes.

—¿Estás bien? No tienes buen aspecto —me pregunta mi, por desgracia, compañero de programación cuando quedan diez minutos para que se acabe la clase.

Pero es Richard de quien estamos hablando, el tío que si hace un trabajo contigo solo escribe con boli rojo para sentar cátedra sobre todo lo que le parece mal. Lo cual significa, con toda seguridad, que es una pregunta trampa.

—Mejor que nunca —miro por la ventana, ha empezado a llover y por supuesto que me he olvidado del paraguas.

—¿Es porque he sacado un punto más que tú en la prueba de cálculo multivariable?

¿Lo ves? Este mientras respire, está buscando la manera de competir porque su ego fue creado para compensar un micro-pene.

No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

—Ese test cuenta un diez por ciento. En el parcial saqué un nueve y medio y tú solo un siete. ¿Te sigue dando acidez estomacal

recordarlo?

—Eh, no te piques —dice con sus cejas permanentemente alzadas en un yo-sé-más-que-tú—. Para ser mujer, no lo haces del todo mal. Igual algún día puedes llegar a ser la secretaria de alguien.

—¿Atacando al género ya? ¿Tan pronto? Te quedas sin cartas, Smith.

Se inclina hacia mí con ese aura de voy-a-darte-la-lección-de-tu-vida-límpiate-los-oídos.

—No seas tan susceptible, Jenkins, ¿es que estás con la regla? —suelta una risita—. ¿Vas a echarme mal de ojo para que en el segundo parcial también esté enfermo? Sabes que es la única manera en la que puedes ganarme.

No, lo que sé es que es la excusa que usa siempre que saco más nota que él (que es el setenta por ciento del tiempo).

Le lanzo la mirada más envenenada que tengo y él suelta una risita repelente y resabida que casualmente solo oigo cuando Kásian no está cerca. Digamos que su actitud de machito le dura hasta que aparece un tío más alto que él. Pero no gasto ni un solo segundo más en contestarle. Sobre todo porque tengo otras cosas en las que pensar.

El trabajo en equipo que tengo que hacer para ética en la neurotecnología, las increíbles mejoras que me propuso el Dr. Sant Delphi para mi trabajo, la llamada que tengo que hacer al de la caldera para que volvamos a disfrutar de agua caliente, el torneo de ajedrez de final de semana al que quiero apuntarme…

Encuentro mi paraguas en el cajón bajo mi mesa.

Genial. Estoy sufriendo episodios de aguda pérdida de memoria porque me apuesto lo que sea a que yo no lo he cogido esta mañana. Mucho menos sacado de mi mochila.

C a p í t u l o 4 2

Kásian

—Vais a dar las charlas y no hay más que hablar. El Networking es importante —nos abronca Landon a Dhário y a mí, desde el otro lado de la mesa de su despacho.

—Con todos mis respetos, entrenador…

—Solo hay una manera inteligente de terminar esa frase, Langley, y es cerrando la puta boca.

Salimos de allí y deambulamos por el campus en silencio, con el fracaso a cuestas. *Qué pereza.*

—Podría ser peor —dice Dhário con voz queda.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Podría habernos obligado a disfrazarnos.

Gruño para mis adentros. Esta tarde y mañana por la mañana, Dhário y yo vamos a convertirnos en oradores en el salón de ceremonias del campus. Durante una hora y media, trataremos de convencer a las mujeres que estudian fisioterapia deportiva avanzada como nosotros, de que el hockey es el mejor pasatiempo que podrían buscar para llenar su escaso tiempo libre. *¿Quién no querría hacer algo que no le interesa nada y puede provocarle moratones y/o lesiones de por vida?*

—¿Crees que Landon se enteraría si liáramos a Knox y a Bhødie para que nos sustituyeran?

—¿Enterarse? Sí. ¿Merecería la pena? Lo estoy considerando.

Dhário empieza a contarme cómo podríamos enfocarlo para tardar menos, pero se calla cuando mis pasos se frenan. Su mirada sigue la misma dirección que la mía.

C a p í t u l o 4 3

Isabella

Miro mi *tupper* abierto y repleto hasta los topes de spaguettis carbonara, y vuelvo a comprobar el mensaje de Leia. Había dicho que vendría a comer conmigo, pero todavía no ha llegado. El viento fresco que inunda mi mesa de picnic no hace más que llenarme los pulmones del delicioso olor de la pasta. Hago una mueca. En nueve minutos se me acaba el tiempo de la comida.

Me rugen las tripas. *Tengo mucha hambre.*

Por algún motivo se me hace un nudo en la garganta. La visión se me vuelve borrosa.

—Da igual, en realidad, no tengo tanta hambre —digo en voz alta, para oírlo.

Empiezo a guardar mis cubiertos sintiendo una pesadez horrorosa en el pecho. Asfixiante. Sorbo mis emociones y me muerdo el interior de la mejilla para controlarme. *Algunos profesores no se cabrean si comes en clase. Si espero a que llegue la de la Dra. Eslanar, quizá…*

—Hola, Isabella, ¿te importa si me siento? —pregunta Dhário jadeante, tiene pinta de haber llegado corriendo de algún sitio.

—Claro —carraspeo—, ¿estás bien? —un segundo después tengo la boca llena de spaguettis porque aunque no sea Leia, me conoce lo bastante como para tomarse la molestia de socorrerme, si ocurre lo peor.

—Tenía que devolver un par de libros a la biblioteca y he ido corriendo recién comido, está claro que la inteligencia no es uno de mis encantos.

Me río como puedo, sin ahogarme.

—¿Qué tal tu familia? —pregunto cuando solo me quedan tres minutos.

—Muy bien, es como volver atrás en el tiempo, a cuando las cosas eran fáciles —sonríe haciendo un caos de su pelo jade al pasarse los dedos. Aun así, las sombras siguen por toda su cara. Imagino que debe ser grave. Igual se ha muerto su abuela o algo

así. Si hubiera sido su gato fijo que me habría enterado—. ¿A ti te pasa?

—No. Pero porque tengo un hermano muy tocanarices.

Se ríe. Me cae bien Dhário y eso que a mí no me cae bien nadie.

—¿Tienes clase ahora?

—Sip. —Asiento al tiempo que suena mi alarma.

Aún masticando, guardo la fiambrera con el resto para luego y me levanto. Él también lo hace. *Quiero darle un abrazo de los asfixiantes. No tiene ni idea de lo que ha hecho por mí.*

—Guay, pues que vaya bien.

—Dhário, me ha alegrado mucho verte.

—Lo mismo digo. Gracias por distraerme y evitar que me dé un corte de digestión.

Muevo la mano a modo de despedida y nos vamos cada uno por nuestro lado.

Me siento en clase y después de hacer una gráfica exquisita me doy cuenta de que ninguna de las clases de Dhário, que son las mismas que las de Kásian, quedan cerca de la biblioteca frente a mi mesa de picnic.

Capítulo 44

Isabella

Por la mañana saco buena nota en un ejercicio de entrega y por la tarde me doy cuenta de que… Esto es culpa de la plasticidad sináptica. Cuanto más le conozco, más se adaptan mis neuronas a sus idioteces. Debería distanciarme de él. Huir a Italia. Igual el doctor Lucca tiene un hermano treinta años más joven y sexualmente disponible.

Igual debería comprar mi peso en filipinos blancos.

—¿Dirías que a los tíos les gusta el sexo? —le pregunto a Candy cuando hacemos la compra del mes, que se convertirá en la de la semana cuando a mitad de la que viene solo nos quede un limón rancio en el estante superior.

Se carcajea. Me mira. Me estudia. Se le abren los ojos como platos.

—¿Vas en serio? Joder, más que el oxígeno. ¿Por?

—Me han rechazado —*¿Cuenta si ha sido un rechazo-pasivo?*

En el manual de *ghosting*, diría que sí.

—Joder, pues ya me parecería raro —empuja el carrito—. Las listas que encima no sois horcos podéis tener a quien queráis. ¿Ha sido Henry? Ese tío parece un sosaina, no creo que te hayas perdido mucho.

No lo afirmo, ni lo desmiento.

Es uno de los chistes del destino que justo después lleguemos al pasillo de condones, lubricantes y demás. Candy me pone en la mano unos preservativos de la talla más grande.

—Leia dice que la ley de la atracción no es ningún timo. Vamos a hacerle caso a la belga —se encoge de hombros y camina hacia las cajas.

No me siento del todo orgullosa de admitir que me cuelo en el entrenamiento de hockey tardío de Kásian. Pero me sirve de mucho porque compruebo que está sano y salvo. *No lo han enterrado vivo. Ni secuestrado. Ni obligado a ingresar en una secta.* Salgo de allí

antes de que alguien me vea y me convierta en la chica más patética de todo el campus.

No entiendo nada.

Le he dado vía libre. Puede usarme como su desahogo sexual tanto como quiera, ¿y no lo hace?

Debió ser el polvo más decepcionante del mundo para él.

Al día siguiente, me doy cuenta de que es una suerte que mida mi valía personal con mis notas y no con lo que hago en la cama. Si no, no tendría agallas de presentarme a mi torneo de ajedrez.

Por desgracia, hay algo que necesito que mi orgullo me impide pedir. Un mal día para ser yo. *¿Qué me dices a esto, doctor Lucca? ¿Alguna idea?* La última vez que hable con él estaba vomitando todo lo que comió en su viaje de aniversario a Alemania con su marido el sueco, que como era de esperar, también estaba fatal. Espero que se recuperen pronto.

Faltan veinte minutos para que empiece el torneo cuando dejo mis cosas en el asiento que se me ha asignado. Como de costumbre, han venido a participar cerebritos de otras universidades y como de costumbre, prefiero ir a por una barrita energética de la máquina expendedora a socializar. No me la voy a comer ahora, pero Richard odia el olor y yo odio que me arruine mi pasatiempo favorito.

No llego a la máquina expendedora.

Una mano cálida y grande rodea mi antebrazo y me mete en el primer baño mixto que encuentra.

—Kásian. ¿Qué…? —Me empuja dentro de uno de los cubículos, echa el cerrojo y lo siguiente que sé es que está arrancándome el aire de los pulmones a besos.

Su lengua me quema y me da la vida.

—Voy a desearte buena suerte, ¿no quieres? —Me besa el cuello, me muerde el lóbulo de la oreja, me quita las bragas y dice —: estas también me las quedo.

—No lo entiendo. No hemos hablado en más de una…

—¿Es que quieres que te rinda cuentas de todo lo que hago? El hockey es muy exigente, si eres bueno. Y yo creía que esto esto era solo sexo. —Sonríe frenando sus maravillosas manos, una vez agachado frente a mí con mi coño a la altura de su boca.

—Y lo es.

—Claro que sí, Bella —sube mi vestido despacio, erizándome la piel al máximo y me prometo empezar a llevar pantalones—. Puedo llamarte cuando me dé la gana, igual que tú a mí. Nos desquitamos el uno con el otro y después cada uno a lo suyo. Nada más.

—Nada más —musito.

Un segundo después su lengua se abre paso a través de mis pliegues. Me succiona el clítoris con demasiada fuerza y es tan perfecto que doy un grito.

—Vas a tener que ser más silenciosa, si no quieres que nos pillen —lo dice como si nada, pero al tiempo que me hunde dos dedos de golpe y yo…

Palpito con demasiada fuerza como para pensar. Quiero que los curve, que acelere el ritmo, que me los meta más adentro. No, quiero que se la saque y sea su polla lo que hunda tan dentro de mí que mi cuerpo se vuelva un apéndice del suyo. Porque mi cerebro ya lo es y debería odiarme por eso. Puede que luego haga un hueco a esa tarea.

Se mueve tan rápido que casi no tengo tiempo de asimilarlo. Su miembro dilata mis paredes a su paso, arrancándome un gemido que en ningún planeta es sordo. El placer es demencial.

—¿Cuánto dura el torneo de hoy? —Me besa, entra y sale de mi boca a su antojo—. Es más corto, ¿verdad? *Isabella*.

Creo que voy a morirme, esta vez de verdad. Me da un pellizquito en el costado.

—¿Qué? —mezo las caderas más rápido. Los espasmos me llegan hasta la punta de los dedos—. Sí, sí lo es.

Profundiza el beso y la embestida. Estoy a punto. Él lo sabe. Entonces me la saca. El vacío es desolador. Espantoso. Kásian me da un beso en la mejilla y se guarda la polla en los pantalones.

—Ahora ve y dales una paliza.

—¿Qué? —pregunto con un hilo de voz, roto.

—Hay estudios que dicen que estar muy cachonda puede evitar que pienses todo lo bien que podrías. Yo, en cambio, creo que tú puedes hacer cualquier cosa. —Quita el cerrojo y abre la puerta del baño, con un movimiento de cabeza y las mejillas rojas dice—: fuera.

El pánico me deja paralizada unos segundos.

Pero también me vuelve lista.

Llevo una mano al punto exacto entre mis piernas en el que él estaba hace un segundo. Apenas puedo tocarme de verdad antes de que me aparte las manos.

—Si eres una buena chica y te comportas… —me acaricia las muñecas—, luego haré que te corras como en tu vida.

—Prefiero ser mala y correrme ya, gracias —intento soltarme, pero él me besa y resulta un argumento jodidamente convincente.

Porque si lo piensas… besa *muy* bien.

—Sé que puedes, Bella. Tú puedes superar cualquier cosa. —Lo dice como si demostrar mi fortaleza en el torneo fuera la cosa más importante del mundo.

—No, que va.

—Supera esto y tendrás tu recompensa. —Me acaricia la mejilla, pegando su erección a mí, demostrando que esto también lo está torturando—. Lo que yo voy a hacerte será mucho mejor que lo que tú podrías darte en tu mejor día.

Menudo arrogante. Condescendiente incluso. Debo estar loca de remate. Pero sé que tiene razón.

Salgo del baño sin saber cómo narices se camina. Llego a mi asiento tambaleándome. *También puedo llamarle yo. ¿Por qué no se me había ocurrido eso? ¿Pero a mí qué me pasa? Si yo soy de tomar la iniciativa.*

Solo cuando activo mi reloj de partida me doy cuenta de que ya hemos empezado.

Juego Cf3 y, después de su d6, me lanzo con d4. Intercambiamos peones. En un par de minutos él tiene más mías que yo suyas.

—¿Hoy no ha venido tu amigo el orangután? —me pregunta el repelente cuyo nombre me niego a aprenderme durante mi turno.

—¿Por qué? ¿Te quedaste prendado? —finjo que estoy bien, pero estoy fatal, a dos movimientos de perder mi caballo y eso que voy con blancas.

Sacrifico una torre. Él se ríe. Es la peor partida de mi vida.

Una medalla de bronce después, la polla de Kásian está dentro de mí, llenándome por completo. Me ha desnudado en cuanto ha cerrado la puerta en el laboratorio que ha estado haciendo prácticas esta semana y quiero pensar que tiene cierta certeza de que no va a venir nadie.

—¿Por qué has tardado tanto? —gruñe embistiéndome contra la pared, a duras penas dejando espacio para meter la mano entre ella y yo, y acariciarme el clítoris.

—Les he dicho mi nombre mal a los jueces dos veces y casi no me dan la medalla —jadeo con la mejilla contra el frío ladrillo mientras su erección dilata las paredes de mi coño a su antojo.

Creo que se ríe, pero luego gruñe y todo se vuelve caótico, húmedo y urgente.

Me corro y lo siento hasta en el cerebro. El orgasmo me deja inservible. El tío es odioso porque me hace de todo hasta que estoy a punto otra vez, entonces me empuja más allá del precipicio y lo oigo gruñir. Lo siento dentro de mí romperse y ceder al escandaloso

placer. Sonrío porque me apuesto mi medalla a que no era lo que pretendía, no todavía. Me embiste con fiereza alargando mi orgasmo hasta que estoy a punto de desmayarme. *En una de estas…*

C a p í t u l o 4 5

Kásian

La verdad es que no entiendo la imperiosa necesidad que tiene alguna gente de llenar su casa de figuritas ridículas que no hacen más que coger polvo y ocupar un espacio que era perfecto estando vacío.

—No puedo —dice desde el salón.

—Sí que puedes —recorro su dormitorio.

Es tan pequeño que en un par de zancadas ya me lo he recorrido entero. Acabo de salir de entrenar, aún tengo el pelo mojado y la bolsa de deporte colgada al hombro, pero me ha escrito. Tenía hambre. No del tipo que pensaba.

—Kásian.

—Estoy justo aquí, con tu ropa interior, puedes hacerlo.

—Mentiroso —dice en la puerta, pillándome sentado en la esquina de su cama.

Es curioso, tantas chicas ahí fuera enseñando más piel de la que tapan y esta persona que tengo delante, este ser, es capaz de volverme loco sin enseñar apenas nada. Bueno, sus piernas increíbles sí que están al descubierto.

—Tú ni siquiera sabes cuál es ese cajón.

—El tercero de la cómoda.

Abre la boca en una inhalación sonora, sorprendida y ligeramente ofendida. *Está guapísima.*

—¿Pero qué puedo decir? Prefiero las que ya has usado. —La llevo de vuelta al salón, la siento en la micro-silla delante de la micro-mesa y le pongo un tenedor de adultos en la mano—. Puedes hacerlo. Va.

Gimotea y no es pose, le tiembla la mano. Veo cómo la angustia le contrae el rostro. Me parte el alma.

—Si no quieres quedarte, Kásian, da igual. Ni siquiera tengo tanta hambre.

La beso. Para tranquilizarla y porque yo también lo necesito. Me agacho junto a su silla y le aparto el pelo de la cara.

—Deberías salir con Dhário —me dice—, pasar el rato juntos. El otro día coincidí con él en las mesas de picnic y no parece estar bien. Me preocupa.

—Dhário está bien y tú vas a cenar mientras yo… —«*espero en la habitación de al lado», vamos dilo. Dilo, joder*—. Mientras espero en el marco de la puerta.

Se le ilumina el rostro un momento y dejan de brillarle los ojos por las lágrimas, pero en cuanto ve todos los pasos que me alejan de ella se pone tensa y deja el tenedor con el pollo en el aire.

—Tengo una idea —lo suelta—, ¿y si en vez de esto, follamos?

—Come.

—¿A ti?

—Isabella —mi tono es lo bastante seco como para que dé un respingo, pero esta mujer va a acabar dándose cuenta de toda la verdad tarde o temprano, como no sea lo bastante distante.

—Vale. *Schattig gigantisch beest…*

—Deja el chino para luego y céntrate en lo que estamos.

—A ti todo te suena a chino. ¿Quieres que te enseñe idiomas? ¿O mis tetas?

Joder.

—Tú solo cena despacio y a bocados pequeños. No *tan* pequeños —le digo cuando coge una ridícula migaja.

Sé lo que está pensando, que esto es otra prueba de lo rota que está. *Yo si que me rompo cada vez que te veo así.* Todo por el miedo a la falta de control.

—Deja de pensar en que vas a morir atragantada.

—¿Y en qué quieres que piense?

—En mí. Mírame. —Me obedece y no me pasa por alto el alivio breve que cruza sus ojos—. Ahora come. Hazlo, Bella.

No sé quién se sorprende más de los dos ese bocado. Bueno, sí: a ella.

—Dios, qué hambre tenía —jadea masticando y cerrando los ojos de gusto.

—Buena chica. Otro bocado más —retrocedo un paso—. No dejes de mirarme y trágate lo de la boca antes de meterte el tercero.

—Solo porque tienes unas piernas muy largas… —se dice a sí misma, sin dejar de mirarme, intentando ocultar el miedo que le da —. Deja de alejarte —se queja moviendo la silla hacia mí.

—Quieta.

Me fulmina con la mirada, pero obedece. *Me sigue dando el poder. A mí y solo a mí. Ay, Isabestia…*

—Pues habla conmigo, no te quedes ahí mirándome sin más. A menos que quieras que deje de cenar para comerte a ti —alza una ceja.

—Nunca me has contado por qué no te gusta que te toquen.

Desvía la mirada, pero vuelve a mí antes de dar el siguiente bocado.

—Es por una tontería, en realidad.

—Lo dudo.

—Me pasó durante la última semana del primer set de parciales de tercero. Tenía un catarro encima de tres pares de narices y no había podido estudiar bien. Mi… Adelaida se presentó de la nada.

Asiento despacio, me cruzo de brazos y me apoyo en su escritorio.

—¿Qué quería?

—Dinero, como no. Verla me… trajo dolores de estómago. Suspendí cuatro parciales de cinco, no llegué a entregar varios trabajos y… —da la impresión de que la saliva se le acumula en la lengua y se le vuelve pastosa en la boca. Traga con dificultad y suspira—. Estaba en el despacho de la profesora Samuels. Con la nota tan baja que había sacado yo sabía que estaba suspendida. No intenté que me subiera la nota, ni nada, pero ella sé pensó que sí y…

No paraba de tocarme el hombro, el brazo, para tranquilizarme. Repitiendo una y otra vez que un parcial no era un final, que no había suspendido la materia… La pobre mujer no tiene la culpa de que yo estuviera atacada de los nervios, con la ansiedad por las nubes, pero a raíz de ahí, mi cerebro relaciona el contacto físico con ese momento de pérdida absoluta de…

—Control.

—Sí, y de mí misma. Soy tan buena como los sobresalientes que saco. Sin ellos…

—Sin ellos sigues siendo tú.

—Sí, *solo* yo.

Me muerdo la lengua para no decir alguna barbaridad.

—¿Lo has hablado con Lucca?

—Sí, estamos trabajando en ello. ¿Qué hay de ti? ¿Por qué no te gusta que te toquen?

No hay razón para no responder. Es lo justo, después de lo que acabo de exigirle y ya lleva medio plato vacío.

—¿Recuerdas que te conté que estuve en un orfanato de los cuatro a los quince?

—Sí.

—Me pegaban. —Se le cae el tenedor y hace el amago de levantarse.

C a p í t u l o 4 6

Kásian

—Quieta ahí. Sigue cenando.

—¿Quién podría…? —se resiste apretándose contra la silla con una mueca desgarradora—. ¿Con cuatro años?

—Igual no es un buen tema de conversación para que no se te cierre el estómago.

—Quiero saberlo. ¿Eran…? ¿Eran otros niños mayores los que te pegaban?

—Sí, pero no los únicos. Øslo, el dueño del orfanato nos daba palizas indiscriminadamente a todos. La edad que tuviéramos le daba igual.

—¿Y nadie hacía nada?

—¿Quién iba a enterarse? Rara vez pasaba alguien por nuestro casal. Éramos sus perros y hacía lo que quería con nosotros. —Trago saliva manteniendo las sombras a raya.

Bella se revuelve, se frota los pies enfundados en calcetines cortos de corazones.

—¿Y no tenías algún amigo? ¿Alguien que te protegiera? —Su voz suena gangosa.

Me está mirando a los ojos y puedo verlo todo.

—Tenía uno.

—¿Cómo se llamaba?

—Ashtan.

—¿Dónde está Ashtan ahora?

—Murió hace siete años de una pulmonía, unas dos semanas después de que nos escapáramos del orfanato. No podíamos conseguirle la medicación porque no teníamos ni medio dólar, éramos dos chavales de quince años tan desnutridos que parecían de doce. Pero si íbamos al hospital, como yo quería, aunque fuera a suplicar, Ashtan estaba seguro de que avisarían a Øslo y nos llevaría de vuelta al orfanato sin tratarle. Lo cierto es que cada invierno morían unos cuantos niños de enfermedades no tratadas. Ashtan me repitió sus nombres una y otra vez, hasta convencerme. Así que

robamos lo que pudimos. Pero un puñado de mantas y una sopa caliente no le iba a ayudar en nada. Cuando entré en el primer bar que encontré para pedir ayuda, ya era muy tarde.

—Edward —dice con las mejillas empapadas.

—Él estuvo conmigo mientras Ashtan se moría. Fue rápido, apenas unos minutos. Perdí el conocimiento justo después y cuando me desperté, estaba en la trastienda de su bar con una pelota de fútbol en la cama, con una estufa al lado y tapado con cinco mantas. Creo que no tenía peluches, por eso la pelota. Cuando salí de allí, estaba hecho polvo, destrozado emocionalmente. Le pedí si podía quedarme con esa cama a cambio de trabajar para él todas las horas del día. Aceptó. Dos semanas después me trajo los papeles que hacían oficial la adopción, llevaban una semana y media firmados. Leerme todos los libros que donaban al orfanato ayudó, pero si me gradué en el instituto fue gracias a Edward. También fue gracias a él que consiguiera entrar en una universidad local. Si estoy en North Star a día de hoy, es gracias a Ashtan y a Edward. Ambos me salvaron la vida, aunque de maneras distintas.

—Me alegra que haya alguien que te tendiera una mano.

—Por favor, no llores —me aferro al escritorio.

—No lo hago —se frota la cara y vuelve a coger el tenedor.

Sacude la cabeza sin decir nada.

—¿Qué?

—Debes creer que soy débil y estúpida.

—¿Por qué iba a pensar eso? ¿Porque no te pegaron? Hay muchas maneras de torturar a una persona, Bella. Y Adelaida lo ha hecho de puta madre.

—Dijiste que tu padre sí era bueno, ¿puedo decir algo terrible? Desearía que hubiera sido tu madre quien hubiera muerto enferma. —Sus lágrimas caen en silencio—. Quizá tu padre habría sido lo bastante fuerte para recuperarse de la pena, cuidarte y darte la vida que merecías. En vez de dejarte en un orfanato antes de irse a la puta cárcel.

—No merece la pena pensar en lo que podría haber sido, Bella.

—Pero es que no tengo palabras. Ese hombre horrible… deberían arrestarlo.

—Øslo lleva un par de años muerto. Ya sabes lo que dicen, cría cuervos y te sacarán los ojos. Hizo daño a mucha gente, era cuestión de tiempo que se lo devolvieran. No puedo decir que no me alegrara la noticia. Ehh, quieta ahí, no has acabado de… —pero sí se lo ha acabado.

Me rodea con los brazos y no sé si se da cuenta de que cada vez que lo hace, la urgencia y la desesperación me aprietan incluso más que ella. *Y hablo de la suya.*

—¿Y no odias que yo te toque? —solloza, dispuesta a dejar de hacerlo si se lo pido.

—Sabes que no. —La aprieto más contra mí.

—Sé que lo soportas con las chicas con las que te acuestas, pero…

—Contigo nunca ha sido así. —Acaricio su mejilla, su espalda, en círculos constantes—. Igual es que eres la única que no invadía mi espacio personal y ya sabes lo que dicen, uno quiere lo que no puede tener.

Se sube a mí en plan mono araña, me rodea la cintura con las piernas y nos quedamos así un buen rato. Hasta que deja de llorar.

C a p í t u l o 4 7

Kásian

No sé cómo lo hace, pero me está sanando las heridas. Han pasado horas, la noche ya es cerrada, pero seguimos en su cama, abrazados como si alguien fuera a venir a separarnos en cualquier momento.

Leia y Candy hace mucho que duermen y yo…

—Debería irme ya. Es tarde.

Me incorporo y ella se separa de mí, aunque no parece muy conforme. Pero no voy a quedarme si no me lo pide. Se levanta y yo lo hago también.

—Deberías lavarte la cara —le digo—. Se te ha corrido el maquillaje.

Hace el esfuerzo de sonreír a mi burla y la oigo caminar hasta su diminuto baño de elfo de los deseos y coger una toallita.

—Aún no me has felicitado —dice restregándosela demasiado fuerte por la cara.

Se la quito de las manos y me ocupo de ella. De las mejillas, de las ojeras, en realidad se la paso por todas partes porque solo quiero tocarla.

Es gracioso que crea que es la única persona cuyo roce no me pone enfermo. No es eso lo que siento con ella. *Necesito* su roce. *Necesito* tocarla. Que esté encima mío todo el tiempo. Igual es mi subconsciente queriendo asegurarse de que de verdad existe y no me la he inventado yo.

—Eh —me clava el índice en el abdomen trayéndome de vuelta a la conversación.

—¿Por qué? ¿Has sacado algún diez del que no tenga constancia?

—Me he comido toda la cena, sin nadie sentado conmigo en la mesa —sonríe de verdad y besa mi palma cuando termino con la toallita.

—Eres una campeona.

—¿Has visto? El próximo día que comamos juntos te sales al jardín.

Me arranca una carcajada. No tiene jardín. Tendrá que ser la calle.

—Buenas noches, Bella. —Le doy un beso en la frente y me dispongo a irme, pero no me deja.

—Quiero mi premio.

—¿Tu premio? —acaricio sus caderas, el dobladillo de sus pantalones cortos de pijama, que encima de suaves son rosas. Ella asiente con la mirada encendida de deseo—. Claro, lo que quieras.

Sacude la cabeza y frena mis manos antes de que la toque de verdad. Entonces se arrodilla.

—Debería poder elegir yo misma mi premio, ¿no te parece?

Su nombre se queda atascado en mis labios cuando una de sus manos viaja hasta mi pantalón. Me desabrocha el tejano poco a poco, pidiéndome permiso a cada paso. Primero el cinturón, luego el botón, luego la cremallera…

—No tienes por qué hacer esto.

—Pero quiero hacerlo. No, lo *necesito.* —Junta las piernas, se frota una con otra, se revuelve y me pone malo—. ¿Me dejarías, Kásian?

Le acaricio la mejilla intentando hacerme a la idea de lo que me está pidiendo. Básicamente hacer realidad todas mis fantasías. Asiento y cuando me la saca ya estoy jodidamente duro. Inhala cerca de mi piel y suelta uno de sus soniditos de gusto.

Sus compañeras de piso van a enterarse de todo si empezamos así. Me coge la base, me acaricia y dice:

—No vale apartar la mirada.

Joder. Jo-der.

Saca la lengua y empieza despacio, lamiendo aquí y allá. Torturándome como yo hago con ella.

—¿Quieres metérmela en la boca?

—Sí.

—Bien, porque me muero de ganas de que lo hagas.

Acerca los labios separados a mi glande y espera. Porque sigue dándome el poder incluso ahora. Me hundo en su boca y en cosa de segundos ya estoy gruñendo con desesperación.

Me mira, todo el tiempo.

Es perfecta. La calidez de su lengua, el ímpetu con el que succiona la punta, el delirio con el que se la vuelve a meter entera cada vez que se la saca, sus gemidos que se mezclan con los míos, lo que le hace a mis huevos, lo que me hace a mí…

—Hostia, joder, qué bien lo haces. Eres increíble. Bella, preciosa, eres todo lo que siempre…. —*cierra la puta bocaza, imbécil.*

C a p í t u l o 4 8

Isabella

Hace con mi boca lo mismo que ha hecho con todo mi cuerpo. Ya no tiene palabras de halago, ni veneración, ahora solo gruñe. Está a punto. Lo sé también porque no me acaricia la mejilla para notar el bulto de su pene dentro de mi boca, sino que se aferra a mi pelo tirándome lo justo para que sea aún más excitante.

Le mantengo la mirada en todo momento, así que tengo un asiento en primera fila para ver cómo Kásian Snow se rompe ante el orgasmo. Parece hacerle polvo y yo ya quiero repetirlo. Quiero hacer de esto mi extraescolar favorita. Quiero hacer deberes y estudiar las formas que más le gusten para que el placer erosione toda la maldad que ha tenido que soportar. Se corre en mi boca y yo me lo trago todo.

Tarda un rato en recuperarse, su pecho todavía sube y baja de forma abrupta cuando me limpia las comisuras de los labios, las lágrimas que se me han saltado. Me mira como si fuera… ni lo sé.

Pero me gusta.

Entonces se inclina hacia delante y me besa.

—Eres increíble —dice y sé que jamás me cansaré de sus palabras bonitas, no cuando suenan tan a verdad como ahora. Me levanta y me mira con los ojos vidriosos—. Estás temblando.

—Es que oírte es un espectáculo que me ha puesto a mil —me muerdo el labio inferior, anhelando su sabor.

Mete una mano entre mis piernas y se le hunde el pecho al ver lo mojada que estoy. *No es una partida de ajedrez, pero esto es un jaque mate en toda regla.*

—¿Puedo quedarme una hora para…? —Me pide, pero no le dejo terminar.

Le beso y caemos en la cama.

Esa noche es la primera que duermo con Kásian Snow.

C a p í t u l o 4 9

Isabella

Era algo que se veía venir.

Todos los artículos periodísticos que se escribían sobre el equipo de hockey de North Star, hablaban del brillante futuro de Kásian Snow. Así que a nadie debería sorprenderle que le llegara una oferta de la NHL, el pasado jueves a eso de las tres y diecisiete de la tarde cuando estaba en medio de una clase de prevención de lesiones deportivas y creía que era un alumno normal como cualquier otro.

Quieren que entre en un equipo: los Detroit Yellow Wings. Pero primero quieren hacerle algunas pruebas, que conozca a los jugadores, ver cómo se desenvuelve y yo que sé que más. Lo celebramos a lo grande y todavía me duele el cuerpo, pero… Ya han pasado días que se fue, días desde que está lejos de mí casi sin dar

señales de vida. Me sorprende lo bien que lo llevo. Y lo muchísimo que odio el hockey ahora mismo.

Y a la NHL.

Y por supuesto, a Kásian Snow.

De camino a mi clase de Programación IV, me paso por la clase de cinesiología para entregarle a la profesora Davinski el trabajo que Kásian me dejó encima de mi mesa con un pósit de súplica.

—¿Eres su mensajera? —me pregunta la profesora jugando con su collar de perlas.

—Sí, me ha contratado a cambio de ayudarme con mis ahorrillos. Pero no de dinero. Colecciono sellos raros y él… Disculpe, no sé en qué momento me ha parecido buena idea hacer una broma. —Espero hasta que ha terminado de mirarme mal y me largo.

Soy un alma bondadosa y nadie debería decir lo contrario.

Me encantan los deberes que tengo para esta semana y que los trabajos sean todos individuales y no en grupo podría hacerme tener un orgasmo. Por desgracia, no aprovecho para empezar nada los diez minutos que el señor Alanof se retrasa, mi cabeza está muy ocupada pensando en que ya han pasado semanas de *aquella* noche.

«Abro los ojos y encuentro un brazo mil veces más grande que el mío cruzándome el torso con una posesión de tipo niño-con-su-peluche-favorito. Estoy pegada a su espalda, notando cómo su aliento relajado acaricia mi cuello y los mechones rubios de su pelo me hacen cosquillas en la oreja. Casi estamos incrustados el uno contra el otro. Esto no es ni cómodo, ni práctico y con toda seguridad se nos resentirá el cuerpo, pero… me descubro acariciando su mano para que no la aleje de mí. A gusto, incluso. Entonces me doy cuenta de que he dormido mejor que nunca.

Tengo. Que salir. De aquí. Como sea.

Menudo es. Incluso dormido, ¿dónde tiene la mano? En uno de mis pechos, pues claro que sí. Se me acelera el corazón cuando me muevo un poco y rozo su erección con mi culo. Me muerdo el labio con fuerza, pero ya es tarde. Él se despereza aprisionándome más contra sí.

—Buenos días, Isabestia.

Esto es solo sexo. Solo. Sexo.

—Hola. ¿Cómo…? ¿Qué tal has dormido?

—Fatal —inspira el olor de mi pelo y todo su cuerpo se contrae, haciendo que el mío caiga por efecto dominó.

—¿Y eso? ¿Me muevo mucho?

—Todo lo contrario. Me desperté a las cuatro y estabas tan quieta que tuve que asegurarme de que seguías viva. —Le da un apretón a mi pecho izquierdo, sí tiene pinta de tener mi corazón bajo control—. Ahora se te está acelerando un montón —frota su erección contra mi culo—. ¿A qué se debe?

—Déjame, tengo que ir… a entrenar con Candy.

Se ríe y su voz ronca, masculina, áspera y asdfghjklñ, juro que me hace de todo, me derrite la columna, me zarandea el raciocinio.

—Perfecto, ¿compartimos auriculares? —me da besitos por el cuello, me muerde el lóbulo de la oreja mientras sus manos acarician mis curvas sin intenciones lujuriosas, solamente de mimitos.

—¿Te quedaste con ganas de más?

—Quiero saber todas las cosas que te gustan —lo dice como si esto fuera mucho más allá, como si se refiriera a lo altos que me gustan los calcetines, lo apretadas o anchas que me hago las coletas, o mi tipo de libreta favorita: de puntos, por supuesto.

—Esa es Candy, yo solo lo hice esa vez y no voy a repetir. Puedes proponerle a ella otro pacto de solo-sexo, es probable que te diga que sí, cree que estás buenísimo —me libero de su agarre, pero no sé cómo, acabo con la espalda contra la cama y con sus brazos a

ambos lados de mi cabeza. Apenas se apoya en mí, el roce es mínimo, pero me vuelve loca—. ¿Qué haces?

No responde de inmediato. Me obliga a mirar las piscinas nocturnas que tiene por ojos y me estremecen el corazón.

—Quiero que esto sea exclusivo.

Más que una orden, parece una petición.

—¿Tienes miedo de que pillemos algo si no? —Alzo una ceja, pero él no responde. Está bastante serio. Impone de narices. Dios, qué guapo es—. Por mí no es un problema.

Sonríe a lo bestia. Dios-mio-dios-dios meeeeeenuda sonrisa. Carraspeo. Desvío la mirada. La vuelvo a pegar en su boca. Un puñado de mariposas revolotean donde no deberían.

—Me alegra oírlo.

—Ya lo veo.

Me besa con la boca bien abierta y es indecente lo bien que sabe. Me imagino cómo tratará a su novia el día que la tenga, si es tan entusiasta con solo esto.

—Tú tienes el córtex frontal de adorno —le gruño cuando me desviste, pese a que tenemos prisa—, es… evidente que tu capacidad de pensar con lógica está en… huelga indefinida…

—Deja de decirme guarradas.

Me pasa la lengua por todas mis vulnerabilidades y me hace suya.

Nos vemos obligados a ducharnos y es un desastre porque mi pequeño y monísimo baño cochambroso, no está hecho para un mamut de dimensiones XXXXL.

Tenemos el plan de huida perfecto: directos hacia la puerta, sin paradas ni rodeos. Pero Leia y Candy están en la puerta de la cocina compartiendo una taza de café, una mirada cómplice y una sonrisa mal disimulada tras dicha taza.

Mierda.

—Kásian ha venido a… por unos libros —digo y él asiente a mi espalda pasando las manos por mis caderas.

Le doy un manotazo. Él a mí un beso en el pelo. Luego se marcha y el silencio dura más o menos trece milésimas de segundos.

—Cuéntanoslo todo ahora mismo —pide Leia golpeando la isla de la cocina para que aplaste el culo en el taburete, cosa que no me apetece nada hacer.

—No hay nada que contar.

—Vaya que sí —suelta Candy—. Ese jugador de hockey te estaba dando como cajón que no cierra guapa, y anoche también. Estas

paredes no son tan gruesas y lo que llevas en las mejillas no es colorete.

—Que pena que ya me hubiera dormido —Leia chasquea la lengua.

—Habla, maldita.

—Tenemos un pacto. Nos acostamos. Fin. Nada más. Es solo sexo.

—¿Isabella Jenkins tirándose a un jugador de hockey? Lo siento, prueba otra vez, no es coherente. No casa con la evolución del personaje. No es creíble.

Qué me vas a contar a mí.

—No le deis importancia porque no la tiene. Ahhh, y si pudierais no comentarlo por el campus, sería lo mejor. Gracias —me levanto.

—Está pillada, pero bien —le dice Leia a Candy.

—Tiene miedo. El amor es un proceso probabilístico: uno en el que es súper probable que acabes jodida.

—La ayudaremos a superarlo.

—Con tiempo y condones.

—Todo saldrá bien.

Acto seguido salen de casa y me dejan ahí a cuadros y aterrada».

Richard da un golpe a mi mesa y me trae de vuelta a la realidad, solo para largarse un segundo después con una irritante risita entre los dientes. Está resfriado otra vez. Que se joda. Tiene el peor sistema inmune de la historia y eso solo puede significar una cosa: hasta sus leucocitos lo odian. No me extraña nada.

Tengo una vida súper interesante y ocupada, así que apenas pienso en él. Sobre todo, no lo hago, cuando el Dr. Sant Delphi decide regalarme los oídos con cosas como…

C a p í t u l o 5 0

Isabella

—Isabella, estás haciendo un gran progreso. Estoy muy orgulloso de la dirección que está tomando tu proyecto.

Nuestro, quiero corregirle, ya que sin su ayuda me habría quedado en el primer escalón.

Pero no se lo digo. ¿Porque? Pues porque es un doctor de escasos treinta y tres años, tan brillante que está mentalmente por encima del ochenta por ciento de la población mundial (y lo sabe). Ergo: este tío debe estar hasta el hipotálamo de que le digan lo que vale. Así que le dejo que me regale los oídos un ratito más con esa jerga técnica que suelta con su voz grave de villano reformado.

—Tengo una propuesta —dice al acabar.

—Acepto.

—Aún no te he dicho de qué se trata.

—Creí que sería más eficiente saltarnos los pasos irrelevantes.

Sonríe y me hace pensar en la sonrisa de Kásian. Me prometo flagelarme por ello más tarde.

—En cualquier caso, me gustaría explicarte de qué se trata. Verás, el Instituto de Investigación Pharma-Cardioregenerativa BHAUREUS ha firmado un convenio estudiantil con North Star y dadas tus buenas notas, me gustaría presentarte como candidata para un proyecto con pacientes reales.

Me caigo de la silla.

Me tiro por una ventana.

Me muero y luego me muero otra vez porque esto no puede estar pasando. *No es real. ¿Qué probabilidades habría? Cero. Cero sobre cien. Cero coma cero, cero, cero, cero, uno. Menos.*

—¿Me van a dejar jugar con cerebros?

Sonríe otra vez. Caray hoy estoy en racha con mis *skills* sociales.

—Hablé personalmente con Elías Redgrave y tenía dos candidatos que podían sernos interesantes. En uno estudiarías el cerebro de una persona con problemas de corazón de lo más peculiares y en otro, el cerebro de una persona con problemas motrices severos. Richard Smith es el otro candidato que voy a

presentarle y será Elías quien decida la asignación de los pacientes. Pero en cualquiera de los dos casos, creo que será una muy buena oportunidad para tu… ¿estás llorando? —Me mira alarmado, como si hubiera empezado a vomitar plutonio.

—Es una gran oportunidad y te lo agradezco mucho, Dr. Sant Delphi —me pongo en pie antes de, qué se yo, tirarme a sus brazos y ser de lo más inapropiada espachurrándolo de alegría—. Estoy más que interesada en conocer al paciente que BHAUREUS decida asignarme. Gracias. Muchas gracias.

—Tranquila, ¿quieres…? —Me ofrece un pañuelo, pero yo ya me he ido de su despacho.

Desde el pasillo, le doy las gracias una vez más.

El sol se mueve por el cielo hasta esconderse y la noche cae. Descubro que la biblioteca, mi santuario, hoy es un manto de ortigas horribles y que no quiero trabajar allí. Ni en mi apartamento, otro manto de ortigas. En realidad, me doy cuenta de que solo hay un lugar en el mundo en que puedo hacer mis deberes hoy.

Dejo que mis pasos me guíen hasta el polideportivo obligándome a no analizar absolutamente nada de mis actos y decisiones.

—Explícame por qué te sorprende recoger los frutos de tu grandeza, mini-Jenkins —pide Jacob Bolton cogiendo un puñado de palomitas del bol que compartimos en las gradas de la pista de hockey.

—No me merezco esto, pero espero que me den la oportunidad antes de que el Dr. Sant Delphi se dé cuenta.

—¿Por qué dices que no te lo mereces?

Pues no lo sé, ¿por qué lo digo? Es cierto que tengo buenas notas. Es verdad que mi pasatiempo favorito es estudiar y programar.

—Imagino que… —ladeo la cabeza—, ¿carencias afectivas de la infancia?

—Lástima, ahí no puedo ayudarte. Fui un niño muy querido hasta que salí del armario.

Después de eso no lo tuvo nada fácil. Apoyo la cabeza en su hombro, porque lleva chaqueta y es más fácil para mí, y luego me como dos palomitas.

—El mundo no nos merece.

—Por supuesto que no —corrobora—. ¿Qué tienes preparado para Kásian cuando vuelva?

—Nada.

—¿Una fiesta?

—Una pequeña.

—Así me gusta, mini-Jenkins.

Lo que más me gusta a mí es que Jacob dé por sentado que Kásian va a conseguirlo, que van a seleccionarlo.

Yo también lo hago.

C a p í t u l o 5 1

Kásian

Tengo los músculos doloridos cuando salgo de la ducha. He entrenado más duro en la última semana que en el último puto mes. Si Landon conociera al entrenador Arlec Donnovo, no quedarían ni las raspas de nosotros. Si he sobrevivido ha sido gracias a las sesiones de estiramientos y de fisio en el polideportivo.

No he salido de aquí desde que aterricé. ¿De qué color es el sol?

En cuanto saco el móvil de la taquilla, compruebo si tengo algún mensaje de la única persona que no tengo silenciada. Nada. Mala suerte. Me contento con leer nuestra última conversación.

Sabelotodo

Isabella Jenkins

Quiero hacerte de todo.

Kásian Snow

Estoy un poco lejos.

Isabella Jenkins

Dijiste que te escribiera cuando quisiera sexo.

Y eso hago.

Ahora te toca a ti cumplir tu parte.



Kásian Snow

Te prometo que te compensaré cuando llegue.

Me deja sonriendo como un tonto. *Me reclamó ella.* No es algo que suela hacer. *Y encima para soltarme indiscretamente que me echa de menos.* Joder. Quiero irme de Washington ya, volver a casa, a North Star.

Sobre todo, quiero irme cuando recuerdo lo que pasó la noche anterior a que me fuera de allí.

«—… ¿pero qué se puede esperar del pusilánime reprimido de Richard? —pregunta hablándome del cretino que ha intentado

robarle el tema que ella quería exponer para su clase de análisis de señales neuronales.

Estoy en la cama, estaba a punto de dormirme, pero ella seguía «en línea».

—Cómo se atreve. —Sonrío poniéndome un brazo bajo la nuca, tras cambiarme el teléfono de mano.

—Ya, es un asqueroso y se merece que le tosa encima un ñu bizco con la rabia —sigue lavándose los dientes.

—Cuéntame de qué va ese trabajo.

—Pues… —hace gárgaras—… El preprocesamiento de señales EEG mediante filtros digitales: es decir eliminación de artefactos y ruido para un análisis cognitivo fiable. Tuvo que escucharme hablándolo con Laylah cuando tuve la idea. Soy una idiota.

Idiota no, más lista que el puto hambre. No puedo ignorar cómo se me tensa el cuerpo con cada palabra que sale de su boca. Ni todo lo que quiero hacerle a esa boca.

—Pero no pasa nada porque me he plantado junto a Richard en la mesa de la profesora y he hecho una estupenda defensa Caro-Kann —dice soltándome su jerga ajedrecística—. ¿Traducción? Hola, no voy a ir a por ti de forma agresiva, pero seré la reina cobrándome tus errores.

Ya está, erección, dura, como una puta piedra. Bufo.

—Kásian, ¿te estás durmiendo?

Joder, no precisamente.

—Sigue hablando —le gruño llevándome una mano a la polla, ni sé para qué.

¿Contenerme? ¿Masturbarme?

—Cuando ha sido evidente para la Dra. Eslanar que él no se había tomado las molestias de empezar a investigar cómo eliminar artefactos fisiológicos como parpadeos y movimientos ocultares, y que solo yo pretendía dejar la señal verdaderamente limpia para un análisis posterior ideal, boom, me lo ha dado a mí.

Gruño.

—Vale, ya me callo. Sé que esto es un rollo para cualquiera que…

—No lo hagas —le ordeno.

—¿No?

—No, joder, ese cerebro tuyo me pone muy cachondo.

—¿Q…? ¿Qué?

—En serio, oírte es mejor que el porno. Sigue hablando.

—Kásian —su voz se vuelve rara, ahogada.

Igual ella también está en la cama. Igual esto puede ponerse aún más interesante.

—Se me acaba de ocurrir que podríamos hacer un audiolibro, como esos que te gusta escuchar. Pero nuestro.

—Estás como una cabra si crees que yo…

—¿Te da miedo o es que nunca lo has hecho por teléfono?

Pasan unos segundos. Me la froto a través del pantalón. Sé que va a responder. La conozco.

—Lo segundo.

Sonrío.

—¿Qué llevas puesto?

—Mis gafas.

Me arranca una risa grave.

—¿Quieres que te lo diga en lenguaje de redes neuronales, Bella?

—No —su tono cambia—, quiero que me lo digas con el stick en la mano, o mientras me embistes contra el hielo. Quiero que me digas que vas a follarme como si fuera una portería.

La erección me da una sacudida y meto la mano bajo la tienda de campaña de mis pantalones. Si su cerebro me pone malo, que no se muerda la lengua ni te puto cuento.

—¿Puedo ir a tu casa?

—No, mañana madrugas y yo tengo deberes. Solo puedo darte tres minutos, lo tomas o lo dejas —intenta sonar relajada, pero noto que le falta el aire.

—Lo tomo. ¿Vas a meter la mano en tus bragas de una vez?

—No. Estoy tan mojada que si me toco, voy a correrme enseguida. Quiero mis tres minutos.

—Puedo hacer que te corras muchas veces en tres minutos, haz el favor de meterte los dedos.

—¿Isa, tienes las aspirinas en tu…? Uy, está cerrada. No me digas que está dormida ya.

—Ella no suele echar el cerrojo de su puerta a menos que esté estudiando y no quiera que la molestemos.

Reconozco las voces de Leia y Candy a través de la puerta.

—No digas nada —le pido—. Se irán si creen que llevas los cascos puestos.

Puede que no vaya a escucharla gemir tan fuerte como me gustaría, pero sí oiré la humedad de sus dedos entrando y saliendo de su cuerpo.

—¡Noche de partido, estamos listos!

—¡Va a ser bestial!

Las voces de Bhødie Hayes y Walker Ellis retumban por el salón junto con otros tantos del equipo a los que quiero asesinar.

—No me lo puedo creer —gruño».

Pues eso.

Desgraciado se nace.

C a p í t u l o 5 2

Kásian

McKenna (Silenciado)

Max McKenna

Snooooooooow

Te añoro.

Puedo dormir esta noche en tu cama?

Quiero hacerle la pelota al capi (y la cena) para que me deje darles unas clases a los de primer año y convencer indirectamente a Landon de que el año que viene el capitán voy a ser yo.

Kásian Snow

[Captura de pantalla]

Max McKenna

Acabas de chivarte al capi????

A qué viene la traición?

Kásian Snow

Compra vaselina

Y no uséis mi cama

Max McKenna

Me ofenden las insinuaciones, Snow.

Ofrecerle mi cuerpo fue mi primera idea, pero lo rechazó

Te dejo que voy a buscar un tutorial para ñoquis.

Hoy es el último partido. Cojo la bolsa con mis cosas y voy hacia la pista. Nunca me he considerado un tío simpático y en ningún caso estoy echando de menos a mi equipo, pero es cierto que no hay la misma familiaridad y unión que en casa. Son compañeros de equipo, no amigos. ¿Pero a quién le importa? Son jodidamente buenos. Increíbles. Moriría por jugar con ellos.

Me enfundo en los patines sin hablar con nadie y hago lo que me dicen en cuanto llego a la pista. El hielo cruje bajo mis cuchillas reverberando en mis huesos, recordándome cada instante que soñé con este momento.

Desde los cuatro a los quince, en aquel infierno, lo único que había para que un par de niños tan tontos y temerarios como Ashtan y yo se divirtieran era el lago congelado tras el orfanato. Nos

deslizábamos con nuestros zapatos rotos, fingiendo ser lo que no éramos, y me imaginaba una vida muy distinta. La que tengo ahora. Ser un jugador de hockey, alcanzar las grandes ligas. En aquel entonces parecía imposible y ahora…

—¡Snow! —grita Cooper antes de hacerme un pase.

El sudor me corre por la espalda cuando hago un giro de ciento ochenta grados y lo paro. Oigo mi nombre de nuevo, esta vez es una alerta, pero ya he visto a Ted Archedon, que no puede decirse que le guste jugar limpio.

El tío es un gilipollas de manual. Lo cabreo colándosela entre las piernas y esquivo su rabia igual que llevo haciendo toda la semana. «Evita meterte en peleas, Kásian, un golpe fuerte en el corazón podría provocar que te reventara», no se me han olvidado las palabras de Elías Redgrave.

Recupero el puck y le hago un pase a Tyler Hanz que está junto a la portería, pero Timas Orlen se la roba antes de alcanzarla. Timas es rápido de narices. Un segundo después, Ted me placa y me golpea contra el plexiglass. Mi hombro malo se lleva la peor parte.

El muy cabrón.

—¿Dónde están tus reflejos ahora, novato? —Se carcajea con sangre goteándole de la nariz, de su anterior pelea.

Este tiene la misma mierda dentro que Øslo. No la miro, pero siento la cinta negra enrollada al puño del guante. La que me cosió Edward. La que se viene conmigo a todas partes como él quería. Este gilipollas místico, violento y con problemas de contención de la ira solo está aquí de paso. Porque no lo quieren en ningún equipo. «*No tendrás que jugar con él si te seleccionan, no forma parte de los Detroit Yellow Wings. Muérdete la lengua, joder».* Le lanzo una mirada asesina, me lo quito de encima y sigo patinando.

Localizo el puck cuando están a punto de meternos un gol y quedan veinte segundos del partido. Me deslizo por el lateral atravesando la pista como un relámpago, aprovechando la resistencia que opone Dhiago Rowan a que se la cuelen. Los dos defensas ni me ven venir. Muevo el stick con un ángulo imposible. El puck vuela quemando el hielo.

Todo pasa demasiado rápido. Nathan le hace un pase a Calvin, él a Dawson y Dawson a mí. Ya estoy en la portería. Timas está cerca, pero no puede hacer nada. Barro el hielo con el stick lanzándolo directo a portería. Entra. Se acabó el tiempo.

C a p í t u l o 5 3

Kásian

Creía que Arlec Donnovo me citaría en el despacho al acabar, pero voy a los vestuarios sin que me diga una palabra. No es una buena señal. Todavía sigo nervioso de cojones, aunque ya no tenga motivos. Me despido del equipo, en especial de Cooper y Orlen que han sido muy legales en el hielo, y salgo fuera a ver si encuentro a Donnovo.

Es evidente que no he entrado en el equipo, pero no quiero volver al hotel sin despedirme. Landon me cortaría la cabeza de saber que he desaprovechado la oportunidad de "alimentar el networking". *Aunque empiezo a dudar si se habrá largado ya, son pasadas las once de la noche.* Mi vuelo sale a eso de las dos de la mañana, así que tampoco tengo prisa que digamos.

Hago tiempo paseándome por las gradas.

Dhário (Silenciado)

Kásian Snow

Cómo está?

Dhário Langley

El otro día vino a la pista a hacer los deberes, creo que te echa de menos.

Aunque también estaba comiendo palomitas con Bolton, igual solo quería robarle el novio a Andrey.

Y para que te quedes tranquilo, me pasé por su clase para dejarle claro al tocahuevos de Richard que también puedo hundirle el pecho como harías tú, si la molesta.

Me siento un matón a sueldo.

Kásian Snow

Para eso tendría que pagarte

Dhário Langley

Oye y tú… ¿estás bien?

¿No te notas nada raro?

¿Cuánta medicación te queda?

Kásian Snow

Deja de preocuparte, Langley

Oigo pasos. Me doy la vuelta y veo a Arlec con un maletín. Le tiendo la mano y me quedo a medias de «gracias por la oportunidad, señor Do…».

—Bienvenido a la NHL, Kásian Snow.

Repito la conversación en mi cabeza mientras vuelvo al hotel caminando. Todavía no me lo creo. Me muevo en piloto automático y me río solo, como si estuviera chiflado. Dejo el maletín en el suelo y miro al cielo antes de entrar. *¿Habéis visto eso? ¿Ashtan? ¿Edward?* Me llevo una mano al pecho cuando el corazón me hace cosas raras. La emoción, supongo. Joder, si hasta me tiemblan las piernas. *A mí no, al Kásian de diez años, que tengo dentro. Él es el que no puede dejar de gritar.*

La llamo.

Sé que no debería, que estará durmiendo y que seguramente no lo coja, pero…

—¿Kásian? ¿Ha…? ¿Ha pasado algo?

—Me han seleccionado.

—¡¿Hablas en serio?! —chilla en susurros.

—Ya formo parte de los Detroit Yellow Wings de la NHL.

Su risa se mezcla con la mía. Su alegría engrandece el momento. Su voz se vuelve gangosa bien rápido y sé que hay lágrimas en sus ojos aunque no pueda verla.

Que preciosidad. Qué suerte que tengo.

Cuánto desearía tenerla aquí conmigo, joder.

—Te espera una vida aburridísima de aquí para allá —dice sorbiendo sus emociones—, de partido en partido. En avión. Teniendo que ponerte traje cada dos por tres. Menudo coñazo.

—¿Y cómo lo harás para seguir trabajando aun estando en la carretera o en el aeropuerto tan a menudo, Isabestia?

—Muy gracioso —dice con voz gangosa—. ¿Puedo irme a dormir ya?

—Sí que puedes. Te veré mañana.

—¿Kásian? —dice antes de colgar—. Estoy muy orgullosa de ti. Y sé que Edward también lo estaría.

Me deja hecho polvo.

Me deja dudando qué cojones estoy haciendo con ella, con lo que tenemos. Pero esta noche no lo voy a pensar. No quiero hacerlo. Entro en el hotel incapaz de borrarme la sonrisa. *¿Qué probabilidades había de que un puto chaval sin recursos, un don nadie, llegara a…? Todavía no me lo creo.*

Testosterona Mediocre en Patines (Silenciado)

Kásian Snow

OBJ 🏒‼️🏒‼️🏒‼️

Knox Madison

Creo que intenta decirnos algo

Max McKenna

Lo que quiere es estropearme la cita

OBJ 😖😭

Walker Ellis

Por qué Snow no viene a los entrenamientos?

Dhário Langley

TE HAN SELECCIONADO

????????

FORMAS PARTE DE LA PUTA NHL?!?!?!?!!

Walker Ellis

No jodas!!!!!!

Kásian Snow

OBJ 🏆🏆🏆🏆🏆🏆

Bhødie Hayes
QUE PUTA PASADA
QUÉ JEFE

Walker Ellis
DIOS!!!!

Salgo del ascensor cuando llega a mi planta y lo hago distraído por las felicitaciones del teléfono. Por eso ni siquiera le veo. Su puño se estrella contra mi boca y el codo contra mi pecho.

—Te veré en la pista, Snow. No puedo esperar —Ted Archedon se mete en el ascensor a mi espalda y desaparece justo cuando me desplomo de boca.

Intento que me entre aire en los pulmones, pero el dolor que irradia en mi pecho es más intenso que nunca. Mi pulso se salta dos latidos de cada tres. *«Tienes pequeños depósitos encapsulados en el miocardio, Kásian, formados por una mutación genética. Esas cápsulas contienen compuestos citotóxicos generados por tu propio cuerpo. Un veneno autoinmune, por así decirlo»,* Redgrave suena en mi cabeza..

Me arrastro, me enderezo como puedo apoyándome en la pared mientras la tortura me aplasta desde dentro. Veo sombras negras devorando el pasillo.

Late, joder, late.

Llego a la puerta de mi habitación. Deslizo la cartera fuera de mi bolsillo y un par de tarjetas de crédito se quedan en el suelo cuando saco la llave. La puerta retumba al abrirla de golpe y yo me doy otro intentando alcanzar el puto baño. Todo me da vueltas. No existe nada a lo que pueda aferrarme dentro de mí, mi cuerpo es débil y me está dando la espalda, soltando la mano.

«Si te das un golpe o tienes un pico de estrés cardíaco, estas cápsulas se romperán y liberarán el veneno del que te he hablado. Si te das un golpe muy fuerte, tu cuerpo no podrá combatir el veneno ni tan siquiera con la medicación que te proporciono y bueno, para ser claros, te irás al otro barrio». Entro en el baño, allí encuentro lo que necesito. Tres de los tubos de cristal se hacen pedazos, pero consigo beberme uno entero. El segundo casi me lo parto en la boca, cuando un espasmo me hace apretar los dientes sin querer. El sabor ácido me corre la garganta, pero el pánico no afloja su asfixia.

Todavía no, joder. Aún no.

Hay mucho que necesito hacer y vivir.

«Como medida de seguridad, te pondré este kit de emergencia, por si muchas cápsulas estallaran a la vez sin que tú hicieras nada mal. Puede pasar. Esto te hará perder el conocimiento para que

todas las energías de tu cuerpo se centren en arreglar el estropicio. La buena noticia para ti es que, si no despiertas, no será una muerte agónica».

C a p í t u l o 5 4

Isabella

Entro en el Instituto de Investigación Pharma-Cardioregenerativa BHAUREUS con la identificación que el Dr. Sant Delphi me facilitó hace unos días. Me dedico a cerrar todas las pestañas abiertas en el navegador del móvil en referencia a la NHL mientras espero en recepción a que vengan a buscarme. Me late el corazón muy deprisa al pensarlo.

Lo ha conseguido.

Kásian no es muy dado al dulce, así que espero que el pastel de limón que le he dejado en su apartamento le guste. *O no, ¿a mí que más me da? No es mi novio.*

Punto número uno por el que Dr. Redgrave me cae genial: ha convocado a Richard a una hora distinta a mí. Sí, él ya sabe qué

paciente le ha tocado desde hace unas horas, pues ha venido esta mañana. Ambos queríamos el mismo y por supuesto, era el del corazón. Aunque el otro también estaría bien, no me voy a poner exquisita. Lo importante es que voy a tener un paciente con el que trabajar y eso mola horrores. De hecho, mola tanto que… *2, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 19, 23, 29, 31…*

—¿Señorita Jenkins?

Estoy a punto de hacer jaque mate a TuAsDelAjedrez_95 de Australia cuando el inigualable Dr. Elías Redgrave aparece para estrecharme la mano.

Salto del asiento impulsada por la emoción.

—Buenas tardes —casi noches—, doctor Redgrave. Es un placer para mí estar aquí.

—Me alegra oírlo, Isabella. He oído hablar mucho de ti, espero que no me decepciones. ¿Vamos?

Asiento y le sigo. Las instalaciones son una ida de olla digna de Marvel. Decir que son lujosas sería quedarse muy corta.

—Imagino que tu compañero Richard Smith ya te habrá comentado la asignación de proyectos, ¿no?

—No, señor, todavía no sé nada.

Se carcajea.

—Entonces ha cumplido su palabra, bien. Quería ser yo el que te viera la cara al darte la noticia. —Mueve la mano para que suba al ascensor—. Sant Delphi me dijo que las anomalías cardíacas representaban un reto más interesante para ti.

Sí, joder, quiero ver lo que le están haciendo a ese cerebro pero ya de ya.

Un segundo, ¿qué me está insinuando este hombre? ¿Sugiriendo? ¿Contando?

Ay dios.

—¿En…? ¿En serio?

Se carcajea otra vez. El proyecto que quería es mío. Me lo han asignado.

—Bienvenida a BHAUREUS, Bella Jenkins. ¿Puedo llamarte Bella?

Ni de coña.

—Isabella, mejor. Es un honor para mí, señor Redgrave, no se arrepentirá. Muchísimas gracias.

—Es refrescante trabajar con la energía de la juventud para variar. Tendrás acceso a todo lo que necesites, aunque, como ya sabes, hay cosas que es mejor no cuestionar demasiado.

—No le sigo —admito y mis palabras suenan con eco en este ascensor medio vacío.

—La innovación a veces exige una pizca de ceguera voluntaria, ¿no estás de acuerdo?

Uy. Se me encienden las alarmas.

Su sonrisa no me llega como debería, casi parece un desafío disfrazado de cortesía. Las puertas del ascensor se abren y él sale con una zancada.

—Aquí tienes, Bella. —Me ofrece la carpeta que ha llevado en la mano en todo momento, como un aliciente para que salga del ascensor y le siga.

Lo hago y empiezo a devorar el informe que me ha dado.

ID del paciente: KS-0457XDR94-HV

Diagnóstico clínico: Síndrome de Holt-Vyerson

Sintomatología presentada: disnea de esfuerzo, episodios de pérdida de conciencia prolongada, taquicardia ventricular…

—¿Opinión?

—La lista de síntomas es muy larga. Mucho más de lo que esperaba. —No me imagino estar en Programación IV y que empiece a sangrarme la boca o los oídos.

O tener «fuertes dolores de cabeza que inducen al desmayo». *Qué locura. Pobre persona.*

—Eso es porque hemos hecho toda clase de pruebas con medicamentos hasta dar con algo que lo estabilice. Han surgido algunos inevitables… *efectos secundarios*. —Hace una mueca que quiere parecer empática, pero resulta evidente que no es real.

Este es de los que disfrutan metiéndole tumores a las ratas para ver cómo encontrar la posterior cura a la enfermedad que desarrollen. Entiendo que hay que hacer ciertos sacrificios por la ciencia, de verdad, pero eso no es lo que hacen aquí, ¿no? No con personas. En teoría, *ayudar* a la gente necesitada es lo primordial, ¿no?

¿Qué estoy diciendo? Estamos hablando de una farmacéutica.

El objetivo primordial es forrarse.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Claro, Bella.

—¿Cómo fundó este lugar?

Muerde el anzuelo y mientras me habla de sus inicios y sus logros, me fijo en él y en sus andares porque escanear desconocidos siempre me ha resultado de lo más interesante. *Primero rellenas las*

casillas en blanco, luego los conoces en profundidad y ves si tus respuestas eran acertadas. Me pirran los exámenes.

Su altura está dentro de la media, está delgado y tiene ese aura de «me preocupo en exceso por mi longevidad, Marisa, adelántame la transfusión de sangre de niño a las doce». Un prematuro zorro plateado, ya que su pelo blanco parece teñido y no debe tener más de cuarenta y tantos. Hay algo en él que huele a serpiente, no sé si me entiendes.

¿Sabes cuando ves a un tío trajeado y te lo imaginas comerciando con cráneos de niños y quedándose tan pancho?

Pues *esa* sensación es de la que te hablo.

No debería extrañarme teniendo en cuenta que los dos pacientes con los que nos han obsequiado son personas sin recursos, desesperadas por curar una enfermedad rara y poco común que se ponen en manos de BHAUREUS para que ellos encuentren la cura… a cualquier precio. *¿Sus ganas de dominar el mundo le vendrán porque de pequeño no le invitaban a jugar a nada? Pfff.*

Tengo que recordarme que no voy a hacer daño a nadie para no darme la vuelta.

—¿Has tratado con pacientes anteriormente? —pregunta tomando un desvío que por casualidad, cruza unas cristaleras que dan a un increíble laboratorio experimental.

Fanfarrón. Pero: guau.

—No, lo habitual es estudiarnos los unos a otros en clase, lo cual resulta…

—¿Poco interesante porque la gente no está tan enferma ahí fuera como uno querría? —termina por mí, salvo que yo no iba a decir eso. Vuelve a carcajearse—. Vamos, tu chico enfermo espera.

¿Chico? Ay, mierda, ¿no es un señor mayor? Pobre. Relájate, Isabella, la gente se muere a diario. No vas a poder investigar una mierda si resultas ser una blandengue. Respira. *Por favor, que no sea un crío. Que no sea más joven que yo. Que sea una mala persona o algo y se esté muriendo por el karma.*

Redgrave se pone delante de mí para entrar al que anuncia orgulloso como su despacho y aprovecho para cerrar los ojos y hacer una rápida inhalación profunda.

«Tú puedes, Isabestia».

—Equipo, os presento a nuestra alumna estrella.

Conozco a dos enfermeros y tres enfermeras, me quedo con los nombres, pero no con los apellidos, lo cual será una mierda si

resulta que aquí la gente se llama por el apellido. Redgrave me señala una sala contigua con la mano donde aguarda mi paciente y me dice que puedo empezar con las presentaciones mientras ellos ultiman los preparativos.

Le hago caso, aunque creo lo único que quiere es frotarse las manos, soltar una carcajada de villano y decir algo tipo: cuantísimo vamos a disfrutar explotándola sin pagarle ni un duro, chicos.

C a p í t u l o 5 5

Isabella

Cruzo la distancia que me separa de mi destino con la carpeta aún en la mano. Me tiemblan un poco los dedos, pero es por la emoción. Estoy convencida. No voy a hacer daño a nadie. ¿Pero Redgrave podría jurar lo mismo si le obligaran a decir la verdad y nada más que la verdad? Lo dudo. *Efectos secundarios, dice el tío, este sueña con que las enfermedades proliferen como la creciente adicción a las redes sociales.*

Repaso mentalmente mi presentación. *Hola, soy Isabella Jenkins, estaré trabajando contigo las próximas semanas, si no te mueres. Estoy de tu parte y deseando hurgar en tu cerebro y evitar que…*

—Buenas tardes, mi nombre es Isab… —bien podría haberme tragado la lengua porque dejo de poder hablar.

Mis pasos también se detienen. Frunzo el ceño porque no entiendo lo que veo. No tiene ningún sentido, es como un cuadro abstracto. Hay un chico sentado en la camilla, sí, tal y como esperaba. La cosa es que yo reconocería esa espalda en cualquier parte.

—¿Kásian? —Mi voz casi suena animada, como si una parte de mí esperara que fuera a gritarme «feliz cumpleaños», aunque no es mi cumpleaños»—. ¿Qué estás haciendo aq…?

No responde por lo mismo que yo no termino la pregunta. Parece estar viendo a su peor pesadilla. El horror en sus ojos me da pistas que no quiero oír, que rechazo. El puñado de agujas que le atraviesan el antebrazo, las pantallas con *sus* datos, su nombre, su altura, su peso, su mutación genética en el miocardio…

La bilis me sube por la garganta.

«No me pegues en el corazón, Isabestia. Podría estallar».

Me giro hacia él rogando una explicación distinta que no me proporciona. El suelo se abre bajo mis pies.

—¿Tú…? ¿Has…? —Me empapo en sudor frío.

Está enfermo. *No, no está enfermo, Isabella: se muere.*

La voz de Redgrave llega hasta nosotros antes de que lo haga él mismo por la puerta.

—Bien, ¿ya os habéis conocido?

C a p í t u l o 5 6

Isabella

No recuerdo ni una sola palabra de las que Elías Redgrave ha pronunciado en los cincuenta y siete minutos que he estado ahí dentro. ¿Está lloviendo? No lo sé. Se me moja la cara, eso sí. Kásian camina a mi lado, sin decir una sola palabra mientras dejamos atrás las instalaciones. Cuando salimos fuera del edificio, el aire nocturno es frío como el hielo. Siento que me corta las mejillas, que vuelve a ser febrero y he salido en mitad de una tormenta. Giro la esquina. Pongo más distancia. Y un poco más.

—Isabella, espera. —Me coge de la mano, pero me suelto, sigo andando.

El corazón me late tan deprisa que creo que voy a vomitarlo.

Me voy a despertar en mi escritorio, he debido quedarme dormida trabajando, puede que finalmente, Richard me haya metido algo en el agua y esté drogada. Inconsciente. Al borde de la muerte.

O puede que no tenga tanta suerte.

La lluvia golpea la acera cuando me corta el paso y jadeante dice:

—Para, por favor.

—Tienes disnea de esfuerzo, no deberías correr detrás de nadie.

Vuelvo a dejarle atrás. Salvo que esta vez no me lo permite. Esta vez rodea mi muñeca con fuerza y casi duele. Pero ni punto de comparación con lo que me hace mirarle a los ojos.

—Joder, no quería que te enteraras así.

—No querías que me enterara y punto.

¿Cómo se atreve a hacerme esto? ¿A traicionarme así?

Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar y lo aparto de un buen manotazo con los ojos llenos de lágrimas. *Se muere. Me lo van a quitar.* Me llevo las manos a la cabeza, me cojo del pelo, lo vuelvo a mirar y a duras penas reprimo un grito.

Me acerco a él para darle una paliza, pero me freno en seco.

—¡Ni siquiera puedo pegarte! —La idea me arranca un sollozo amargo. Un solo golpe fuerte y su corazón revienta. Uno solo. Un

descuido. Un accidente. Una pelea. Y se acabó. La rabia sobrepasa a todo lo demás cuando otra verdad me da una bofetada—. ¿Juegas al hockey teniendo *esto*?

Endurece la mandíbula como si le doliera verme así. No es así. No le importo una puta mierda, lo ha demostrado.

Quiero desaparecer.

—Es complicado —dice.

—¿Sí? —sonrío—. Veremos si Landon piensa lo mismo mañana.

—No vas decírselo.

—Sí, sí lo voy a hacer. Por supuesto que lo haré. De hecho, pienso localizarlo esta misma noche.

—Si él se entera, estará obligado a informar a la NHL. Me he esforzado mucho para que mi rendimiento físico parezca el de una persona sana.

—Me importan muy poco tus esfuerzos —miento.

Su cara deja de ser una súplica, un «perdón» y pasa a ser el inexpresivo y gélido Kásian Snow.

—Existe la confidencialidad del paciente, Isabella. En el contrato que has firmado…

—Vete a la mierda. —El sollozo ahogado me rompe—. Púdrete en… —Me doblo sobre mi misma y lloro con fuerza—. ¡Has dejado

que Redgrave te use como conejillo de Indias!

Es como si todo lo que me han explicado durante una hora volviera a mí de golpe. Todas las pruebas. El dolor. Las consecuencias. Los putos efectos secundarios. Las heridas. La indiferencia de Redgrave. La de veces que se ha desmayado Kásian. Que él preste su cuerpo para que hagan lo que les parezca.

Busco las marcas en sus brazos, comprobando que ha pasado de verdad y las encuentro, las encuentro todas. Tira de mí hacia su pecho y me rodea con fuerza. Es como si me metieran la cabeza en una bañera llena hasta arriba. Me ahogo.

—Kásian, Kásian, Kásian dime que no. *Dímelo*. Dime que no es verdad… —sacudo la cabeza, lloro y me aferro a su camiseta empapada de mis lágrimas, pero la pesadilla se adhiere a mi piel con más fuerza—. Por favor, por favor, *no*.

Sus brazos ya no son mi refugio, son la personificación de la tortura.

No puedo.

Basta.

No puedo respirar.

Retrocedo. Estar cerca de él me resulta insoportable.

—Deja que me explique, dame solo un segundo —su voz suena suave, rota, cargada de cariño.

¿Sus ojos? Brillantes, igual de destrozados y rojos que los míos.

—¿Qué hay que explicar? Pensabas morirte sin decirme… —Ni. Una. Sola. Palabra.

Pensaba abandonarme sin más, sin explicación. Dejar un vacío permanente en mi pecho. Un agujero que se tragara la luz.

Igual que mi madre.

—Pensaba distanciarme de ti al graduarnos. Esperaba que tardaras años en oír la noticia.

—¿Distan…? —*capullo*—. ¿Crees que yo te habría dejado distanciarte?

—No habrías tenido opción.

Cruel. Es muy cruel.

—Claro porque… porque la NHL no lo comunicaría, ¿no? Y fijo que Dhário no me avisaría del funeral, ¿o acaso él tampoco lo…? —reacciono—. Por eso está tan hundido. Él lo sabe. A Dhário sí se lo has dicho.

Kásian se limita a apretar los dientes y asentir.

Otra oleada de rabia me sacude. Esta vez grito bien fuerte.

—Bella —su voz es un susurro.

—Pide un préstamo. Deja esta mierda y búscate un buen médico que te trate con empatía y…

—No tengo recursos para otra cosa. Redgrave es mi única opción.

—Me tienes a mí, pedazo de…

—No sabes de la cantidad de dinero que estamos hablando. Nunca podría pedirle eso a tu familia. No tengo nada.

No se entera.

No entiende que me daría igual esclavizarme, pasarme la vida entera pagando las deudas, si eso le salva la vida.

Pero el quid de la cuestión es que ni siquiera me ha dado la opción. Me echó de la ecuación porque *nunca* hemos sido amigos. Ni nada en absoluto.

—Tengo que irme.

Me sigue. Maldigo sus zancadas largas. Un rayo cruza el cielo y deseo que el siguiente me caiga encima.

—¿Qué habrías hecho tú, Bella? —la desesperación le rompe el tono, le tiñe el rostro, le provoca temblor en las manos.

—Aléjate de mí.

—Esto acaba de quitarme el poco tiempo que me queda contigo y tú eres t…

—Lo nuestro no han sido más que un puñado de mentiras, Kásian. Es evidente. Tan evidente como que se ha acabado para siempre.

—No digas eso.

Me detengo.

—Yo te hablaba de mis torneos y tú te… empastillabas con todo lo que Redgrave… —Alzo las manos cuando se acerca—. No me toques. Vete a casa y duérmete, con todo lo que te ha pasado te conviene descansar. Ah, y si vas a seguir entrenando como un capullo inmaduro, egoísta e inconsciente, más te vale empezar a llevar algo que te proteja el pecho.

Lo dejo atrás pero el ardor se viene conmigo. *Se muere.* La oscuridad destroza la esperanza entre sus huesudos dedos. *De verdad se muere.* El vacío me aplasta el pecho, los pulmones, la vida entera.

Vacío todo lo que tengo en el estómago en la tercera esquina que giro.

C a p í t u l o 5 7

Kásian

La llamo, pero no me contesta el teléfono. Necesito verla, así que me planto en su clase. Allí no podrá ignorarme como ha hecho en su piso. *Ya no hay ninguna llave en el marco de la puerta.* Se me revuelve el desayuno que no he comido cuando la veo.

Tiene los ojos rojos, las ojeras oscuras y el ceño fruncido. Lleva una sudadera con la que le he visto dormir y está leyendo algo en el portátil con fijación intensa. La tapa tiene una raja inmensa en diagonal, de esquina a esquina, como si alguien lo hubiera lanzado con rabia contra el suelo. Pero yo solo la veo a ella. Ha cambiado mucho en solo unas horas.

Me detengo frente a su mesa y le bajo la tapa del portátil roto.

—*Bella*.

Durante unos segundos solo mira mis dedos. Mi mano.

—Este no es tu sitio. Tú no vas a esta clase —dice en tono neutro, levantando la tapa despacio, volviendo a leer sus trabajos.

La luz de la pantalla se refleja en sus gafas y no me mira. Odio que no me mire. Es como si ya no estuviera aquí con ella. Lo vuelvo a bajar, esta vez con un buen golpe.

—Fuera. *Ahora*. Tengo que hablar contigo.

Esta vez no me obedece. Se pone unos auriculares y dice en tono indiferente:

—Vete, Kásian.

Se me cierran los pulmones. Los alumnos que van llegando nos observan, como si esperasen el mínimo movimiento brusco para sacar los móviles y grabar el cotilleo del día.

—¿Vas a contárselo a alguien? —Bajo el tono.

Cierra los ojos. Aprieta la mandíbula. Esta vez sí me mira.

—Que te follen —gruñe.

—Kásian. —Dhário me llama desde la puerta, creo que es él quien tira de mí y me saca de allí.

No es solo culpa lo que me está taladrando las entrañas. Ella debe saberlo.

Sabionda

Kásian Snow

He rehecho este mensaje mil veces.

No te merecías enterarte así.

Necesito disculparme en persona.

¿Puedes…?

[El contacto, «Isabella Jenkins», ya no puede recibir mensajes de este número]

Al día siguiente por la tarde, abordo a sus compañeras de piso antes de que entren en el gimnasio.

—No me caes bien ahora mismo, Snow —Candy me lanza una mirada asesina y pasa de largo sin escucharme.

—Leia, espera —me cruzo en su camino y ella alza las manos.

—No quiero meterme en medio.

—Lo sé.

—A Isa no le gusta que metamos las narices en sus cosas.

—Solo quiero saber cómo está.

Llena los pulmones como si estar en mi presencia ya fuera una traición a su amiga.

—Me da que romper vuestro acuerdo de «solo sexo» no le ha dejado indiferente, si es eso a lo que preguntas. —Leia se cruza de brazos—. No para de trabajar. Pero no como siempre, sino de manera obsesiva. Creo que ni siquiera duerme. Estaría bien que pudierais volver a ser amigos, como antes de que vuestras hormonas lo jodieran todo. Suerte, Kásian.

C a p í t u l o 5 8

Kásian

Tres días después, Isabella se ve obligada a encararme en BHAUREUS, pero no me habla a mí, solo habla de mí.

—¿Cuál es tu opinión sobre extraer una de las cápsulas de Kásian para estudiarlas, Isabella? —pregunta Redgrave, que no le ve ninguna pega a rajarme en canal.

—No se pueden extraer. Apenas soportan los latidos de su corazón, el mínimo golpe derramaría el veneno y lo mataría —dice en tono indiferente.

Espero a que nos dejen a solas. No ocurre hasta que el equipo va a por material para meterme no sé qué mierda en las venas.

—¿Así va a ser a partir de ahora?

—Deberías tumbarte —dice mirando el monitor, tomando notas.

—Te estás saltando clases. ¿Dónde has ido hoy?

—Túmbate —Me pone una mano en el lado derecho del pecho y me obliga.

Le cojo la muñeca antes de que se aleje.

—No puedes ignorarme para siempre.

—Es irónico que lo digas —se libera—, tú no tienes ningún «para siempre».

C a p í t u l o 5 9

Isabella

Me oigo el corazón latiendo a toda prisa en mis sienes. Lleva días incapaz de callarse. Ojalá pudiera bloquearlo a él también.

Las letras de mi portátil se vuelven borrosas. Sigo en la biblioteca y ya es por la tarde. Me duele el estómago. ¿Cuándo fue la última vez que…? No tengo sueño, pero mi cuerpo lleva un rato aplastándome contra el suelo, como si toda la gravedad cayera sobre mis hombros. Es raro. Estaré incubando algo. Me aparto el pelo que se me ha pegado a la frente por el sudor. Me quito la sudadera, pero el vaivén no le va bien a mi cabeza.

No voy a poder hacer nada. No soy médico. Kásian se muere. Su vida se podrá resumir en una frase: del orfanato a la puta tumba. Me voy quedando sin oxígeno y aunque hago inhalaciones profundas

por la boca, no me entra ni una gota dentro. Me arden los pulmones, los ojos y la garganta.

Esto no está pasando, ¿verdad? Todo está bien, tiene que estarlo.

Necesito un minuto. Todo tiene que parar durante un minuto. El dolor de cabeza se intensifica. Empiezo a marearme. Apoyo la mano en mi barbilla cuando siento que la cabeza me pesa demasiado. Bajo la tapa del portátil y tengo el tiempo justo de apoyarme en él antes de que mi cerebro se desconecte y los ojos se me cierren de forma involuntaria.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que alguien me mueve el hombro.

No deben saber que no soporto que me toquen. Oigo un líquido, como un refresco burbujeando en el interior de una lata. Abro los ojos y veo a un chico que no reconozco.

—Ahí estás —dice sonriente, agachado al borde de mi mesa.

Tiene un tatuaje en el cuello, más piercings de los que puedo contar y una camiseta blanca que es todo un contraste con la oscuridad de su pelo y la tinta de los brazos.

—Me da que alguien ha tenido un bajón de azúcar —dice y cuando mira a algún punto por encima de mi hombro, su mirada se

vuelve gélida.

¿Acaba de espetar un «meteos en vuestros asuntos» visual, a todos aquellos alumnos con los que estoy compartiendo mesa de estudio en la biblioteca? Porque juraría que sí.

—¿Tú quién…?

—Compartimos algunas clases, ética en neurotecnología, entre otras. También soy amigo de Leia. ¿Tu compañera de piso? —añade cuando no muevo un solo músculo facial—. Me llamo Divix Porter. ¿La quieres? —me ofrece la lata de Coca-Cola sin abrir.

Algunos de la mesa hacen un «shhhh» y me doy cuenta de que me he convertido en lo que más desprecio del mundo: gente que habla en la biblioteca. *No estudio en tu discoteca, no hables tú en la mía.* Empiezo a recoger deprisa y abochornada. Divix, que debe ser su apodo como actor porno, porque ya me explicarás qué clase de nombre es ese, me ayuda también. Se lo agradezco, en realidad.

—Eh —dice cortándome el paso en el estrecho pasillo formado por dos estanterías muy juntas—. ¿De verdad no la quieres? Te vendría bien algo de azúcar.

Se me hace la boca agua. *Y encima tiene cafeína.*

—¿Puedo? —pregunto sin entender por qué está siendo majo conmigo.

—No suelo ofrecer nada en broma. —Me la da cogiendo la lata por arriba, con la punta de los dedos, lo cual me viene genial porque así no tengo que tocarle para aceptarla.

—Muchas gracias —la abro allí mismo y le doy un trago largo que me sienta de maravilla.

—Pareces agotada. No es por pasarme de listo en plan estudio-el-cerebro-y-ya-soy-médico, pero dormir es necesario.

—Intentaré recordarlo —trato de coger mi agenda y el estuche que aún los sostiene en la mano, pero retrocede un paso.

—¿A dónde vas ahora?

Suspiro. Dejo cae los hombros. De verdad que no tengo ánimo para esto.

—A mi piso, por favor… —me tiembla el labio inferior, como si estuviera chalada y fuera a echarme a llorar aquí mismo, entre los libros que van de la D a la E—. ¿Me devolverías mis cosas?

Él capta mi tono enseguida. Me lo ofrece en son de paz, una vez más, sin tocarme.

—Eres de las mejores de clase, si no la mejor, Isabella. No te exijas más de lo que ya estás dando. —Hace una mueca, ¿preocupada?

Luego se marcha por donde hemos venido, al corazón de la biblioteca donde cientos de estudiantes hacen lo que yo ya no puedo hacer.

Ojalá fueran los estudios lo que me preocupa. Ojalá consiguiera que me importaran algo más que una mierda. Desearía no estar tan enfadada, pero juraría que es lo único que me mantiene en pie. Cruzo las puertas de la biblioteca con la esperanza de poder llegar a casa, encerrarme en mi dormitorio y no volver a hablar con nadie.

No lo consigo. Está claro que la suerte no va en mi equipo.

C a p í t u l o 6 0

Kásian

Sé que no quiere verme. Ni hablar conmigo. Lo ha dejado claro. Así que supongo que estoy cruzando una línea al esperarla frente a la biblioteca y empezar a hablar en cuanto me ve.

—La operación que me ofrecerían los médicos comunes, no es una opción válida —digo quedándome con su atención por primera vez—. Pararían mi corazón durante cuatro minutos, me extraerían toda la sangre del cuerpo, la filtrarían para eliminar los compuestos citotóxicos de las cápsulas que…

—¿Como una diálisis avanzada? —se acerca, como un ratón hambriento a un trozo de queso.

—Sí. Luego me inyectarían una nanovacuna para neutralizar el efecto de las cápsulas restantes y me volverían a reanimar. Lo

llaman extracción cardiovascular total con reoxigenación celular.

—Suena legítimo. Bien, incluso. ¿Cuál es la probabilidad?

—Setenta por ciento.

—Es un porcentaje de supervivencia alto, Kásian. Es bueno. Tienes que operarte, yo hablaré con Adler y…

—No de sobrevivir, Isabella. De que me muera si lo intento.

El color desaparece de su cara. La tristeza vuelve a sus ojos, pero se mezcla con una emoción fría y gélida. Retrocede un paso.

—¿Acaso prefieres que sea un cien?

—Bella.

Retrocede otro paso. Se aferra a sus cosas con fuerza hasta que se le quedan los nudillos blancos.

—¿A qué has venido, Kásian?

—Necesito hablar contigo. —*Te echo tanto de menos que duele —.* Me he comprado unas protecciones mejores, las llevo bajo el uniforme cuando juego.

—¿Y para qué me lo cuentas? —alza una ceja con la inexpresividad conquistando su delicado rostro.

—Sé que te he hecho daño…

—Para hacer daño a una persona tiene que haber sentimientos de por medio y en nuestro caso nunca los ha habido. Te lo dije,

Kásian, me gustaba acostarme contigo porque no me entregaba emocionalmente. Lo que me has demostrado ocultándome algo así, es que no me sale a cuenta ni siquiera ser tu conocida. Sería genial que dejaras de perseguirme.

Veinticuatro horas después, vomito por tercera vez. He escrito a Redgrave, pero dice que no son los medicamentos, que debe ser otra cosa.

Langley se trajo a su gato al volver de la visita a su familia. Puck tiene ciento noventa y nueve mil años. Al menos en espíritu. Y se empeña en perseguirme por la casa, vaya a donde vaya. Si lo odio, no entiendo por qué dejo que apoye su cabeza anaranjada en mi estómago cuando me desvelo a las dos de la mañana.

Dhário sigue gastando un cojón de existencias de pañuelos por hora, aunque finge que no. En algún momento pasadas las cuatro, me quedo dormido.

C a p í t u l o 6 1

Isabella

El síndrome de Holt-Vyerson ni siquiera tiene entrada en PubMed. No hay ensayos clínicos abiertos. Solo un expediente médico lleno de tachones y advertencias. Así que el martes pasado a primera hora cogí un autobús y fui a Ohio para hablar con Weston Anderson, el padre del joven Tobías Davidson, que murió de lo que va a morir Kásian.

A él intentaron hacerle la única operación factible que hay, la única de la que habla internet: la misma de la que me habló Kásian. Tobías fue del setenta por ciento de los no-afortunados y cuando lo reanimaron, su corazón no respondió.

Vuelvo con la nariz destrozada de tantos pañuelos.

Es genial pasarse horas investigando para no encontrar absolutamente nada. Disfruto tanto con la pérdida de tiempo y esperanza que creo que debería renunciar a mi carrera y hacerme policía.

Alguien llama a la puerta de mi habitación y supongo que es Leia, Candy nunca llama.

—Está abierta —digo desde mi cama, sin dejar de teclear.

—Isa, te traigo el desayuno y… —inspira todo el aire de la habitación de golpe con un jadeo agudo al ver el desorden de mi cama. O tal vez sea el de mi mesa. O igual es el del suelo—. Guau. ¿Qué son todos esos papeles?

—Deberes.

—¿Te has pasado toda la noche trabajando? ¿Por qué? No tienes examen, ¿no?

—Me he desvelado y no podía dormir.

—Te he traído un chocolate caliente, aunque ya no hace mucho frío. Verás, no quiero molestar… Isa, sabes que no me gusta meterme en los asuntos de nadie… Pero…

—Entonces no lo hagas, Leia —digo cortante—. Estoy ocupada, ¿puedes dejarme en paz?

Se queda tiesa unos segundos, luego musita un «lo siento» y se va. Me siento como una cabrona total, porque lo soy, pero si se sienta en mi cama y me habla en tono dulce, me derrumbaré. Y si lo hago, no dejaré de llorar nunca. Entonces Candy y ella sabrán lo que le pasa a Kásian y sus esfuerzos por conseguir su sueño desde que era un niño se irán a la mierda. ¿Por qué lo sé? Porque Leia se dedica a contar noticias y no sabe guardarse ninguna, es como si su cara gritara todo lo que sabe antes de que lo hiciera su boca.

Escribí a Dhário. Me confirmó que lo de las protecciones extra de Kásian era verdad. *No sé lo que habría hecho de no recibir esa respuesta*. También me dijo que había empezado a saltarse algunos entrenamientos del gimnasio. No son los que más me preocupan, pero por algo se empieza.

La última vez que le vi fue en la consulta de Elías Redgrave el hombre que más odio en estos momentos y el único que tiene mi esperanza en la palma de su cruel mano. Kásian no soltó ningún comentario sarcástico. Solo me miraba en silencio haciendo todo lo que se le pedía, sin hablar más de lo mínimo imprescindible.

Me sentí vacía por dentro. No sabía que la nada podía doler así.

Me doy una ducha y voy a ver al Dr. Sant Delphi en horario de clase. No me pasa por alto el minúsculo espasmo que sufre al

verme. En mi defensa, nadie tendría que saber que duermo con esta sudadera, así que a efectos prácticos, solo voy en chándal. ¿Qué pasa? ¿Acaso tengo que maquillarme para que no me llamen horco de forma indirecta?

—Te estás implicando a fondo con tu paciente, no hay duda. Me he leído todos tus avances y tu disertación sobre cómo la mutación genética del corazón acabará afectando inexorablemente al resto de los órganos es brillante.

—Gracias —respondo, aunque no logro sentir ni pizca de alegría u orgullo.

Me pone un vaso de agua delante, no sé por qué, si no me hace falta. Igual es que le molestan los pellejitos de mi labio. O igual solo era para que parara de morderme las uñas. Hay gente a la que le da asco.

—Me gusta lo que estás intentando, buscar la forma de que el cerebro obligue al corazón a contener las cápsulas. Es una teoría fascinante. Pero Isabella —carraspea y me doy cuenta de que su ceño lleva fruncido desde hace rato—, te estás desviando del objetivo de tu proyecto. Entiendo que trabajar con BHAUREUS es emocionante para ti y que poder tratar con un paciente real es…

—¿Qué, señor Sant Delphi? —pregunto cuando parece dudar si soltarlo o no.

Es una sensación extraña, teniendo en cuenta lo seguro de sí mismo que se muestra en todo momento.

—¿Te está afectando demasiado? —Pone los codos en la mesa, algo que apuesto a que es la primera vez en su vida que hace—. Sabes que nadie espera que lo salves, ¿no? Estás haciendo unas prácticas que te ayudarán a aprender y sumarán experiencia a tu currículum, nada más. No dejes que esto te drene, ¿de acuerdo?

Asiento y salgo de allí. Si voy a mi siguiente clase solo es porque es la suya, la de plasticidad cerebral, y tengo que fingir que voy a hacerle caso. Aunque, evidentemente, no pienso hacérselo porque esto no son solo «unas prácticas». Si me quiere suspender, por mí que lo haga, él mismo me consiguió la oportunidad con Redgrave. No debería enfadarse porque la aproveche.

—Isabella, ¿qué has puesto en la tercera pregunta del trabajo de cálculo multivariable? —pregunta Mhária, o Márthia, o Ma… *algo*.

—No lo he entregado.

Cinco personas se giran hacia mí a la vez. No miro a ninguna porque el ChatGPT me está dando ideas de cómo un humano podría sobrevivir sin corazón. *Esto me va demasiado grande. Yo no sé nada*

de corazones. A veces dudo de si tengo uno siquiera. Mi obsesión es con el cerebro y ni siquiera eso me va a servir de… nada. De absolutamente nada.

Su mensaje todavía me hierve la sangre: «quiero que vivas tu vida, Bella. No te olvides de tus proyectos por esto». *Santísimo. Hijo. De. Puta.* No vuelvo a desbloquearlo nunca más.

El tío que se sienta delante de mí se pone a ver un vídeo en YouTube y le sale un anuncio de aspirinas que tiene que ver entero, aunque dure viente segundos. Pienso que tienen anticoagulantes y que estos podrían agravar el estado de Kásian. Lo anoto a la lista. Me he hecho unas cuantas. La más importante es la de «no olvidar».

—¿Es verdad eso? —pregunta Richard persiguiéndome por el pasillo al acabar la clase—. ¿No has entregado el trabajo de cálculo? —Se ríe—. ¿Quién se ha muerto? ¿Tu madre?

No lo pienso.

La violencia nunca es la solución, pero le estampo una de mis pequeñas libretas en la mejilla y le cruzo la cara con un bofetón. Después me largo a la biblioteca y me quedo allí hasta que me echan.

He creado una simulación en Python que imita el comportamiento de las cápsulas y sus efectos sobre el miocardio y

aunque la reviso sin parar, soy una analfabeta mirando unos simbolitos que la gente me asegura que son letras y que forman palabras.

La realidad es que no sé hacia donde tirar. Redgrave parece más entusiasmado con el «prueba y error» de lo que debería y llevo días temiendo darle información. Creo que debería denunciarlo. Me gustaría pedirle ayuda a Sant Delphi, pero no quiero que descubra quién es el paciente y mucho menos que me saque de la investigación de Redgrave. Le he consultado algunas dudas a la Dra. Eslanar esta mañana, de análisis de señales neuronales, pero no paraba de preguntarme si había comido y de repetirme que las metas muy ambiciosas pueden ganarle el pulso hasta los más tenaces.

El reloj marca las cuatro y cuarto de la mañana, y ya estoy de vuelta en mi cama, cuando descuelgan al otro lado de la línea.

C a p í t u l o 6 2

Isabella

—Hola, me gustaría saber si la doctora Hanzenof podría reunirse conmigo para una breve consulta sobre la paciente Sarah Mason que tuvo en 2004, cuyo diagnóstico era un caso avanzado del Síndrome de Holt-Vyerson.

El reloj de mi muñeca vibra, igual que lleva haciendo cada catorce minutos desde lo programé para evitar que me duerma.

—Señorita, mis compañeros ya le han dicho esta tarde que esa información es confidencial. Desconozco cómo ha encontrado información sobre el caso de Sarah Mason, pero la doctora Hazenof no concede entrevistas a estudiantes. No vuelva a llamar al hospital.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Me tiembla el labio a medida que mi cama se va haciendo más grande. Me duele el estómago y

no sé si es por la falta de sueño, porque Kásian se muere, porque hace horas de la última vez que comí o porque ayer encontré una camiseta suya entre mis cosas y para mi sorpresa, todavía huele a él.

Estoy a la espera de la mayoría de los cuarenta y siete correos que he enviado a médicos respetables que pueden o no saber algo del tema. Pero la cuestión es la siguiente: no puedo darles mucha información porque me aterra violar la confidencialidad del proyecto y que Redgrave me eche. Así que empiezo a recibir rechazos del estilo «el paciente puede pedir cita en mi consulta cuando quiera» o «me dedico a salvar vidas, no a ayudar a terminar trabajos universitarios, no vuelva a escribirme». Y si no me dan una idea de cuánto cuesta la operación no sé de cuánto debo pedir el préstamo.

Dejo de llorar cuando ya se ha hecho de día. Ni siquiera sé por qué voy a verle si sé que él no puede ayudarme.

—¿Hace cuánto que no duermes?

—Ayer.

—Te lo preguntaré de otra forma, ¿hace cuánto que no te quitas ese reloj y duermes más de cuatro horas seguidas? —pregunta Lucca, sin mostrar signos de irritabilidad.

¿A quién mierda le importará eso? Quiero encogerme de hombros, pero para eso hace falta una gran cantidad de energía que no quiero gastar todavía.

—¿Te lo dijo Leif?

—No.

—¿Pretendes que me crea que tu marido no te dijo que Kásian Snow, su paciente, se muere?

—Eres mi paciente, Isabella, todo lo que hablo contigo es absolutamente confidencial —dice con suavidad, calma y compostura —. A Kásian le ocurre lo mismo con Leif. Nosotros no compartimos esa clase de información.

—Pues él sí la compartió con Leif. Tu marido lo supo antes que yo.

—¿Cómo estás tan segura?

—Kásian no se lo habría contado nunca a Dhário si no fuera porque alguien le obligó. Debió probar con él y luego no quiso repetir. Esto es lo que pasa por no ser la primera de la lista de nadie, que eres la última en enterarte de las cosas.

—Tal vez Kásian se lo contó a Dhário precisamente porque tú eres más importante para él.

—¿Porque nos acostábamos? Menuda ridiculez. Eso no significó nada para ninguno. Era solo… —*sexo, dilo, ¿por qué no puedes decirlo?*

—Isabella no estás yendo a clase. No te presentas a los exámenes. Has pasado de ser una estudiante de diez a ser una fantasma.

—No necesito que me diga lo que hago doctor, soy muy consciente.

Cierra la libreta y se frota el entrecejo. Lo estoy sacando de quicio. Pobre hombre. Debería haber sido arquitecto. Trabajaría en un despacho en dulce soledad y no tendría que aguantar a criajas y sus dramas.

Desvío la mirada hacia la ventana y veo dos colibríes en una rama silbándose el uno al otro. Me destroza. *Se va a morir y nadie va a hacer nada.*

Porque no importa.

Porque no tiene a nadie y yo no sirvo de nada.

Lo trataron como basura de los cuatro a los quince, y así se va a morir. En manos de Redgrave. Cuando su corazón deje de latir lo llevarán al mismo sitio donde dejan a las ratas a las que implantan tumores.

—Isabella, su enfermedad no es culpa tuya —el doctor Lucca me ofrece más pañuelos y veo que también coge uno para sí—. Pero si finalmente Kásian no vence el problema que tiene, no será eso lo que te reprocharás el resto de tu vida. Ni tampoco que no te lo contara. Te odiarás a ti misma por no haber acompañado a la persona más importante para ti, en sus últimos días.

—Él no es… —Cierro esas puertas en mi mente con todas mis fuerzas.

Me dejo caer sobre ellas, apoyo la espalda y empujo, porque si no lo hago me haré pedazos.

¿No estoy ya hecha pedazos?

C a p í t u l o 6 3

Isabella

He tenido que darme una ducha rápida, pero lo he hecho escuchando una conferencia interesante que me ha generado nuevas preguntas, así que no me he sentido tan culpable.

Llevo cuarenta minutos en el Instituto de Investigación Pharma-Cardioregenerativa BHAUREUS. Estoy haciéndole un escáner a Kásian pues hemos podido comprobar que las últimas medicinas están empeorando sus circunstancias. Agravando la falta de aire, entre otras cosas. También le han salido hematomas por el cuerpo. Me muerdo tan fuerte el interior de la mejilla que casi se me saltan las lágrimas.

Kásian apenas dice una sola palabra, pero no me quita la vista de encima. No de forma intensa o recriminatoria, más bien es como

si una mariposa se me hubiera posado en el hombro y me acompañara en todos mis movimientos. Es accesible y no hay ni rastro de sus comentarios sarcásticos.

No parece él. Me cuesta concentrarme viéndolo así.

«—Lo que necesita es que le acompañes, Isabella —dice el doctor Lucca—. Que estés a su lado.

—Pero es que ha entrado en la NHL. Y era su sueño. Y no va a poder cumplirlo. No le va a dar tiempo a jugar. Ni a vivir. Edward está muerto y no… no es justo. Nada de esto es justo. —Entierro la cara en mis manos y noto como se me mueven los hombros—. Quiero compartir mi vida con él, repartirnos los años. No me importa vivir menos. Pero él no se puede irse ya, no…».

—¿Bella? —Redgrave me saca de mi cabeza.

—Estoy en ello, señor. Ya casi está.

—Nasha puede terminarlo por ti, ¿vienes un momento a mi despacho? —Redgrave mueve la cabeza para que le siga y desaparece.

Evito mirar a Kásian. Es lo que hago siempre que me muero por hundirme en sus brazos. Por pedirle que me diga que todo va a salir bien. Porque esto no es un torneo de ajedrez y yo estoy más cerca de que me descalifiquen que de que me entreguen una medalla.

—Quería hablarte sobre Alaria Morrison. Estuvo en la lista original, tiene un tumor glioneuronal en el lóbulo temporal izquierdo. Está generando patrones de actividad eléctrica absolutamente erráticos y fascinantes. Te encantará conocerla.

—Disculpe, señor Redgrave, no lo entiendo. ¿De qué está hablando?

—Kásian ha pegado un buen bajón estas últimas semanas. Tal vez no te hayas dado cuenta porque no lo conoces como yo, pero es una sombra de quien era. —Sacude la cabeza—. Dudo que a este proyecto le queden más de unas semanas. Pero tienes talento, Bella. Te quiero en mi equipo, sea en este proyecto o otro distinto. ¿Sí?

Vuelvo sobre mis pasos cuando termina de hablar y me da la espalda para hacer una llamada sin esperar respuesta. Tampoco se la habría dado.

Me paro frente a Kásian, en la camilla y lo miro hasta que levanta la vista de sus manos. A mi corazón le salen grietas nuevas. Las ignoro, pero me tiemblan más las piernas. Sus ojos negros funden lo que queda de mí.

—Kásian Snow, te vas a curar aunque tenga que darte mi puto corazón para que sobrevivas.

Le cojo de las mejillas, le inclino hacia mí y sello mi promesa en sus labios.

Los suyos tardan en reaccionar, como si este beso fuera lo último en el mundo entero que esperase. Pero siempre ha tenido unos reflejos que no veas. Me aplasta contra su pecho como si no tuviéramos público, me abre la boca y me enseña lo que es una promesa de verdad.

C a p í t u l o 6 4

Kásian

—No quiero que te subas —le digo cuando nos paramos frente a mi coche, al salir de BHAUREUS.

Se detiene unos segundos mirándolo como si fuera un monstruo con un montón de ruedas, luego estrecha la mirada y vuelve a mí.

—¿Alguna vez has perdido el conocimiento conduciendo?

—Las dos veces que estuve a punto, tuve oportunidad de pararme a un lado de la carretera. Redgrave dijo que nunca sería inmediato, pero aun así no pienso arriesgarme contigo.

Hace una mueca, me coge las llaves y mueve la cabeza hacia la puerta del copiloto.

—Vámonos a casa, Kásian —pide en tono dulce, suave, casi inaudible.

—¿Desde cuándo conduces?

Por lo visto, desde hace un par de meses, aunque no me lo había dicho. Lo odia. Eso no lo dice, pero es evidente. Verla tras mi volante me hace algo dentro. Me gusta que toque mis cosas.

—¿No vas a preguntarme por qué te he besado?

—No.

Pasan los minutos. Cada vez nos alejamos más y más de BHAUREUS.

—No dejas de mirarme —musita tomando una de las últimas rotondas.

—¿Te molesta?

Dice que no con un gesto. El resto del trayecto hasta North Star lo hacemos en silencio. Busco su mano en algún momento y le doy un apretón. Luego no quiere que se la suelte.

Bella quita la llave del contacto y me la devuelve.

—Leia… tenía una fiesta con unas amigas de periodismo y Candy tampoco está en…

—Vamos.

Salimos del coche y la sigo de cerca. Una vez la abre, se detiene frente a la puerta y me mira, cada sentimiento amontonándose en su iris.

—¿Crees que podrías esperar aquí un momentito? Me gustaría ordenar un poco.

La dejo atrás conteniendo una sonrisa porque no será ni la primera ni la última vez que veo un puñado de libros aleatorios saliendo de su armario mientras un montón de piezas de ajedrez…

Hay papeles por todas partes, algunos pegados a las estanterías e incluso a la puerta del baño. *«Para hacer daño a una persona tiene que haber sentimientos de por medio y en nuestro caso nunca los ha habido».* Veo libros abiertos en el escritorio, tantos que no se ve la madera. Hay montones en la cama y algunos más el suelo. Hay un cojín en el escritorio que antes no estaba, está junto a una camiseta mía. *«Te lo dije, Kásian, me gustaba acostarme contigo porque no me entregaba emocionalmente».* Panfletos médicos en la mesita de noche. Un tíquet de autobús a Ohio. Un corcho medio escondido en el armario con lo que parece una investigación policial, con un letrero central Holt-Vyerson. *«Lo que me has demostrado ocultándome algo así, es que no me sale a cuenta ni siquiera ser tu conocida. Sería genial que dejaras de perseguirme».* Es un santuario dedicado a mi enfermedad.

Me doy la vuelta y la miro, exigiendo una explicación, pero ella solo se encoge de hombros.

—Creí… —empiezo.

—¿Que no me importabas? —resopla—. Fue lo que dije, ¿no?

—Te mentí, Bella.

—Y créeme que no se me olvida. Desearía que me lo hubieras contado antes para tener más tiempo.

—¿Qué ha cambiado?

—He antepuesto el miedo que me da que te mueras, a todo lo demás. A ti. La situación me ha superado y lo siento. No volverá a pasar. A partir de ahora… somos un equipo. —Traga saliva—. Si es que quieres.

—No quiero estar en ningún sitio en el que tú no estés.

—Bien —le tiembla el labio—. Y deberías reírte a menudo. Al cerebro le gusta la risa. Comer sano. No saltarte los entrenos del gimnasio. Mover el cuerpo también es muy saludable.

Aparto la lágrima que se desborda de sus ojos. Mis labios abren lentamente los suyos, llevándome a casa. Ella es quien me reclama, quien profundiza el beso mientras mi corazón no deja de acelerarse porque vuelvo a tenerla entre mis manos. *La NHL no es mi verdadero…*

Me quita la camisa a cuadros y yo me deshago de toda su ropa. La levanto por los muslos y se aferra a mi cuello. Me besa como si

buscara el aire que le falta. Yo lo hago con la esperanza de que deje de dolerle así. Me aterra ser yo quien está haciéndole esto.

La deposito en la cama con suavidad, dejando que un puñado de libros de ciencia caigan al suelo. Inusualmente callados y a su vez, repartiendo besos dolorosamente habladores. No hay ni un solo centímetro de su cuerpo que no quiera hacer mío.

El día que me vaya lo haré con su nombre latiéndome en la boca. Pertenezco a esta mujer. Min kærlighed. Sus caricias se vuelven más desesperadas, mientras intenta desabrocharme el pantalón me besa con más intensidad y de repente, oigo un sollozo que rompe la estancia.

—*No puedo*.

Noto las lágrimas en mi boca, en sus mejillas.

—¿Bella?

—No puedo. ¡No puedo! —exclama debajo de mí, respirando con dificultad.

Me incorporo, me aparto de encima rápido al tiempo que intento entender qué le pasa.

—Creí que podría volver a lo que… —niega con la cabeza, abrumada—. Es más fuerte que yo. —Tiembla sin dejar de llorar—. Lo siento.

—No te disculpes.

—Yo… —sacude la cabeza con insistencia.

Parece más pequeña. Su cuerpo encoge por segundos. Lo odio.

—Bella, tranquila. Respira. ¿Quieres…? ¿Quieres que me vaya? Puedo irme. Pídeme lo que quieras y lo tendrás —*pero por favor, deja de llorar así.*

Se sube a mi regazo y me abraza con todo su cuerpo.

—Quiero que te quedes conmigo, Kásian. *Por favor.*

C a p í t u l o 6 5

Kásian

A las cuatro y media de la mañana, se despierta con una pesadilla y coge el portátil para empezar a trabajar de forma frenética.

—Vuelve a dormirte —me pide.

En vez de eso coloco la espalda en el cabecero de la cama y a ella entre mis piernas.

—¿Cómo podría? —murmuro en su oreja—. Estoy en tu lugar de trabajo.

Se recuesta contra mí como si quisiera fundirse con mi cuerpo. Yo quiero que lo haga. Mientras trastea con sus gráficas incomprensibles para mí, va dándome besos donde pilla.

He tirado el reloj de tirana que se había programado en la muñeca para torturarse a sí misma y no dormir una mierda. *Me preocupa todo lo que ha estado haciendo y desconozco.* Y también lo mucho que ha estado descuidando sus clases. Voy a encargarme de que vuelva a las andadas de empollona. Voy a hacer que recupere su vida.

—Tienes que dormir —deposito un beso en su cuello apartándole el pelo que le huele a verano—. ¿Has oído hablar del sistema glinfático? ¿Ese que solo se activa mientras duermes y elimina toxinas acumuladas en el cerebro?

—Sigue diciéndome guarradas, por favor, me encanta —pide acariciándome la pierna sin dejar de jugar con el programa que ella misma se ha inventado.

Es desolador.

Le bajo la tapa del portátil y me inunda los oídos de quejiqueo.

—Dos horas. Dame dos horas y te llevo a la biblioteca con el café más grande que te quepa en las manos. —Así, sobornándola, colmándola de mimos y besos consigo que se tumbe conmigo.

Acaricio un punto clave en su cuello y compruebo que el corazón le late muy deprisa. *Así le va el cerebro siempre. Normal que saque tan buenas notas.*

—Voy a ir contigo a Arizona —dice.

La competición por la que el equipo y yo viajamos dentro de varias semanas.

—De eso nada, tienes exámenes. Trabajos. Torneos.

—No te lo estaba preguntando, Snow. —Tiene intención de clavarme el índice en el pecho, pero se frena antes de tocarme.

Se lo cojo y me lo clavo.

—No soy una bomba, Bella, puedes tocarme. Además, si vinieras, cosa que Landon nunca permitiría, te saltarías un montón de horas de deberes, proyectos, e-va-lua-cio-nes.

Sonríe un poco viendo a través de mis intenciones. Pero, eh, funciona.

—Ya lo discutiremos por la mañana.

—¿De qué hablas? He ganado la discusión. El tema está zanjado.

—No me funciona lo de contar ovejitas, Kásian. Vas a tener que buscar la manera de aburrirme hasta que me duerma. Buena suerte con eso.

—¿Recuerdas cómo nos conocimos?

Mete las manos bajo mi camiseta y me acaricia el costado con suma delicadeza.

—Pues claro, tengo muy buena memoria. Estaba en la cafetería con Leia y ella saludó a Dhário porque ya se conocían. Mientras hablaban me fui a buscar nuestra mesa porque socializar nunca ha sido mi fuerte. Entonces te vi parado justo delante de la que quería coger, la de la ventana. Tenías el stick en la mano, no te movías. Me colé delante tuyo y te pregunté cuánto ibas a tardar en reconocer que te habías equivocado de lugar mientras me sentaba y te robaba la mesa con una sonrisa y la esperanza de que no dijeras una palabra al respecto. Tú me contestaste que si las conversaciones no tenían que ver con el hockey dejaban de interesarte, te sacaste un puck del bolsillo, me lo pusiste en la mano y me dijiste que la próxima vez que te hablara, me asegurara de saber para qué servía.

Se quedó a cuadros y no dijo nada. Tuve que irme de la cafetería antes de ponerme a sonreír como un tonto.

Esa tarde vino al entrenamiento a devolverme el puck, *o más bien a tirármelo a la cabeza,* y a dejarme claro lo lista que era y que ella sabía de todo. Volví a molestarla. Volvió a picarse. Discutir fue nuestra única manera de comunicarnos durante todo un mes.

Y ella lo recuerda.

—En realidad, yo ya me había fijado en ti semanas antes de eso. Mi primer día en North Star, en realidad.

—¿De verdad? —entrelaza su mano con la mía.

—Estabas discutiendo con Richard delante de la biblioteca sobre una partida de ajedrez con la que le habías hecho morder el polvo. Nunca había sentido celos tan rápido de un tío, pero me moría de ganas porque me insultaras así. —El día que ella cree que nos conocimos, ni siquiera fue el primero que obligué a Dhário a ir a esa cafetería horrible.

¿Quién cojones sirve batidos de alcachofa, a ver?

Pero sabía que ella iba allí a menudo, ¿qué iba a hacer si no? *A día de hoy, Dhário cree que realmente fui vegetariano, pero que acabé cayendo en las pecaminosas garras de la carne.*

—Tienes unos gustos muy raros, Kásian Snow —sonríe aún cuando se le cierran los ojos.

No me suelta la mano ni cuando se duerme.

C a p í t u l o 6 6

Isabella

Me pongo una cuenta atrás en el móvil para los días que faltan para que Kásian se vaya a Arizona. No se me ocurre ninguna mentira que decirle a Landon que suene creíble.

—¿Tú piensas irte a…?

—A ninguna parte.

Qué bien suena eso, joder.

—¿De verdad? —dudo.

—Estaré aquí. Esperándote —me promete con voz ronca ocupando un banco cualquiera del pasillo después de plantarme un beso en el hombro.

No se irrita. Ni se agobia. Y eso que llevo setenta y dos horas literalmente encima suyo. Le he hecho algunas pruebas y ha habido

algunas mejoras respecto a lo que vi en BHAUREUS. Pero si eso tranquiliza a alguien esa no soy yo. «Vamos a graduarnos, céntrate también en eso», me ha dicho esta mañana. Sería genial poder hacerlo unos días.

No puedo contarle la verdad a Leia, aunque me gustaría, pero sí hay algo que puedo decirle. Y se lo suelto en cuanto la veo salir de clase.

—Lo siento.

Desvía la mirada hacia abajo.

—No tienes nada que… —Deja de hablar cuando la rodeo con los brazos.

—Leia, no debería haberte hablado así. A Candy tampoco, pero sobre todo a ti. —*Más que nada, porque Candy tiene la mecha más corta y hace días que me mandó a la mierda, ergo he podido dejar de cagarla antes con ella*—. No te lo merecías.

Aprieta el abrazo, como si pensara que es el último que voy a darle.

—Soy un poco entrometida, ya lo sé, pero es solo porque me preocupas y porque te quiero. Sé que no es excusa y que debería haberte dado espacio porque estabas mal, pero me resulta difícil, aunque igual tendría…

—Deja de dar tantas explicaciones, son injustas para ti. Leia, siempre habrá personas empeñadas en malinterpretarte. Pero tú eres fantástica y quien no sepa verlo, se puede ir a tomar por culo. Que es a donde deberías haberme mandado a mí por ser tan asquerosa contigo. —Me separo para mirarla a los ojos y los tiene brillantes como yo—. ¿De acuerdo?

—He hablado mucho con mi madre del tema. Me cuesta no justificarme porque ella es igual, pero quiero intentar cambiar. Si ambas hacemos un esfuerzo, puede que nos ayudemos la una a la otra. ¿Puedes pellizcarme cada vez que veas que lo hago?

—Puedo darte un abrazo cada vez que lo hagas.

—Pero el contacto físico a ti no te gusta.

—Entonces, no lo hagas mucho —sonrío y ella también.

Me voy un poco hacia el lado al subirme el bolso del portátil cuando se me cae del hombro. *Ay, madre.*

—¿Estás bien?

—Tengo un poco de vértigo cervical por haber dormido mucho en el escritorio últimamente. No es importante. Leia, Kásian y yo…

—Lo sé. No hace falta que lo digas si te resulta difícil. Las acciones cuentan más que las palabras y vosotros dos os habéis demostrado mucho, incluso antes de empezar con lo del sexo.

No me la merezco. Leia está en las olimpiadas de la amistad y yo ni me he clasificado en el campeonato local. Pero yo también quiero intentar cambiar. Imagino que a Lucca le parecerá bien hablarlo.

Me escapo a BHAUREUS en cuanto Kásian me quita la vista de encima y me paso allí toda la tarde. Frustrándome con la compañía de monitores táctiles con gráficos en tiempo real sobre respuesta neuronal y cardíaca. Teniendo mini-ataquitos de pánico mientras perfecciono un software que diseñé para decodificar patrones cerebrales mediante inteligencia artificial. Mientras tanto, en la esquina en la que casi me acurruco y balanceo en pura psicosis, el espectrofotómetro parpadea sutilmente analizando muestras sanguíneas para identificar cambios en los marcadores inflamatorios.

Me giro hacia la enfermera que conocí el lunes pasado. Lo cierto es que cambian tan a menudo, que no me da tiempo de encariñarme con nadie. *Já, *ríe en antisocial*, como si yo fuera capaz de eso.*

—Marie, tengo una pregunta.

—Y supongo que no puedes respondértela tú sola, ¿verdad, Isabella? —pregunta con retintín.

Miro sus rizos canosos, su falda gris hasta los pies y las pocas ganas de que se carguen su paz con interacciones sociales. Parece una bruja total. Me veo siendo ella de mayor.

—Verdad. ¿Dónde están todos los procedimientos a los que han sometido a Snow?

—Los tienes delante, chata.

—No, lo que tengo delante no está completo. Sin ir más lejos, las pruebas que se le hicieron la semana pasada no están aquí —digo señalando el ordenador con los datos, convenciéndome de que no me irrita haber perdido los últimos diez minutos buscándolo y que ella ni levante la cabeza.

Me masajeo las cervicales cuando me dan otro pinchazo de queja. Justo en ese momento Vladimir se lleva varios frascos de muestras etiquetadas a la sala en la que está trabajando y nos quedamos solas.

—Entre tú y yo —se acerca con sus tacones de los años cuarenta—. Eso es todo lo que hay.

—¿Cómo?

—El registro es orientativo.

—¿Quieres decir que nadie lleva un recuento exhaustivo de los procedimientos a los que se somete al paciente?

—Esto te va a sonar mal, porque eres una criaturita joven que apenas tiene experiencia en el mundo fuera del campus universitario, pero cuando nos topamos con pacientes con una esperanza de vida tan corta debida a una rara e inexplorada enfermedad, nuestra prioridad es investig…

—Marie, ¿puedes ayudar a Benjamin en la sala de acceso restringido? No se las apaña bien sin ti. Gracias —Elías Redgrave entra en la sala y al mirar su cara me resulta evidente que nos ha oído. De repente, estar a solas con él me apetece menos que de costumbre—. Espero que no estuvieras tratando nada importante con ella, Bella. Benjamin lleva días atascado en el estudio de la composición de los componentes citotóxicos que genera el cuerpo de Kásian y Marie tiene muy buena mano. ¿Cómo van tus mediciones?

Me seco las manos en la bata al darme cuenta de que me sudan. En la pantalla los números aparecen poco entusiastas: reacción inflamatoria celular, marcadores cardiotóxicos elevados y respuesta inmunitaria nula.

—Ya veo —aprieta los labios en una mueca que enseguida relaja —. ¿Y las pruebas de inmunomodulación?

—No han surtido efecto. La citotoxicidad ha subido un veintitrés por ciento.

—Lo suponía. Lo cierto es que sería mucho más fácil si no tuviéramos que tener en cuenta su dedicación al deporte, ¿no te parece? Una medicación más agresiva podría dejarlo en cama durante semanas, pero merecería la pena probar si existe la posibilidad de que eso pueda salvarlo, ¿no te parece?

—Estamos hablando de una vida humana, el dueño de esta debería poder elegir —digo en tono un pelín menos neutro de lo que pretendía.

Sonríe. Es espeluznante.

—Ha llegado a mis oídos que has desarrollado cierto afecto hacia él.

—Me caí, como le dije. No pretendía besarle, pese a lo que dijeron el resto de presentes. No suelo besar a personas enfermas terminales. Soy germofóbica. —Le aguanto la mirada—. Le he preguntado a Marie sobre el registro de las pruebas hechas a Snow, por cierto. ¿Sabría decirme dónde puedo encontrar todas las que faltan?

Porque si no llevamos un registro exhaustivo, ¿quién me asegura que los medicamentos que le están administrando a Kásian coinciden con lo que aparece en el protocolo clínico?

Redgrave pone una mano en el respaldo de mi silla y se inclina hacia mí.

—Puedo encontrártelo si tanto te interesa.

—Sería de gran utilidad, sí. No convendría repetir procedimientos que no han dado resultado. No es eficiente.

—Estás muy implicada con este paciente.

—No me gusta hacer las cosas a medias. Mi hobby favorito es el ajedrez, y a eso también soy buenísima —reprimo las arcadas por lo que me transmite su mirada y me mantengo inexpresiva mientras analiza los gráficos que siguen actualizándose en las pantallas.

Ni siquiera consigo quitarme la pegajosidad de encima cuando me quedo sola.

C a p í t u l o 6 7

Isabella

Varios días después, mi vértigo cervical ha empeorado que no veas, cuando llega la noche, si me tumbo del lado derecho, la habitación se vuelve una peonza. *Yupiii.* Pero de pie estoy casi perfecta. Por esa razón, cuando estoy en las gradas fingiendo ponerme al día con los deberes, *aunque realmente estoy trasteando con la programación H-V*, y oigo a McKenna decir no se qué de una fiesta, le digo a Kásian:

—¿Podemos ir?

—¿Y qué hay del plan? —pregunta.

«El plan». Kásian ha estado hincando los codos conmigo cada minuto libre del día que ha tenido. Verle con gafas, en la biblioteca, hablando de ciencia es… mi porno. Literal. No ha habido sexo alguno

entre nosotros y no lo habrá hasta que encontremos la forma de curarlo, pero…

—¿Bella?

Le oigo de nuevo. A sus compañeros de equipo, que están hablando de sus cosas a escasos pasos de nosotros. Han acabado el entreno del día y están contentos.

—Estaría bien distraernos un poco, ¿no te parece? Aunque sea por una noche. —Le enseño la pantalla de mi portátil—. Ya he trabajado por los dos.

Cierra los ojos con fuerza.

—¿Y tus deberes?

—Ya los he hecho. —Es verdad, Kásian se ha plantado en la puerta de clase otra vez, para asegurarse que no me escaqueaba a la biblioteca y cumplía mi palabra. Entonces Richard ha soltado uno de sus comentarios ofensivos habituales, una cosa ha llevado a la otra y yo me he puesto las pilas—. No voy adelantada, pero al día sí.

—¿Y quieres salir de fiesta?

¿En vez de estar solos en una habitación minúscula en la que apenas coexisten mis deseos viscerales por saltarte encima y el terror abrumador que siento a perderte? Creo que la decisión está clara.

—Sip. *Entzückendes riesiges Tier*, ve a ducharte anda.

—Tú y el chino —murmura cogiéndome de las mejillas y besándome la frente.

A estas alturas ya es una broma interna tan nuestra que más que risa, provoca que mi corazón dé un vuelco salvaje.

Se marcha y veo cómo Bhødie le espera y me regala una sonrisa dulce. Me cae bien Bhødie, es un buen compañero de equipo para Kásian, además tiene un hermanito pequeño por el que pierde el culete. Encima tiene migrañas duras y no se queja, y por si fuera poco, sabe tejer.

Aunque no sé por qué me sonríe así. No creo que tenga motivos para que yo le caiga bien a él.

Estoy mirando el inmenso vacío que deja el cuerpo de mamut de Kásian en el ambiente cuando me quedo sola en las gradas. Salvo que no me quedo sola. Y alguien interrumpe mi obsesiva línea de pensamiento con un:

—Hola, Isabella.

Giro la cabeza y encuentro a Knox Madden o Madison, nunca me aclaro con su apellido.

—Hola, Knox.

—¿Así que vas a venir de fiesta? —Ladea la cabeza y estrecha la mirada de forma intensa, luego sonríe. Es una expresión rara—. Me alegra mucho.

—¿Por qué?

Se carcajea. Parece nervioso. *¿Emocionado?*

—Snow y Langley te conocen mejor que el resto. No me parece justo. —Se encoge de hombros.

—Entiendo. —*En realidad, no.*

—¿Sabes patinar?

—Me mantengo sobre los patines como cualquier persona normal haría sobre la barandilla de un balcón en una decimoquinta planta —respondo en tono neutro.

—Podría enseñarte, si quisieras. Podríamos empezar por patinar juntos… por el pasillo de mi dormitorio, por ejemplo.

—¿En calcetines?

—O sin nada.

¿Quién demonios dice cosas así en voz alta?

—Con la de documentales de asesinatos que hay en Netflix, no deberías invitar a desconocidas a tu dormitorio. —Sacudo la cabeza con pesar.

Pesar por estar teniendo que aguantar esto. *¿Saco mi spray de pimienta?*

—Puede que haya mentido. En realidad, sí te conozco un poco. Eres como una mujer Bond.

—¿Dispuesta a matarte si dices otra palabra más?

—Lista. Y sexy. Quiero invitarte a cenar.

—No estoy interesada, pero gracias.

—He reservado mesa en un restaurante a las afueras del campus. Es bonito.

—También has entrado en la zona ofensiva antes que el puck, veo que las normas del hockey no son las únicas que te cuesta seguir.

Alza las manos y sonríe en plan canadiense: ligero aire de superioridad mezclado con una cordialidad infinita.

—Respóndeme a algo, ¿y si Snow no estuviera en la ecuación? ¿Alguien del equipo tendría alguna posibilidad contigo?

Como si ese hueco pudiera suplirlo otra persona.

No sé qué responderle porque tampoco quiero ser borde, o *más* borde de lo que ya he sido, pero el quid de la cuestión es que ya no estamos solos. Kásian parece estar dudando de qué forma va a arrancarle la cabeza de los hombros a Knox.

—Y yo que creía haberte dejado claro que para ti era lesbiana.

C a p í t u l o 6 8

Kásian

Bhødie me espera para ir a los vestuarios, imagino que querrá decirme algo. No llego a preguntárselo.

—Tío, ¿ha dicho *entzückendes riesiges Tier*?

—¿Lo has entendido?

—Mi padre es noruego y mi madre alemana —dice como si eso supusiera algo.

Mis abuelos eran daneses. ¿Sé danés? *Min kærlighed.* Nada más. *Aunque igual tiene que ver el hecho de que no les conocí.*

—Eso que te ha dicho Isabella, era «bestia gigante adorable» en alemán. —Se carcajea—. ¿Estáis saliendo? ¿Te ha quitado ya de la frienzone?

Yo me quedo en trance. Un rato largo. *¿Puedo recordar siquiera la primera vez que me lo dijo?* Estoy en el vestuario, pero vuelvo a salir. Hasta dejo la taquilla abierta. ¿Por qué estoy sonriendo tanto? *Cálmate, joder, no me seas puto pringado.* Hasta la polla se me ha puesto dura.

Entonces la veo en las gradas. No está sola, Knox está con ella. El cuerpo se me enfría. Bella tiene una seriedad en el rostro que reconozco bien. Es preciosa, no es la primera vez que un tío la incomoda por no entender un «no» como respuesta. Que sea *ese* tío concreto es lo que más me jode.

—Respóndeme a algo, ¿y si Snow no estuviera en la ecuación? ¿Alguien del equipo tendría alguna posibilidad contigo?

Aprieto los puños.

—Y yo que creía haberte dejado claro que para ti era lesbiana.

Knox se queda blanco cuando me ve ahí parado, pero a ella se le iluminan los ojos.

—S-Snow. Hola, tío, ¿qué hay? —intenta parecer relajado como si no hubiera cruzado la puta línea.

No le contesto, espero hasta que empieza a sudar.

—Creí haberte dejado claro…

—Rara vez se os ve juntos y nunca se os ha visto besaros y creí que…

—Vete.

—Perdona, tío.

Se larga con viento fresco. Una parte de mí quiere estamparle el cráneo en el hielo y otra entiende por qué lo ha intentado. No soy el único que puede ver la clase de mujer que es.

—¿Soy lesbiana? —Isabella arruga el rostro.

—Sí, para él sí. Y también estás casada.

—Salgo con Candy, ¿verdad? ¿Acaso nadie puede resistirse a las gimnastas?

Al final no le digo nada sobre la razón real por la que había vuelto porque Knox ha jodido el momento.

C a p í t u l o 6 9

Kásian

Llegada la noche, paso a buscarla y vuelvo a preguntarle si quiere ir a la fiesta. Eso sí, lo hago después de quedarme dos minutos sin oxígeno en el cerebro porque se ha puesto un vestido… indecente. Es holgado, corto, de hombros caídos, solo se le ajusta en el pecho y la cintura. *Es una princesa.* No, es *mi* princesa. Me fijo en su cuello cuando traga saliva.

—¿T-todo bien? —pregunta alisándoselo.

Asiento porque no soy capaz de decirle nada, sin soltar una barbaridad. Está intentando mantener cierta distancia entre ambos y deseo respetarla. Ella decide.

Llegamos a la fiesta y le cojo de la mano. Bella aleja la mirada de mí, pero me da un apretón. Nos colamos entre la gente, pero el

mínimo tiempo posible. La llevo al jardín, donde está la barra y hay un poco más de espacio.

—¿Qué quieres beber? —le pregunto y se me queda mirando un puñado de segundos como si le hubiera preguntado una barbaridad.

Porque no ha recibido mucha atención de esta clase. Nadie la ha cuidado como debería. *Cuánto lo odio y a su vez, que puta suerte tengo.*

Me pide una *virgin mimosa,* que es básicamente zumo, y me contengo las ganas de sonreír y empotrarla como bien puedo.

—Tú no eres la que se medica. Puedes beber lo que quieras.

—No seas tan egocéntrico, no todo tiene que ver contigo —rueda los ojos y abre y cierra las manos para que espabile y se lo dé en cuanto lo consigo.

Arrancarle el vestido estaría mal, porque no es lo que quiere. Pero joder, ojalá quisiera. Pienso en todas las veces que he fingido emborracharme y una parte de mí se alegra de no tener que fingir con ella.

Se lo pongo en la mano y tiro de Bella a través del jardín, de vuelta a la casa. Veo que se tambalea un poco y me paro en seco.

—¿Estás bien?

—Sí, es el vértigo que no me deja en paz. Ojalá se me quite pronto.

No sé cómo, si no deja de estudiar y buscar soluciones. Ahora es ella la que tira de mí hacia la casa, pero nos detenemos en la primera sala en la que entramos. Es un espacio abierto, así que conecta con otras tres habitaciones, todas igual de llenas de gente.

—¡Snow! —La voz de Larissa se abre paso a través de la música y la marabunta de personas bailando.

Dhário la intercepta, pero también vemos a Marina, a Joseline… Joder, a todas mis cuestionables decisiones. Están aquí, tomando otras o dispuestas a repetir antiguas. La miro a ella, sé que las ha reconocido. No sé si porque el equipo siempre estaba grabando historias para Instagram o por otra razón distinta, pero sabe quienés son.

—Esto no tiene por qué ser raro —dice dando un largo trago a su zumo.

—¿No?

—Nunca hemos sido novios.

¿Podría odiar más fuerte unas palabras que salgan de su boca? Lo dudo.

—Te pedí que quería que esto fuera exclusivo.

—Lo comentamos una vez, tampoco lo firmamos en piedra.

—Bella, desde que me acosté contigo, no lo he hecho con nadie más.

—Vale —se encoge de hombros—, solo digo que podrías.

—¿Tú…? ¿Tú lo has hecho? —*sé que no podría reprocharle nada, pero solo de imaginármelo siento que me muero.*

Sacude la cabeza.

—Hacía tiempo que yo no tenía interés en…

Ya, en follarse a nadie. Lo cual me hace sentir el tío más afortunado de la historia otra vez.

—¿Quieres ir a alguna parte en concreto o prefieres quedarte en esta zon…?

Le alzo la barbilla para que me mire, porque no lo hace, ni alza la cabeza.

—No me acostaba con ellas porque significaran algo para mí. Solo lo hacía para dejar de pensar en mis mierdas y por sentir algo bueno. Ellas sabían que era solo sexo.

«Solo sexo como nosotros» leo en su cara, pero no es lo que dice.

—No tienes que darme explicaciones, Kásian.

Dejo el vaso donde pillo y la cojo de las mejillas.

—Quiero dártelas. Todas. Y quiero restricciones.

—¿Restricciones? —parpadea rápido.

—Lo dije en serio, lo de la exclusividad, pero es evidente que necesitas que te lo repita —casi parece una orden.

Joder. Contrólate, imbécil.

—Pero ahora nosotros no… —desvía la mirada, empezando a ponerse roja.

—Sé que no nos acostamos. Y sé por qué. No cambia nada. Al menos para mí. Yo solo quiero estar contigo, Bella, con nadie más. —Trago saliva y empujo las siguientes palabras fuera de mi boca—. ¿Tú quieres acostarte con otros hombres durante el tiempo que no te veas capaz de hacerlo conmigo?

Sacude la cabeza acariciándome la cintura con la mano libre. Más bien aferrándose a mí.

—La verdad es que no.

—Bien. —Sonrío cerca de su rostro sintiendo que la felicidad es una serpiente de lava que me recorre entero.

—¿Qué significa todo esto, Kásian? ¿Qué es lo que quieres de m…?

—Que seas mi novia, Isabella Jenkins.

—Tu novia —repite abriendo más los ojos.

No es una pregunta, es un eco de mis palabras.

—Sí y yo quiero ser tu novio. También que dejemos de escondernos. Que hasta el último puto antisocial del campus te mire y me vea a mí. Y viceversa. No quiero esperar ni un minuto más par…

Se alza sobre sus puntas, me rodea el cuello, me da un tirón y me come la boca como solo ella sabe. Su lengua baila sobre la mía como si llevara días siendo una brújula que no sabe dónde está el norte. Sus uñas me arañan el cuero cabelludo y la pego a mí como si pudiera fundirla contra mi cuerpo.

Quiero curarme, joder.

Quiero poder estar a su lado, protegerla, cuidarla, dárselo todo.

Gime en mi boca aferrándose a mí cuando llevo las manos hasta su culo, inclinando la cabeza para darme el mayor acceso posible a su boca. Es perfecta. Pego su frente a la mía cuando ya me la ha puesto más dura que una piedra. Con las mejillas enrojecidas se muerde el labio inferior y me lanza una mirada cómplice.

—¿Venís a jugar? —pregunta Ellis sonriente, apareciendo de la nada.

Isabella se da la vuelta de sopetón. Alarmada. Su culo acaba contra mi erección y parte de su zumo salpicando sobre su vestido.

—Claro —dice ella mientras agacho la cabeza y contengo el gemido ronco como puedo.

Ellis se va y yo me contengo las ganas de frotarme como un cabrón en celo. No es mi culpa, tiene un culo precioso.

—¿Estás bien?

—Te has manchado —le gruño en su oreja, limpiándola con delicadeza.

Un inocente gesto que rápidamente se vuelve en mi contra. Otro sonido delicioso sale de su garganta.

—*Entzückendes riesiges Tier* —murmura antes de echar a andar, pero le clavo los dedos en la cintura para que no se mueva.

—¿Bestia gigante adorable? ¿De verdad te lo parezco?

—¿C-cómo lo sabes?

—Bhødie es mitad alemán. —La cojo desde detrás, la levanto y me la llevo así, entre mis brazos, besándole el cuello mientras ella suelta carcajadas cortas cada vez más jadeantes. Estamos rodeados de gente, pero yo no veo a nadie más—. *Entzückender kleiner Schatz*. —Le susurro antes de morderle el lóbulo de la oreja y ella sonríe.

C a p í t u l o 7 0

Kásian

Empezamos a jugar al «yo nunca». Intento prestar atención, pero Bella se me sienta en la rodilla y estoy súper ocupado oliéndole el pelo. Quiero cepillárselo. Le huele tan bien. Igual que su piel. No hay ni un solo rincón de esta mujer en el que no quiera correrme. Una primitiva parte de mí tiene la necesidad de marcarla, hacerla mía de todas las formas. Soy un cerdo.

Le acaricio la espalda deseando quitarle el dolor cervical. Ayer me ofrecí a hacerle un masaje porque voy a graduarme en fisioterapia deportiva avanzada y alguna que otra cosa sé sobre dolores. Pero no quiso. Se puso roja, eso sí. Siento que hemos vuelto a la casilla inicial.

Me doy cuenta de que tira del vestido para no enseñar tanta pierna y paso una mano por encima de sus muslos para tapárselos. El problema es que una vez mis ojos están en su cuerpo me resulta difícil centrarme en otra cosa que no sea la indecente y preciosa piel de terciopelo que tanto me…

—¡Kásian! —exclama una voz femenina que no es la suya.

Mi nombre solo me gusta en su boca.

Creo que estoy obsesionado.

Alzo la vista hacia Sasha Beckett. Futura fisioterapeuta. Tenemos algunas clases juntos, creo. ¿O eso fue el año pasado? Ni idea.

—¿Qué? —el grupo se ríe cuando lo pregunto.

—Verdad o reto.

—Verdad —digo, más que nada porque todos los que están aquí son unos guarros y no quiero ni pensar lo que harían si les dejase.

Todavía estoy controlando la actitud de mi polla, muchísimas gracias.

—¿Alguna vez has necesitado follarte tanto a una chica que le rompiste el vestido diez minutos después de que llegara a la fiesta? —suelta una risita al acabar la frase.

Entonces veo a la chica detrás de Sasha. Káylah. Siento a Bella tensándose en mi pierna.

—Sí, es verdad —respondo sin una pizca de diversión.

—Uhhhhh —murmuran todos.

—¿Romance inminente? —pregunta otra chica lo bastante alto como para que llegue hasta nuestro lado.

—Pero «follarte a alguien» sería más adecuado —corrijo—. No me importaba qué chica fuera. Ni siquiera recordaba que fue tu vestido el que rompí, Káylah. Lo siento.

Las amigas de Káylah me lanzan una mirada asesina que me la trae al pairo, pero en el rostro de la susodicha no hay sorpresa porque le dejé claros los límites todas las veces que nos acostamos.

—Vamos, que estaba más salido que un toro —suelta McKenna entre risas.

—¡Pues como tú estás siempre! —le suelta Langley.

—Uhhhhh, ahí te ha dado —suelta Knox.

—Isabella, te toca —dice Bhødie, con la chica de química que le gusta en su regazo—. ¿Verdad o reto?

—Reto —dice.

Sé que lo que Bhødie fuera a decir, iba a ser del todo inofensivo, pero no tiene oportunidad.

—Ponte en el centro del círculo… —dice Larissa, que está poniéndole las tetas en la cara a Knox—. Y descríbenos cómo sería

tu polvo perfecto.

Todos los que participan en el juego se vuelven locos.

—No tienes por qué… —le digo, pero ella se levanta de todas formas.

No me gusta cómo la miran los babosos mientras se recoloca el vestido, ni el desprecio de muchas de mis ex-rollos.

—Mi polvo perfecto sería… —Bella se aparta el pelo de los hombros, como si necesitara despejarse para pensar. Carraspea, está un poco roja. El grupo guarda silencio y quiero levantarme y pararla, pero entonces—: sería con alguien que se contenga. Que sepa medir el ritmo. Que me toque sin prisa, como si el tiempo fuera suyo. Como si cada parte de mi cuerpo fuera sagrada y quisiera venerarla. Pero que, cuando empiece de verdad, no pare ni un segundo porque hasta mi nombre lata en sus labios. Tendría que darme la sensación de que esa persona no sabe si adorarme… o destruirme por el poder que influyo sobre él. Mi polvo perfecto sería el que cuando se acaba, me deja hecha pedazos, con los huesos vibrando, una imperiosa necesidad de más y una certeza absoluta de que nunca será suficiente.

—¡Pues yo hubiera dicho follar en la piscina! —Knox levanta una mano y el grupo se pierde en distintas conversaciones, risas y

erecciones mal disimuladas, pero ella sigue mirándome a mí.

Solo a mí.

«Joder» vocalizo sin emitir sonido alguno.

«Ya» sonríe.

Camina de vuelta hacia mí, pero se tambalea y tardo tres segundos en poner mis brazos alrededor de su cintura.

—¿Es el vértigo?

—Sí, creo que la falta de luz no ayuda.

—¿Nos vamos?

Asiente entrelazando su mano con la mía. Dhário nos para al tiempo que Candy aparece y se despide de Bella con un abrazo rápido que me saca una mueca y no solo porque ella me suelta. *¿Por qué su supuesta amiga no se acuerda de que no le gusta que la toquen?*

—¿Me estás escuchando? —insiste Dhário a gritos.

—Sí, que no vas a volver a casa hasta mañana, me parece genial tío, disfruta. Pásatelo bien. Folla como un exconvicto. ¿Me puedo ir?

—Te lo digo porque no voy a estar despierto a las cinco como siempre, capullo —dice con seriedad en el rostro.

No sé por qué se ha empeñado en recordarme cuándo tengo que tomarme mi medicación, como si a mí no me funcionaran las

alarmas. Pero eso es lo que me está diciendo ahora: que mañana no va a poder hacerlo y que me acuerde.

Tiro de su hombro y le doy un abrazo. Nos sorprende a ambos, pero más a él que a mí.

—Nos vemos mañana, tío. —Me alejo de él y busco a Isabella.

Veo a Candy, pero ni rastro de ella. Me preocupo. Me imagino que se ha tenido que sentar en el suelo por el mareo o…

No veo que Rangled, un metro noventa del equipo de baloncesto caminaba hacia atrás y venía directo hacia mí hasta que Isabella se ha interpuesto. Ha extendido las manos hacia su espalda para pararlo, pero el tío es inmenso y casi… la cojo de la cintura, la levanto, le doy la vuelta en mis brazos y la pego a la pared más cercana encarándola con mi cuerpo y más furioso de lo que he estado en el último mes.

—No vuelvas a hacer eso.

—Me he asustado y…

—Si no puedo protegerte, prefiero morirme ya. Permíteme servir para algo.

Se enfada, se le llenan los ojos de lágrimas y aprieta los labios. Hasta que vuelvo a besarla. Hunde las manos en mi pelo como yo hundo la lengua en su boca. Me explora con rabia, una declaración

silenciosa de todo lo que nos está pasando. Si no fuera por el vértigo que tiene, juro que no sé lo que haría.

Antes de empalmarme otra vez, la suelto, pero deslizarla por mi cuerpo es una puta maravilla.

—Nos vamos —sentencio.

No pone pegas, solo me coge la mano y se encoge de un hombro. Esta mujer resulta desafiante incluso cuando coopera conmigo. Me agacho, paso un brazo por la parte posterior de sus rodillas y la levanto en brazos.

—Se acabó el vértigo. —Se aferra a mi cuello, pero como inclina la cabeza hacia la izquierda, sé que no pasará nada.

Ahora sí está a salvo.

C a p í t u l o 7 1

Kásian

Llegamos a su apartamento y la deposito en la cama con la delicadeza que se merece alguien que está metida en una noria constante contra su voluntad. *A quién intento engañar, la suelto así porque es lo más valioso que tengo.*

—No, espera, necesito un relajante muscular. A ver si me quito esto de encima de una vez.

—Yo te lo traigo y no hagas gestos bruscos. ¿Dónde están? —freno su mano dándole un beso en el dorso y ella se guarda las ganas de decirme que puede hacerlo sola.

—En el armario, segundo estante, en una caja rosa brillante. Antes de que me juzgues, fue un regalo de Candy, yo no me la habría comprado.

Me río.

—Claro, claro. —Las encuentro enseguida, pero también veo otra caja, medio abierta. Es más naranja mate, más sencilla y tiene un papel doblado dentro en el que pone mi nombre. Parece viejo—. Voy a por un vaso de agua, no te la tragues todavía. —Se la doy y abro el papel en la cocina.

Vuelvo leyéndolo con una sonrisa enorme.

—¿Qué es eso? —pregunta toqueteando la pastilla de forma nerviosa, como si le hubiera dado tiempo de aburrirse en estos tres segundos de espera.

—Una lista de cosas sobre mí por lo visto —digo cuando estoy lo bastante cerca como para frenarla si intenta levantarse. Oigo mi propia risa al leer—: «Jugador favorito: Cheisan Lee Taeul. Siete veces ganador de la copa Stanley». ¿Qué pasa? ¿Temías olvidarte de las cosas que te contaba?

La mayoría son chorradas sin sentido. Como todo lo que digo.

—No lo pillas. Eras muy reservado. Esa, amigo mío, es mi lista de tesoros y no puedes leerla. Dámela. Kásian.

Me quedo mirando el papel, ahora sin leerlo. Ella me lo arrebata porque me quedo quieto y luego hace lo mismo con el vaso de agua. Se traga la pastilla, deja el vaso en la mesita de noche cuando

termina de bebérselo y yo sigo ahí parado, sintiendo el eco de lo que ha dicho en mis venas. La vulnerabilidad me oprime el pecho y me aplasta contra la cama.

Ha dicho lista de tesoros.

Tesoros.

—No tenía ni idea.

—Y si no hubieras sido un fisgón, habrías seguido sin enterarte. A partir de mañana tienes vetada la entrada a esta habitación. —Mi deseo, mi paz, mi caos y mi todo a la vez, gruñe irritada—. Esto me lo has hecho tú, ¿a que sí? Confiesa —estrecha la mirada.

—¿Provocarte el vértigo? Ay que ver qué cosas más feas me dices, Isabestia.

—Lo has hecho para que no vaya contigo al viaje.

Entrelazo su mano con la mía. *Esta mujer no sabe que sería capaz de convencerme de cualquier cosa. Y mejor que siga así.* Me fijo en un par de libros de la mesita de noche con títulos sugerentes.

—Creí que las novelas guarras no eran lo tuyo. —*Pero cuánto me gusta que lo sean.*

—Oírlos en público no es lo mío. Pero leerlas en soledad es otra cosa muy distinta. Por cierto, ya me siento mejor.

—La pastilla no te ha podido hacer efecto tan rápido. Todavía debes tenerla en el esófago.

—No, en serio, ya estoy genial. ¿Te quedas a dormir?

Sacudo la cabeza porque no le conviene. Su cama no es muy grande y si encima tiene que hacerme un hueco acabará durmiendo en las posturas más raras de la historia, lo cual se traducirá en una contractura de tres pares de narices. Y mucho vértigo.

—Tengo que ir a cuidar de Puck.

Asiente y aguarda. Como si fuera a hacer todo lo que yo le pidiera y solo tuviera que pronunciar las palabras. Acaricio su mejilla. Su labio inferior. Le abro la boca con el pulgar y mi polla se tensa. Puede que no se mueva, pero es ella la que está jugando conmigo.

—Isabella…

—¿Sí?

Ella emite un gemido suave y la tira de su vestido se cae de su hombro.

No quiere hacer nada contigo. Fue lo que dijo.

—Sé que te gusta que te dé órdenes. Que te pone.

Asiente despacio. Saca la lengua y lame mi pulgar sin desviar la mirada. Llevo las manos a su cintura, la tumbo boca arriba y me pongo de pie junto a la cama.

—¿A dónde…?

—Tócate.

Se le abren los ojos de la impresión.

—¿Qué has dicho? —musita.

—Sé que estamos en un *break* y que no quieres que yo te toque. Así que vas a masturbarte tú sola.

Se le hunde el pecho, se le separan los labios y durante un instante no dice nada. Solo respira, haciendo ruidos ahogados e incrédulos.

—¿Y vas a quedarte a mirar cómo lo hago?

—Sí.

Se muerde el labio. No estoy seguro de si lo va a hacer, pero sí de que está cachonda. Imagino que ni un tercio de lo que llevo yo aguantando toda la noche, pero tiene las mejillas rojas y está guapísima. Traga saliva y despacio, se sube el vestido dejando la fina tela a la mitad de su abdomen. La polla me da una sacudida en los pantalones. Entonces Bella mete una mano en sus bragas de encaje y empieza a acariciarse.

—¿Quieres que me las quite?

—¿Te las quitarías si yo no estuviera?

—No.

—Entonces no. Dime qué piensas hacerte.

—Meterme dos dedos pensando en ti. Masajearme el clítoris soñando con tu lengua.

Respiro con dificultad. Me sujeto la erección a través de los pantalones, pidiendo a mi polla que se tranquilice, recordándole que hoy se queda en el banquillo.

—Pues hazlo —le ordeno—. Húndelos hasta el fondo, Bella. —Miro su cuerpo empezando a temblar y a sacudirse—. No, no puedes cerrar los ojos. Abrelos y mírame a mí.

Los sonidos húmedos que manan de su coño perfecto me destrozan, me dejan salivando y a la vez, me alivian. *Echaba tanto de menos esto.*

—Kásian.

—Es igual que mis putas fantasías —gruño, a duras penas aguantándome las ganas de meter la mano en mi pantalón.

Me aprieto la polla con fuerza cuando sus gemidos giran en torno a mi nombre.

—No digas mi nombre, di lo que dirías si estuvieras sola.

—*Kásian* —gime más fuerte, acelera el ritmo.

Junta las piernas. Busca el roce más intenso. El orgasmo la rompe y se corre. Está preciosa así tan vulnerable y entregada, tan

mía que se me olvida hasta respirar, tanto que hasta duele mirarla.

—Eres perfecta —susurro—. Tanto que a veces no sé ni qué coño hacer contigo.

Me mira jadeante todavía estremeciéndose del gusto y es entonces cuando tiro de su muñeca, saco sus dedos de su centro y los hundo en mi boca.

C a p í t u l o 7 2

Isabella

—¿A qué viene eso? —pregunto a la chica que saca una *mousse* de chocolate blanco de nuestra nevera con una salvaje cantidad de imanes monos.

—Estoy de celebración.

—¿Anda sí? ¿Y eso, Forbes? —me cuelgo la mochila al hombro.

—No sabría decirte, Jenkins —se rasca la mejilla con la medalla que aún no se ha quitado del hombro.

El finde pasado hubo una competición y quedó primera. Es una fulana, consigue todo lo que se propone. Imagino que debe tener sangre de cyborg.

Mientras recorro el campus, pierdo una partida de ajedrez de un minuto contra TheBaddestBitch_200 y compruebo que no tengo

mensajes suyos. También recuerdo lo que dijo la última vez que fui a verle entrenar, el penúltimo día antes de que se marchara de North Star.

«—Me cuesta respirar —patina hasta la valla y se apoya en ella.

—¿Es por el esfuerzo? Es normal, no pasa nada. Siéntate un segundo y respiramos juntos.

—No es por el esfuerzo, Bella. No es por lo que llevas puesto. No es porque estés así de guapa. No es porque me irrites aposta. Es porque eres tú. Y no es algo que me pase a veces. Es siempre.

—¡Snow! —le llama Bolton, pero ninguno se mueve.

—Acércate —ordena y no me avergüenza admitir que suelto el portátil rápida como una puñetera velocista olímpica.

El beso es fugaz, pero menudo beso, dios. Me deja goteando. Con el cuerpo vibrando de necesidad durante veinte siete minutos enteros».

En 1968, el Puente de Londres original fue desmontado y trasladado piedra por piedra desde Inglaterra hasta Arizona. Por esa razón, hay un teléfono típico inglés en Lake Havasu City. Ahh, y dañar un cactus saguaro está penado por la ley. Pero no es que tenga una lista de cosas que he aprendido de Arizona, ni mucho menos.

O sí. Es posible que cada vez que Kásian tiene que competir fuera del campus mi dopamina se vaya de Erasmus. Pero no se lo vamos a decir a nadie, vamos a fingir que no es cierto hasta que se convierta en mentira.

La mañana antes de marcharse al aeropuerto, vino para despedirse. Leia le dejó pasar y entró en mi habitación cuando me estaba cambiando. *«"Parece que el cosmos me va a poner condenadamente difícil lo de mantener las distancias", pienso cuando lo veo ahí parado, contra mi puerta, con la mandíbula endurecida y el deseo irradiando de su mirada. Me giro a buscar una camiseta cualquiera. Lo que sea que evite que mi piel salga ardiendo de un momento a otro.*

—¿Desde cuándo tienes un código QR en la espalda? —pregunta con un gruñido ronco, áspero y masculino que nadie debería tener por voz.

—Unos meses. —Es un tatuaje chiquitín, casi despreciable—. Ehhh, no puedes hacerme fotos desnuda.

—¿Qué te apuestas? —me aparta la mano y sale con la suya y mi espalda siente la violación de sus derechos de imagen. Luego Kásian se aleja para mirar la pantalla de su móvil—. Judit Polgár vs. Garry Kasparov, 2002.

La representación del empoderamiento femenino, la inteligencia y el ajedrez, mis tres cosas favoritas. Espero que se burle, que lo critique, que me juzgue por ser tan rara. Pero él…

—¿Puede ser más tú?

—Borra la foto.

—No quiero.

—¿Te he preguntado si quieres?

Me besa y se me cae la camiseta al suelo. En realidad me da igual que la tenga. Él lo sabe. Yo lo sé. Judit Polgár lo sabe.

Alzo los brazos y le rodeo el cuello mientras le hago obscenidades a su lengua. Kásian mete las manos en los bolsillos traseros de mis tejanos como si eso no incumpliera lo de no tocarme. Es tan mono que me muero. Me lo como. Cada vez se me hace más difícil ignorar las palpitaciones de mi corazón, las mariposas de mi estómago. Lo que hace tiempo que sé, pero es demasiado abrumador como para aceptar ahora.

—Te veré a la vuelta, Isabestia —dice al alcanzar el marco de la puerta, un puñado de minutos después.

Se da la vuelta para marcharse, pero vuelve a girarse para echarme un último vistazo. Como si fuera su debilidad. Antes de que

sus ojos me alcancen, yo ya estoy ahí, abrazándolo por detrás. Necesitando un poco más a medida que el miedo gana terreno.

—¿Y esa alarma? —pregunta y me veo obligada a pararla, porque Leia no tiene clase a primera hora y no quiero que me mate —. Creía haber tirado tu reloj. ¿Voy a tener que hacer lo mismo con tu móvil?

Sacudo la cabeza.

—Esto era la cuenta atrás. Ha llegado a su fin. Te marchas.

Coloca su cabeza en el hueco de mi cuello. Deposita un beso y luego inhala mi piel.

—Mi cabeza solo da vueltas a tu alrededor, Bella Jenkins.

Se me contrae el corazón.

No quiero que se vaya. De verdad, de verdad que no.

Pero no es eso lo que digo.

—Qué miedo, ¿como el exorcista?

Me muevo con él cuando su pecho se mueve de la risa. Cuando se separa apenas tengo lágrimas en los ojos».

Pero de eso hace ya dos siglos. Apenas me acuerdo.

Dhário ha estado escribiéndome mucho. Nuestras conversaciones son profundas e interesantes, y probablemente la base de una nueva y gran amistad.

Dhário

Dhário Langley

Todo ok.

OBJ 👌

Isabella Jenkins

Gracias.

OBJ 👍

Dhário Langley

Sigue ok.

OBJ 👌

Isabella Jenkins

Guay.

OBJ 👍

Dhário Langley

Entreno ok.

OBJ 👌

Isabella Jenkins

Genial.



Veo a Leia. Leia besando a un tío que está buenísimo. Uno alto con muchos tatuajes y piercings. Es Divix. *Ahhh, amiga. Por eso fue majo conmigo. Quería comprar un billete a CitasConLeia-VIP*. Pues debería haber sido bueno con Candy, ahora mismo como amiga yo apesto que no veas.

Dos tíos altos, que si no son del equipo de baloncesto son un desperdicio biológico, pasan muy cerca de ambos y Divix le da la vuelta a Leia, poniéndole la espalda contra la pared. Cuando pasan por su lado, a quien dan un golpe es a él.

Punto para ti, tatuado.

Los días pasan sin pena ni gloria. Acompaño a Candy al gimnasio cuando me atasco en los avances que el Dr. Elías me pidió para mi programa. Se lo he comentado a Sant Delphi en la tutoría de hoy y me ha mirado como si fuera a fundirme en el asiento. *Creo que es de los que se quedan hasta media noche dándole vueltas a un problema hasta que lo resuelven. Upsss…* Él debería estar trabajando con Redgrave y no yo. Siento que nada me sale a derechas, pero al menos el fracaso no afecta en absoluto a mi perseverancia. Igual en algún momento doy con algo.

—2, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 19, 23, 29, 31…

—¿Qué haces, Isabella? —murmura Tracy, una chica que a veces vemos en el gimnasio, amiga de Leia.

—Recita los números primos en orden —le dice Candy al acabar su última repe de tríceps.

—¿Por qué? —Tracy alza una ceja llena de prejuicios.

—Porque está nerviosa y eso la relaja —responde Candy, como si fuera lo más normal del mundo.

Se da cuenta de lo que acaba de decir, se gira hacia mí con una mueca que se transforma rápido en una amplia sonrisa y las dos nos reímos.

C a p í t u l o 7 3

Isabella

Cenamos juntas. Ya, debería estar trabajando cada segundo libre que tenga, pero me he dado cuenta de que se me cierra el estómago de los nervios y acabo siendo lo más absurdo como ser humano que existe. Así que me doy prisa y engullo rápido una tortilla con ensalada y dos huevos pochados. Mientras tanto, Candy come su rutinaria dieta de deportista profesional y yo me prometo comerme un par de filipinos blancos sin que me vea, para no fastidiar.

—Entonces, ¿ya no necesitas que nadie te haga compañía mientras comes? —no hay ni pizca de crítica en su tono.

—No, aunque tampoco le hago ascos.

—¿Es cosa de Kásian? —Lo pregunta sin mirarme.

Es intoxicante. Solo de oír su nombre ya siento de todo.

—Sí, me ayudó a… perderle el miedo de forma progresiva.

—¿Sigues yendo a ver a Lucca?

—Sí.

Asiente y no hace ningún comentario más al respecto mientras yo me pregunto muchas cosas. Entre ellas, si la aversión del estómago de mi amiga a la pimienta y a las cosas picantes en general, es la razón por la que tiene una piel inmaculada de color café.

—No es inmaculada, ni perfecta.

Suelto el tenedor.

—Los espejos te dicen que eres la más guapa del reino sin que preguntes, ¿verdad?

—Cállate.

—Cuando te sacaron de la caja, ¿te dolió?

—Que no soy ninguna Barbie —me maldice con la mirada, como si le ofendiera. Luego su carita se relaja, sonríe y dice—: Soy una Bratz.

Una vez más, me sorprendo dándome cuenta de que estar en su compañía no me resulta en absoluto insoportable. Creo que me cae bien Candy, pero que muy bien. Después de la cena pregunta:

—¿Te quedas en el salón?

Es una clara invitación. Una que mi antigua yo rechazaría y correría a encerrarse en mi dormitorio lejos de toda socialización. Pero no es lo que quiero ahora.

—Vale, déjame que coja un par de cosas.

Entorno la puerta tras de mí y me cambio de camiseta a una más ancha con un gemido de dolor. No he tomado una buena decisión tras la ducha. Abro la cómoda y mi mano temblorosa hace que el bote de pastillas se sacuda y suene como una maraca.

—Mierda —susurro.

Luego me trago dos azules y una verde, doy un largo trago de agua y las vuelvo a guardar.

Ya en el salón, ocupo el extremo del sofá opuesto al de Candy. No es muy grande, así que entre las dos ya lo llenamos todo. Ella se pone a mirar vídeos de campeonatos con un obsesivo y analista ceño fruncido, y yo continúo buscando soluciones y otras maneras de deshacerme el cerebro en efervescente frustración. Me echo colirio ocular para compensar el uso excesivo de pantallas. *Un engaña tontos, si me preguntas. Es evidente que a este ritmo, vamos a acabar todos ciegos.*

Empiezo a sudar cuando los errores en el portátil son el equivalente informático de darme de bruces contra un muro. Mis miedos no se callan nunca: no lo vas a conseguir, esto te viene grande, no vas a tener tiempo, alguien le dará un golpe o una paliza, por mucho que corras la meta se aleja de ti cada día… El estómago se me revuelve.

—¿Qué es lo que te tiene así? —pregunta Candy sacándome de mi trance—. ¿Qué materia? En tu habitación tienes libros de medicina desperdigados hasta en el suelo. ¿Es por algún trabajo?

Trago saliva. Nota mental: desperdigar todo tipo de libros por ahí. No me gusta mentir a mi amiga, pero es lo que hay.

—Todas en general.

—¿Es por lo que pasó entre Kásian y tú? ¿Ahora vas un poco atrasada y te estresa porque no quieres bajar la nota?

—Sí.

—Pero Kásian y tú no os acostáis, ¿no?

—No. —Acaricio a Puck que trepa por el sofá y cómo no: usa mis tetas de cojín. Lleva haciéndolo desde que sus dueños se piraron del estado.

La única razón por la que no chillo de dolor es porque ha aterrizado directamente en mis pechos. Es peligroso que lo tenga

ahí, pero si lo muevo, Candy puede pisparse algo.

Le acaricio la cabecita porque ronronea junto a mi cuello y es adorable, y porque tiene unos ojazos inmensos demasiado expresivos y bonitos como para negarle nada.

—¿Ni a medias?

—¿Cómo se puede alguien acostar a medias?

—Pues él abre la boca, tú te pones encima de su…

—Estoy segura de que eso ya cuenta como acostarse —la interrumpo.

—¿Cuándo vuelve?

—En tres días.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí —respondo extrañada de que no se lance sin más, como ha estado haciendo hasta ahora.

—Es de sexo.

—¿Acaso hablamos alguna vez de otra cosa?

—Vale, lo preguntaré antes de que te lo pienses. Kásian no tiene un puto pelo en la cabeza de tío-sumiso, pero tú tampoco pareces de la clase de mujer que acate órdenes, tienes una personalidad demasiado fuerte para eso. Me pregunto, ¿qué clase de roles podéis tener en la c…?

—En el sexo sí lo soy. Sumisa. Del todo.

Me arrepiento al instante de haberlo admitido, pero compartir información te acerca a la peña, ¿no? ¿Estoy abriéndome con Candy? *¿Está usted viendo esto doctor Lucca?*

—¿Sí? —Candy sonríe con picardía—. ¿Y cómo es eso posible?

Me encojo de hombros.

—Es como tener las respuestas del examen más complejo de todos. Me pone mucho.

Asiente pellizcándose el labio inferior y desvía la mirada a su vasito de frutas variadas. *Que me parta un rayo, ¿acabo de sonrojar a Candy?*

De repente Leia entra a toda prisa en el apartamento, jadeante, con las pinzas de margaritas deslizándosele por el pelo.

—Tengo que hablaros de algo.

—¿Se quema el piso? —pregunto.

—¿Vas a pedirnos matrimonio? —pregunta Candy.

—Pues no, pero es algo similar —dice mirando a Candy.

—Leia, cielo, ya te dije que aquello fue solo cosa de una noche.

—*¿Qué?* —chillo y Puck sale disparado fuera del sofá—*. ¿Vosotras os habéis…?*

—Solo fue un beso —aclara Leia.

—Por una apuesta —prosigue Candy—, pero se ha encariñado conmigo y ahora no para de buscar muestras de afecto en mí. Voy a tener que ponerme firme.

—¿Discuuuuulpa?

—¿Esta mañana? Has entrado al baño cuando estaba en toalla. —Candy mueve las cejas de forma insinuante.

—¡Tú me has dicho que pasara! Necesitaba mis lentillas y… —Leia gruñe poniéndose colorada y Candy obtiene lo que quería—. *Oh, mais tu rêves, ma chérie.* ¿Sabes qué? Que lo que decidas opinar de mis acciones no es cosa mía.

Está irreconocible.

Se me cae la baba.

Estoy construyéndole un altar.

—¿Cual era la noticia, preciosa? —pregunto interrumpiendo el monólogo de Candy que se resumiría en un «no le pone nada incómoda que esté colgada de ella».

—Tengo novio. Se llama Divix. Va a ser médico. Es increíble y le quiero. Punto.

—¿El chico de los tatuajes y piercings? —pregunto.

—¿El pelirrojo que está fuertote? —sigue Candy.

—¿Cómo lo…? ¿Cuándo le habéis…? Yo no le he traído a casa.

—Leia, cielo, la próxima vez que quieras guardar un secreto, igual podrías aguantarte las ganas de enrollarte con él en todas las superficies existentes del campus —suelta la gimnasta.

—Ahhh, bueno, pues ya que lo sabéis —dice y después, Leia procede a tener un ataque de enamoramiento explosivo y muy detallado.

Así que esto es, ¿no? ¿Lo que sería haber crecido teniendo hermanas? Ni tan mal.

C a p í t u l o 7 4

Kásian

Dhário espera en la puerta del baño mientras me inyecto mis medicaciones. *Si alguien me viera se podría liar la de cristo.*

—Gracias, tío. Ya puedes quitar esa cara —bajo el tono—, no me voy a morir hoy.

—Odio tus bromas.

—Pues ponlo en mi lápida.

Me da un codazo en el hombro, pero lo aparto y me lo da en el pecho, en el lado derecho. Se queda blanco.

—Kásian. —Los ojos le brillan enseguida.

—Joder, tienes que dejar de hablar con Isabella, vaya dos se han ido a juntar. Si fuera tan delicada la cosa, ya no estaría aquí. —Le

doy un empujón y me lo llevo al vestuario. Salvo que no me deja. Me frena—. ¿Qué hac…?

—Sabes que si necesitas cualquier cosa, puedes pedírmela, ¿verdad?

—Sí, mi amor, estamos casados, ¿recuerdas?

—Hablo en serio —su rostro y su voz adquieren un tono arisco de lo más inusual en él—. Eres tan imbécil como para cerrarme la puerta una vez te gradúes. Si lo haces le contaré la verdad a todo el mundo.

Nunca lo haría, pero aprecio la amenaza por el mensaje subliminal de preocupación.

—Entendido, capitán.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, Langley. ¿Ahora puedes volver a poner tu cara normal? Esta es intimidante de cojones.

Sonríe y no se aguanta las ganas de darme un abrazo. Tampoco se lo hecho en cara.

Miro el móvil antes de que lleguemos al vestuario y veo ciento treinta pendientes de leer del grupo. *Los va a leer su puta madre.*

Testosterona Mediocre en Patines (Silenciado)

Walker Ellis

Que alguien saque a McKenna del grupo por poner a Hilary Duff en el gimnasio.

OBJ 

Bhødie Hayes

Da buen rollo, su voz es bonita.

OBJ 

Mac McKenna

Chúpate esa, Ellis.

OBJ 

Knox Madison

Los cojones tío

Estoy con Ellis

Que tiene que ser nuestro grito de guerra, joder.

OBJ 

Vale, pillo la idea. Música, quejas, blablá, jajajá, qué gracioso, hasta dentro de un mes. Me guardo el móvil y saco los auriculares del bolsillo. Busco a Bhødie en cuanto entramos al vestuario. En

cuanto le encuentro, veo con claridad cuánto los necesita. Se los doy mientras McKenna y un par de segundo llegan.

Noto el ambiente algo cargado.

—Por lo visto nuestros rivales han fichado a Kedyn Arrendor y no lo sabíamos —le dice Ellis a Dhário por lo bajo.

El mayor rival de Knox hasta la fecha. Si tiene la cadera jodida es por culpa de Kedyn y si a Arrendor le faltan tres dientes y tiene un tornillo en el hombro, es por Madison.

Dejo mis cosas en el banco junto a Knox y empiezo a sacar cosas de mi bolsa.

—¿Bien?

—Bien —responde—. Si lo han mantenido en secreto es porque nos tienen miedo.

—Ya.

—¿Qué?

—Pues que normal. Kedyn no querrá perder todos los dientes.

Sé que me mira, pero yo no le devuelvo el gesto porque cuando lo miro a la cara, todavía tengo ganas de partírsela. Mejor ir por partes. Primero el partido, luego… luego podré largarme a verla a ella y no volver a separarme de la mujer a la que…

—¿Habéis visto todos los cámaras? Esto va a ser épico —dice Jacob Bolton, entrando en el vestuario frotándose las manos.

—¿Hoy tampoco hay charla motivadora? —pregunta Langley cogiendo los guantes.

—Aquí vuestra motivación: no la caguéis y puede que tengáis un futuro que no sea jodidamente mediocre.

A mí me vale.

El estadio está hasta los topes. Los ánimos del público dan buen rollo, pero la verdad es que los cambiaría a todos por una sola persona. *Mi cabeza es monotema, como puedes ver.* Nos metemos en la pista. Saludamos a nuestros rivales y uno de los de cuarto, Zach Skadenor, le coloca a Aiden Bharrim el stick entre las piernas, pero no llega a caerse.

—¿Qué cojones? —les brama Langley, imponiéndose como capitán.

Que se jodan. ¿Vienen a jugar a malas? Bien. *Se van a enterar de por qué tenemos tanta fama.*

El silbato suena y la pista tiembla.

Nuestros patines arañan el hielo dejando un rastro de polvo blanco en cada cambio de dirección. El primer placaje se lo lleva Dhário. Brayden Kovinski lo arrincona contra la portería tan fuerte

que casi oigo el crujido. Langley no hace ningún drama, pero le conozco y sé que le ha jodido algo, aunque todavía no sepa el qué. Landon grita desde el banquillo al tiempo que Bhødie intercepta un pase en la zona neutral.

El partido continúa como si nada, pero Dhário y yo nos encargamos de devolverle el favor al grandullón de Kovinski. Y lo hacemos en cuanto toca el puto puck. Zach Skadenor se mete en medio e intenta que no lo tiremos al suelo, pero Kovinski acaba con la barbilla abierta, soltando sangre en el hielo y maldiciones al aire, y encima le robamos el puck.

El disco es una bala negra que atraviesa la pista a toda velocidad, de stick en stick, como una partida de *paintball*. Patino en círculos cerrados intentando romper la defensa que se cierra frente a nuestra línea. El pase que le hago a Aiden es el preámbulo perfecto al lanzamiento certero de Knox. Su portero no consigue frenarnos y el estadio celebra nuestro gol.

El tiempo avanza y las heridas aumentan. Más que en marcar goles, este partido va de vengarnos por cada mierda que nos hacen.

¿Vamos tres uno a nuestro favor? Sí, porque una cosa no quita la otra.

Recupero el disco segundos después de que Langley lo pierda. En un par de pases, Bhødie recibe uno cruzado, se desliza con precisión y lanza un disparo que pasa rozando el larguero. El disco choca contra el travesaño y rebota a centímetros del guante del portero. Nos falta nada para marcar, pero no lo conseguimos.

Entonces Kedyn al otro lado de la pista y sin motivo, golpea a Knox en la cara con el stick y le abre una brecha en la frente de un buen puñado de centímetros. Su sangre salpica el hielo y toda la cara de Knox. El público grita sediento de violencia, pero el árbitro señaliza a Kedyn para sacarlo del partido. ¿Qué ocurre? McKenna alcanza a Kedyn, lo tira al suelo en cuanto consigue ponerle la mano encima y luego se lanza sobre él sin florituras, ni disimulos. El árbitro tiene un par de cosas que decir respecto a eso también.

Me duelen los pulmones del aire que me falta. Mi corazón martillea con fuerza, recordándome todo lo que no quiero oír, pero llego a tiempo para cubrir a Ellis frente a Leon Affner.

Todo pasa muy deprisa. En un par de movimientos, oigo cómo le rompen la mano a Aiden y lo siguiente que sé es que nuestro capitán está olvidándose del partido y gritando un nombre.

—¡Bhødie!

Me giro a mi izquierda porque estaba ahí hace un momento, pero ya no, ahora hay un vacío. Lo busco. Se ha metido en la boca del lobo, está al otro lado de la pista. Gira demasiado rápido, pero el gorila de Camden, defensa, no va a por el puck, va a por él.

El placaje es inmediato. Sucio. Doloroso de ver. Lo incrusta contra el plexiglass con la inercia con la que patinaba. Le encaja la pierna de tal forma que al caer Bhødie se la dobla de un modo imposible.

El tiempo se congela. El grito de Bhødie perfora el aire y el sonido desgarrador se graba a fuego en mi memoria.

—*¡No!* —grita Dhário.

En el momento en que Camden se aleja de Bhødie riendo y alzando las manos como si no hubiera hecho nada, él ya está en el suelo rabiando de dolor. Llorando*. Es la rodilla.*

Una lesión tan grave como para hacer que alguien con dolor crónico pierda el conocimiento solo puede significar una cosa.

Lo veo todo rojo.

Me quito los guantes. Los tiro a un lado y patino con rapidez.

El árbitro hace sonar el silbato, pero las cosas se ponen muy feas antes de que nos saquen de la pista.

C a p í t u l o 7 5

Isabella

Salgo del despacho del Dr. Sant Delphi con lo equivalente a un *gomet* de estrella pegado en la frente, pues me ha felicitado. En serio. Sí, lo ha hecho con esa pose seria tan suya, sin sonreír y en tono tajante, pero, ¡voy por buen camino! *Menos mal porque queda un estornudo para que nos graduemos.* Si termino suspendiendo algo, mi abuelo, mi padre y mi hermano se presentarán aquí y no podré darles ninguna explicación.

—¿Cómo estás? —pregunta Lucca al mediodía, cuando aprovecho mi hora de comer para hacer terapia con él.

Ibamos a vernos por la tarde, pero él y Leif van a adoptar un gato. Le he pedido que lo llamen Puck II. No se ha mostrado muy entusiasta.

En nuestra última sesión le pedí perdón por los cabreos que ha tenido que tragarse por mis flaquezas emocionales y mi incapacidad de lidiar con los sentimientos. Nos bebimos un chocolate caliente. No es época, pero aceptó. No me lo merezco. Espero que Leif sea un tío fantástico.

—Poder comer sola controlando tu miedo a atragantarte, es un paso gigante. Estoy orgulloso de lo que has avanzado, Isabella.

—Gracias, Lucca. —*Hoy estoy que me salgo.*

—Y en cuanto a lo demás que me has contado, el progreso también es evidente. Cuando Candy se instaló en el piso, ni siquiera hablabais. Y parece que cada vez eres menos reacia a tocar a la gente.

—Tengo mis momentos. —Toqueteo el borde de mi anchísima camiseta naranja de manga corta.

La licra es lo único en lo que no se engancha el pelo de Puck y además, así evito el roce indeseado, lo cual es un claro 2x1 en vestimenta.

—¿Duermes bien?

Es la quinta persona hoy que me lo pregunta. Esto es lo que pasa por usar un antiojeras cutre.

—Sí, muy bien. Será por tener la conciencia tranquila —sonrío y él apenas me devuelve el gesto antes de tomar nota.

No me cree. Mis dotes de actriz van de capa caída.

—Faltan ocho semanas para la graduación, ¿te parecería que en estas últimas sesiones, tratáramos el después?

Sé a qué se refiere. Evito clavar los dedos en los brazos del sillón, pero es lo que quiero. Hundir las uñas hasta que duela.

—Me refiero a cómo será tu vida una vez Kásian ya no esté —añade con su tono calmado, comprensivo y a veces, incluso dulce.

—No será necesario.

—¿Qué quieres decir?

No habrá un después.

Porque voy a salvarlo cueste lo que cueste.

C a p í t u l o 7 6

Isabella

Pensaba ir con las chicas al gimnasio porque sufrir físicamente me ayuda a concentrarme mejor por la noche, pero mis pies se frenan antes de dar un paso fuera del apartamento. Leia y Candy se marchan dejándonos a solas.

Sigo sin tener palabras.

Tiene un corte profundo en la mejilla, un montón de cortecitos pequeños repartidos por cada franja de piel expuesta, y las manos… tiene los nudillos destrozados. Se ha metido en una pelea y tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para no darle una paliza porque el hockey es así y debo respetar que jugar es su puto sueño, aunque odie esto.

Trago saliva.

Otra vez.

Y otra más.

Alzo la vista hasta sus ojos y el estómago me da un vuelco. Decir que están tristes sería el mayor eufemismo de la historia. Kásian mantiene esa actitud entera tan típica en él, pero veo de todo bajo las capas superficiales.

—¿Qué ha pasado? —No termino la frase y ya me ha cogido, levantado y me está abrazando con todo su cuerpo.

A duras penas contengo el gemido de dolor que estalla en mi cuerpo. Lo ignoro y le rodeo la cintura con las piernas. Se queda así un buen rato. Respirando conmigo. Nada más.

—Cuéntamelo —susurro metiéndole los dedos en el pelo, acariciándolo de todas las formas que puedo sin soltarme de su abrazo.

—Vinieron a hacer daño, no a jugar. El equipo está hecho polvo.

—¿Tú…?

—Estoy bien. Landon nos llevó al hospital después. Dhário tiene una costilla rota. No es el único que acabó con algo roto, pero Bhødie…

Me alejo lo justo cuando no continúa, lo necesario para mirarle a los ojos.

—¿Qué? ¿Algo peor?

—Le operaron de urgencia, pero… —sacude la cabeza—. No va a volver a jugar, Bella. Su carrera está acabada.

Siento que se me rompe el corazón. *Pero si su carrera acaba de empezar.*

—¿No…? ¿Seguro que no se puede hacer nada?

—No, los médicos han sido muy claros. La operación debería haber sido un éxito rotundo, un milagro, y lo cierto es que no lo ha sido. Tenía la pierna destrozada y es una suerte que no se haya quedado cojo de por vida —me deposita con cariño en la isla de la cocina y se dedica a acariciarme los muslos.

—No tuvimos alternativa, Bella, te lo aseguro. De no defendernos habríamos acabado mucho peor.

—Me lo imagino.

Me acaricia los brazos y me besa como si fuera el hogar al que ansiaba volver. Le beso con todo lo que tengo, acariciándole el pecho y comprobando que su latido es tan fuerte como cuando se fue.

Veo todos los pedazos. Lo que quedó de él después de que lo rompieran. Me enfurece. Saca la vena más violenta que tengo en el

cuerpo. No quiero que le hagan daño. No puedo soportar que se lo hagan.

Se separa y me besa la frente.

—Voy a llevar a Puck con Dhário, a comprarle algo de cena y vuelvo, ¿te parece bien?

—Te acompaño. A todo. Luego podemos volver aquí o quedarnos allí. Puedo coger el portátil.

Sacude la cabeza.

—Dhário no está para ver a nadie. Le esperan seis semanas sin jugar y está muy jodido por Bhødie.

Como tú, quiero añadir. Pero no lo hago.

Me acaricia la mejilla con un cariño desmedido. Me muerdo la lengua para controlarme.

—Dile que lo siento mucho. O no. Depende de si crees que quiere oírlo. Siento no haber estado allí contigo. Y luego en el hospital. Y en el vuelo de vuelta. Ha debido ser…

—No sabes lo que me cuesta fingir que no te quiero.

Se me llenan los ojos de lágrimas al tiempo que dejo de respirar.

No. Acaba. De. Decir. Eso.

Kásian me sonríe de forma triste, dulce y compasiva. Vuelve a darme un beso en la frente, esta vez más lento y sentido.

—No tardaré.

Después, se marcha y sigo sin poder respirar.

Separo los labios, hago el gesto, pero no se me llenan los pulmones. Dudo si todo está en mi cabeza. Si en realidad, Kásian Snow no existe y es todo producto de mi imaginación, si tengo puesta una camisa de fuerza y el único que viene a verme de verdad es Lucca.

Luego me odio a mi misma por no haber sido capaz de decir nada antes de que se marchara, a sabiendas que el tiempo se me escapa de las manos como arena que intentas aferrar en un puño cerrado.

C a p í t u l o 7 7

Isabella

Cometo el gravísimo error de buscar el vídeo en internet. *Pero necesito saber de lo que habla, hasta qué punto le duele.*

Es espantoso. Me declaro adversa, hostil, una hater absoluta del hockey sobre hielo. Kásian está fuera de sí, como el resto. Pero en cuanto deja de zurrar al desgraciado que le ha hecho eso a Bhødie, *que está en el suelo rodeado por manchas de sangre,* Kásian patina a toda prisa hasta él antes de que se lo lleven. Dhário también.

El grito de Bhødie es escalofriante. Terrorífico. Digno de una pesadilla. Dudo que alguna vez pueda despegármelo de la mente.

Hoy en día en internet se puede ver cualquier cosa. En un vídeo de tres minutos treinta y tres segundos bajo el nombre de «Hayes - North Star - lesión / final partido 3-1 · Arizona», puedes ver cómo un

chaval pierde el sueño de su vida, su carrera como deportista profesional y un futuro muy prometedor.

Cierro la tapa del portátil malhumorada. Oigo que alguien abre la puerta, pero sonrío al pensar que no pueden ser las chicas. Suelen hacer sesiones largas de entrenamiento.

—La has vuelto a dejar ahí —dice colocando la llave sobre el marco, con una sonrisa tierna.

—Para ti —digo devolviéndole la dulzura—. Esta también es tu casa. ¿Sabes qué? En realidad, deberías empezar a pagar alquiler.

Su sonrisa se desvanece y su mirada se intensifica. Se me eriza el bello de todo el cuerpo. *Dios, qué guapísimo es. Y que hecho polvo está. Entzückendes riesiges Tier.*

—Vale —dice con voz grave.

—¿Vale?

—Lo pagaré, aunque el único dinero que tengo a mi disposición es el que me dejó Edward al morir. No sé si durará mucho.

Se me atascan las palabras en la garganta. Mis cuerdas vocales son polvo en el viento. Kásian camina hasta la cocina y deja las bolsas con la cena que ha traído mientras yo sigo su espalda con la mirada.

—Sé que lo sabes desde hace tiempo. —Encoge un hombro—. Por lo visto, hoy no soy capaz de callarme nada.

Me acerco y le cojo una mano, se la aprieto.

—Me alegra que no lo hagas.

Me coloca un mechón de pelo tras la oreja y traga con dificultad.

—Ojalá hubieras podido…

—Ya lo sé. A mí también me hubiera encantado. —Compartir montones de momentos los tres juntos.

Pero se nos acabó el tiempo antes de tener la oportunidad.

—¿Tienes hambre? —pregunta deslizando la mirada hacia las bolsas.

Me resulta evidente que él no lo tiene, así que sacudo la cabeza y me lo llevo a mi habitación.

No sé quién empieza, pero en cuanto nos besamos, nos volvemos un solo ser desesperado por estar más cerca. Más bebemos el uno del otro, más sed y necesidad tenemos. Es un ciclo tóxico, si lo piensas. O no, igual solo es precioso. Mi corazón solo se siente a gusto cuando estoy con él.

El roce de nuestros cuerpos es delicioso y duele que no veas. Me temo lo peor, pero no puedo separarme de él.

—¿Quieres que me quede a dormir? —pregunta como una oferta inocente.

Sé que si me niego, se marchará sin queja alguna.

Incluso hoy, que tanto me necesita.

—Sí, Kásian. —Beso la punta de su nariz, su mejilla buena, su frente.

—No hagas eso —aprieta la mandíbula.

—¿Por qué no?

Me dice mucho con los ojos. No he respondido a lo que me ha dicho. He dejado que se fuera sin más. *¿El cree que yo no…?* Dios. *Esto es lo que pasa por ser una cobarde, por ignorar tus sentimientos más aterradores.*

Desvío la cabeza hacia abajo, pero él me la levanta con un beso. Perdonándome hasta lo imperdonable. Casi me vuelve valiente.

—Quiero que te quedes. —Sacudo la cabeza—. Pero no solo a dormir.

Me mira con el ceño fruncido, como si fuera lo último que esperase. Entonces me besa con tal posesión que no es que me reclame, es que me hace suya. La pasión le desborda por los poros y quiero llorar. Quiero decírselo todo. Pero sigo rota, muy rota y no me salen las palabras.

Me aferro a su cuerpo y chocamos contra esto y aquello, pero ni idea de qué es esto y aquello. Llegamos a mi habitación y me pega contra la primera pared que encuentra. Pierdo los pantalones. En cuanto su erección se roza contra mi coño a través de las braguitas, gimo de placer salvaje. Pero no puedo hacer nada contra la lágrima que se me escapa a causa del lacerante dolor que su tacto me está infringiendo. Lo ignoro como hasta ahora porque por fin voy a poder tenerle, por fin las cosas han cambiado y…

El dolor es tan intenso que me arranca un quejido. Él se frena y aparta al segundo.

—¿Que te ocurre?

—Nada, nada, me he dado un golpe en el pie —miento y vuelvo a atraerlo hacia mí.

Tiene la mirada brillante cargada de deseo, está embelesado y quiero preguntarle si sabe que soy yo a quien tiene delante y no a otra. *Solo* yo.

—Te he echado tanto de menos, Bella —masculla contra mi cuello, amasándome el culo mientras redefine lo que es follar con la boca—. Me paso la vida echándote de menos.

Dilo. Dilo ahora. Vamos, tú puedes.

El pánico interrumpe mi valentía cuando agarra el borde de mi camiseta y tengo que actuar.

—Espera —salto, agarrando su muñeca—, ¿puedo dejarme puesta la camiseta?

—¿Qué? —Frunce el ceño como si le hubiera dicho que quiero ir a cazar mapaches para un musical de ajedrez que haremos en otoño.

—He estado pasando mucho tiempo con Leia estos días y tiene unas tetas inmensas, me siento un poco cohibida con las mías, y me gustaría dejarme la camiseta puesta. ¿Puede ser?

—¿De qué mierda estás hablando? —pregunta como si le hubiera insultado a él, a su extirpe y a todos los gatitos recién nacidos del planeta. Me acaricia la parte baja del abdomen—. Tienes las tetas más bonitas que he visto en toda mi puta vida, Isabella. Me encantan. Me apasionan. Me las pienso tatuar. No vuelvas a despreciarlas.

No sé cómo me lía. Primero me la sube un poco con los labios, luego planta algún que otro beso aquí y allí, es sexy, va con calma y entonces… entonces ya es tarde.

—¿Qué cojones?

Parpadea un puñado de veces. Retrocede. Su voz es un gruñido ronco, enfadado. Quiero bajarme la camiseta, pero él es más fuerte que yo. Me la quita de un tirón dejándome en sujetador. La preocupación y el horror conquista hasta el último rincón de su bonito rostro, al tiempo que el miedo lo hace con el mío.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, no… no es nada. Es que mi dolor de espalda empeoró bastante y tuve que ir al hospital a que me pincharan algunos calmantes —le explico. Kásian acerca las manos a mi piel, acaricia mi torso lleno de marcas de agujas como si estuviera hecha de frágil cristal—. Ya estoy bien. En serio, no es nada.

Doy un bote cuando toca donde no debe y duele horrores.

—¿Tanto te duele? Antes te he hecho daño, ¿verdad? Dios, Isabella, ¿por qué no has dicho nada? ¿Y por qué te pincharon en el abdomen y bajo los pechos?

—Bueno…

—¿Bueno, qué? Cuéntamelo todo. ¿Y por qué tantas veces? *Dios*.

—Es que me dolía mucho. No tiene importancia. Ehhh, respira, no conviene que te alteres.

—Joder, Bella, pero tienes moratones por todo el torso —gruñe como si alguien muy malo se hubiera cargado su juguete favorito—. Esto es una puta negligencia médica del tamaño de Wisconsin. ¿Quién fue?

—No recuerdo el nombre.

—¿En qué hospital? —coge mi mano y la camiseta—. Vamos ahora mismo y…

Le freno. Sacudo la cabeza. Clavo los talones al suelo. *Piensa. Rápido.*

—No podemos dejarlo así —insiste y antes de decir nada más, cierra los ojos con fuerza. Se revuelve como un perro enjaulado—. Me cago en la puta, voy a matar a quien lo haya hecho.

—Kásian.

—No pienso dejar que nadie te haga daño. Nunca, Bella. ¿Es que no lo sabes?

—Era necesario.

—¿De qué estás…?

Lo entiende. Ahora lo entiende. Y el miedo se esparce en mis venas como una cascada que ha sido liberada. Su expresión se vacía de todo sentimiento. Es como si una negación muy fuerte hubiera arrasado con todo.

—Puedo explicarlo —musito, pero él no se mueve, solo respira de forma errática—. Tenían que conectarme a una máquina. Fue posible gracias a un programa que yo misma creé. La idea era simular lo que pasa en tu cuerpo cuando una cápsula explota, para así poder estudiar la resistencia del corazón y el cerebro. Redgrave necesitaba una persona sana que…

—No —aprieta los puños, la mirada le brilla.

Está enfadado de cojones.

—Obligarte a ti a pasar por eso podría haber causado tu muerte y no habría servido de nada. Necesitaban un corazón sano y yo lo tengo. —Abro la cómoda—. Ahora solo tengo que tomarme algunas de estas durante los próximos dos meses y todo volverá a la normalid…

Está a un palmo de mi cara.

—Dime que no. Dime que no has dejado que ese hijo de puta te pusiera una mano encima. Que te hiciera esto. Dime que no me harías eso *a mí*.

—Te dije que voy a curarte, cueste lo que cueste.

Se aleja de mí tan rápido como ha venido.

—¿Cómo has podido? ¿Qué cojones pretendías, Be…? —se le hunde el pecho a mitad de mi nombre, como si le hubiera dado un

puñetazo. Se pone rojo de rabia, se le marcan las venas del cuello—. ¿Y qué pasa si no hay cura y tú te…? ¿Es que quieres que te entierre yo a ti antes de morirme?

—No exageres. El proyecto precisaba de voluntarios —trago con dificultad, insisto con un hilo de voz—: Nada más.

—¡Lo has hecho a mis espaldas! ¿Cuánto tiempo lleva Redgrave pidiéndote que lo hagas? Esperaste a que me fuera porque sabías lo que diría.

—Ya está hecho y hemos conseguido avanzar mucho en la…

Se da la vuelta, no espera a que termine la frase. El portazo de la puerta del apartamento es tan fuerte que un cuadro se descuelga de la pared.

C a p í t u l o 7 8

Isabella

Dejo que pasen varios días en contra de mi voluntad. Quiero acercarme, pero creo que si le doy tiempo para calmarse, quizá consiga entenderme.

No me había dado cuenta de algo sobre Kásian, no hasta ahora: intimida de cojones. He intentado acercarme a él, pero la furia que desprende su rostro es aterradora. Temo que vaya a cerrarme la puerta. Temo que se haya acabado de verdad esta vez.

Me he cruzado con él dos veces, ambas por el campus. Tenía las heridas de los nudillos peor. Mañana vamos a trabajar con Redgrave y quiero hablar con él antes. Sí, le escribí que el Dr. Frankenstein no debe saber que estamos juntos, ni que a mí Kásian me importa, porque entonces podría pensar que mis decisiones no son objetivas

y acabar por sacarme del proyecto. Pero no sé si me ha leído. Probablemente no.

Me armo de valor y me paso por su piso, pero a quien me encuentro es a Dhário.

—No está, se ha ido al gimnasio. —Se mueve hacia un lado y con un gesto de cabeza me invita a pasar.

Yo no socializo. Todo el mundo lo sabe. Incluso el chaval aquel que en primero me preguntó «¿esta es la clase de introducción a programación?» al que contesté mucho después de que se hubiera ido, podría afirmarlo con seguridad.

Aun así, entro y cierro la puerta de su piso tras de mí.

Resulta que echo un poco de menos a Puck.

—¿Cómo tienes la costilla?

—Tiene pinta de que no me matará —camina hasta la cocina y pone dos vasos de agua.

Tendrá mucha sed.

—No te operaron, ¿verdad?

—No, la mayoría de fracturas de costillas no se operan, te administran analgesia y a tu casa. Es lo habitual siempre que no haya dificultad para respirar, para moverse, que no haya signos de

complicaciones internas y que el dolor sea manejable con medicación, porque se curan solas.

—Es verdad que son huesos largos y con buena capacidad de regeneración ósea —puntualizo acariciando a Puck que viene a restregarse contra mis piernas.

Quiero preguntar sobre Bhødie, pero no me veo capaz.

Dhário tiene pinta de haberse pasado llorando buena parte de los últimos días y yo soy la peor persona del mundo para consolar. Sobre todo a personas que apenas conozco.

Empuja uno de los vasos hacia mí y lo cojo, aunque no tengo nada de sed.

—No ha querido contarme lo que os ha pasado esta vez, pero ha debido ser gordo para alejarse de ti cuando todos estamos hechos polvo por Bhødie.

—Estoy intentando ayudarle y he aceptado hacer algo en la farmacéutica con lo que…

—Has acabado saliendo malherida, ¿no? —pregunta leyendo a través de mí.

—Apenas. No es nada en comparación con lo que tiene él.

—Ya, Isabella, pero es que él está jodido. Tú estás sana.

Dhário cae de cabeza a la lista negra de mis enemigos y suelto el vaso.

—Le he escrito una carta porque dudo que esté leyendo mis mensajes. ¿Puedo dejársela en la habitación?

—Esta es tu casa, Jenkins. Haz lo que tengas que hacer.

Puck me sigue. Creo que estoy a un paso de convertirme en la loca de los gatos.

Su cama está hecha, *como no*. Siempre ha sido muy organizado. Además, tiene muy pocas cosas. De hecho, si no fuera por alguna que otra camiseta de hockey y un par de libros, parecería que nadie vive aquí. «El único dinero que tengo a mi disposición es el que me dejó Edward al morir».

Habrá tenido que negarse tantas cosas.

Igual que de pequeño, imagino. Al menos ahora nadie le da palizas. Bueno sí, su propio cuerpo. Cierro los ojos y le pido a mi cabeza que se calle.

Voy a dejar la carta en la mesita de noche para largarme antes de ponerme a llorar como una magdalena, cuando veo un lazo blanco sobresaliendo del cajón de esta. Lo abro y… *es mío.* Lo reconozco, cogiéndolo entre mis dedos, aunque no recuerdo la última vez que me lo puse. Hace mucho.

No como la foto de la competición nocturna de programación que hice el cuatrimestre pasado. Está doblada de tal manera que ahora solo se me ve a mí. También veo la pelotita de espuma antiestrés que me compré en Amazon con forma de Puck, esa que no dejé de meterle en los cafés hasta que se me gastaron (venían doce en el paquete). Lo siguiente es un alfil que pertenece al set de las blancas, de la vez que jugué con él un mediodía soleado de tercero.

«—Sé jugar.

—No sabes nada, acabas de vulnerar a tu reina y el peón no se mueve así.

—Me tomo licencias porque soy novato, mueve.

—¿Sabes qué? Tómatelas. Voy a ganarte de todas formas».

Me ganó él. De novato no tenía nada, pero de tramposo un rato largo.

Veo el pósit amarillo garabateado con mi letra en el que se lee «te presto el mío si hace falta», del día que le dejé mi boli de la suerte, el que tiene un cerebrito en la punta. Reconozco el horrible llavero de peluche-microbio que le regalé por su cumple. El preservativo abierto que nunca llegamos a usar. Lo último que

encuentro es un código QR en un papel. Saco el móvil sorbiendo mis emociones y pulso en el enlace con dedos temblorosos. Es un audio.

«—Dilo otra vez.

—Cállat… stoy…urmiendo.

—¿Vas a ganar, Isabestia?

—Psss… sí.

—¿Quién es la reina del ajedrez, a ver?

—Judit Polgár.

Su carcajada suena suave, grave, íntima.

—¿Y luego?

Sonidos adormilados salen de alguien que suena mucho a mí.

—Deséame… suerte… Kási… Porf… porf…

—No la necesitas.

Suena un gemido débil, una queja.

—Joder. Vale. Si de verdad vas a seguir engañándote y fingiendo que necesitas esto: mucha suerte, Bella Jenkins, vas a fundirlos a todos. Porque eso es lo que haces con todo lo que te propones. Así de increíble eres.

—Kásian te… te…».

Se corta.

No tengo claro dónde dejo mi carta.

Ni si cierro el cajón.

Ni cómo salgo de su casa.

Lo que sí tengo claro es que estoy jodida.

C a p í t u l o 7 9

Kásian

Me abro las heridas recién curadas de los nudillos contra el saco de boxeo. La impotencia me aprisiona el pecho desde que me lo contó.

No he podido cerrar los ojos y creo que no voy a poder hacerlo nunca más.

No respondo sus llamadas, ni mensajes, así que llegada la tarde, se presenta en la pista de hielo y espera hasta que Landon dé por finalizado el entrenamiento. Apenas tenemos equipo, es la cosa más deprimente del mundo.

—¿Podemos hablar? —pregunta y he imaginado esto en bucle en mi cabeza.

Lo satisfactorio que sería pasar de largo. Ignorarla. Sobre todo cuando no hay putas palabras que transmitan lo que ha hecho.

Pero no puedo. No soy capaz. Está ahí, mirándome, nada más y eso es todo lo que hace falta. Lo sé. Oigo un «clic» en mi cabeza. Mi puerta siempre estará abierta para ella. Por mucho daño que me haga, aunque me destroce. La quiero. Más de lo que creí que un chaval que creció recibiendo palizas sería capaz de querer. Supongo que no estoy tan roto como pensaba.

—¿De qué?

—¿Leíste mi carta? —pregunta en tono dulce, suave, calmado.

—No.

«Kásian Snow, te vas a curar aunque tenga que darte mi puto corazón para que sobrevivas». *Por encima. De mi. Cadáver.*

—¿Por qué no?

—Tengo que ducharme, Isabella.

—Te espero.

¿Por qué? Quiero preguntar. Pero ya lo sé. Lo sé todo. Y no cambia nada.

Soy el último en entrar al vestuario y también el último en salir. Me la encuentro en el pasillo y una gran parte de mí puede imaginar lo que ha debido costarle no cruzar esa puerta y aguardar aquí.

Es escalofriante el poder que tiene sobre mí. El daño que me ha hecho no es nada con lo que podría llegar a hacerme.

Espera hasta que estamos fuera para empezar a hablar, lo cual le agradezco ya que es un tema que nadie más puede oír. Pero una vez comprueba que estamos solos, empieza a hablar antes de que bajemos los escalones de la entrada.

—En la carta que te he dicho antes, esa que dejé en tu habitación, te contaba el procedimiento que me hicieron y lo que m…

—¿Cuáles son los efectos secundarios? —No quiero interrumpirla, pero esa pregunta me lleva carcomiendo cada puto segundo del día desde que lo supe.

—Cansancio, dificultad para concentrarme, que me falte un poco el aire al subir escaleras, taquicardias… Vamos, lo mismo que siento cuando hago ejercicio. —Sonríe, pero yo quiero morirme.

Me aferro a la bolsa de deporte. Aprieto los dientes.

—¿A qué has venido, Isabella?

—Para ti soy Bella —dice más tajante—. Isabestia, en ocasiones. Pero no me llames Isabella. Tú no puedes llamarme eso.

Me siento en el primer banco que encuentro porque tengo débiles las putas piernas de oírla, de no tenerla, de saber lo que voy

a tener que hacer ahora. Exhalo. Me froto la cara, siento la tirantez de las heridas y cómo se abren las peores.

En cierto modo me alivia, el dolor es lo único que controlo.

—No voy a hablar más —afirma ocupando un sitio a mi lado—, porque no quieres oírlo todavía. Voy a esperar aquí, hasta que saques lo que tienes dentro. Hasta que digas lo que quieres decir. Y te voy a escuchar.

Aguardo los segundos que necesito, luego me armo de valor, la miro y se muestra paciente, expectante.

—¿Lo que necesito decir? —resoplo—. Eso es fácil. Y breve. Si vuelves a acceder algo así, no volveré a ver a Redgrave. Pase lo que pase.

Asiente y sigue esperando, ahora con los ojos un poco más brillantes y bastante más rojos. *Joder.* Exhalo despacio.

—Necesito que entiendas lo que nos has hecho, Bella. —Aprieto los puños para poder decirlo—. Mi nombre está al lado de cada una de tus marcas. *Yo* te he hecho eso. Y podrías… Podrías haberte jodido el cuerpo para siempre. Haber acabado con una dependencia médica de por vida. O algo incluso peor. —Cierro los ojos y aprieto los dientes. Noto su mano acariciando la mía por encima de las

vendas—. No podemos fiarnos de él. Lo sabes y aun así, vas y pones tu vida en sus manos.

—Tú lo haces.

—Yo no tengo nada que perder. Yo estoy enfermo. Es mi corazón el que es un error de la naturaleza, no el tuyo. La alternativa que tengo a dejar a Redgrave es aceptar que ya estoy muerto. Tú, en cambio, no pintas nada allí.

—¿Eso crees?

—Sí.

—Pues trabájalo con Leif —suelta arisca, cruzándose de brazos.

—¿Perdón?

—Pues eso. Que pinto más allí que el maldito Redgrave y es su puta empresa. ¿No quieres que vuelva a ofrecerme como sujeto del experimento? —Traga saliva. Espero un «pues vale, no lo haré» que nunca llega. Chista la lengua y bufa—. ¿Sabes siquiera lo que me estás pidiendo?

—Sí.

—Que acepte cuando la investigación se vuelva un callejón sin salida.

—Exacto.

—No deberías pedirme eso.

La agarro de la barbilla con brusquedad, atrayéndola hacia mí.

—No te lo pido, Isabella, te lo exijo.

—No. Deberías. —Me gruñe.

—Lo que debería hacer es llamar a tu familia y ponerles al corriente de todo. Tal vez lo haga. Estás loca y deberían estar al tanto. Eres un peligro para tu integridad física.

Su rostro se contrae con una pena desmedida y llora.

—Eres un… monstruo. —Arruga la nariz con rabia, se levanta, pero la sigo.

La cojo de la muñeca y de un tirón la pego a mi pecho. Ahora solloza con fuerza, con la misma con la que se aferra a mi camiseta. Intenta decir mi nombre, pero las sacudidas se lo impiden. Le acaricio el pelo y espero a que se calme, pero no lo hace, así que lo digo.

—Sé que me quieres, Bella. Aunque no seas capaz de decirlo. Cada movimiento de tu cuerpo y cada acción… lo gritan a pleno pulmón. Puedo esperar a que estés lista. Darte tiempo. O vivir sin oírlo. Puedo hacer todo lo que necesites, *min kærlighed*. Menos esto. Si no me prometes que Redgrave nunca te volverá a tocar, esto que hay entre nosotros se acabó.

Se aparta de mí, da media vuelta y se marcha con rapidez.

Sin mirar atrás.

Sin dejar de llorar.

Capítulo 80

Kásian

Cinco semanas después.

—¿Estás preparado, hijo? —pregunta Landon, que me ha citado en su despacho hace media hora.

—Sí, señor —afirmo con la esperanza de poder irme ya, tengo un hambre que me muero.

—Vas a jugar tu primer partido en la NHL antes siquiera de que te gradúes. Es un paso muy importante.

—Intento no pensar en ello para no ponerme nervioso.

—Lo entiendo, pero lo harás bien. Esto lo llevas en la sangre. Tienes talento natural. Además has estado practicando mucho con los Detroit Yellow Wings durante semanas. Estás listo.

—Gracias, entrenador. —*En el fondo es un buenazo.*

Si incluso vino a verme una de las veces, para darme indicaciones personales solo a mí. Se gana el aprecio de cualquiera.

Me da la enhorabuena otra vez y salgo de su despacho.

Dhário me espera fuera con una sonrisa de capitán orgulloso. Sé que quiere cogerme del cuello y hacerme una llave, o saltarme a la espalda o darme puñetazos por el brazo, pero se contiene. Es doloroso de ver. Más doloroso que mi paso por ese orfanato. Me trago mis mierdas, le hago yo una llave y suelta una carcajada.

—Eh, eh, abuso de poder. ¡Abuso de poder! —Se libera—. ¿Cuando seas famoso también le regalarás a Puck el merchandising para gatos que te den?

—Cuando sea famoso te compraré a Puck —digo y paladeo el pánico que se le dibuja en la cara.

—Eso no tiene ninguna gracia. Sobre todo, porque empiezo a dudar si se iría contigo gratis si se lo pidieras. Por favor, no me quites lo que más quiero.

—Oh, Joline, Joline. —Bajamos las escaleras de la entrada.

—¿Ya sabes cuándo te van a pagar? —sé por qué lo pregunta y no pienso fingir que no he estado haciendo números.

—Sí, dos días después del primer partido me darán lo prometido en el contrato. —*Que hayan adelantado la fecha de mi primer partido me viene muy bien.*

Cuantos más pueda jugar, más probabilidades tengo de poder dejar a Redgrave. Aunque tendré que dejarme la piel jugando para conseguir tanto dinero, por mucho que sea la NHL, soy solo un novato. Tengo que hacerme mi sitio.

—¿No crees que la sanidad debería ser gratuita como pasa en tantos países europeos?

Le lanzo una mirada asesina. Langley hace una mueca y se pasa una mano por la mata de pelo que tiene y sigue empeñado en teñir de verde.

—Tenemos examen de electroterapia y agentes físicos en cuarenta minutos. ¿Qué quieres hacer?

—¿No querías ir a comer a no sé dónde? —pregunto.

—Ahhh, sí, al restaurante vegano ese, que hace mucho que no vamos. *Mierda* —se palpa los bolsillos—. La cartera. Me la he dejado en el vestuario, ¡dame un momento!

La puerta vuelve a abrirse y cerrarse, y apoyo la espalda en la barandilla de las escaleras apretándome las sienes porque me he levantado con un pequeño dolorcillo de cabeza. Me tapo el sol con la

mano porque me está dejando ciego, sin importar lo mucho que esté intentando bloquearlo. La sensibilidad a la luz es una de las últimas consecuencias de la medicación.

Cada vez que me duele algo, pienso en ella.

Al principio creí que se alejaba de mí para poder seguir dejando que Redgrave hiciera con ella lo que quisiera. No hubiera podido perdonárselo. Ni perdonármelo. Se lo pregunté y dijo que no había vuelto a hacer nada así, después se esfumó y no hemos vuelto a hablar. El dolor de cabeza se agudiza.

—Joder —chisto cabreándome por lo que me duelen los ojos, siento agujas del puto sol y la cabeza…

—Los americanos sois unos blandos —dice una voz masculina con un ligero acento cortante.

Casi me parto el cuello girando la cabeza en su busca. Le veo ahí parado, con un par de muletas a cada lado, a unos escalones de distancia. Tiene un aspecto… *terrible*. Tiene una de las piernas escayoladas. Los moratones de su rostro se han vuelto lilas.

—Bhødie.

—¿Me has echado de menos, Snow?

Trago saliva y reduzco la distancia que nos separa.

—Todos lo hemos hecho.

—No me mires así, tío, que no me he muerto.

Reconozco bien el dolor que hay detrás del tono alegre, pero finjo que no porque si él está haciendo un esfuerzo, yo también. Me niego a preguntarle cómo está o si está bien, siempre he odiado esas mierdas, así que tardo en que se me ocurra algo.

—¿Quieres venirte a comer algo con Langley y conmigo? Vamos a ir ahora, antes de un examen.

—No, me están esperando mis padres. He venido a por un par de libros, pero ya los tengo. —Mueve la cabeza para señalar la mochila a su espalda—. Estoy saltándome las clases y estudiando directamente para los exámenes. Necesito tomarme un tiempo, ya sabes. No estoy muy sociable, la verdad.

Asiento.

—Este sigue siendo tu equipo. Tu sitio. Solo para que lo sepas.

Sonríe y esta vez la calidez llega a sus ojos, los enrojece y los vuelve brillantes.

—Lo sé, es solo que… —carraspea, su voz suena forzada—. Quiero descubrir quién soy lejos del hockey. Averiguar si he perdido mi personalidad entera o no.

—No.

—¿Eso crees?

—Lo sé.

Parece sorprenderle. Tal vez no se conozca tan bien, al fin y al cabo. Lo acompaño al coche porque quiero reunir el valor para decirle algo más.

—Ah, gracias por dejarlos en el hospital, me ayudaron mucho —dice cogiendo algo de su bolsillo, apoyándose la muleta en el pecho como un experto—. Toma.

Son mis cascos. Se los cojo. Aunque quiero regalárselos, sé que ahora no es el momento.

—Mucha suerte en el partido de la NHL. Estoy seguro de que vas a ser una leyenda, Snow.

—Gracias, Hayes.

—Nos vemos.

—No te compadezco —suelto antes de que se vaya—. No te tengo lástima. Siento mucho lo que te ha pasado. Me duele. Es una putada. Pero no voy a tenerte lástima. Nunca.

—Pues debes ser el único —se le escapa una lágrima y se la limpia con el hombro—. Yo me la tengo.

—No pierdas el tiempo en eso. O piérdelo unas semanas, si necesitas hundirte. Pasar el duelo. —Le pongo una mano en el

hombro—. Vas a hacer cosas muy grandes en la vida, Hayes. Esto solo acaba de empezar.

Se va y no sé si la he cagado. Igual no debería haber dicho nada. Cerrar la boca siempre se me ha dado mejor que dar consejos o consolar.

Me reencuentro con Dhário en las escaleras y pregunta:

—¿Dónde has ido, tío?

No tengo oportunidad de contestar.

Me desplomo.

C a p í t u l o 8 1

Isabella

Vuelvo al baño cuando el dolor de estómago me retuerce los intestinos ensañándose conmigo como si fuera su puta peor enemiga. *2, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 19, 23, 29, 31…* Miro la notificación bancaria que recibí hace menos de veinticuatro horas, de Naomi. Imagino que discutir con Kásian justo antes del partido más importante de su vida sería de ser una zorra total. Pero desearía poder decirle que…

—¿Estás bien? —pregunta Leia desde el sofá.

Estamos solas porque Candy se ha ido por ahí con unos amigos. Ni idea de quiénes son. Ni idea de dónde saca tantos amigos. *Sobre todo teniendo en cuenta los rumores que he oído sobre que las gimnastas, que no son Candy, son unas verdaderas arpías.*

—Muy bien.

—No tienes buena cara. O sea, no quiero decir que no estes guapa, tú siem… —se frena y deja de justificarse—. ¿Qué es eso?

Bloqueo el móvil para que el vídeo se pause y no me delate, pero ya es tarde. Mi amiga sonríe como el gato ese de la peli esa de la niña esa que se cae por el agujero ese.

—¿Estabas viendo partidos de la NHL porque Kásian va a jugar su primero en menos de doce horas?

—¿Sabes lo orgullosa que estoy de ti porque ya no te justifiques?

—¿Evades mi pregunta?

—¿No?

—Tienes miedo de que le pase algo a Kásian. Confiesa.

—¿Qué? ¿Por qué iba a pasarle algo? Él está bien. ¿P-por qué has dicho eso?

—Claro que lo está, cálmate, Isa —sonríe con dulzura—. Me refiero a que temes que lo rompan como le ha pasado al pobre Bhødie Hayes. Pero te recuerdo que es tu mamut, es difícil que consigan hacerle algo así.

Quiero a Leia. Mucho. Como la hermana que nunca he tenido. Pero la verdad es que oír ese mote tan íntimo, una cosa tan *nuestra*,

en sus labios, no me gusta nada. Mi personalidad antisocial aflora por momentos. *Me ves aquí junto al sofá, pero mentalmente ya estoy encerrándome en mi habitación.*

—¿Vas a ir a verle?

—No —*lo sé, no lo sé.*

—Deberías.

—Yo… —*me muero de ganas, esa es la verdad y puede que tenga el billete de avión comprado desde hace siglos, pero no haya dicho ni mu porque ya no nos hablamos.*

También tengo otro de autobús, por si pasara algo con la aerolínea.

—Tienes unas horas para decidirlo. Yo solo digo que te iría bien algo de descanso. Va a volver a darte un episodio de vértigo cervical con todo lo que trabajas. No finjas que no te pasas las noches de nuevo en tu escritorio, que este apartamento es muy pequeño y sé más de lo que crees.

—Tenemos exámenes. ¿Q-qué iba a hacer si no?

—Estudiar para huir de tus sentimientos, pero puedo fingir que solo eres una empollona si quieres. Tengo grandes dotes de arte dramático. Aunque si te interesa saberlo, da la casualidad de que… —me enseña el portátil que ha tenido en su regazo todo este tiempo

—, aquí aparecen unos cuantos vuelos que casi parecen aterrizar en el estadio. Pero sin presiones. Me gusta tu lazo, por cierto, hacía tiempo que no te lo ponías.

C a p í t u l o 8 2

Kásian

El vuelo pasa rápido. Mis pies se mueven solos.

He hablado con tanta gente nueva en la última hora que desearía poder encerrarme en una sala y no hablar con nadie hasta el partido. Pero no es posible, así que sigo a la gente que ha venido a recogerme. *Y eso que ya me conozco el camino de sobra.*

Finjo que soy un tío normal. No tardo mucho en pensar que igual no se me da muy bien cuando la encargada de darme el pase y demás me pregunta, «tú no hablas mucho, ¿no?».

La veo, ¿sabes? En el aeropuerto. Pero no es ella, es la mujer que ha venido a buscarme. Su pelo ni siquiera es del mismo tipo de rubio. Me pasa lo mismo con otra chica, pero resulta ser una

estudiante de instituto que no viene al partido, pero sí es fan y me pide una foto.

Al llegar, saludo al equipo que ya conozco bien, y una vez más me alegra no ver a Ted Archedon entre ellos. Las luces siguen siendo cuchillas más afiladas que las de mis patines, pero hace veinte minutos me he tomado la medicación y espero que me dejen cumplir mi sueño en paz.

—¿Nervioso? —pregunta Timas Orlen en el vestuario, al que le gusta jugar al golf los findes.

No se lo vamos a tener en cuenta porque es buen tío.

—Un poco —digo terminando de ponerme todas las protecciones.

—Tu niño interior no se lo cree, ¿no?

—Más bien. Está acojonado y eufórico a la vez. No deja de gritarme dentro.

—Es normal tío, nos pasa a todos. Muchos entrenadores advierten que al llegar aquí te desilusionas porque es más duro de lo que parece y menos gratificante.

—¿Y lo es?

—Joder, no. Es una puta pasada. —Se ríe—. Los que pueden hacen y los que no, hablan. Dalo todo ahí fuera, Snow. Como si

estuvieras en tu casa.

—Gracias, Orlen.

Nos dan un par de gritos. Toca salir de los vestuarios. Exhalo despacio. Cierro los ojos un segundo, solo para ver los suyos. Me guardo la cinta negra que ya no puedo llevar cosida en el guante y me la guardo en el bolsillo. *Puedes hacerlo acojonado. No importa que tengas miedo.*

Me pongo en marcha y sigo al resto.

El estadio ruge con tanta fuerza que hasta vibra el ambiente. El hielo parece estremecerse bajo las cuchillas de mis patines. Me tiembla el cuerpo de la adrenalina y la euforia. *Está pasando de verdad. Voy a jugar un partido como parte de la NHL.*

El ruido se vuelve ensordecedor enseguida y el capitán del equipo tiene que llamarme dos veces para que lo oiga. Llego jadeando y un par se burlan creyendo que es por los nervios. Ojalá. Llevo ahogándome desde la primera de las tres veces que he perdido el conocimiento en las últimas setenta y dos horas.

Me coloco en mi zona mientras recorro las gradas con la mirada. Todo lo que soñé está aquí, en este estadio, en la equipación que visto, el stick que sujeto. La National Hockey League es mía. Y aun así siento que mi deseo no está completo. Escribí una cláusula en el

contrato el día que la conocí a ella, al llegar a North Star, y su incumplimiento significa esto no es todo lo que…

A mi derecha, a través del plexiglass que enjaula la pista, veo a alguien que se parece a ella. Una chica golpeando dicho material. *Ya van cinco desde que me he bajado el avión, a este paso le pondré su cara al entrenador del equipo.*

Empieza el partido de los Detroit Yellow Wings contra los Florida Bears.

Los primeros minutos se convierten en una pesadilla cuando son ellos quienes estrenan el marcador, aprovechando la velocidad de su extremo derecho, Oscar Wanzugh, que atraviesa la línea defensiva antes de que logremos reaccionar.

Ya sabíamos que ese jugador sería un dolor de cabeza, pero no por eso jode menos. Ajustamos nuestra estrategia a un sistema de bloqueo escalonado para frustrar sus ataques posteriores, tal y como practicamos.

Los irritamos de cojones. Gracias a eso, empiezan a cometer errores. Por desgracia, logran adelantarse de nuevo cargando con un *penalty kill* a los hombros.

La ventaja les dura poco.

Cooper recupera un pase perdido en nuestro zona neutral y entonces lo hace. Echa el stick hacia atrás como si se hubiera convertido en un bateador, golpea el hielo justo antes del puck, el stick se flexiona y cuando hace contacto con el disco, lo lanza como un puto misil. Su *slapshot* imparable desde la línea azul, es inequívoco. *Boom*. Acorta la diferencia del marcador en un segundo.

Lo celebramos como si hubiéramos ganado ya el partido.

Nuestro portero salva otra jugada crítica, frenando el puck con el bloqueador antes de que cruce la línea de gol, provocando una reacción eufórica en las gradas de todos los que van con nosotros.

Recibo el puck tras una salida limpia de nuestra zona defensiva y avanzo con velocidad hacia el territorio rival. Esquivo una embestida del gorila de Wallace Traselhof y le hago un pase a Nathan por la banda izquierda.

Nathan avanza y me devuelve el disco en un pase cruzado preciso.

Lo transfiero a Timas.

Él atrae la defensa de los Florida Bears, se le echan encima como hienas.

Me devuelve el puck en un pase corto, rápido y lleno de tensión justo frente al *crease* del portero rival. Estoy al borde de la línea

azul. En el límite permitido.

El sudor resbala por mi espalda, siento náuseas, la visión borrosa y a su vez, es el momento más emocionante que he vivido jamás en el hielo. Ejecuto un rápido *wrist shot* hacia la portería. El puck pasa velozmente colándose entre las piernas del portero rival, golpeando el fondo de la red.

Igualando el marcador.

El estadio estalla en gritos y aplausos. La adrenalina explota en mis venas. Cooper, Orlen, y todos los de mi propio equipo me empotra contra el plexiglass a modo de celebración. El aire se me corta de golpe al darme la vuelta para mirar al público y encontrarme cara a cara con…

—Bella.

C a p í t u l o 8 3

Kásian

Está aquí de verdad.

Sonríe con los ojos llorosos, con los labios, con todo su cuerpo. Lleva una camiseta amarilla como la mía, con el número sesenta y uno en los hombros. *Y está aquí. Ha cogido un avión solo para venir a verme y animarme.*

—¡Machácalos! —grita antes de que alguien de mi equipo tire de mi camiseta para recordarme que seguimos jugando.

Pero yo quiero salir ahí y besarla.

—¿Tu chica? —pregunta Timas patinando a mi lado.

—Ojalá.

Juego con todo lo que tengo. Con todo lo que no.

El árbitro tiene que mediar cuando un par se pelean, pero no se pierde mucho tiempo. El rival, Ashlater, que ha intentado zurrar a Nathan, ha perdido un diente, eso sí, pero sin pena ni gloria.

Seguimos empate al llegar al último periodo del partido. Faltan pocos minutos para que acabe, lo cual es una pena.

La tensión escala con cada segundo que nos acercamos a la prórroga. La línea ofensiva se mantiene sólida pese al desgaste del partido. ¿Y el público? Ellos esperan un último gol y no sé si podremos dárselo.

La visión me sigue fallando en intervalos cortos, pero desde que sé que ella está aquí conmigo, nada me duele igual. Cada vez que mis pulmones se quedan sin aire, giro la cabeza unos centímetros para verla y sigo patinando rebosante de puta energía salvaje.

Sigo el ataque de Warren, Cooper y Carlyle, y me uno. Zigzagueamos entre los Florida Bears que, pese a estar dispuestos a derribarnos a toda costa, no lo consiguen. El puck avanza por el hielo sin freno.

Entonces el stick de Ashlater golpea el lateral de mi pierna. Las protecciones amortiguan el impacto, pero el dolor sube directo hasta mi rodilla. Un segundo después Oscar Wanzugh me embiste contra el plexiglass y pierdo a Carlyle y al resto.

Desde allí, veo como le hacen un pase rápido a Orlen. Timas dispara desde le punto ciego del portero con toda la fuerza que puede reunir. El puck se desliza como un proyectil sobre el hielo. Atraviesa las defensas del portero y golpea el fondo de la red.

Gol.

Los Detroit Yellow Wings ganamos el partido.

El estadio rompe en un rugido ensordecedor. El tiempo se detiene, pero yo no. Alzo el stick, los brazos y busco inmediatamente a Bella entre la multitud.

La veo gritando, corriendo hacia mí desde la otra mitad del estadio.

Min kærlighed.

Patino y el hielo se mancha de sangre bajo mis pies, aunque yo no lo veo. Cualquiera podrá comprobarlo en el vídeo que publicarán en internet, pero yo ya no estaré aquí.

Porque nunca estuvo escrito para mí tenerlo todo.

Mis patines ya no se deslizan tan rápido. Ella no deja de correr, pero no puede hacerlo más deprisa que la muerte. Trago saliva que sabe a sangre. El último sonido que escucho antes de que todo se vuelva negro es mi nombre, desgarrado, pronunciado por su preciosa voz.

Bella.

Cuando mi cuerpo toca el suelo, yo ya no estoy allí.

C a p í t u l o 8 4

Isabella

A mí el hockey ni fu ni fa, ¿sabes lo que te digo? A mí me das a elegir entre un partido de mazados en patines o uno de ajedrez y es que no tardo ni un segundo en enfundarme en mi disfraz de reina.

Así que no entiendo por qué esto es lo más alucinante que he vivido nunca. El corazón se me va a salir por la boca. Kásian está que se sale. No paran de pasarle el disco. O igual es que está en todas partes. *Es increíble. Es buenísimo. No me extraña nada que lo quieran aquí.*

El pase del tal Orlen es tan BRUTAL que empiezo a correr antes de que el puck entre en la portería. Sé que va a entrar. Sé mucho de física. *Va a entrar cien por cien.* Los gritos eufóricos me lo confirman escasos segundos después.

—¡Kásian! —grito eufórica, aunque no me ve porque estoy al otro lado de la pista.

Mi corazón late desbocado, seguramente sincronizado con el suyo. Porque lo he visto: el último golpe del agresivo Wanzugh. Pero se ha recuperado. Y lo ha hecho *tan* bien, además, ¡lo ha conseguido! Ha jugado su primer partido en la NHL. Tenemos mucho que celebrar.

Su mirada no busca a nadie de su nuevo equipo, sino a mí y sus ojos no dejan de buscar hasta que me encuentran. Cuando lo hacen, me tocan como sus manos no pueden. Corro aún más deprisa. Él patina en mi dirección. Sonríe y yo también. *Pienso abrazarte y luego no soltarte.* Se me mueven las gafas así que tardo en ver la sangre brotando de su nariz. En el hielo. En su ropa.

Se me enfría el cuerpo.

¿Qué le está pasando a su corazón? *El golpe.* No, no. Ha sido leve. Nada que ver con lo que pasó en Arizona. Oigo mis propios latidos ralentizándose con una verdad.

«Ahora», dice la voz de mi madre en mi cabeza. *«Es ahora cuando te despides de él para siempre, Isabella. Has fracasado. No has podido salvarle. No has hecho suficiente por él. Tanto no le querrías».*

Me arden las piernas, pero voy demasiado despacio, soy demasiado lenta. Kásian ya no patina con las suyas. *«No sabes lo que me cuesta fingir que no te quiero».* Sus ojos negros me engañan haciéndome creer que todo irá bien hasta que se desenfocan, perdiendo el brillo.

Es tan rápido como un parpadeo.

—¡Kásian! —grito a pleno pulmón, pero nadie me oye, ni me ve —. ¡NO!

Sus labios murmuran una palabra que no oigo, su cuerpo pierde tensión y cae a peso sobre el hielo. Me ahogo. Es espantoso. No llegué a tiempo para salvarlo de ese orfanato, ni para llorar la pérdida de su mejor amigo, ni para la de Edward.

Y tampoco voy a llegar a tiempo esta vez.

El público sigue vitoreando, con la atención fija a lo que pasa al otro extremo del hielo. La sangre se derrama a sus anchas. Los aplausos se vuelven el eco de la melodía más perversa y retorcida del mundo.

C a p í t u l o 8 5

Isabella

Tengo su mano agarrada mientras avanzo a paso ligero junto a la camilla que se desliza a toda velocidad por los pasillos del hospital. Me aferro a sus dedos con fuerza, como si pudiera anclarlo a la vida, pero tiene los ojos cerrados y los especialistas no dejan de decir palabras aterradoras. Luego lo alejan de mí. Me lo arrebatan. Lo adentran en zonas a las que no tengo acceso, y me quedo sola en este pasillo. En el mundo.

C a p í t u l o 8 6

Isabella

Pasan horas hasta que alguien viene a decirme algo. Es de madrugada. Si las lágrimas ya se me han secado en las mejillas, no entiendo cómo siguen húmedas. Me levanto de inmediato de mi asiento.

—Kásian ha sufrido una serie de arritmias graves —empieza un señor de bata blanca que tiene pinta de ser el jefe del cotarro. Luego me habla del síndrome de Holt-Vyerson y desearía borrar esas dos palabras de la faz de la tierra—. Hemos conseguido estabilizarlo, pero su corazón está muy débil.

—¿Puedo verle? —pregunto esperanzada.

Asiente despacio y se da la vuelta. Me sorprende. *¿De verdad que puedo?* Lo sigo mientras habla, imaginando que podrá guiarme

además de decirme todo lo que ya sé.

Si creía que lo más aterrador había quedado atrás, en el hielo, me equivocaba. Ver a Kásian conectado a un millón de cables, un puñado de máquinas y un montón de tubos es lo más horrible que me he tragado nunca.

Su pecho sube y baja muy despacio.

Su rostro está pálido de narices.

Él ladea la cabeza y me mira porque todavía sigue ahí. *No me lo han quitado, está vivo, aquí, conmigo.*

Me deshago en lágrimas al cogerle la mano que ya no parece tan firme y grande. Y esta vez de verdad, con todo lo que tengo. Casi parece que no haya llorado ni una sola vez desde que supe la noticia.

Entierro la cara en su cuello y le abrazo con fuerza. Es él y a su vez, es una sombra de sí mismo que ha venido a acabar conmigo.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué me has asustado de esta manera?

—Lo siento —dice cuando le miro. Sonríe de forma dulce y triste, acariciándome la espalda como si solo pudiera pensar en que estoy aquí con él—. Hemos ganado el primer partido.

Asiento mordiéndome el labio.

—Sí. Y no va a ser el último.

—Bella…

—Te prohibo que me dejes antes de tener una vida juntos. ¿Me oyes? Nos lo merecemos.

—Nada me gustaría más.

—Perfecto, porque es lo que va a pasar —digo mientras me tiembla el labio inferior—. Se nos han repartido unas cuantas cartas malas, pero no todas. Tú has sido mi favorita desde que te conocí. He tenido mucho miedo porque tú… tú lo eres *todo.* Y yo tengo muchos defectos, entre ellos, un terror voraz a que me abandones. Pero lo que dijiste de mí es cierto, Kásian, y no quiero que te pases la vida sin oírlo. Te mereces oírlo cada segundo.

—Dilo —ordena, como no podía ser de otra forma.

—Te quiero, Kásian —suelto y él me mira como si acabara de empujarlo tras la línea de meta de una carrera que lleva corriendo toda su vida. Me rompe entera—. Te quiero más de lo que puedo llegar a comprender. Te quiero como para desear cambiarte el sitio. Te…

Sus labios colisionan con los míos y me hace suya como si el mundo se estuviera acabando. Es un beso asfixiante y el único aire

al que voy a tener acceso, es perfecto. Sabe a él, a mí, a nosotros. A todo lo que anhelo. Me reclama con su boca y yo se lo doy todo.

Sus manos no agarran mis mejillas con la habitual fuerza y tampoco me pasa por alto que le tiemblan, pero la voracidad, el hambre insaciable sigue ahí y es un torrente de energía que aviva las llamas de mi corazón.

El pitido del monitor acelerándose me asusta y me separo con los labios vibrando.

—¿Qué es eso? ¿Te encuentras mal? ¿Llamo al médico?

—Eres tú, min kærlighed —tira de mí con una sonrisa y vuelve a besarme, a apretarme contra sí.

Min kærlighed. Acaba de llamarme mi amor en danés.

Su corazón golpea contra mí con fuerza, parece estar bien, parece estar de nuestra parte. El beso se vuelve dulce. Este ya no es un grito, es un susurro. Una caricia a mi puñetera alma.

—Esto solo es un bache más. Vamos a dejarlo atrás y a seguir avanzando juntos.

Me acaricia el rostro con suma dulzura. Creo que esa va a ser su única respuesta a mis palabras, hasta que suelta algo horrible.

—Bella, vete a casa.

Tardo unos segundos en procesar esas cuatro palabras.

—¿Qué?

—No te quedes a verlo. —Sacude la cabeza—. Vete.

Oigo como ciudades enteras se derrumban en mi cabeza.

—No puedo irme —jadeo.

—Tienes que hacerlo —pide endureciendo la mandíbula, sus pulsaciones acelerándose.

—Lo que tengo que hacer es decirte cuánto te quiero. —Sonrío —. Tengo que llevarte de vuelta conmigo a North Star. Todavía no hemos acabado aquí. Te quiero, ¿vale? Y voy a repetírtelo hasta que cumplas los sesenta y te hartes de oírlo. Incluso después que eso, porque así de irritante soy.

Me atrae hacia él como si viera lo mucho que me estoy rompiendo.

La urgencia que mana de él me quema desde dentro. Hasta que empieza a quedarse frío. Sus manos dejan de agarrarme la mejilla con posesividad y me suelta por completo. Los enfermeros entran al oír mis gritos.

C a p í t u l o 8 7

Isabella

Me levantan del suelo y me sacan de allí, pero no me llevan con él.

El pitido de la máquina es lo único que se queda conmigo, en mi cabeza.

Al intentar conseguir un crédito bancario, no conseguí nada. No podía contárselo a mi hermano porque, conociéndolo, Adler habría puesto en venta hasta sus bóxers con tal de ayudarme. *Y aun así, no habría bastado.* Así que pedí ayuda a la mujer de su vida.

Fue Naomi la que pidió el crédito bancario, la que asumió la deuda, la que me permite suplicar a los médicos que sigan adelante con la única opción que tenemos ahora entre manos. La operación es más cara de lo que tengo, pero el hospital me dará algo de

tiempo. *Haré lo que sea.* Me encargo de dejárselo claro a todo el que escucha.

Lo preparan para la operación de urgencia y lo suben a quirófano de inmediato.

Candy, Leia y Dhário están aquí para entonces y eso que se habrán perdido algún examen, teniendo en cuenta la época del año que es. A la Isabella del pasado le parece una locura. Más todavía el hecho de que sus vidas académicas no parecen importarles en absoluto. ¿A la Isabella del presente? Ella apenas puede mostrar emociones.

Puck también está con nosotros. No tiene ni idea de por qué el ambiente es tan deprimente, aunque las razones no suelen importarle para dar mimos. Es un gato muy empático.

El grifo de mis lágrimas se ha cerrado, por completo. El canal está seco y siento el cuerpo entumecido. Estoy aquí, pero es como si no lo estuviera.

«Un setenta por ciento de probabilidades es un porcentaje muy alto» dice Candy, a lo que Leia le pone una mano en la pierna y sacude la cabeza, dispuesta a explicarle que no lo ha entendido bien. Pobre. Se va a llevar un chasco.

La realidad es que tengo un setenta por ciento de probabilidades de no volver a verlo. De no volver a besarlo. De que el siempre-calentito cuerpo de Kásian Snow no vuelva a ser mi refugio, mi lugar seguro, mi hogar. De que su inmenso cuerpo de mamut pase a ser una herida abierta que sangre hasta el día en que yo me muera. De que tenga que hablarle a la gente de él en pasado.

¿Pero a qué gente? Si el único que me ve es él.

Mi mundo gira en torno a él y solo ahora me doy cuenta.

He desperdiciado mi tiempo con los libros. Cambiaría todo lo que sé porque volviera. No quiero ser nada más que suya. Miro el portátil abierto a mis pies, con el fracaso de programación y el logo de BHAUREUS en la esquina.

Debería haberme arriesgado más. Haberme ofrecido como voluntaria para más pruebas. *Pero le hizo tanto daño saber lo que había hecho por él que no pude…* Le odié por la posición imposible en la que me puso. Ojalá pudiera seguir haciéndolo ahora.

—¿Sabes lo que van a hacerle? —pregunta Candy en un susurro suave, junto a la máquina de café.

—Matarlo —respondo.

—¿C-cómo dices?

—Literal. Le paran el corazón cuatro minutos. Extraen toda su sangre. La filtran, la llenan de anticuerpos experimentales que tal vez den resultado y luego…

—Luego neutralizan las cápsulas restantes para que no estallen y lo reaniman. Entonces esperamos a que despierte —concluye Dhário, que no está tan dormido como yo pensaba.

Una virguería de la ciencia.

Una apuesta arriesgada en la que él se juega todo.

Dhário me da un toquecito en la pierna con la suya.

—Sé que eres científica, pero ten un poco de fe.

La tengo.

No sé a quién suplico. A quién le rezo. Pero en mi cabeza solo hay una plegaria: que me lo devuelvan. Que me lo traigan de vuelta.

C a p í t u l o 8 8

Isabella

El aire fresco me da en la cara. Desde la azotea del hospital solo se ven pisos. No son unas vistas bonitas, pero el cielo está despejado. Los colibríes cantan como si nada. ¿Cómo se atreven? Ojalá se extingan.

«—¿Por qué te gusta tanto el ajedrez? —me pregunta robándome una cucharada de la tarta de limón que he cogido, pese a que a mí no me dice nada.

—Te preparas, formulas tu estrategia, pero hay un alfil que infravaloras, no ves venir la trampa y quince movimientos después te hacen jaque mate. La vida es así. Siento que el ajedrez me…

—¿Prepara para enfrentar futuros conflictos?

—Sí. Exacto —afirmo dándome cuenta de que esta cita-no-cita es lo mejor que he tenido nunca.

Solo hemos cogido un par de cosas y nos hemos sentado a cenar en un banco del campus.

No es para tanto.

O no debería ser para tanto.

Odio lo bien que me hace sentir sin esforzarse siquiera, solo por existir. Es un cretino de narices. Kásian me acaricia las piernas que tengo sobre las suyas y quiero que me pida ser su novia, aquí y ahora.

Cojo otra cucharada de pastel porque él deja de comer si yo no lo hago y me pregunto qué clase de problema tienen sus papilas gustativas para gustarle esta cosa.

—¿Por qué te gusta a ti el hockey?

—Porque es lo único que se me da bien. Lo único para lo que valgo.

Le miro con el ceño fruncido y él me lo suaviza con el pulgar, con una sonrisa en los ojos. Le doy un manotazo.

—Isabestia… —algo mucho más picante inunda la oscuridad de su mirada, pero yo sigo en shock.

—¿De verdad no has visto la determinación que te sale de dentro cuando estás en el hielo? Eres letal. Eres la persona más disciplinada que conozco, pero debes haberte dado muchos golpes en la cabeza para no ver que podrías hacer cualquier cosa que te propongas con esa disciplina. Kásian, tú puedes ser quien quieras ser.

Traga saliva y su mirada cambia. Me hace dudar si es la primera vez que oye esas palabras. Me proclamo la encargada oficial de recordárselo. Como todos los ascensos a cargos importantes, viene con mucha más responsabilidad y una casi-inexistente bonificación monetaria, pero estoy preparada para asumir el rol. De hecho, diría que he nacido para esto».

Abro los ojos, pero yo ya no estoy allí, con él. Detesto este sitio y todo cuanto me rodea. *Voy a pasarme la vida viéndote hasta en el puto viento. ¿Qué clase de vida me espera?*

—Esto no sé si voy a poder perdonártelo.

Me doy la vuelta y veo a un chico que ha salido del ascensor a un par de metros a mi espalda.

—Adler. —Se me caen los hombros. Mis pies se fijan al suelo—. ¿Qué haces aquí?

—Debo ser un hermano mayor de mierda para que hayas decidido pasar por todo esto tú sola.

—No lo eres. —Sacudo la cabeza, sintiendo las lágrimas acumularse en mi garganta.

Lo soy yo. Tú siempre has sido el normal, el popular, el guay. Yo siempre he sido la defectuosa. Nos abandonaron por mí, no por ti.

Por eso me duele todavía más el reproche tan grande hacia sí mismo que leo en sus ojos. Crecimos con un buen padre, una buena persona que se sintió culpable cada día por no haber podido hacer feliz a su desequilibrada mujer. Uno que no supo que sus hijos crecerían de la misma forma.

—Le pediste el dinero a Naomi —exhala y se le hunde el pecho —. Intentaste pedir el crédito por tu cuenta.

—Lo siento.

—No me llamaste. No recurriste a mí. Tu mejor amigo está enfermo de cojones y he tenido que enterarme viéndolo por televisión. Por televisión, Isabella. Viéndote a ti correr hasta él y entrar en el hielo. ¿Sabes lo que duele eso?

No puedo discutir con él ahora.

Sobre todo porque tiene razón.

Hice que su alma gemela le mintiera y se lo ocultara todo cuando se supone que la familia está ahí para apoyarte en los momentos duros. Y sé que mi abuelo, mi padre y mi hermano, lo habrían hecho, pero no les di la oportunidad. Porque una persona me abandonó y desde entonces mi miedo me convenció de que tengo que hacerlo todo sola.

Pero no es así.

Adler me rodea con sus brazos y vuelvo a llorar.

Ahora tengo ocho años, es mi cumpleaños y echo de menos a mi madre. Tengo dieciséis y la he visto en el jardín de atrás. Ha venido a pedirnos dinero, pero no quiere vernos. Crezco un poco más, me entero de que tiene otra familia. Pasa el tiempo, voy a verla en secreto y la espío con dicha familia.

Estoy sola, siempre sola.

Salvo que Kásian está conmigo. Es quien me consuela cuando se presenta de imprevisto. Cuando la sesión con Lucca me deja demasiado hecha polvo como para que pueda hacer mis deberes. Es el que siempre está cuando echo a todo el mundo fuera de mi órbita. Es el que consigue abrir la puerta por muchas veces que yo se la cierre en la cara.

Es mi roca. Y yo he sido la suya.

Y si me lo arrebatan, no sé cómo *ser,* ni cómo voy a enfrentar nada a partir de ahora. Pero lo más importante es que no quiero averiguarlo.

C a p í t u l o 8 9

Kásian

Miro a Edward, sentado conmigo en la terraza de su bar. No sabría decir qué época del año es, pero la brisa es agradable y las flores de colores intensos adornan los maceteros.

Le miro y le digo lo que soñé decirle desde la primera vez que le hablé del hockey.

—Lo he conseguido. He jugado para la NHL.

—Sí, hijo, ya lo he visto —sonríe de esa forma sincera que curva sus ojos como dos lunas crecientes, poniendo su mano sobre el dorso de uno de las mías.

—Ha sido un buen partido, ¿no? —Sonrío también—. Y tú estabas conmigo —levanto la cinta negra que aparece en mi mano.

Juraría que no estaba ahí hace un momento. Dudo si puedo hacer aparecer todo cuanto desee.

—Podrías hacerlo mejor.

—¿Me estás presionando? ¿En serio? ¿Aunque sea un novato? Increíble. Antes decías que me acabaría rompiendo todos los ligamentos si seguía entrenando tan duro, ¿qué ha pasado con eso? ¿No quieres que descanse? ¿No crees que ya he trabajado suficiente?

—No es tu momento, Kásian.

—Tienes que volver —esto lo dice otra voz, una a nuestra espalda.

Me doy la vuelta y veo a Ashtan. Pero no está como el día que le vi dar su último aliento. Está bien y ha crecido mucho. Él también me sonríe.

Tenemos mucho con lo que ponernos al día.

C a p í t u l o 9 0

Isabella

Me duele el corazón de lo rápido que me late.

La espera es agónica.

Adler me confiesa que ha llamado a papá y al abuelo, que llegarán de aquí a un par de horas. Ni siquiera muestra remordimiento. La mirada acuosa de Naomi tampoco me pone las cosas fáciles.

Una gran parte de mí desearía estar sola, por terrible que suene, porque no sé qué va a pasarme cuando los médicos me digan que ha fallecido y no quiero hacerles daño. Pero es que la suerte nunca está de mi parte. He tenido que trabajar durísimo por cada ínfima cosa buena que he conseguido. ¿Y ahora se supone que debo dejar en manos de otros lo que más me…?

—¿Kásian Snow? —pregunta una doctora con aspecto de cirujana al entrar en la sala de espera.

Todos nos ponemos en pie a la vez.

Al principio no entiendo lo que dice, como si hablara en otro idioma, hasta que Dhário se coloca a mi lado y dice:

—…una investigación con él. Usarlo como una cobaya humana con tal de dar con algo que tuviera una mayor probabilidad de éxito… BHAUREUS… Redgrave…

Mi cabeza no es capaz de conectarse del todo a lo que pasa. No logro seguir la conversación. El «¿qué cojones?», de Adler o el «¿de qué coño están hablando?», de Leia suenan amortiguados, lejanos.

Pero a la doctora sí la oigo bien cuando dice:

—Pues está claro que el médico que lo trató estuvo haciéndole muchas cosas al corazón anómalo de Kásian, pero dudo que sus intenciones fueran curarlo. —Aprieta los labios con rabia—. Todo indica a que estaban experimentando con él, nada más. Si bien es cierto que algunas de las transformaciones han favorecido el bloqueo de algunas cápsulas citotóxicas, muchas otras han debilitado su cuerpo. En concreto, sus pulmones. El hospital iniciará una investigación pública contra BHAUREUS. Podrán denunciarlo también, si lo desean.

—¿Está vivo? —pregunto al borde de zarandearla y ponerme a gritar.

—Sí, la operación ha sido un éxito. —Habla de algunos efectos secundarios que no han podido combatir, como el resentimiento de sus pulmones, pero no consigo centrarme en ellos.

Sé que mi cerebro lo está registrando y que tendré tiempo de prestarle atención más tarde, pero ahora solo puedo centrarme en que sí.

Está vivo. Ha vuelto de entre los muertos para encontrarme.

Dicen que tardará unas horas en deshacerse de la anestesia y que dadas las circunstancias, deberá descansar mucho los próximos días. Que lo mantendrán vigilado y un millón de cosas más. No me importa. Esta vez cuando le sujeto la mano, sé que nadie va a obligarme a soltársela.

Capítulo 91

Kásian

Abro los ojos sintiéndome como si dos equipos de hockey profesionales me hubieran dado una paliza. Tengo la garganta seca cuando trago saliva. La habitación está a oscuras, apenas entra luz por la ventana. Aún estoy medio zombie, pero en cuanto parpadeo, mis ojos la encuentran.

—Bella.

Se levanta de un susto, que no es en absoluto lo que pretendía. Se le llenan los ojos de lágrimas en un segundo. Luego sonríe.

—Estás despierto. —Se aferra a mi mano, me la besa, la acaricia.

—¿Qué ha pasado?

Pone su otra mano en mi pecho, acariciándome con delicadeza sobre unas vendas. Me duele, pero no la aparto.

—Una rebelión absoluta contra la estadística —dice con voz temblorosa.

—No puede ser.

—Mi amor, te estás quedando pálido, no me asustes —dice y le doy un apretón—. Vas a ponerte bien, *entzückendes riesiges Tier*. Vas a tener una vida larga y plena.

Jadeo con el pitido estable del monitor de fondo. Miro la habitación en busca de algo que la contradiga porque no puede ser.

Llevo meses muriéndome. Iba a suceder.

—¿De verdad?

—De la buena.

—Me has salvado.

—Yo no, la ciencia. Tendrás que medicarte para darle apoyo a tu corazón y hacerte chequeos. Puede que te cueste más que al resto seguir el ritmo en el hielo. Pero por lo demás, Kásian… —Sonríe y pese a las lágrimas, está preciosa—. Vas a estar bien.

—Entonces, ¿por qué no estás ya encima mío? —pregunto con mis lágrimas apuñalándome la garganta.

Sacude la cabeza y cuando intento levantarme noto un tirón fuerte en la piel y a ella empujándome de nuevo hacia la cama. Pero tengo la oportunidad de cogerla, acercarla lo bastante como para besarla. Sus lágrimas se mezclan con las mías y es el beso más vulnerable e íntimo que hemos tenido.

Esto no puede estar pasando. Estoy muerto, ¿verdad? Intentaron operarme y salió mal. Ashtan va a aparecer y a subirse a la cama. Edward me llamará para insistirme que necesito guantes nuevos. Separo más sus labios y su lengua me aferra al mundo de los vivos.

—Ehh, más despacio —se aleja lo justo para mirarme a los ojos, quedándose a un palmo de la cara, acariciándome las mejillas—. El primer mes es crítico. Ha sido una operación muy salvaje, Kásian. Estabas… —aprieta los labios—. Te pararon el corazón.

—Siento haberte hecho pasar por esto.

Cierra los ojos. Aprieta los labios de nuevo.

—No voy dejar que te preocupes por mí ahora. Pienso llevarte entre algodones. Nada de sacudidas, ni sustos, nada de alterarse, ni de estrés, ni de excesiva presión. Quien se atreva a molestarte, se las tendrá que ver conmigo. Tu corazón necesita mimos y yo lo voy a colmar de ellos.

Estoy vivo, joder.

Lo estoy de verdad. La abrazo con todo lo que tengo.

—Te amo, Bella Jenkins. No tuve oportunidad de decírtelo como quería.

—Sí que suena bien oírlo, sí —se ríe y llora, todo a la vez.

Detrás de todo, veo que está más asustada de lo que ha estado nunca. Me destroza y me hace sentir el tío más afortunado del mundo a la vez. El monitor vuelve a tocarme los cojones cuando nos estamos besando y ella se aparta.

—Hazme el favor de romper esa cosa.

—Ni hablar. De hecho, vamos a tener que comprar uno de esos y llevárnoslo a casa —dice abanicándose, se ha puesto un poco roja.

Solo entonces el capitán del equipo de North Star, las compañeras de piso de Bella y su familia al completo, entran en la habitación. Me hacen sentir parte de algo, de una familia. Es una sensación muy gratificante.

Pero, ¿para lo que siento por tenerla a ella, junto con otra oportunidad de vivir? Para eso no tengo palabras.

Capítulo 92

Isabella

Preguntamos si podemos traer algo de cena aquí para estar con él más rato, pero nos dicen que no se puede. Candy me lanza una mirada y me susurra algo que se parece mucho a «pienso traerte todo el contrabando que mereces, rubia». Mi abuelo vuelve a preguntarle a Kásian si quiere más almohadas. Mi padre le dice lo increíble que juega al hockey, fuera y dentro de la NHL. Adler (que no suelta la mano de Naomi ni aunque se la amputen) le asegura que tras volver de entre los muertos, va a ganarse el corazón de los fans que dejó en vilo en ese estadio.

—Vas a ser el favorito de la temporada, cuando vuelvas —le dice, como si fueran colegas de toda la vida.

No puedo decir que esto no me encante.

Pese a lo antisociales que somos, adversos al contacto con cualquiera que no sea el otro… Kásian necesita esto y la verdad que yo también, y puedo dárselo. Entonces descubro el nuevo sueño de mi vida: hacer que tenga todo lo que no ha tenido nunca. Bienes materiales e inmateriales. Absolutamente todo.

—Un momento —Kásian interrumpe la charla sobre la cena «¿qué mejor, un chino, un tailandés o un japonés?»—. ¿Y vuestros exámenes?

Me atraviesa con la mirada desde su camilla, casi horrorizado.

—Allí, en North Star —dice Dhário gesticulando con la mano a modo de «muy lejos».

—Existen las recuperaciones, ¿sabes? —pregunta Candy.

—Van justo después de los exámenes, para toda esa peña que suspende —dice Leia.

—En mis tiempos, yo sabía mucho de eso —dice mi padre.

Pero él solo me mira a mí.

—¿Qué? —alzo la barbilla—. ¿Pretendes arrebatarme la experiencia universitaria completa? Nunca he ido a una. Me hacía ilusión, ¿vale?

Mi familia me llama flipada. Me importa un pimiento.

Todos se van a cenar y nos quedamos solos un par de deliciosos minutos, hasta que vienen las enfermeras a ver cómo está. Son mis personas favoritas, junto con las doctoras y doctores de todos los géneros y razas que han conseguido que el amor de mi vida esté aquí conmigo. Pero si creen que voy a salir de la habitación, soltarle la mano o levantarme de la camilla, es que se meten droga de la buena.

—No hace falta que te levantes, cielo —me dice una muchacha sin molestarse en ocultar la sonrisa.

Muevo la cabeza hacia Kásian y lo pillo mirándome. *Dios.* Esto ya es súper injusto. Está guapísimo. Arrebatador. El hombre más guapo que he visto en toda mi vida. *¿Ves como los jugadores de hockey son lo peor? Si es que lo llevo diciendo años, pero nadie me escucha.*

Volvemos a quedarnos solos, pero ninguno de los dos aparta la mirada. Estamos obsesionados.

—¿Cómo has conseguido que me operen sin el dinero?

—Te lo contaré en un mes.

Pierde un poco de color. El pitidito, mi fiel amigo que antes era una fuente constante, monótona y un tanto odiosa de pura calma y paz, se acelera.

—Bella.

—Eh —digo en tono autoritario, incorporándome en la camilla a su lado derecho—, dame un mes. *Por favor*. Yo también tengo mucho de lo que recuperarme. Estoy…aguantándome las ganas de llorar cada segundo que pasa, ¿vale? Déjame disfrutar de ti un mes. Luego podremos tener todas las conversaciones serias que quieras. Cuando estemos seguros de que estás fuera de peligro, de que eres mío para siempre.

Su ceño fruncido ya se ha relajado. Más o menos en cuanto he dicho lo de llorar. Me quiere. Me quiere un montonazo. *Pfff, ya verás cuando se dé cuenta del lío en el que se ha metido. La de partidas de ajedrez que le voy a obligar a jugar.*

—Cásate conmigo.

—¿Q…? ¿Qué acab…? K-Kásian. *¿Qué?*

—Cásate conmig-

—Sí —le interrumpo.

C a p í t u l o 9 3

Isabella

Veintitrés días hasta estar fuera de riesgo

Una boda es la cosa más estresante del mundo. No es que yo me haya casado nunca, pero eso es lo que dice la gente. Razón por la que, sin duda, no vamos a casarnos durante el próximo mes.

—No pasa nada si no aprobamos —susurro pensativa en nuestra sesión de estudio—. Hay muuucha gente que tiene que retrasar su graduación por una razón o por otra. Lo que importa es que al final lo logremos.

Hablo en serio, no podría importarme menos tardar medio año más en graduarme. O uno entero. O tres. Está vivo. Mis problemas

acabaron cuando le arreglaron el corazón. Me espera una vida aburridísima de *chill* total y cero alteración en vena.

—Qué guapa eres, joder —dice en un tono de voz alto, al otro lado de la mesa en la biblioteca.

Una docena y media de personas levantan la cabeza para ver cómo me explota la cara.

—Shhhh —le susurro.

—Es que encima llevas mi camiseta, me cago en diez —insiste.

Ay, dios. Leia suelta una carcajada a mi lado y Divix la mira babeando.

—¿Qué tal un descanso? —me levanto intentando no hacer ruido.

—¿Con mi futura mujer? Los que quieras —dice mientras tiro de su brazo, el tío sigue hablando en voz alta.

Lo saco de la biblioteca entre risas (de otros) y mucha vergüenza (toda mía). ¿A quién pretendo engañar, yo también me río.

En cuanto cruzamos la puerta, Kásian me coge en brazos.

—¿Qué estás haciendo? —lo miro con los ojos muy abiertos, agarrándome a su cuello.

—Practicas. Soy un chico muy responsable que necesita asegurarse de que sabe como va el juego antes de entrar en la pista.

Socorro.

—Todos nos miran, Kásian, bájame. —Entierro la cara en su cuello, mis labios cayendo justo encima de su pulso.

—No creo que les importe algo de felicidad. Y en caso de que sí, pues que se jodan.

Le doy un mordisquito en el cuello y me resigno.

Dieciséis días hasta estar fuera de riesgo

Viene a buscarme tras mi primer examen. Lo he bordado. No es por fardar. Vale, sí es por fardar. Mi personalidad todavía tiene muchas flaquezas y debilidades, ¿ok?

—¿Sant Delphi te ha puesto un diez ya?

—Todavía no he acabado el proyecto —le digo.

Él lo sabe, pero no deja de decir que si mi subconsciente asume que voy a sacar un diez, acabaré dando con la solución a mis problemas y mereciéndomelo.

—¿Y cuándo vamos a hablar de la boda?

—En dieciséis días. —Coloco el sorbete de limón en la barra de la cafetería y él coloca otro de caramelo—. ¿Es raro que cojamos siempre el del otro y no lo que vamos a bebernos?

—No.

Saco mi móvil para pagar, pero él me coge la mano, me la besa y paga con el suyo. Llevamos siglos sin poder estar juntos, *juntos,* así que ese gesto me incendia entera. Y él se da cuenta.

—Dime al menos qué es lo que quieres. Para que pueda empezar a planear.

—Ajá, porque eso no va contra las normas, ¿no? —degusto mi delicioso sorbete de caramelo.

Está tan mono cuando se desespera. Argh.

—¿Quieres casarte en una pista de hielo? ¿En la playa? Necesito saber… —se calla cuando le lanzo una mirada penetrante, alza las manos—, saber algunas cosas de forma muy relajada, Isabestia. Tranquila.

Me. Lo. Como. Lo agarro de la camiseta y me acerco a su boca.

—Lo que quiero es que te quede claro que el lugar, lo que llevemos puesto o el anillo que aún no tengo, por cierto, me dan igual. Súper igual. Me importas tú Kásian Snow y solo tú. —Le beso

la mejilla con mis labios fríos de sorbete—. Si tú vas, entonces ya es la boda perfecta.

Gruñe*. Pues nada, tú, que me he vuelto ñoña. Es oficial.* Salgo primero del establecimiento y ve lo que he cosido a mi mochila. Maldice de nuevo por lo bajo y dudo si se le habrá acelerado el corazón. *Sin duda, tendríamos que haber robado una máquina de las del hospital. Fijo que nadie nos habría mirado raro en el autobús de vuelta a North Star.*

Kásian le da un tironcito a la cinta y sonríe, lo cual hace que mis hormonas se vuelvan todavía más locas. Es la cinta negra del delantal de cocina de Edward, esa que Kásian llevaba siempre en su guante. Me dijo algo terrible que me hace llorar cada vez que lo recuerdo, porque ahí donde lo ves, es un chico súper cruel y desalmado. Pero en resumidas cuentas: quiere que yo la lleve conmigo porque cargo con todo lo valioso que tiene. *O algo así, apenas le presté atención…*

También me habla de Ashtan, ¿sabes? De vez en cuando. Son anécdotas breves, pero me ayudan mucho a hacerme una idea de la clase de persona que era.

Me recuerda un poco a Dhário, aunque no se lo he dicho.

—¿Dónde vamos a c…? —me doy la vuelta cuando veo que no me sigue.

Me petrifico. Kásian tiene una pequeña caja roja en una de sus inmensas manos. Abro la boca como un pez fuera del agua, intentando encontrar las palabras. Él aprovecha mi debilidad para abrirla, sacar el anillo y coger mi mano. Es delicado, brilla y… mi mano no es tan bonita como para merecerse semejante joya. ¿Sabe que me habría casado con él con anillos hechos de puñetera plastilina? ¿Lo sabe?

Me lo pone y es de mi talla y precioso y…

—Bella Jenkins.

—¡Sí!

Sonríe como para matarme.

—Ni siquiera he hecho la preg-

—¡Sí quiero! —Le interrumpo con un beso desesperado.

C a p í t u l o 9 4

Isabella

Tres días hasta estar fuera de riesgo

De camino a mi destino me encuentro con Richard. Me pone un papel en la mano y no lo arrugo al instante porque tiene la decencia de no tocarme.

—Para cuando eches de menos tener una conversación inteligente —dice, y luego se pira.

Miro abajo. Es su número. Sacudo la cabeza y camino en dirección contraria al campus.

Debo estar melancólica que no veas porque voy a irme de este lugar, pero ese pedazo de idiota insoportable, parece un tanto menos odioso a medida que se aleja. *Por eso dicen que los*

recuerdos son mentira. Arrugo el papel y lo tiro a la primera basura que encuentro.

Kásian y Dhário bordan sus exámenes de neuroanatomía y de bioquímica aplicada al deporte. Bolton me ayuda a encargar una pequeña tarta con un stick y un puck dibujado encima como topping. Y por supuesto, Puck está encima del puck. Podría decirse que hacemos una mini fiesta en su apartamento.

—¿Os gusta? —pregunta McKenna en el tono más suave que le he oído usar nunca.

—¿Nos habéis hecho una tarta? —pregunta Dhário, secretamente emocionado.

—Síii, ¡felicidades! —exclama Ellis en susurros.

—¡Estáis graduadoooos! —sigue Knox, que apenas se le oye, moviendo las manos en una celebración silenciosa.

Se echó a llorar como un descosido el primer día que volvimos a North Star. No fue el único. Son buenos chicos. Quiero decir, a pesar de ser jugadores de hockey, claro.

—Esto es ridículo, no soy una bomba a punto de explotar —dice Kásian alzando una ceja.

—Sí, podéis hablar en un tono normal, mientras no gritéis —les dice Dhário.

—Podéis gritar cuanto queráis —dice Kásian frotándose las sienes mientras yo me relamo del gusto.

Me lanza una mirada lujuriosa y preciosa en la que pienso correrme tanto como quiera en exactamente… tres días.

Leia acabó todos sus trabajos y exámenes hace cuatro días y Candy solo tuvo que recuperar uno, así que fue la primera en… bueno, ella tiene veinte años, así que no se gradúa. ¿En pasar a tercero? Sí, eso.

Después de unos mimos a Puck, Kásian se pone celoso al ver en qué parte de mi cuerpo le gusta apoyar su anaranjada cabecita. Le declara la guerra. Puck le lame el índice con el que le estaba señalando al explicarle que ya no eran amigos y puedo asegurar que eso es un jaque mate en toda regla. Deberíamos robárselo a Dhário, este gato es mi alma gemela.

Kásian mete una mano en el bolsillo trasero de mis shorts en cuanto pisamos la calle. Ha insistido en acompañarme a ver a Sant Delphi, pues no me ha puesto nota y me ha escrito un email pidiéndome que fuera a verle para hablar de mi trabajo. Los besos en el ascensor casi me impiden llegar a tiempo.

—No estés nerviosa.

—No lo estoy. —Ni hasta arriba de ansiedad. Solo tengo hiperactividad cortical con un extra de dramatismo límbico—. ¿Y si cree que me he copiado de Wikipedia?

—Ha trabajado contigo durante meses, sabe la clase de persona obsesiva y trabajadora que eres. Solo un tonto pensaría que te has copiado de alguien.

—Llamar tonto a un reputado doctor como el profesor Sant Delphi, que escándalo.

Sonríe, me atrae hacia sí y me besa el cuello con la boca bien abierta. Luego gruñe.

—Odias toda esta abstinencia sexual, ¿eh?

—Joder, *sí.*

—Si te sirve de algo, yo más.

—¿Que son tres días? —pregunta dándome un calenturiento pellizco en el culo.

—¿El tiempo que nos falta para ver al médico? —pregunto sarcástica ganándome un tirón del pantalón hacia arriba, que me regala un improvisado latigazo en el clítoris.

Lo deseo tanto. De todas las formas posibles.

—Podríamos adelantar la línea de meta en la primera clase que encontremos —dice el muy demonio.

—Nop.

—¿La segunda?

Me freno, con el corazón a mil, comprobando el suyo.

—Por favor, dame tres días más y te juro que este verano no nos vestiremos para nada. —Le beso la barbilla y alzo la mirada—. ¿Te parece bien?

Sonríe ampliamente. Creo que lo he convencido. Eso sí, me besa como para derretirme entera, con la boca tan abierta que la mejor manera de describir lo que hace es comerme la cara. *Cruel, lo he dicho ya, ¿no?*

Me lanza una última mirada desde el pasillo cuando llamo a la puerta del despacho del Dr. Sant Delphi. Al invitarme a pasar le guiño un ojo a Kásian y me adentro en el túnel de los horrores.

—Adelante, Isabella. Siéntate.

—No soy una persona que lleve bien la espera —digo desde la puerta, ahora cerrada a mi espada—. Dímelo sin rodeos. ¿Estoy suspendida?

—Siéntate un momento para que pueda…

—Sé que fui muy ambiciosa, que expandí las líneas-objetivo del proyecto una vez empecé a trabajar en BHAUREUS, pero lo importante aquí es… ¿Podemos decir que el software que he creado

ayuda a la IA a aprender como lo haría un humano? Sí. —Aplasto el culo en la silla—. ¿Ha quedado bastante claro el cambio de conectividad sináptica del cerebro durante los procesos de aprendizaje? Depende. A ver, le puse colorines. Ya, ya, tal vez debería haber usado una gama de colores más seria. Neutra. Pero es que el gris claro y el gris oscuro no son tan útiles, si tenemos en cuenta que el noventa y nueve por ciento de la población masculina no distingue el rojo del granate.

—Isabella.

—No puedo suplicarte que me apruebes si crees que debo suspender, porque va contra mi código moral. No me he ganado ni una sola nota por pena y no voy a empezar ahora.

—¿Puedes cerrar la boca un momento? —los esfuerzos que hace por contener la sonrisa suavizan el tono severo y aterrador de la pregunta—. Has hecho un gran trabajo, te he puesto la nota máxima. No solo has cumplido todos los objetivos, sino que encima has ido más allá. Y todo, a pesar del lío en el que te metí enredándote con la farmacéutica fraudulenta de los cojones.

Ha dicho «de los cojones».

—Oh… *oh*. Pero no lo sabías.

—No, ya —dice como si no soportara mis obviedades—, pero no es excusa. Por esa razón quiero ofrecerte que trabajes conmigo este verano. Tengo mi propio laboratorio y estoy metido en proyectos con gente de la que sí me fío y que te podrían interesar. No solo te puedo dar la seguridad de que serás *mi* alumna, de que estarás a *mi* cargo y de que no tratarás con gente como el… —*puto, dilo profe—,* el doctor Redgrave. Sino que además, te abriría puertas. Conseguirías hacer una buena agenda de contactos. Todo eso te ayudaría mucho a la hora de llegar más preparada al master del que me hablaste. Es tu elección, por supuesto. No estás obligada a nada y tu nota no va a verse afectada por lo que decidas.

Se me escapa una carcajada.

Me tapo la boca. La cara. Se me mueven los hombros. Madre mía, no puedo parar.

—Perdón. —Me llevo la mano al pecho—. No quiero incomodarte, pero es probable que llore de la emoción.

—No hay motivos para llorar —dice en un claro tía-porfa-córtate-un-poco-no-me-jodas—. Es mi disculpa por lo ocurrido con BHAUREUS.

Quiero contárselo. Se merece saberlo. Y ahora, de hecho, se ha vuelto necesario.

—¿Sabes ya quién es el paciente que traté? ¿Sabes que estudia en North Star?

—¿Qué? —se le descompone un poco la cara y eso, amigos, es sinónimo de Apocalipsis. Desvía la mirada a un punto de su mesa—. Pobre su familia. Siendo tan joven…

—No se ha muerto. Se ha curado. Le operaron a tiempo y salió bien.

Se le ilumina la mirada. *Válgame dios, debajo de toda esa fachada de roca intimidante hay un corazoncito de lo más bondadoso.*

—Me alegra oírlo. ¿Vas a decirme quién es? —Duda, frunce el ceño, se remanga la camisa.

—¿Te suena el nombre de Kásian Snow?

Piensa unos segundos.

—No, la verdad que no.

Encima no le gusta el hockey.

Voy a pedirle a Candy que se lo camele, me parece un desperdicio no hacer de celestina.

—Es un jugador de hockey sobre hielo que también es mi mejor amigo y el hombre con el que voy a casarme. Hubo algunas pruebas, de las muchas terribles e innecesarias que le hizo

Redgrave, que ayudaron a Kásian. Que debilitaron su enfermedad, por así decirlo. Por eso estoy muy agradecida a ese capullo al que, por supuesto, odio. Pero también te estoy muy agradecida a ti, Sant Delphi. No sé qué le habría pasado a Kásian si no me hubieras ofrecido trabajar con BHAUREUS. Esa fue la razón por la que descubrí que estaba enfermo y si no me hubiera enterado de toda la verdad… Es muy probable que hubiera perdido a Kásian. Siempre estaré en deuda contigo por ello, así que de corazón, gracias.

—De nada —musita mientras me limpio las lágrimas sin darles la menor importancia.

Sonrío y me pongo en pie.

—Estaré encantada de trabajar contigo, siempre y cuando me des unas semanas de margen antes de empezar a trabajar. No pienso saltarme mi luna de miel.

—Escríbeme por email la fecha que se adecúe a tus circunstancias. ¿Isabella? —pregunta antes de que coja el pomo de la puerta y vuelvo a girarme—. Me alegra de que esté vivo. Os deseo que seáis muy felices juntos.

Me voy antes de que haga una locura como, qué sé yo, darle un achuchón. Quién me ha visto y quién me ve, ¿eh?

Lo encuentro en el pasillo, justo donde le dejé. Los tejanos azules caídos, la camiseta blanca ceñida a su cuerpo de infarto, *ese corazón rugiendo con fuerza desmedida…* Que se pare el tiempo. Quiero vivir en este momento para siempre.

Salto frente a él y se olvida de su móvil como le pasa con todo cuando me tiene delante.

—Menuda sonrisa. ¿Cómo ha ido?

—Ha ido muy bien —le rodeo el cuello con ambos brazos e inhalo su perfecto aroma—. Creo que no me había puesto la nota para asegurarse de que iba a verle. Es oficial: he acabado en North Star.

Me levanta y le rodeo la cintura con las piernas.

—Felicidades, sabionda. Aunque no puede decirse que este sea el mayor plot twist de nuestras vidas.

—¿Quieres un plot twist? Allá va: me he enamorado de ti como de una teoría revolucionaria que al principio no tenía el más mínimo sentido y ahora es lo que me mantiene cuerda. Eres mi desequilibrio químico favorito, Kásian Snow.

—Cásate conmigo.

—En tres días soy tuya.

C a p í t u l o 9 5

Kásian

Faltan catorce horas para la boda.

—Tomad asiento, por favor —nos pide el médico que lleva veinte minutos revisando mis pruebas, cuando por fin nos llama a consulta —. Has estado portándote bien, veo. Las cicatrices han curado como debían y eso no se consigue a la ligera. ¿Te ha surgido algún problema con la medicación? ¿Alergias?

Isabella me da un apretón de mano y sonríe mirando al médico como si acabaran de ponerle una estrella a sus deberes. Lo mío me cuesta no tirar de ella y subirla a mi regazo. Me pone ansioso, territorial, con ganas de poner un cordón policial para ser el único

que tiene toda su atención. Entonces gira el rostro hacia mí y me da otro apretón.

—*¿Min kærlighed?* —me llama, trayéndome de vuelta a la consulta.

—No, señor, ninguna alergia, ni problemas. —Estoy sano de cojones. Lo sé porque llevo enfermo de cojones mucho tiempo. He notado las diferencias. ¿Lo que decían de mis pulmones? No tiene *nada* que ver con lo que me pasaba. Voy a ser imparable en el hielo, joder—. Todo ha ido muy bien.

—¿Qué dicen las pruebas? —insiste Bella, inclinándose hasta el borde de sus silla.

—Corroboran su testimonio. Es oficial, está fuera de peligro. Felicidades.

La habitación cambia a nuestro alrededor. Ya no estamos en la consulta, sino en uno de los baños y tengo la polla tan enterrada en mi prometida que casi somos uno.

—Estás bien —gime hundiendo una mano en mi pelo con fuerza mientras la otra se clava en mi espalda—. Ya eres mío.

Paso la lengua por sus lágrimas sintiendo las mías al fondo de mi garganta. Podría explotar de felicidad. Mi polla palpita tan rápida

como son mis embestidas. Ella ya se ha corrido dos veces, pero necesito que lo haga otra vez. *Y mil.*

—La boda ya está lista, si quieres puede ser esta noche —suelta —. No será nada grandilocuente, pero los testigos están avisados y…

—Sí, joder —gruño arrancándole el beso que me pertenece a esos labios.

He soñado con nuestro primer polvo cientos de veces y no esperaba que hubiera tantas lágrimas de por medio. Me siento más vivo que nunca.

Faltan doce horas para la boda.

—Esto no me gusta —jadea mientras deslizo su camiseta despacio más allá de sus hombros cuando aún tiene el pelo mojado de la ducha.

En el baño de la quinta planta del hospital, en un armario de batas y guantes, en el coche al llegar, en el coche otra vez al aparcar y en la ducha. Lo hemos hecho en cada lugar en el que hemos estado mínimamente solos y ahora va a dejar que me tome mi tiempo.

—Mi Isabestia ansiosa —succiono sus pezones en cuanto quedan expuestos y pienso en el vídeo.

Lo he visto.

Ese que está por todo internet en el que yo me desplomo. No entiendo por qué ponen mi nombre en el título, deberían haber puesto el de ella. Corre como si su vida dependiera de ello.

Las imágenes de Bella entrando en el hielo, arrodillándose, gritándome para que vuelva en mí… me hace polvo. Pero no solo eso. *Me quiere con todo su enorme corazón. A mí, solo a mí.*

—Te necesito ya. Te necesito dentro de mí —gime y se retuerce mientras la saboreo con un hambre desquiciante—. Voy a tener que c-cancelar el trabajo… *argh* con Sant Delphi a menos que tú seas mi taburete, este verano no voy aahhhh estar disponible.

—Informaré a la NHL —digo y se sobresalta cuando le meto la lengua hasta la campanilla—. Y tienes prohibido decir el nombre de otro cuando estoy a punto de comerte.

Le brilla la mirada. Por muy encima de ella que esté, siempre quiere más. Gruño al deslizar su falda más allá de los tobillos y descubrir que no lleva bragas. Alzo la mirada en busca de explicaciones. Se encoge de hombros.

—¿Qué? Me las has robado todas. ¿Sabes lo caras que son?

Hundo mi cara entre sus piernas y se le quitan las ganas de ser una graciosa. Sentirla palpitar contra mi lengua, contra mi cara, es una sensación difícil de explicar. Es como recibir la noticia de haber sido seleccionado por la NHL una y otra vez.

Pero mejor.

—Tienes unas manos inmensas, ¿por qué no las…? —deja de hablar cuando le hundo dos dedos de golpe y me pregunto cuánto tardará en darse cuenta de que podrá conseguir de mí todo cuanto desee.

El tiempo se vuelve algo elástico que sucede a mi alrededor, pero no me afecta.

—¡Kásian! —chilla.

—A punto otra vez, ¿Bella? —curvo los dedos—. No tienes límite. ¿O es que tanta sequía te ha dejado un poco necesitada?

—Tú… Métete dentro de mí, *ya* —ordena temblorosa frenando mis dedos, luego se deja caer sobre la cama y abre bien las piernas, como si supiera que soy un animal incapaz de resistirse a semejantes vistas si se trata de ella.

Exhalo y me la aprieto con tal de no acabar con el juego en dos segundos. Lo mío me cuesta.

Toco el cielo con los primeros centímetros. Mientras la dilato. Y me construyo allí una casa cuando sus paredes palpitan contra mí como un incansable martillo. Su coño me succiona y me prometo venerar este precioso cuerpo el resto de mi vida. Me dice que soy odiosamente proporcionado y otras guarradas que me hacen reír. Al final se me partirá la cara de tanto sonreír.

—Bella Snow. *Min kærlighed*.

—He pensado que ya que me iba a cambiar el apellido, Polgár… —la embisto y chilla—, ¡es broma! ¡Era solo una…! —Deja de hablar cuando la beso como si fuera la última vez, porque así será siempre.

No voy a dar nada por sentado. La vida es frágil. Lo sé bien. Y aquí, en esta cama, lo tengo todo. Bella bebe de mí como si fuera su única fuente de oxígeno. Me resbalo fuera de su boca porque tiene un cuello…

—Desde esta noche, eres mía —le muerdo y siento cómo sacude la cabeza, tira de mí y me coge por las mejillas.

Con la mirada brillante, susurra:

—*Entzückendes riesiges Tier,* soy tuya desde hace mucho más tiempo.

C a p í t u l o 9 6

Kásian

Faltan cinco horas para la boda.

Me frena antes de que entremos en el edificio. Huelo a ella y ella a mí. La he convencido para que lleve una de mis camisetas. *No sabía que eso iba a convertirse en un arma de doble filo… ahora solo quiero quitársela.*

—¿Crees que Lucca y Leif comparten nuestros secretos? —Todo su pelo se mueve hacia un lado cuando mueve la cabeza poniendo una mueca pensativa—. Al fin y al cabo son marido y marido.

—No.

—¿Por qué?

—Se lo pregunté a Leif y él me dijo que no —beso el dorso de su mano y tiro de ella.

—Pues sí que eres fácil de convencer.

—Es lo que pasa cuando no tienes problemas de confianza.

—Ehhh, yo no tengo *trust issues* —se quejiquea, pero una sola mirada rompe su máscara—. Bueno, vale, sí, pero me estoy curando.

Entramos en la consulta. Juntos. Nos ponen dos sillas, no sé para qué. No debe haberles llegado la notificación de que *yo* soy su silla.

—Debo admitir que esto es inusual —dice el doctor Lucca compartiendo una mirada con Leif y con ese acento italiano que tiene parece que hable cantando.

Me gusta.

—Pero nos alegramos de que estés bien, Kásian —sigue Leif con voz amable, cuyas emociones nunca llegan a su rostro.

Una vez me dijo que él solo llora cuando tiene conjuntivitis y estuve a punto de preguntarle «tío, tú no serás danés, ¿no?», porque nos parecemos un huevo. Salvo porque él tiene el pelo oscuro, los ojos claros y mide uno sesenta y seis, podría ser un familiar perdido con el que reencontrarme en un programa de televisión.

—Tenemos mucho que agradeceros a ambos —dice Isabella—. Os hemos traído esto.

Abren el regalo y miran el tablero de ajedrez de colores extraños. Azul y amarillo en las piezas, el rojo y el verde en las casillas del tablero sobre un fondo blanco. Lo miran como lo que es: una putada. Pero Isabella quería regalarles algo especial y sin duda, es especial.

Hablamos de la boda. Lucca se aguanta las lágrimas bastante mal. Leif le da un pañuelo. Yo le doy otro a Isabella.

—Me gustaría pensar que ya no tengo miedo a nada, pero sería mentira —dice Bella—. Me sigue aterrando que el universo se lo lleve por sorpresa.

La atraigo más hacia mí.

—Eso no es miedo, Isabella —dice Leif poniendo su mano sobre la de Lucca—. Es amor informado.

Están tan contentos o más que la NHL. Todo el mundo del hockey sobre hielo está loco con nuestra historia de amor, después de ver el vídeo y ver que, bueno, que no me he muerto. ¿Se cabrearon conmigo por ocultar que estaba enfermo? Sí, casi me echan. Pero al final, los deseos del público y los fans ha hecho mella en sus decisiones. *Menos mal.* Dicho público sabe que nos casamos,

pero no conocen detalles de ella, ni siquiera su nombre. Si Bella Snow quiere vivir en el anonimato, eso es justo lo que voy a luchar porque tenga.

Sus sueños ahora son mis objetivos.

C a p í t u l o 9 7

Isabella

A quince minutos de dar el «sí, quiero».

Menudo problemón.

Cuando me he enfundado en el vestido blanco, perlado y ajustado de finos tirantes que Candy me consiguió en un abrir y cerrar de ojos, ¡no pensé que Kásian me miraría así todo el tiempo!

Me dan ganas de llorar.

Y de hacerle hijos. Miles.

—¿Y si controlas un poco esos ojitos, mi amor? Que me dejas sin aire.

Nunca tuve lo de ser madre en mis planes, pero reconozco que una parte de mí quiere ponerse en modo máquina-de-reproducción y

esparcir tantos mini-Kásian como sea posible. El problema es que soy una avariciosa y lo quiero todo para mí, lo cual no casa muy bien con la idea anteriormente expuesta.

El futuro dirá.

—Perdona —me besa el hombro, me acaricia los antebrazos y deja claro que no ha entendido nada.

Sonrío como la loca enamorada que soy y le rodeo el cuello con los brazos. Estamos en la entrada de los juzgados. Nuestros seres queridos ya están dentro. Reconozco que me ha sacudido el corazón ver a Jacob Bolton y a mi hermano abrazándose con tanto cariño. Y a mi padre haciendo lo mismo con Kásian. Lo adora. Leia no ha parado de llorar y Candy de arreglarle el maquillaje. Los quiero. Son perfectos. Todos ellos.

Desde aquí ya oigo la canción de Ordinary, de Alex Warren. Me encanta esa canción. Mis pies dejan de estar contra el suelo. Estoy en los brazos de Kásian.

—¡¿Qué estás haciendo?! —chillo—. ¡Esto viene después!

—Y lo de la cama del hospital se supone que es el último capítulo de la historia, no el primero. Nosotros hemos empezado el cuento por el final, Bella. Nuestra boda no podía ser diferente. —Me besa la mejilla mientras contengo las lágrimas.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que ahora nos toca lo de enamorarnos el uno del otro?

—Sí, eso. Empiezo yo.

Me arranca una carcajada llorosa.

Nada entre nosotros va a ser común, nunca lo ha sido.

Pero te elijo a ti, Kásian Snow. Siempre a ti.

E p í l o g o

Isabella

Un puñado de semanas después.

«*Que sea poco probable, no quiere decir que sea imposible».* Si me hiciera otro tatuaje, sin duda sería esa frase.

En el avión estudio las ideas que el doctor Sant Delphi me propuso para mis muchos, muchísimos, fallos. Me genera más preguntas de las que alcanzo a apuntar. Me frustro y bajo la tapa del portátil. Luego recuerdo lo bien que me paga y me rompo aún más la cabeza.

Mientras subo más allá de las nubes, me doy cuenta de algo. Por primera vez en mi vida el objetivo de «ser brillante» no viene respaldado por un puñado de inseguridades. Por miedo a no ser

suficiente. Ahora quiero conseguir hacer cosas fascinantes porque me encanta la ciencia y sobre todo, porque me encanta celebrarlo con mi marido.

Sí, sí. *Mi* marido. *Mío.* Porque ahora soy Isabella Snow. Me cambiaría el nombre a Bella Snow si no fuera porque solo me gusta el diminutivo cuando lo pronuncia su áspera y ronca voz sexy.

Compruebo la hora en el móvil y se desbloquea enseñándome el último mensaje.

Saltimbanqui

Candy Forbes

Pienso redecorar el apartamento.

Tengo permiso, predecesora?

Isabella Jenkins

Ahora eres la única inquilina,

vuélvete loca

compra otra nevera y llénala de *mousses* de chocolate blanco

Voy a echar mucho de menos vivir con ellas.

Aunque cuando pienso con quién vivo ahora, se me pasa. *Me encanta nuestro piso.* Kásian nunca ha tenido mucho. Desde que firmamos el primer contrato de alquiler, empecé a exigirle que escogiera cosas que le gustaban. Ya fuera una televisión, videojuegos, libros, lo que sea. Una vez vi el patrón de gustos, empecé a comprarle yo más de esas cosas. Quiero mimarlo. Quiero que tenga lo que nunca ha tenido. Que lo tenga todo, joder.

Naomi

Naomi (Adler)

Tu hermano dice que dejes de intentar devolvernos el dinero

Que te retirará la palabra si vuelve a recibir otra transferencia

Le he dicho que no puede hacer eso

Me ha dicho que hablará con el banco para decirle que eres parte de una estafa piramidal para que bloqueen tus datos.

Se lo vamos a devolver todo, como debe ser. Ya hemos conseguido darle una buena parte a mi padre, que es el único racional en la familia Jenkins.

Entre otras noticias de ex-compis, Leia está haciéndose un nombre en el mundillo de las noticias, por ser la principal periodista en lo que a la destrucción de BHAUREUS y el Dr. Elías Redgrave se

refiere. Al menos, de su reputación. El edificio digno de Marvel sigue existiendo, pero ahora está vacío.

Creo que Redgrave está en la cárcel.

No estoy segura, tendré que leerme los últimos escritos de Leia. Imagino que si lo está, no se quedará allí dentro mucho tiempo, teniendo en cuenta la pasta que posee. Pero está acabado. Cien por cien. Así que podemos decirlo alto y claro: hemos ganado.

Con lo brillante que es Sant Delphi, fijísimo que en un futuro no muy lejano puede comprar ese dichoso edificio. Igual ya puede. ¿Un doctor en su ámbito cuánta pasta gana? A mí me paga muy bien.

Llego a mi destino en un abrir y cerrar de ojos.

Entro en el estadio sin problema y voy en busca de los vestuarios porque sí, darle la sorpresa saludándole a través del plexiglass cuando no me espera encontrar entre el público mola. Pero estoy reinventándome. Para que la cosa siga siendo excitante y todo eso. Le dejé un puñado de bragas sexys metidas en su bolsa de deporte antes de que se fuera, ahora tendrá que elegir unas y dármelas antes del partido para que me las ponga.

Lo mejor de todo es contra quién juegan los Detroit Yellow Wings esta noche. Me muero por ver a Kásian y Dhário en la pista

como rivales. Va a ser épico. ¿Existen los amistosos en la NHL? Lo dudo. Pero sí los partidos épicos.

—Eh, mini-Jenkins.

Me doy la vuelta en el pasillo abarrotado de gente cuando reconozco la voz. Me giro y teniéndolo cara a cara, sigo sin dar crédito. ¿Qué es esto que siento en el pecho? ¿Alegría? Imposible.

—*¿Zayne?* ¿Qué haces tú aquí, Swanson?

—Esta noche compito contra tu marido.

Resoplo.

—Pues ha sido un placer conocerte. ¿Quieres que hable en tu funeral?

—Es el jugador favorito del público. Tendré que tener manga ancha con él o me harán papilla.

—Pobre, ¿es así como vamos a llamar a perder, Zayne?

Se carcajea, da un tirón a mi brazo y me rodea. Cada vez llevo mejor lo del contacto físico. Nadie es como Kásian, pero lo voy aguantando. *El anillo que llevo en el dedo anular tiene poderes mágicos curativos, no tengo pruebas, pero tampoco dudas.*

—Cuánto has crecido —dice cuando me suelta, mirándome con ojos de hermano mayor.

—Sigo midiendo lo mismo —refunfuño, aunque sé que no se refiere a eso, porque Adler no sabe callarse nada, es como Leia—. Tú, en cambio, has evolucionado de armario de dos puertas a uno de tres.

—¿Y tu nariz? —Se agacha para mirarla—. Es de metal, ¿no? ¿Te dolió cuando la perdiste?

—Mis gafas no pesan nada. —Estrecho la mirada y me cruzo de brazos.

Sonríe y me sacude el hombro en un gesto de cariño.

—Grita mi nombre un par de veces esta noche, por los viejos tiempos.

—Veré lo que puedo hacer.

Le suena el móvil, se le agranda la sonrisa y se le pone cara de tontorrón. ¿En pantalla? Aparece el nombre de Premium.

Ay, el amor.

Encuentro a una encantadora chica llamada Harper, que entra en el vestuario masculino sin pudor alguno de encontrarse a jugadores desnudos y hace salir al mío. Vestido con la equipación de pies a cabeza está arrebatador.

—Vaya, te pareces mucho a mi marido. ¿Te puedo pedir una foto?

La canción de «Carry You Home» de Alex Warren (mi nuevo cantante favorito) suena en mi cabeza porque quiero aferrarme a Kásian cual koala y llevármelo a nuestro piso de alquiler a las afueras de North Star… a la de ya.

—Solo si a cambio me das una tuya —me levanta del suelo sin esfuerzo y se me lleva, no sé a dónde, tampoco me importa.

Se cierra una puerta tras de mí. Su boca se apodera de la mía como para que olvide todo lo que sé. Como si me hubiera estado esperando toda una vida.

—Nos vimos hace setenta y dos horas. —Sus caderas se mecen contra las mías y gruñe de deseo bajo toda esa equipación.

—Lo sé, ha sido espantoso. —Tiro de su camiseta sin saber qué narices hacer con toda esas barreras.

Saca un pedazo de encaje verde oscuro de un bolsillo del pantalón. *Las elegidas.*

—Precisamente lo que estaba pensando. —Me devora el cuello como lo haría un hombre hambriento al oler su plato favorito por primera vez en décadas—. ¿Cómo ves lo de trabajar para Sant Delphi mientras me coges a mí de la mano?

Me aprieta el culo, me acaricia, cuela las manos entre mis piernas y ya estoy gimiendo. Quiero fusionarme con él, fundirme,

dejar de ser un ente individual y convertirme en una extensión de su cuerpo.

Un campo electromagnético ocupa un espacio, pero no lo ves. Es constante, envolvente, siempre está ahí. Pues igualito que el fuego salvaje que nos une.

—Ahora mismo me veo capaz de convencerle para que él también te siga por todo el país —jadeo restregándome contra él cual viciosa que soy.

A punto. *A punto* estamos de liarla a lo grande y que sus compañeros salgan a la pista sin él. Que desastre. ¿Debería sentirme culpable? No lo sé, lo que sí sé es que no puedo dejar de sonreír. Él tampoco.

El partido empieza con ansia. El puck vuela por la banda y me dejo la voz gritando. Por supuesto llevo la camiseta con el sesenta y uno, y mi culo no está pegado al asiento ni un solo segundo.

Grito a Dhário cuando evita que dos de los Detroit Yellow Wings le roben el disco. Grito «Swanson» desesperada cuando está a punto de marcar desde tan lejos que casi está fuera del condenado estadio. Kásian lo oye y se pega al plexiglass con una clara amenaza. *Que lo salta si vuelvo a pronunciar el nombre de otro hombre. Ufff, pienso hacerlo en cero coma. ¿Es que no me conoce?*

Timas Orlen, mi segundo favorito de los Wings, pierde el puck cuando Zayne se lo roba y vuela por la banda. Kásian lo persigue. No, lo acecha. Como si fuera personal. Un depredador de sangre fría y patines de acero. *Es que no tiene puta competencia.* Le bloquea el paso, pero chocan. Contengo el aliento. Me recuerdo que su corazón es fuerte, que ya no tengo que temer por él… aunque el mío se me esté saliendo del pecho.

Kásian se larga con el disco.

Todo sucede en segundos, pero yo lo vivo como si fuera en *slow motion*. El comentarista grita su nombre. La grada entra en trance al ver cómo él, Cooper y Timas se abren paso entre sus rivales. Pero derriban a Orlen. Luego a Cooper. *Ay dios.* El resto del equipo no está lo bastante cerca. Kásian está solo.

—¡Vamos Snow! —grito como una loca, esperando que mi voz lo encuentre entre la euforia del estadio.

Kásian lanza el disco justo antes de que un tío de dos metros le choque. Pierde el stick, pero se deshace del gorila a tiempo para ver el recorrido del puck que, con una potencia brutal… Vuela. Roza el hombro de un defensa. Deja atrás al portero…

Y se clava en la red como una bala.

Me arden las piernas de lo mucho que salto para celebrarlo. Él me busca a mí, como siempre. Encontrándome a través del plexiglass, como si no fuera un gol de verdad hasta que lo celebra conmigo.

A t h e n a P a u l s e n

♖ ♜ ♞ ♕ Agradecimientos/Descarga emocional post-final: modo Isabella activado ♖ ♜ ♞ ♕

Hola! ***Desde mi corteza prefrontal hasta tu hipotálamo: gracias por leerme.***

Mi nombre es ***Athena Paulsen,*** *encantada de conocerte. Si has llegado hasta aquí significa que hemos compartido una montaña rusa de dopamina, romance deportivo, conexiones sinápticas y algunas que otras disfunciones cardíacas… de las emocionales y de las literales.*

Espero que te haya gustado la novela de ***Kásian & Bella*** *y si te atreves… te reto a dejarme* ***tu momento favorito en una reseña*** *de Amazon ;) Prometo que no enmarco mis reseñas favoritas, ni nada…*

[OBJ] 🏒❄️💓🔬💓🥵🏆🥇💓🏒🧬🔥🏒

Se me dan fa-tal las despedidas. Así que me marco un Kásian en brevedad y un Isabella en obsesión y te digo…

Desde mi tablero al tuyo: gracias, gracias, gracias.

Espero que hayas disfrutado de ***MÁS ALLÁ DE LA PISTA DE HIELO****.*

Nos vemos muy pronto con más historias ***North Star.***

Porque mientras el hipotálamo palpite y las redes neuronales se conecten, seguiré escribiendo de forma tan o más compulsiva como Isabella juega al ajedrez.

Y tú, lector/a, sigues siendo mi variable favorita en esta ecuación.

Con cariño y más pasión que una final de la NHL en prórroga,

Athena,



OBJ